



UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LETRAS
MAGISTER EN EDICIÓN

POR QUÉ MURIÓ LA TORTUGA...

Las mejores crónicas de Tito Mundt
en La Tercera de la Hora.
1955-1971.

LUCAS VERGARA BRUNET
Tesis para optar el grado de Magíster en Edición.
Profesor Guía: Cecilia García Huidobro McA.

Santiago, Chile
2009

INFORME 1.

Lucas Vergara Brunet

POR QUÉ MURIÓ LA TORTUGA...

Recopilación de crónicas de Tito Mundt

El trabajo demuestra una labor cuidada y minuciosa en el rastreo y recopilación del material. Además de las crónicas de Mundt, el autor rastreó otras fuentes, entrevistando gente que lo conoció o que trabajaron juntos de forma de rescatar junto con el material el perfil del personaje.

La propuesta está bien articulada, en capítulos atractivos y complementarios entre sí. La muestra refleja rigor en la selección. La estructura dada al libro tiene coherencia y lógica interna que se explican por un cabal conocimiento que Lucas Vergara tiene de cada uno de los textos. Así también los capítulos tienen dimensiones similares, lo que brinda equilibrio al conjunto. Empero, surge la duda de por qué la crónica “Siutiquería criolla” (pág. 87) y la crónica “La siutiquería” (pág. 120) fueron consideradas en distintos capítulos en circunstancias que son encuadres para un mismo tema.

Con mucha minuciosidad, se ha incluido un documento que detalla la metodología utilizada. En él, se describe detenidamente cómo se definió el área de trabajo de esta recopilación, cómo se hizo esta selección. Como se sabe, Tito Mundt escribió mucho, en diversos medios y lenguajes, lo que terminaba por conformar un corpus excesivamente diverso. El autor pasa revista a la discusión que debió tener consigo mismo y con el material como parte del proceso de edición para perfilar lo que serían los criterios empleados y cómo se abordaron las dudas más importantes, hasta definir el eje estructurante de la selección. Ciertamente una interesante reflexión respecto del quehacer editorial.

Nota: 6,7.

Cecilia García Huidobro McA.

INFORME 2.

POR QUÉ MURIÓ LA TORTUGA... LAS MEJORES CRÓNICAS DE TITO MUNDT EN LA TERCERA DE LA HORA 1955-1971, tesis presentada por Lucas Vergara Brunet, así como el proyecto editorial homónimo, constituyen un trabajo que se plantea –consciente el autor de la labor antológica ya realizada a lo largo de los años–, un nuevo rescate de la obra escrita de uno de los periodistas más prolíficos y leídos del siglo pasado en Chile. Y que, como fruto de la señalada conciencia, desarrollar un camino que le permite validarse como aporte al conocimiento (y reconocimiento) del profesional fallecido en trágicas circunstancias, cuya pluma ofrece aún razones para pasar nuevamente por las prensas.

Pongo el acento en el carácter específico y único del presente trabajo, puesto en la perspectiva del autor, dado que me parece que éste énfasis define –hasta niveles superlativos, en ciertos momentos– las distintas elecciones que aquí se efectúan: desde la más acuciante (qupe artículos seleccionar y cómo presentarlos) hasta aquellas más nimias en apariencia.

El proceso de edición exige la dosificada convergencia de una multitud de factores, siendo uno nada menos el modo en que irrumpe la figura del Editor/Antologador, quien aquí narra las vicisitudes del proceso que llevó a cabo. Surge, espontánea, la primera persona, lo que confiere al trabajo una convicción que se agradece. Pero también asoma cierta debilidad por la adjetivación permanente, por la frase solemne, por la anañogía al menos discutible (Mundt como un “Schönberg del periodismo”) e incluso una falta de rigor que lleva a que aparezcan fechas disímiles tanto respecto de la muerte y de la obtención del Premio Nacional, para no ahondar en el uso incorrecto del lenguaje o en las construcciones reñidas con el sentido (“La increíble capacidad de Mundt **por anteponerse** a los hechos”; “Pero **esta maledicencia** de algunos para con Mundt (...) **no es así**”, etcétera). Todo ella lesiona, como es de imaginar el producto final.

Dicho lo anterior, y agregando a ello una sobreelaboración en cuanto al carácter “nacional” que se busca imprimir a la antología, la selección final de textos y el modo en que se articulan responden a un criterio meritorio y original, capaz de abrir nuevas sendas para el estudio, o bien –y esto es lo principal– para el simple goce del lector. Pornderando todo lo anterior, califico este trabajo con nota 5,5 (cinco coma cinco).

Pablo Marín.

INFORME 3.

Título: POR QUÉ MURIÓ LA TORTUGA... LAS MEJORES CRÓNICAS DE TITO MUNDT EN LA TERCERA DE LA HORA. 1955-1971

Alumno: Lucas Vergara Brunet.

Para evaluar esta tesis consideraré primero la descripción o memoria del proyecto, que me parece cumple con facilitar la comprensión del proceso dentro del marco académico, informando una serie de detalles y opciones que no tendría sentido explicitar dentro de un libro editado. La decisión de acotar la selección a aquellas crónicas publicadas en *La Tercera de la Hora* me parece acertada, así como la propuesta de ordenamiento del material por capítulos temáticos, en vez de un orden cronológico. Igualmente, destaco el interés de desmarcarse por una mirada excesivamente apegada al panegírico o al “autobombo” gremialista del periodismo; ya existen demasiados intentos por mitificar la bohemia de esos años y, creo que para la mayoría del público (a excepción de sus protagonistas), tiene nulo interés. Lucas Vergara, en cambio, propone fijarse en el personaje (indudablemente atractivo) sólo en la medida que su ritmo y su modo de observar el mundo queda plasmado en su escritura. A pesar de la claridad que se desprende de sus propósitos, este texto de presentación cae por momentos en el enredo y la redundancia, con una estructura poco ordenada, e intercalando un tono a veces más personal con otro más académico. Hay, además, varias erratas o reiteraciones que distraen la lectura, así como construcciones poco felices: “ver/ser”, “trató/retrató”, “ve/vive”. Asimismo, algunas opciones no quedan suficientemente detalladas o justificadas, por ejemplo, el cambio de algunos títulos. Felizmente, en el prólogo del libro propiamente tal, “Pacto de sangre: una vida en actos”, ese tipo de problemas no se presenta, y el estilo es muy directo y convincente. La figura de Tito Mundt queda muy bien perfilada y dan ganas de seguir leyendo. Igualmente queda de relieve el interés que pueden tener sus textos, tanto desde el punto de vista histórico y sociológico, como periodístico y literario. La selección de las crónicas así lo confirma, y concuerdo con la opción de indicar las fechas pero no colocar notas explicativas al pie, que la restarían la velocidad de lectura que este libro pareciera reclamar.

Para lectores que (como es mi caso) apenas lo conocíamos, este libro resulta una excelente sorpresa, y es evidente que la mejor proyección de este proyecto sería una edición para el próximo año. Si se piensa directamente en un formato ya existente como el de “Dulce

Patria” (que él mismo propone”, sugeriría resumir un poco el prólogo, eliminando algunas referencias al proceso de investigación para centrarse en el perfil de Tito Mundt.

Por último, no quisiera dejar de mencionar la versatilidad que ha mostrado Lucas Vergara con este proyecto. Conocí sus anteriores investigaciones en la carrera de Literatura, en áreas muy diferentes a ésta, y por ello me parece aún más valorable su trabajo.

Considerando todo lo anterior, mi calificación es 6,7.

Felipe Cussen A.

15/6/09

ABSTRACT

POR QUÉ MURIÓ LA TORTUGA... LAS MEJORES CRÓNICAS DE TITO MUNDT EN LA TERCERA DE LA HORA. 1955-1971 es, como su nombre lo dice, una selección de los escritos aparecidos en ese medio, hechos por el periodista Santiago Mundt Fierro.

Tito Mundt, uno de los periodistas más prolíficos, leídos e importantes del siglo veinte en Chile, ve aquí una nueva forma de resucitar su trabajo en capítulos de similares dimensiones y organizados temáticamente, con el fin de construir un libro que dé goce al lector, más que un acercamiento académico a su persona y/o pluma.

Así, el objetivo principal de este proyecto es la construcción del libro mismo, por y para un lector externo, entendiendo el libro en tanto valor transable y comercial, aun cuando cada una de las decisiones tomadas estén debidamente anotadas en la sección inicial, correspondiente a lo que sería la “memoria”.

De esta forma, Chile es el marco en el cual se busca circunscribir la “razón” del por qué del libro, esperando que ésta tenga la recepción deseada.

PROYECTO.

Hacer una selección de las mejores crónicas de Tito Mundt –pseudónimo de Santiago Mundt Fierro (04.03.1914 - 10.06.1971)– requiere de un tiempo largo de investigación por varios motivos.

El primero responde a los 33 años en que el personaje en cuestión ejerció el periodismo (1938-1971). Si a esto le sumamos la ubicuidad y el carácter hiperactivo de Tito Mundt, tenemos una infinidad de medios para los cuales colaboró y una lista interminable de crónicas, artículos, reportajes, editoriales, etcétera. A su vez, y quizá debido a que destacó como periodista desde sus inicios, se hizo de amigos de generaciones distintas, quienes poco a poco fueron asumiendo cargos de mayor importancia en los medios nacionales, confiando un espacio a Mundt, quien no se “achicaba” al hablar de cualquier tema, transformándolo en un laberinto para el investigador tanto a la hora de rastrear como de clasificar sus escritos.

A su vez, la distancia temporal de Mundt, incluso en la forma en que se entendía la noticia o al periodista en sí (en los primeros años de esta recopilación, aún la TV no llegaba a Chile y para qué hablar de los nuevos soportes tecnológicos con los que lidiamos hoy), conformaron un obstáculo a la hora de la selección, ya que muchas de esas pequeñas historias que yo buscaba rescatar tal vez fueron importantes para su época y hoy ya se perdieron o desvanecieron. Por esto, cuando creía ver algo sustancial que no conocía, debía rastrear en otros lados, preguntar, intentar cuantificar la importancia de lo nombrado. Esto lo hice muchas veces, y muchas veces también, tras estas preguntas, debí dejarlas fuera.

Otro punto muy importante fue mi inexperiencia ante el hecho de intentar guiar la investigación desde un comienzo sin patrones a seguir. Es cierto que ya me había tocado investigar a otros columnistas, pero principalmente había sido recopilador y jamás había estado en el lugar de lazarillo o de constructor vial de un lector a existir X meses más adelante. Porque es cierto que la selección ha de ser rigurosa e importantísima dentro del producto final, mas en el mismo plano está también la huella que se busca dejar con cada columna seleccionada y con la posición que ocupa tanto dentro del libro total como de su existencia en un capítulo particular. Así, debí buscar las directrices propias de Mundt, los ejes que continuamente le movían, y sumarlo a lo que yo había leído de él, además de

intentar darle un carácter “comercial” que diera cuenta de su personalidad, de verdadero rescate de su obra, que hiciera de esta selección un libro en toda su dimensión.

Esa titánica tarea, la forma en que se solucionó y las razones de las decisiones tomadas en la presente investigación, es lo que aquí leerán.

Tito Mundt fue un periodista prolífico. Pues bien, los medios en los cuales trabajó fueron:

REVISTAS:

- Zig-Zag.
- Ecran
- Margarita
- Sucesos
- Desfile
- Vea (Subdirector)
- Topaze
- Pobre diablo
- Extra
- Sensación
- Eva
- Siete días
- Algo nuevo

DIARIOS:

- La tarde (Fundador).
- Últimas noticias.
- La Nación.
- La Tercera de la Hora (Subdirector)

RADIOS:

- Corporación
- Yungay
- Del Pacífico
- Bulnes
- Magallanes
- Cooperativa

TELEVISIÓN:

- Canal 9
- Canal 13 (programas “Telenoche” y “A esta hora se improvisa”).

REVISTAS Y DIARIOS DE ARGENTINA:

- Rico Tipo
- Democracia
- Clarín
- Sintonía
- La Tarde.

DIARIOS DE ESPAÑA:

- Pueblo

Eso sí, en muchos de estos colaboraba, sobre todo en los primeros, como reportero y no como escritor de crónicas. Además de todo este corpus, hizo entregas esporádicas a diarios regionales y deben sumársele los 13 libros publicados, dos inéditos y no terminados por su muerte y uno escrito por entregas al diario español “Pueblo”. La gran mayoría de este material, pues, lo revisé, especialmente para familiarizarme con el estilo y los temas principales que este periodista tocaba. Así, cuando entré ya de lleno a los textos de “La Tercera de la Hora”, medio que Mundt consideraba su segundo hogar, tenía ciertos patrones sobre los cuales trabajar. Algunos permanecieron casi inmaculados hasta el final, otros nuevos aparecieron y otros se desecharon. De estos medios, pues, no extraje material para el presente libro, sino que conformaron la bibliografía para la realización del mismo.

La elección de las crónicas para la entrega del proyecto final responde a la regularidad y a la elección de los tópicos que conforman los capítulos elegidos para representar a Tito Mundt. Por esto, y pese a la infinidad de medios que ya nombré, repito, las crónicas aquí seleccionadas son todas del diario “La Tercera de la Hora”, en donde escribió desde 1955 hasta el día de su muerte. Es más, fue en los salones del diario (Sala de Crónicas) en donde se veló el cuerpo de Tito Mundt. En este periódico, Mundt escribió con cierta regularidad (cada 3, 4 ó 5 días, excepto cuando estaba de viaje) tanto desde Chile como de corresponsal desde el extranjero, lo que da una visión panorámica de lo que fue su trabajo durante toda su vida. Por esto la elección. Además, por un hecho muy significativo: desde que se me ocurrió el tema investigué sobre su vida, viajes, familia, etc., lo que considero de suma importancia, y es la forma en que trabajo: manejar los patrones de quien se investigará para así ser un buen “seleccionador” y no las que suenan mejor hoy. Para esto, hay que considerar los temas favoritos del personaje, cómo se movía, caminaba, si fumaba o no, etcétera. Leí todos los libros que logré encontrar, revisé las referencias críticas, añadí

nuevos datos, hablé con Jorge Edwards y Germán Marín e, incluso, en los comienzos del trabajo, me aventuré con un perfil de Mundt en la revista Grifo.

Por esto, la elección de realizar este trabajo basándome en sus entregas en el diario “La Tercera de la Hora” responde, principalmente, a tres puntos:

- 1- Fue el medio en el cual permaneció mayor tiempo (1955-1971, fecha que toma la recopilación) y el cual cuenta con la mayor cantidad de escritos de Mundt.
- 2- Por la identificación del periodista con este lugar de trabajo.
- 3- En 1955 recibió el Premio Nacional de Periodismo, por lo que de esta fecha en adelante ya tenía un salario –por bajo que fuere– asegurado y debía mantener un cierto “nivel de periodismo” que hiciera justo el recibimiento del reconocimiento.

Así, es en estos años donde Mundt mostró mayor libertad para dar cuenta de las cosas que le gustaban y motivaban. Tenía su espacio claro en la página editorial de “La Tercera de la Hora” y hablaba libremente con sus lectores. Como escribió Julio Martínez: “Hizo bien “La Tercera” en abrir sus puertas para recibir al colega sin vida. [...] Tito Mundt, a pesar de su interminable peregrinaje, identificó su pluma con esas páginas y esa redacción. [...] Ahí pasó Tito su última noche. Como el bombero que es llevado a su cuartel. Como el soldado que recibe honores en su unidad. Como el sacerdote que es despedido en su templo”. Por esto, entonces, este diario fue el medio escogido como resumen de toda una vida y obra.

Como se ve, fue un trabajo largo. Especialmente cuando sabemos que el mismo Mundt declaró en una entrevista que, a veces, llegaba a escribir hasta 12 crónicas diarias. Obviamente, reconoce, no todas son dignas de rescate, pero, parafraseándolo, hay algunas muy buenas y de gran calidad tanto periodística como literaria. Esas son las que, siguiendo diferentes directrices, busqué y seleccioné dentro del enorme corpus que “La Tercera de la Hora” me proveyó. A su vez, y ahora soy yo quien lo reconoce, hay ciertas crónicas que no destacan por la calidad de su escritura –e incluso así las he seleccionado–, sino por la vigencia que aún hoy mantienen y por la increíble capacidad de Mundt por anticiparse a los hechos. Es por esto, y si bien en un comienzo hice un anexo con las fechas de publicación de cada una de las crónicas (ya que el orden no responde a su aparición cronológica, sino que predomina un carácter de “historia” individual de cada capítulo por separado), que finalmente las dejé al lado del título de éstas, ya que establecen un diálogo vital para entender que Mundt está hablando de un futuro que hoy ya es pasado (o presente en

algunos casos) al cual se antepuso. En otros casos, sirven al lector para situarse en el momento exacto en que las escribió y la sola publicación de la fecha les permite hacerse un panorama de los tiempos que refiere el periodista.

Si todo lo dicho hasta ahora no bastara como para demostrar que no fue un camino fácil, es conocida la afición de Mundt por la invención. Ya Cecilia García Huidobro me dijo una vez que había quienes postulaban que Mundt, el gran trotamundos del periodismo chileno, jamás salió de Chile, lo que arrojaría por la borda uno de los temas de la recopilación que tienen en sus manos (“Topografía de un paseante hiperkinético”) y que lo situaría en una posición más adecuada para un estudio psiquiátrico que para un libro. Pero estos supuestos de algunos para con Mundt y su vida en el mundo de las ideas platónicas, no es así.

El día 27 de noviembre de 2007, en una conversación con Jorge Edwards, el narrador me dijo que le constaba que Mundt era un gran viajero y que, al menos, una vez viajó, ya que cuando era agregado cultural en París, Mundt le pedía prestada la máquina de escribir. Pero esto no esclarece del todo el problema. En la misma conversación, Edwards me dijo que el día 11 de julio, Mundt había despachado a Chile la crónica sobre el día nacional de Francia. En la celebración, todo el mundo se cuadraba frente al general De Gaulle, los aviones surcaban los aires dejando un rastro de humo con los colores de la bandera francesa e incluso se habían escuchado cánticos contrarios al traidor Pétain. El único problema, entonces, es la fecha: el día nacional de Francia es el 14 de julio. Pero Mundt era periodista (esa era su explicación) y la noticia debía estar en el momento justo, no dos o tres días después, como hubiese ocurrido si lo escribía el mismo día. “¿Que pasa si llueve?”, le dijo Edwards. “No importa, en Chile nadie lo sabrá”.

Y de esta anécdota que pudiese parecer superficial se desprenden los conceptos que forman el esqueleto del libro: El Tiempo, El Lugar, El periodista, El lector, Las Personas y Chile, los cuales serán entendidos cuando se expliquen los capítulos.

ENTREGA:

El libro, “Por qué murió la tortuga...”, que es una selección de crónicas de Tito Mundt, no creo ni quisiera que fuese menor a las 200 páginas, ya que fue un periodista muy importante del siglo pasado en el país, con una forma muy particular de escribir y de referirse a temas que generalmente no eran tocados por los diarios. Menos por los diarios llamados “serios”. Con esto no busco “rellenar” el libro con escritos de baja calidad o inocuos, sino plantear el libro a base de seis capítulos diferentes y que cada uno de ellos pueda sustentarse por sí sólo en el caso de ser necesario. El promedio de crónicas en cada uno de ellos es de 22. Si consideramos que el corpus total de crónicas con las cuales contaba era mayor a mil, esta selección, por más que existan ciertas repeticiones entre algunas de ellas (característica primordial de Mundt), es muy menor como para suponer un libro de 100 páginas, por ejemplo. Aquí sí se da una visión más completa del investigado. Es decir, en total, la selección se eleva a 136 crónicas, lo cual da un número de 151 páginas de computador y alrededor de 210-220 de libro, tal como esperé desde un comienzo, por más que las últimas etapas de “eliminación” de crónicas fuera muy compleja y se decidiera por una u otra cosa muy pequeña. Sometí, pues, aquel corpus (alrededor de 1200 en un comienzo, 250 en esta etapa) a una tercera lectura, línea por línea, con una mirada crítica, buscando que se ajustasen limpiamente a los capítulos sin entrar en explicaciones, pensando ya en un lector comprador, “descatalogando” un importante número de columnas que de buenas a primeras había seleccionado como publicables. Así, los grandes temas de los capítulos fueron guiándome para poder limar sus fronteras y cómo habría de rastrear el material que finalmente fue incluido. En la explicación de cada capítulo se explican los vaivenes a los que éstos fueron sometidos y cómo se llegó a su forma final, que está muy alejada de las primeras entregas. Incluso, hubo capítulos añadidos a última hora y otros eliminados a mitad de camino (a medida que avanzaba el tamaño del corpus y me daba cuenta de por dónde era preferible seleccionar y moldear).

Luego, con esta parte del libro ya armada satisfactoriamente, pensé en escribir un prólogo extenso, donde se diera cuenta de la persona. La elección de que fuera yo quien lo escribiera respondía a que, si bien consideré que estuviese a cargo de Francisco Mouat (quien años ha tuvo la idea de emprender el mismo proyecto), y quien incluso conserva aún una carpeta con todas las fotocopias (de referencias Críticas de la Biblioteca Nacional) que

recopiló, principalmente obituarios y cómo los distintos medios cubrieron su muerte, lo encontré un tanto fuera de tono por la extensión de éste. Mouat me prestó esa información y yo añadí otras, pensando en que me servirían para la creación de esta biografía. La elección, entonces, tenía tres motivos. El primero tiene que ver con la “patudez”. No le pediría a alguien quizá más idóneo que me escribiera unas 30-40 páginas de biografía, ya que para eso requiere de información, estudio y tiempo (y algún tipo de pago). El segundo motivo es que esa elección llevaría casi indefectiblemente a un *amigo* o conocido de Mundt (ha caído en un extraño olvido para las nuevas generaciones), el cual difícilmente se desmarcaría del panegírico y no quería eso, sino algo más objetivo, que diera cuenta de la invención (lo que claramente engrandece su biografía), que dejó a su novia cuando faltaba menos de un mes para su matrimonio y terminó casándose con Kanda Jaque 26 días después de haberla conocido (ella lo atendió cuando fue a comprar el vestido de novia junto a su polola), además, claro, de dar cuenta de las razones que lo elevan y lo llevaron a ser uno de los primeros Premios nacionales de Periodismo, el año 56. Por esto, la escritura de la biografía, pensé, la haría yo, lo que nos lleva al tercer motivo: me gusta escribir, sobre todo perfiles, y si no lo hiciese me sentiría como un mero recopilador. Al escribir yo este prólogo, el libro es más propio aún de lo que el cargo de “investigador” trae consigo. Quizá es un poco egoísta y egocéntrico, pero por los motivos explicados es comprensible. Por último, el hecho de que lo escriba yo crea una distancia y una problemática interesante, ya que claramente no somos de la misma generación ni el modo de ser del periodismo es el mismo. Esto me llevaría a salirme de los moldes establecidos del presente, requiriendo de una reflexión mayor sobre el periodismo (y al no ser periodista se crea otra distancia más, a la vez interesante) y que por más que el personaje quiera fascinarme y encandilarme, la elegía se hace lejana por no tener nada comprometido a la hora de reflejar su vida.

Pero finalmente deseché esta opción. Hace un tiempo, entregué otro libro bastante similar, en cuanto investigación y selección, sobre Mario Rivas, para el cual también escribí un perfil extenso al comienzo. Cuando lo entregué, y por más que luego me lo dijeran quienes lo leyeron, la extensión era lo único del libro que no me dejaba contento. Era muy largo y se escapaba al motivo mismo de la recopilación. No daba con el tono. Lo mismo me ocurrió aquí: comenzaba su biografía y sabía de antemano que era harina de otro costal que parecería, finalmente, forzado a incluir en el libro-tesis. Felizmente, pude desechar esta

opción y entender que son las propias columnas las que nos van haciendo la silueta, el panorama, la biografía (con los gustos y disgustos que allí se traslucen) del periodista en cuestión.

Por esto, y aún entendiendo que la vida de Mundt es riquísima, preferí escribir a modo de prólogo una “Nota a la Edición” donde se diera cuenta del proceso (ciertas cosas estarán repetidas para quienes leen este anexo) mostrando sólo ciertas anécdotas de Mundt y explicando algunos puntos que bien se podrían preguntar (como la no inclusión de notas al pie en algunas de las crónicas).

Entonces, llegamos al punto de por qué Santiago Mundt Fierro pudo convertirse en el motivo de una investigación tan larga. Principalmente, porque desde su mirada tan particular se puede entender o dar a conocer una fracción del siglo XX, que fue en un comienzo lo que me motivó a hacerlo. Muchas veces no será, quizá, el tema principal de la columna, sino los datos que la completan las que nos muestren ese Chile o ese mundo al que se refería. Debido a su carácter nómade y a que todo le interesaba, como dice René Olivares, vamos viajando con él, literalmente, de Chile a China y de las cárceles a las cortes, haciendo un paneo general tanto de Chile como del mundo y sus situaciones. Además, la posibilidad de que una investigación de este tipo se convierta en un libro “real” se vio acrecentado por este hecho y el acercamiento del Bicentenario. Esa parte, pues, se podía explotar (luego supe del éxito de la colección “Dulce Patria” de Ediciones B, que me dio un mayor impulso aún) y eso es lo que intenté hacer.

LOS TEMAS.

En Mundt está muy presente la Historia y sus grandes personajes, pero también las microhistorias, tanto más interesantes. Estas últimas, aun cuando no en desmedro de las primeras, son las que quise rescatar dentro de la ordenación temática que llevará el libro.

Pero antes de dar la forma del libro, cabe aclarar ciertas cosas:

- Existe ya un libro con los perfiles hechos por Mundt (“Yo lo conocí”, Zig.Zag, 1965). Estos, las más de las veces, están basados en el programa radial homónimo y contempla una larga lista de nombres (204). Como podrá entenderse, la selección allí hecha es excluyente respecto a los demás temas tratados por Mundt. Para el

presente libro, no se seleccionará de allí (por más que hayan aparecido en “La Tercera de la Hora”) ningún perfil.

- Existe otro libro (“Memorias de un repórter”, Editorial Orbe, 1965) que es una antología personal de crónicas. Eso sí, son crónicas creadas para la ocasión y que tienen un fin claro: su relación con el oficio de periodista. Estas quedarán excluidas de mi selección, pero no así las que aparecieron en los diarios sobre lo mismo. Las crónicas sobre este tema irán en una sección especial llamada “Los secretos del periodistas”. Aclaro, eso sí, que “Memorias de un repórter”, por nada, quedará fuera del proceso de investigación, ya que es quizá el documento más importante para entender a Mundt y sus temas predilectos.

Aclarados estos puntos, que dan cuenta de la “novedad” del proyecto y de cómo se trabajó, bosquejo el orden del libro.

- Portada (Título, subtítulo explicativo –años y fuentes–, nombre del recopilador).
- Prólogo: Mezcla sucinta de perfil y Nota a la edición. En éste, además de la vida del autor, se abordará la forma en que se compuso el libro, cómo se hizo la selección, ciertos obstáculos que fueron apareciendo en el camino, etc. Se hará menciones a crónicas escogidas que ejemplifiquen lo que se dice sobre Mundt y se explicará el por qué de las divisiones que componen el libro (son los temas más atemporales, los que más se repiten, los que permiten hacerse una imagen más acabada del reportero, etc.). Como ya expliqué, el prólogo sufrió una transformación importante durante el proceso: de biografía extensa a perfil pequeño inserto en la explicación del libro.

A su vez, las crónicas irán dentro de cinco ejes temáticos generales que explico a continuación para que entiendan cuáles son los parámetros de selección:

- o Hechos históricos bajo el título “Chile: Una historia olvidada a propósito”, que es un subentendido de la primera crónica de la selección. En este punto se abordan los temas tratados por Mundt que aún conciernen tanto desde un punto histórico (gran y pequeña historia) como político. Y si bien el tema central es Chile, hay ciertos hechos mundiales insertos que le dan una mayor

coherencia al capítulo y un respiro –algunas veces con humor, otras con enojo– ante las repeticiones del periodista, por ejemplo la titulada “Una tontería con melena” en donde impreca a John Lennon por su llamado a la paz metido en la cama. Además, muestran los gustos personales de Mundt y que no podrían quedar fuera, como la llegada del hombre a la Luna, tema que ciertamente le fascinó, y que permiten al lector de hoy encontrar una mirada del fenómeno que estos sucesos causaron en su día.

En este capítulo, originalmente, pensé agregar columnas que mostraran un catastro mundial de momentos históricos, guerras, etcétera (asesinato de Kennedy, el golpe de Estado de Argel, el fusilamiento de generales nazis tras la instauración de la Ley de Crímenes contra la humanidad, perros famosos, etc.), que finalmente deseché por calidad, extensión, importancia y contexto (Bicentenario).

Además, habrá elecciones en este punto que quizá no sean tan contingentes, pero que responderán a dos razones principales:

- En el caso de la Historia, para ver si los juicios y premoniciones de Mundt fueron acertados y si realmente llegaron a constituir momentos fundamentales de los siglos tratados (especialmente el XX). Y en el caso de la pequeña historia, para rescatar aquellos hechos que se han visto opacados y que algún día merecieron una crónica en un diario del país más austral del mundo.
- Porque, como lector y autor, aún creo y doy a la literatura un cierto rol “pedagógico”, ilustrativo. Por esto, hay hechos que ya se olvidaron y que no deben olvidarse. El lector, pues, podrá informarse creyendo saber un poco más luego de leer las crónicas. Es decir, no son meras descripciones de hechos, sino que van siendo unidas por Mundt –y por el orden que les dí– desde diversas aristas y relacionando lo de hoy con lo de ayer, y estos con el mañana (aplicable a otros capítulos).

Este capítulo, y los venideros, vieron crecer y achicar una y otra vez la cantidad de crónicas contenidas en ellos. Aquí, lo principal fue que, casi

en los momentos finales, decidí hacer de Chile el eje para la línea histórica de lectura sobre la cual se incrustaban columnas foráneas. De esta forma, se pudo ir moldeando hasta dar con un orden interno que le permitiera sostener una lectura propia y que diera cuenta de la mano y de los temas principales que movían a Tito Mundt.

- O Viajes, lugares y costumbres: En este tercer apartado, que a modo de homenaje pensé titular “Ensoñaciones del paseante solitario” (Rousseau), y que finalmente llamé, más de acuerdo con Mundt, “Ensoñaciones del paseante hiperkinético”, nuevamente van unidos unas de otras. Fue en sus viajes donde Tito Mundt entrevistó a los personajes del “Yo lo conocí” y muchas veces se encontraba de viaje debido a “Hechos históricos”. Aquí, lo que se busca son aquellas crónicas que a base de un par de apuntes “hagan viajar” al lector al París, Londres, Madrid, etcétera, de la época y, principalmente, lo lleven de la mano por aquel Santiago y Chile en que él vivió. Es en este punto donde la microhistoria encuentra una mayor comodidad, ya que es a partir de una esquina, de un puente, de un paisaje desolado (por el que alguna vez caminó tal o cual ilustre personaje), que Mundt entra en las ensoñaciones comparando unas con otras, las otras con Chile y Chile con lo que se le ocurra. Pero lo central de este punto, y que por ende no podrían clasificarse las crónicas dentro de lo histórico y/o personajes, es la referencia geográfica espacial desde donde escribe. Así, se retratan costumbres del país en unas cuantas pinceladas, lugares específicos y hechos particulares que despierta el caminar por tales lugares que hace 50, 100 o 1000 años ha, fueron el epicentro de un suceso que cambió al hombre. Los cambios de este capítulo también fueron mayúsculos, ya que los incesantes viajes de Mundt me hicieron, en un comienzo, seleccionar las crónicas norte y sudamericanas, europeas, africanas, asiáticas, dentro de cada país, ciudad, pueblo, villa, etcétera. Por esto, y aplicable a todos los capítulos, la elección de Chile como medio sobre el cual movilizarse, fue determinante y cambió la forma de todo cuanto había entregado durante el

proceso. Los años hasta allí recogidos, azarosamente, hablaban más del extranjero y por eso me había decidido a hacer un libro “mundial”. Luego, a medida que avanzaba la investigación, fui entendiendo de qué formas podía ir cerrándolo y excluyendo columnas que desviaban la atención, dejando a Chile como antorcha en el camino. Chile, pues, fue la gran segadora que permitió cortar la “maleza” para este libro (con todo lo “cortado” claramente podría hacer otro libro de calidad casi sin que se mencionase a Chile). Y esto, la cantidad de columnas y de tópicos tratados por Mundt, fue la mayor dificultad durante el proceso. ¿Por qué dejar uno afuera y al otro no? ¿Cómo hacerlo? Me valí, como dije, del contexto de aparición del libro, entendiendo que el Bicentenario puede ser una fecha de reflexión y rescate nacional, y pude comenzar, finalmente, a dilucidar los patrones que ahora conforman este libro.

- o Personajes. El título “Personas naturales y prototipos” es un recuento de los personajes a los que (re)trató Mundt. A muchos de ellos no los conoció personalmente, mas de una forma u otra le tocaron, dedicándoles unas cuantas líneas. La importancia de este punto va enlazado al anterior, ya que no son sólo apuntes biográficos sobre la “grandeza” del retratado, sino, muchas veces, van unidos a noticias o sucesos importantes. Hay veces en que el tema central es el personaje X; otros, en que el tipo Y vive un momento determinado y por esos ojos Mundt lo retrata. En un comienzo, el subtítulo del capítulo era “Personajes, retratos, perfiles, momentos”, pero poco a poco lo fui circunscribiendo a Chile, hasta expulsar cualquier foráneo, ya que Mundt tenía cierta fascinación por lo extranjero que menguaba su pluma y le hacía caer en ignorancias pueriles que menoscababan su calidad. Además, porque me fui dando cuenta de la poca importancia que una crónica sobre De Gaulle, Franco, Baroja, etcétera, puede suscitar hoy, más aún en un libro que tiene como eje a Chile. Este fue quizá el capítulo que mayores decisiones, cortes y expulsiones me hizo enfrentar y tomar hasta conformarse como todo.

La segunda parte, o corte, de éste es el que responde a “Prototipos”, el cual, como su nombre lo dice, no versa sobre una persona en particular, sino sobre una condición de un grupo humano presente en el país y sus características. Quizá el mayor cambio en este capítulo fue descartar el apartado “Momentos” del segmento “Personajes, Perfiles, Retratos”. Por ejemplo, hay muchas crónicas tituladas “La enfermedad de Ike [Eisenhower]”, “El libro del Bulldog [Churchill]”, “La Quimera de Charlot [Chaplin]”, etcétera, que hablaban de momentos puntuales en la vida de los retratados extranjeros, sin profundizar más allá, quedando desfasadas en el tiempo y sin mayor gracia.

- o Así somos: En este capítulo se seleccionaron aquellas crónicas que muestran las características que nos conforman como país, como gente de Chile y que nos distinguen de nuestros vecinos inmediatos o mediatos (ya que hay ciertas características nombradas propias de Latinoamérica). Es el más “sociológico” de los apartados y tal vez el que tiene más humor (si lo vemos desde la distancia; si no, puede ser el más terrible), como también fue el último en adjuntarse a la lista de capítulos, surgiendo, justamente, cuando Chile tomó el manubrio como gran concepto a seguir. Aquí, con el corpus ya definido, se tornó inevitable una segunda y tercera lectura por las repeticiones en que Mundt incurría, desechando así las de menor calidad literaria (lo que también se aplica, pero en menor escala, a otros capítulos). ¿Por qué? Porque muchas veces, durante los años, a Tito Mundt le molestaban ciertas actitudes de Chile, y una y otra vez, lo hacía saber, cambiando los ejemplos, denostando de forma directa, etcétera. Se debía velar, pues, por la mejor columna de entre éstas. Y amén de la calidad, por la generalidad con que se trataba el tema, ya que ciertas veces, eran muy puntuales tanto en geografía como en una situación particular que le había tocado vivir que luego se desdecía.
- o La vida en ese instante: se llama así buscando un eco con el lugar común de que la vida, cual si fueran fotos, desfila ante los ojos de quien muere. Por

esto el nombre, ya que las crónicas serían dispersas, como esas fotos que aparecen frente a la muerte. Las crónicas que lo componen son todas aquellas que el recopilador considera “buenas” y rescatables, pero que por un motivo u otro no caben dentro de los ítemes recién explicados, ni tampoco alcanzan para formar uno por sí mismas (una subdivisión coherente). Es, pues, una “majamama” tipo “Balas pasadas” del libro de Bolaño. Aquí, se incluyen las respuestas de Mundt a hechos puntuales y cotidianos, los ajustes de cuentas y rabietas, las reflexiones que hacía, las crónicas humorísticas, sus teorías sobre las mujeres, su gusto por las mismas, etc. Este punto es, además, el que discute con mayor fuerza esa imagen de periodista serio, pseudointelectual e, incluso, medio altanero que se tiene de él. Aquí se muestra su pluma ágil y su virtud de dar la vida por la noticia. En esta selección, pues, se desacomoda esa posición dibujando a un Mundt más cercano, divertido, ligero y pendiente del día a día.

- o El quinto punto sería “Los secretos del periodista” del cual ya hablé. Este título puede sonar excluyente, pero al mismo tiempo despierta la curiosidad de quien no sigue esta profesión. Cuando comience a leer, se dará cuenta que también le pertenecen y no podrá dejar de leerlas, ya que son muy cotidianas, cercanas y se pueden extrapolar fácilmente a otros oficios. Es, aun cuando el de menor extensión, el gran puntal de que esta selección pueda considerarse un “Rescate”. El gran tema de este capítulo, fue el título. Siempre se llamó “Anexo para periodista”, pero así como expliqué que una biografía extenso quedaba fuera de foco en un libro de estas características (donde cada crónica es un “bocado”), este nombre subentendía que a propósito lo guiaba hacia allá, bajándole su calidad. La palabra Anexo ya daba a entender que era un “pegoteado” dentro del libro, cuando no es, para nada, así. Es quizá el apartado más bonito de esta selección, donde Mundt está movido por los sentimientos más internos y humanos. Gracias a Cecilia García Huidobro, finalmente, dimos con el nuevo nombre “Los secretos del

periodista”, el cual guarda aún esa complicidad con el lector que se busca a lo largo del libro.

Pasando a un plano más práctico, eliminé las bajadas de las crónicas cuando las hubo, los destacados se fundieron con el resto del texto y, en muy pocos casos, los títulos fueron cambiados (a mi antojo, por razones estéticas y de coherencia, aunque Mundt era un muy buen titulador).

El orden de las crónicas dentro de los apartados fue el problema mayor en la concepción del proyecto, ya que, por ejemplo, “La vida en ese instante” está conformado por textos dispersos que podrían ordenarse cronológicamente, quizá haciendo pequeñas subdivisiones en los temas más reiterados, cosa que al final no hice, prefiriendo una ordenación temática y de unión a una cronológica.

El único que va ordenado a partir de divisiones geográficas, es el que refiere a los viajes. Pero tampoco responde al orden cronológico.

Por último, las crónicas no pasan más allá de una carilla, por lo que no es descabellado pensar en un formato un poco más grande de lo habitual en donde quepan dos crónicas por página, considerando la cantidad de años y escritos que existen (en dos tomos sí sería una mala idea).

Y este fue el proceso... aunque la importancia radica en la selección final y en la forma en que el libro que leerán a continuación se resolvió.

<<Viva la vida, muera la muerte>>, como decía Mundt. Es de esperar que el Chile aquí aparecido les haga traer momentos que creían ya muertos... a la vida nuevamente. Y que mi trabajo traiga a este tipo, realmente muerto, a la vida en forma de libro.

Lucas Vergara Brunet

EL LIBRO.

POR QUÉ MURIÓ LA TORTUGA...

Las mejores crónicas de Tito Mundt
en La Tercera de la Hora.
1955-1971.

<<No hay un modelo de periodista que debamos seguir al pie de la letra; eso es una falacia. Mundt y De la Vega eran muy diferentes entre sí, y hoy conviven perfectamente en la memoria de quienes los recordamos como maestros del oficio>>.

Francisco Mouat

<<Creemos no equivocarnos al afirmar que [...] Joaquín Edwards Bello pone inapreciables valores en las manos de su heredero Tito Mundt. Ha vivido escribiendo con una increíble fluidez, una espontaneidad vigorosa, a ratos sorpresiva, siempre avasalladora. De pronto ha aparecido un escritor que se le parece por la independencia, la expresión feliz, exacta, que brota como chorro incontenible, y por la agudeza para ver a los hombres, para apreciar las cosas, para sentir la vida con todas sus grandezas y todas sus miserias, sin condenarla jamás ni exaltarla con un optimismo desorientado>>.

Hernán del Solar

A Juan Pablo Leyton Garín.

PRÓLOGO.

- PACTO DE SANGRE: UNA VIDA EN ACTOS.....	VIII
---	------

CHILE: UNA HISTORIA OLVIDADA A PROPÓSITO.

- ¡SE VA LA REVOLUCIÓN DEL 91!.....	2
- EL MORRO.....	3
- EL PAÑUELO DE CHILE.....	4
- REVUELTA EN CHILE... VISTA DESDE AFUERA.....	5
- ¡A MOVERSE CON EL HULA HULA!.....	6
- “NADA NUEVO BAJO EL SOL”.....	7
- SANTIAGO BAJO EL SMOG.....	8
- CAMINANDO A PIE... ..	9
- POR QUÉ MURIÓ LA TORTUGA.....	10
- ¿POR QUÉ NO LA DEJAN TRANQUILA?.....	11
- ¿Y QUIÉN DIABLOS ES RIERA?.....	12
- LO QUE SE LLEVÓ VIOLETA PARRA.	13
- ¡TENÍA QUE SER EN INGLATERRA!.....	14
- LA HAZAÑA DE COVACEVIC.....	15
- “EL CHACAL DE NAHUELTORO”.....	16
- EL “CHE” VUELVE A CHILE.....	17
- CIEN ESCUDOS DE PAPEL.....	18
- UNA MÁQUINA MILAGROSA.....	19
- ¿VENCERÁ A MÁQUINA AL HOMBRE?.....	20
- DE LA SANTA MARÍA AL APOLO.....	21
- NO NOS QUITEN LA LUNA.....	22
- EL PRECIO DE LA VICTORIA.....	23
- UNA TONTERÍA CON MELENA.....	24
- EL AMARGO TÉ DE NICANOR PARRA.....	25
- YA TENEMOS METRO, CIUDADANOS.....	26
- ¿CHILE HACIA EL COMUNISMO?.....	27
- LO QUE PUEDE VENIR.....	28

TOPOGRAFÍA DE UN PASEANTE HIPERKINÉTICO.

- VALPARAÍSO Y VIÑA.....	30
- RANCAGUA: EL TIEMPO DETENIDO.....	31
- CONCÓN Y PLACILLA.	32
- CATAPILCO.....	33
- FRENTE AL MAR DE CACHAGUA.....	34
- ISLA NEGRA.....	35
- NUESTRAS AMIGAS LAS ESQUINAS.....	36
- TENDERINI, UNA CALLE EN BUSCA DE AUTOR.....	37
- CERROS Y PARQUES.....	38
- EL VIEJO PARQUE COUSIÑO.....	39
- PLAZA BRASIL.....	40
- UNA NOCHE EN LA POSADA DEL CORREGIDOR.....	41
- NAVEGANDO EN EL CALEUCHE.....	42
- LA VENGANZA DEL MAPOCHO.....	43
- ¡ESTÁ BUENO QUE CONOZCAN ESPAÑA!.....	44

- ESCOCIA A LA VISTA.....	45
- SUIZA O LA TARJETA POSTAL.....	46
- A TRAVÉS DE LA HISTORIA SAGRADA.....	47
- “LA ESQUINA DE LA REVOLUCIÓN”.....	48
- UNA BUHARDILLA DE PARÍS... EN MADRID.....	49
- ¡HOTEL SAINT MICHEL!.....	50
- PASEANDO POR VERSALLES.....	52
- DISNEYLANDIA.....	53
- MIAMI, REFUGIO DE VIEJOS.....	54
- CUBA: UNA NOCHE EN LA BODEGUITA DEL MEDIO.....	55
- 24 HORAS A BORDO DE LIMA.....	56

PERSONAS NATURALES Y PROTOTIPOS.

- UN PELIRROJO LLAMADO O´HIGGINS.....	58
- EL GUERRILLERO POR DEFINICIÓN.....	59
- LO QUE ESTABA DETRÁS DE PRAT.....	61
- BALMACEDA.....	62
- UN AMIGO DEL HOMBRE.....	64
- UN GRAN CABALLERO.....	65
- UN TRIUNFADOR: MANUEL ROJAS.....	66
- BENJAMÍN SUBERCASEAUX.....	67
- EN BUSCA DE JOAQUÍN EDWARDS BELLO.....	68
- JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS.....	69
- TEÓFILO CID.....	70
- PABLO Y SU MUERTE.....	71
- LAS VACAS SAGRADAS.....	72
- “HIJOS DE SU PAPÁ”.....	73
- LOS SNOBS.	74
- 24 HORAS EN LA VIDA DE UN SNOB.	75
- ARRIBISTAS Y “ABAJISTAS”.....	77
- EL TERRIBLE TONTO GRAVE.....	78
- COGOTEROS DEL ARTE.....	79
- PSICOLOGÍA DEL BEATO.....	80
- ¿COLÉRICOS O TARADOS?.....	81
- LOS JÓVENES VIEJOS.....	82
- AVARICIA NACIONAL.....	83
- NO SEA TONTO: JUBILE, COMPAÑERO.....	84

Así SOMOS.

- “ALGUIEN” LE ESTÁ ROBANDO ALGO.....	86
- SIUTIQUERÍA CRIOLLA.....	87
- ¿EN QUÉ IDIOMA HABLAMOS?.....	88
- UN PAÍS QUE NO SILBA.....	89
- ¿DE DÓNDE NOS VIENE LO FÚLMINE?.....	90
- ¡ABAJO LA CHAQUETA!.....	91
- ¡AH! LA GRAVEDAD.....	92
- CUIDADO CON EL CARÍÑO.....	93
- EL CHAQUETEO.....	94
- EL AMIGO DEL ESCÁNDALO.....	95

- DEPORTE NACIONAL: VER TRABAJAR.....	96
- PENSANDO CON LOS PIES.....	97
- “EN REPARACIONES”.....	98
- “ESTÁ EN REUNIÓN...”.....	99
- LA COLECTA DE TURNO.....	100
- ¡SEA CHORO!.....	101
- EL TERRIBLE “DESPUÉS” CHILENO.....	102
- EL TERRIBLE “PERO” NACIONAL.....	103
- CONTRA EL VIVO CRIOLLO.....	104
- ¡ABAJO LA AMARGURA!.....	105

LA VIDA EN ESE INSTANTE.

- MIS PEQUEÑOS ROBOS.....	108
- CARTA AL TÍO SAM.....	109
- CARTA ABIERTA AL VIEJO NOEL.....	110
- CARTA ABIERTA A LOS PEDANTES.....	111
- CARTA ABIERTA AL MARQUÉS DE CUEVAS.....	112
- ¡HUICHICHÍO...!.....	113
- ¡VIVA LA NOCHE!.....	114
- ¡SESENTA PESOS!.....	115
- LAS MUJERES COMO NUNCA.....	116
- ¿Y DESPUÉS DE LA MINIFALDA...?.....	117
- ME CARGA LA LLUVIA.....	118
- ¡MUERA LA GRIPE!.....	119
- LA SIUTIQUERÍA.....	120
- EL LENGUAJE DEL <i>WURLITZER</i>	122
- EL TERREMOTO DE LOS POBRES.....	123
- ¿ESCRITORES O GARABATEROS?.....	124
- CANSADO DE DESCANSAR.....	125
- ¿QUÉ DIRÁ EL HUEMUL?.....	126
- MI PROPIO REGALO A WALT DISNEY.....	127
- ENCUMBRANDO UN VOLANTÍN.....	128
- UN BAUTIZO.....	129
- FÚMESE UN POCO DE CÁNCER.....	130

LOS SECRETOS DEL PERIODISTA.

- LO QUE ES EL PERIODISMO.....	133
- LA CONSIGNA: ENTRETENER.....	134
- FRENTE A LA MÁQUINA.....	135
- GAZAPO.....	136
- LA PINTORESCA VIDA SOCIAL.....	137
- CONVERSANDO CON USTED.....	138
- LA ESQUINA DEL CONSULTORIO.....	139
- LA MAGIA DE LOS HORÓSCOPOS.....	140
- UNA TÍPICA ENTREVISTA DE PRENSA.....	141
- LOS ASES DE LA LEICA.....	142
- GAJES DEL OFICIO.....	143
- PERIODISTAS Y RATEROS.....	144
- ¡A LOS MATONES Y A SU JEFE...!.....	145
- LA “CLIENTELA” DE LOS DIARIOS.....	146
- ¡SE ME OLVIDÓ QUE AYER ERA MI DÍA...!.....	147
- 24 HORAS A BORDO DE UN DIARIO.....	148
- LA MÁQUINA N° 5.....	150

AGRADECIMIENTOS.....	151
----------------------	-----

PACTO DE SANGRE: UNA VIDA EN ACTOS.

<<Ser periodista es un destino solitario y solemne en que muchas veces se lucha con la conciencia y la máquina de escribir, para decir la VERDAD Y SÓLO LA VERDAD>>.
Tito Mundt

<<De los muertos se habla en el momento. Posteriormente, suelen venir el olvido y el silencio. Sólo unos pocos, los familiares, los más íntimos, mantienen intacta la añoranza y el recuerdo>>.
Julio Martínez

Santiago Mundt Fierro fue un periodista de excepción tanto en su vida como en su obra. Exagerado a más no poder, hizo de la crónica su hábitat natural y de su tiempo, la época más importante que jamás haya vivido el planeta Tierra. Todo giraba, además, en la órbita del lugar más importante que conoció: Chile, ese lugar austral que por fin llegaba a ser parte del mundo civilizado, porque, como escribe Mundt con su hiperbolización habitual y mostrando de entrada quiénes le gustan y quiénes no, “con mentalidad de empleado público en estado de alerta y preocupado de los reajustes, no se podría haber ganado jamás la gigantesca conquista de América ni haber poblado la tierra que crecía al otro lado del mar. Es el soldado sin Dios ni ley, es el arcabucero que llega a conquistador, es el carne de horca el que funda ciudades y virreinos. El tímido, el pacato, el repetidor de lugares comunes, el tipo igual a los demás, el hombre común, el tonto grave, no tienen nada que hacer con la novelesca hora que vive el mundo”. Así, Mundt formó su propia novela de la vida. Una vida por capítulos.

EL MEDIO.

Todas las crónicas aquí seleccionadas pertenecen al diario “La Tercera de la Hora”, desde su llegada, el año 1955, hasta su muerte en 1971. En 1956, Mundt recibió el Premio Nacional de Periodismo, lo que le dio mayor libertad para abordar la crónica. Además, fue tal su identificación con este periódico, que su velorio se realizó en la Sala de Redacción del mismo. Su “segundo hogar”, pues, le retribuye, con este rescate, su admiración a través de los materiales que dejó como legado en sus páginas.

LA PERSONA.

El “Loco” Mundt, como cariñosamente se le conocía, nació en Santiago en la segunda década del siglo XX, en 1914. De padre alemán y madre española, ambas ascendencias se mezclaron perfectamente en su persona: la practicidad de los teutones y la verborrea hispana marcaron a fuego su pluma. Llegando a escribir más de 12 crónicas diarias, entre cigarros, cafés y noches de bohemia, Mundt construyó uno de los personajes más entrañables del periodismo chileno. Vestido de abrigo beige, sombrero y cigarro en los labios, hizo de sí mismo un prototipo de periodista de película gringa. Corriendo al lugar de los hechos, profanando tumbas por llegar tarde a un fusilamiento y no haber conseguido la foto encargada, escribiendo a toda máquina y hablando como locomotora, logró un lugar en los anales periodísticos de Chile. Como escribió Osvaldo Murray, tres años después de su muerte: “Era inquieto por sobre todas las cosas. Creo que jamás se entibió el suelo bajo sus pies”. Y esas metáforas, algo comunes y, si se quiere, burdas, fueron un clásico de Mundt. Ese era su estilo, la comparación inmediata y cercana, para todo público, como si la crónica fuese parte de una conversación en una plaza cualquiera.

Así entendía el periodismo el estudiante del Liceo de Aplicación y del Liceo Alemán en los años en que esta profesión era, principalmente, prensa y radio. Y en ambos destacó. Mundt sabía dónde estaba parado. Emilio Filippi, en el discurso enunciado el día de su funeral, dijo que Tito Mundt “vivía con rapidez. Pensaba con rapidez. Hablaba con rapidez. Para él no existía la pausa ni aceptaba que los hechos tuvieran baches inexplicables. Con una fecunda imaginación y una facilidad inmensa para captar causas y razones, Tito veía en los hechos los elementos necesarios para la construcción de un reportaje o para la reflexión de un artículo, o para el comentario que no leía sino que improvisaba frente al micrófono.” Es decir, el micrófono o el papel en blanco no eran trabas, sino un rostro a quien hablarle. Y podría asegurar que, ambos, le contestaban.

Esta rapidez para moverse por la vida, quizá su característica más recordada, lo persiguió incluso tras su muerte. En un correo, su hija Bárbara, “la mejor de mis creaciones”, como la llamó alguna vez Tito al ser consultado sobre su obra más lograda, me dijo que los doctores, tras la autopsia, concluyeron que “las ideas en su proceso mental viajaban muchísimo más rápido que su habla, lo que, junto a su asma crónica heredada de mi abuela, fueron la razón de su locución tipo ametralladora”. Y Tito, exagerado, lo traspasó a cada instancia cotidiana.

Esa cotidianeidad fue, aun cuando compartida con España o el viaje como concepto, Chile. Y dentro de Chile, la ciudad de Santiago. El pasado de nuestra capital, su presente, su futuro, la gente que por ella camina, sus cerros, sus calles e incluso sus boîtes fueron una preocupación, grata la mayoría de las veces, para Mundt. Para ejemplificar, extracto una crónica aquí seleccionada. Dice Mundt: “Soy de mi tiempo, de mi época. No me asusto ante nada. No llevo olor a agua bendita ni a incienso en la camisa. Y, además, como chileno que cree en el progreso de su país y de su ciudad, sostengo que las boîtes, los cabarets, los negocios bohemios, los bares, los restaurantes pintorescos y los clubes de jazz, son vitales para que Chile camine en *jet* y no en *landó*, como pretenden algunos”. Lo dice a la cara, sin tapujos. Si el hombre es un ser que tropieza dos veces con la misma piedra, Mundt era de los que a la segunda pateaba el obstáculo lo más lejos posible. Puede que muchas veces nosotros, como lectores, no compartamos la idea de progreso, enfáticamente europeísta, de Tito. Pero de que tenía las ideas claras (y de esas nadie lo movía), no hay dudas, aún cuando esa claridad terminara en formas no definidas. Mister Huifa, pseudónimo de Renato González y uno de los mejores amigos de Santiago Mundt, escribió: “A Tito le faltaba tiempo, sus ideas venían en forma tan atropelladora que no alcanzaba a realizarlas, a darles forma”. A veces, las ideas terminaban gordas e inabarcables; otras angostas como esa faja que es Chile. Y Chile, tanto geográfica como emocionalmente, es el eje de este libro. El 2010 se cumplen 200 años de la patria, y qué mejor rescate que la visión de uno de los primeros Premios Nacionales de Periodismo, quien quería, por sobre todas las cosas, a su nación. Así, anticipándose al motivo de este libro, Mundt escribió el 4 de abril de 1966: “Un país falto de imaginación tiene que recurrir a la memoria y concretamente a las *Memorias*. Nunca han estado más de moda los recuerdos históricos y las miradas al pretérito que en estos momentos. Una nación sin presente tiene fatalmente que mirar hacia atrás, como la bíblica mujer de Lot, y ver cómo fue en el pasado”.

Cuesta creer que algo escrito hace casi 50 años tenga tanta vigencia. Puede que en aquel entonces Chile estuviese lleno de amargados, de jóvenes viejos, de vacas sagradas, de cuánto personaje pedante se quiera, como le gusta remarcar. Pero fue este pedazo austral de tierra la que lo conformó hasta el punto de tener, como frase de batalla, la enunciación “Viva la vida, muera la muerte”. Oración que, en palabras de su hija, lo refleja de cuerpo entero. Éste es Tito Mundt. Este es el Chile de Tito Mundt.

EL REPORTERO. AUGURIOS.

El diario *La Prensa* (10-06-1972), un año después de la muerte de Mundt, publicó lo siguiente: “El periodismo, al igual que todas las carreras, tiene jerarquías, escalafones. Hay jefes de Crónica, jefes de Informaciones, Subdirectores y Directores. El estado llano lo forman los reporteros, los “cazanoticias” que, lápiz en mano y con sus papeles de apuntes, alimentan esa insaciable boca que es un diario. El reportero es la esencia del periodismo, el símbolo de una profesión hermosa como una mujer. Quizá por eso, Tito Mundt siempre fue reportero.”

Mundt, siguiendo con la cita, gustaba de ser el centro, pero no uno llamativo ni falso como volador de luces. Mundt estaba al tanto de cuanto ocurría y, errado o acertado, tenía respuestas para todo. Era, y así entendía el periodismo, un imán de su entorno, en donde todo era noticia. La mujer que bamboleaba sus caderas por el centro era igual o más importante, en columnas periodísticas, que un golpe de estado en Nicaragua o la construcción del metro. Todo era merecedor de un párrafo, porque todo lo tocaba.

Haya sido dirigiendo o como “cazanoticias”, Mundt estaba alerta. Los diarios, la radio, en sus últimos años la televisión y los libros, llenaban su tiempo, avanzando o retrocediendo en la historia de la Tierra. Emilio Filippi, en el discurso fúnebre antes citado, leyó: “Tito fue reportero, columnista, jefe de redacción, subdirector y director. No puede decirse de él que hiciera técnicamente carrera, pues tal como era su vida, Tito Mundt subía y bajaba en los peldaños de los escalafones sin perder en nada su dignidad y su calidad”. Era, en palabras de Enrique Ramírez Capello, sacadas de una carta a Bárbara, un “reportero de ejercicio personal. Desarticulador de cinismos, infractor de protocolos, fugitivo de boletines y conferencias de prensa. Tuvo multitud de pasaportes, con timbres de París, Madrid, Buenos Aires, trinidad que lo subyugaba [...] No avisaba a sus editores del diario ni de la radio. Ni a tu madre. Llamaba de un aeropuerto en llamas, la antesala de un presidente europeo, la celda de un asesino...”. Todo debía hacerse a paso rápido, porque así se construía la historia y no quería perderse de nada.

Por esto, uno de los logros más impactantes de Mundt fueron sus vaticinios publicados hace ya medio siglo. Y esta vigencia de algunas de sus crónicas es uno de los ejes que me movieron para su selección. Por ejemplo, cuesta creer que a sólo nueve días de la llegada

del hombre a la Luna, haya predicho un final alienado de los astronautas cuando todos les auguraban el cielo en la Tierra. Es cierto que sus nombres aún hoy son muy reconocidos. Pero Mundt logró ver que, tras aterrizar, comenzaría un nuevo periplo eterno de viajes y estrechadas de mano a lo ancho del globo, desintegrándoles su humanidad. Tal como ocurrió. Ni Aldrin ni Armstrong tuvieron el reposo merecido de una vejez en calma. Armstrong es un introvertido personaje que jamás se desmarcó de la conferencia espacial y Aldrin lucha con su adicción al alcohol, intentando renacer de ese tiempo pasado mejor. Tal vez Collins duerma plácido, pero él no bajó de la nave. Puede que haya tenido a mano el vía crucis de Ira Hayes, pero no creo que nadie, sólo nueve días del alunizaje, predijera un final infeliz.

A su vez, y además del libro “Papel Manchado”, de 1966, que vaticina un golpe de estado en Chile, proyecta situaciones tan vigentes que cualquier día de estos podrían aparecer en los diarios. Cuando se firmó el acuerdo para la construcción del metro, Mundt soñó con el fin de las colas interminables y una verdadera solución en el transporte colectivo. Si a cincuenta años seguimos discutiendo lo mismo, pues se ve que no hemos avanzado mucho.

Mundt hablaba, se movía, fumaba y escribía tan rápido, que repetía continuamente los temas, quizá sin recordar que ya los había tratado. Esta dificultad en el proceso de selección de estas crónicas, se traspasaba a la forma en que narraba. Parafraseando a Alberto Spikin-Howard, podemos decir que su estilo era brillante, actual, de frases cortas. Rápido, repetido e improvisado. Con cerca de treinta variaciones de un mismo tema, era un maestro de la variación, como los compositores clásicos. Luego, Ricardo Latcham, haciendo hincapié en su estilo personal, dice que su prosa machacaba los adjetivos y las repeticiones. Era una prosa liviana y metafórica, llena de dinamismo. Porque Mundt era aficionado, como dije, a los superlativos y a la exageración. Y si dijimos antes que las distintas aristas de su personalidad no pueden separarse, tenemos la anécdota de su matrimonio con Kanda Jaque, la actriz recientemente fallecida. Mundt acompañó a su novia de aquel entonces a escoger el vestido de novia 26 días antes de la ceremonia. Quien atendía era Kanda. La vio, se encandiló y terminó casándose con ella, sin mover la fecha que ya tenía agendada.

Esta rapidez, de la cual estaba más que consciente, sabía que era una mala costumbre y que muchas veces su auditorio le perdía la huella por la velocidad, la falta de modulación o la

infinidad de direcciones que tomaba la conversación. Pero tenía una explicación para todo. “Cuando trabajé en la Bolsa de Comercio hace años –escribió el 12-08-1966–, se me pegó la manera de hablar del martillero. Más tarde en el periodismo, creí que las cosas había que entregarlas al tiro para que llegaran velozmente a las máquinas y partieran en el mínimo de tiempo a la calle.” Mundt se debía a su interlocutor, ya sea oyente o lector. Y acataba, a la perfección, las reglas de ese juego.

Muchas de las crónicas aquí seleccionadas claman por notas explicativas a pie de página, pero, como editor e investigador, no las creí convenientes. Si su escritura, por raro que parezca, es una extensión de la oralidad, no tiene por qué tenerlas. Los diarios no las tienen ni las conversaciones. Preferí mantener los vacíos que deja la narración, intentando que se completaran con el orden interno del libro. Las crónicas van unidas, una tras otra, de forma temática y no cronológica. Se repiten entre sí, apuntan al futuro para luego volver al pasado, hacen guiños a la historia mundial a sabiendas de que su centro es Chile. Imprecan, vociferan, repasan ciertas actitudes clamando por soluciones. Era su estilo particular de referirse a las cosas. Era su manera de hacer periodismo. Sólo en un caso dejé la nota al pie, por tener un final que Mundt hubiese esperado. Porque “no hay nada más curioso que el valor de las palabras. O, por lo menos, de ciertas palabras. Yo me llamo Santiago Mundt. Me puse Tito Mundt hace años, para teclear a máquina a gusto y llegar a ser eso que resplandecía a través de mis más lejanos sueños de muchacho y que se llama “ser periodista” (26-01-1967).

Bárbara, su hija, remata: “El periodismo era su sangre”. Y la sangre, si bien tiene un patrón de recorrido, a veces explota variando los caminos. Este orden desordenado de la sangre, pues, es lo que este libro replica en torno a la figura de Tito Mundt.

EL VIAJERO BOHEMIO.

Hablando de Manuel Rojas, pero aplicable a su persona, dijo una vez: “No hay cosa que eduque más que la vida sin destino fijo”. El viaje es la herida que lleva a la sangre al exterior, a conocer qué y cómo es quien la transporta. Y de estas heridas, al extranjero, nocturnas, amistosas, etcétera, Mundt conoció muchas.

“Para realizar el simple deporte de viajar, hay que saber llevar algo previo en los bolsillos del abrigo”, escribió el 10-08-1958. Porque con él, decimos que hay dos tipos de viajeros:

Quien viaja a recorrer los puntos de la guía turística, que no ven nada y se quedan sólo con la frase hueca de poder decir, “Cuando estuve en Europa”; y los otros, quienes han “sido empujados al viaje por la mano mágica y el arrebató invencible de ver y vivir lo que hay más allá de la cuerda del horizonte. Los primeros les dejarían chiches y boletos de tranvía a sus nietos. Los segundos, una montaña maravillosa de recuerdos” (12-12-1957).

El viaje nocturno le llevó a decir que es “en la noche cuando se conoce una ciudad. Yo conozco casi todos los cabarets, bares, boîtes, cavas y discotecas del mundo. He estado en 42 países y le he sacado el jugo a la noche” (09-05-1970). Su vida fue un intento constante por exprimir todo cuanto pudiera ésta ofrecerle. “Fueron 55 años equivalentes a un par de siglos. Vividos intensamente. A su manera. Mitad realidad, mitad fantasía. No era cierto todo lo que contaba Tito Mundt. Pero agradaba creerlo. Había que aceptar su relato, porque él lo creía. Era esa su verdad”.

Si la infinidad de crónicas que dejó, la repetición de los temas, lo inabarcable de los mismos, la cantidad de premios, viajes y becas que obtuvo, esa red interminable de amigos, etcétera, no bastara para graficar el arduo proceso de esta selección, ahora debemos sumarle su afición por la inventiva. Cecilia García Huidobro me dijo una vez que había quienes postulaban que Mundt, el gran trotamundos del periodismo chileno, jamás salió de Chile. Con esto, arrojaría por la borda uno de los temas de la recopilación que tienen en sus manos (“Topografía de un paseante hiperkinético”) y que lo situaría en una posición más adecuada para un estudio psiquiátrico que para un libro. Pero estos supuestos de algunos para con Mundt y su vida en el mundo de las ideas platónicas, no es así.

El día 27 de noviembre de 2007, en una conversación con Jorge Edwards, el narrador me dijo que le constaba que Mundt era un gran viajero y que, al menos, una vez viajó, ya que cuando era Agregado Cultural en París, Mundt le pedía prestada la máquina de escribir. Pero esto no esclarece del todo el problema. En la misma conversación, Edwards me dijo que el día 11 de julio, Mundt había despachado a Chile la crónica sobre el día nacional de Francia. En la celebración, todo el mundo se cuadraba frente al general De Gaulle, los aviones surcaban los aires dejando un rastro de humo con los colores de la bandera francesa e incluso se habían escuchado cánticos contrarios al traidor Pétain. El único problema, entonces, es la fecha: ¡el día nacional de Francia es el 14 de julio! Pero Mundt era periodista (esa era su explicación) y la noticia debía estar en el momento justo, no dos o tres

días después, como hubiese ocurrido si lo escribía el mismo día. “¿Que pasa si llueve?”, le dijo Edwards. “No importa, en Chile nadie lo sabrá”.

Y así se movía por instintos. La sangre del viaje, como un corazón en relación a sus arterias, le indicaba cuál camino tomar. “Yo he estado tres veces en España. La primera, hace cinco años. Cuando vi al primer Guardia Civil, le dije: Déjeme abrazarlo. ¿Por qué?, me respondió. Por ser español, que es una de las cosas más serias que hay en el mundo” (18-07-1958). Si esto no grafica lo impulsivo y exagerado que era Mundt, pues no sabría encontrar otro ejemplo.

La distancia le da a este tipo de anécdotas el cariz del humor, lo que potencia este rescate. Si hablé ya de la vigencia como uno de los motivos de selección, y se subentiende que la calidad de las crónicas es otro, los dos que restan son el carácter ilustrativo de su personalidad y, precisamente, el humor. El humor tiene, inherente a sí, el concepto de atemporalidad. Pueden pasar los años, los siglos, los viajes que nos cambian, pero el humor sigue incólume. El capítulo “La vida en ese instante”, que busca replicar el saber común de que a segundos de la muerte la película de la vida pasa ante nuestros ojos, tiene ese fin. Rescatar las emociones más instintivas de Tito Mundt: el enojo, la risa, los gustos, sus ideas fijas. Es, quizá, el más caótico de los capítulos en cuanto orden interno, mas va, paso a paso, o piso a piso mejor dicho, intentando emular las imágenes que Mundt recordó al momento de su trágica caída.

El 10 de junio de 1971 fue el fin de Santiago Mundt Fierro. Había desaparecido el último gran reportero.

EL MUERTO.

Según relatos de testigos presenciales, alrededor de las 17 horas, Mundt se levantó y caminó por la terraza.¹ Repentinamente resbaló y se precipitó al vacío, pasando por encima de una baranda de protección de escasa altura y rebotando en una saliente del piso inferior, la que desvió su caída hacia la calle, pese a su desesperado intento por aferrarse a los pilares de un toldo que allí había. Ante el horror de los transeúntes de esa céntrica esquina, su cuerpo cayó encima del taxi Simca 1000, manejado por Maximiliano Negrete, y

¹ Del piso 12 del restaurant *Sportsman Club*, ubicado en Estado #215, esquina Agustina.

provocó heridas de consideración a Gladys Fantuzzi, que en ese momento se aprestaba a ocupar el coche.

El telegráfico reporte del Mercurio (11-06-1971) da cuenta de la muerte de Tito Mundt, quien desde muy pequeño se equilibraba por sobre los más insólitos lugares, como los arcos del puente Pío Nono, espantando a su abuela más de una vez por andar en las canaletas de su casa de Libertad #450.

Lo curioso es que nuevamente se adelantó a los hechos y escribió, en referencia a un amigo, las palabras de su final. Su epitafio. Hablando de la muerte de Alfredo Allende, escribió: “Los socios del *Sportman* eran la prolongación de su familia. Era más que un club o que un restaurant para almorzar o comer rápidamente. Para jugar un cacho o un dominó. O tomarse una copa entre dos cigarrillos. [...] Era su casa. Su hogar. Su castillo solitario y su cuartel general. [...] Será en esa mesa donde habrá desde ahora un asiento vacío, y eso que nunca ha sido más preciso y más certero: un vacío no difícil, sino imposible de llenar” (21-09-1966).

Tito Mundt había llegado a Chile el 25 de mayo de 1971 con el fin de recopilar información y fotografías sobre el Chile de Allende, para un libro que tenía en preparación. Dejó a Kanda y a Bárbara en Madrid, donde vivía hacía unos meses, y visitó la tumba de su madre apenas pisó suelo chileno. De ella, tal vez, heredó su histrionismo, exageración e idea fija. María Fierro vistió de café desde el día en que enviudó hasta su muerte, unas semanas antes que Tito. A sólo 16 días de llegar a su patria, murió él. Pero no era la primera vez que la muerte le visitaba. “El siete de septiembre de 1951, agonicé durante media hora en el viejo Hospital San Vicente de Paul. De cinco médicos, cuatro dijeron que mi caso era perdido. Tenía cinco enfermedades y cada una de ellas, separadamente, eran fatales. Gustavo Girón dijo: Si éste niño ha hecho gimnasia cuando chico, puede salvarse. Me salvé. Seis días después de salir del Hospital, volví a la radio y hablé sobre ella, sobre esa camarada invisible que tantos millones han conocido hasta la fecha y que tú y yo conoceremos algún día. Esa dama transparente que nos está esperando, fumándose un cigarrillo, en una esquina remota del camino, que mira impaciente el reloj y que está impacientemente nerviosa. Me carga, la odio, no la trago. Me gusta la vida y no la muerte” (24-06-1967). Pero no se puede escapar de ella, menos cuando se la ha buscado inconscientemente. Claudio Solar recuerda un pasaje: “Un colega le advirtió que el café y el cigarrillo lo iban a matar. A lo que Mundt

replicó: A mí no me mata nadie, tengo un espíritu tan independiente que sólo me puedo matar yo”. Y así fue. Se mató solo por hacer juegos de equilibrio en una sobremesa algo regada.

EL NACIONALISTA.

Anticipé líneas antes que Chile, junto al periodismo, a su mujer Kanda Jaque y a su hija, era el tema central de Mundt y, por ende, el eje de este libro. Como dijo Emilio Filippi, Mundt era un viajero impenitente, pero antes que nada era un chileno errante, que “llevaba nuestra nacionalidad con una dosis sobrecargada de sano nacionalismo, a todos los rincones del mundo”.

Le preocupaba su geografía física y humana. Le urgía su propensión al olvido. Le dolía su inactividad. Muchas veces “se fue” de Chile, pero antes que el despegue, creo que viajaba para volver, para experimentar esa extraña sensación de alejamiento de lo conocido, para echar de menos su Chile y para ver qué le esperaba al regreso.

“He vuelto 14 veces a Chile. [...] Siempre me ha impresionado la vuelta. No se trata de los kilómetros de distancia, sino de la distancia sentimental y moral. No se trata de irse, sino de volver. Y de saber volver. Siempre se vuelve a Chile. Esta tierra encantada y mágica, que se balancea entre Los Andes y el mar, atrae como un imán. Tiene algo que nadie sabe cómo se llama, pero que agarra con dientes de hierro... Algunos lo llaman oficialmente el patriotismo. Otros lo titulan amor al terruño. Los más escépticos creen que se trata de un viejo complejo que tiene olor a siglos y que sería, en definitiva, un poco el niño en busca de la madre. [...] Por algo los huesos de mis abuelos están hundidos en esta tierra. Por algo vine con sangre extranjera a anclar por estos lados. Por algo sentí el frío en el alma y la piel cuando, a través de la ventanilla, vi las primeras luces vacilantes de Santiago... ¿Qué quieren...? Esto le pasa hasta al más frío de los viajeros. Esta pequeña y cadente palabra llamada Chile, viajó conmigo como maleta de contrabando. Por eso volví, como habrían vuelto ustedes” (11-05-1958).

¡Qué injusto hubiese sido si, tras este párrafo, la muerte le hubiese esperado en una esquina de Madrid, París o Londres! Mundt soñaba con morir, de viejo, en un pueblito español donde el cura y los burros levantarán polvo al caminar y este se impregnara en las paredes blancas de esas villas de Andalucía. ¡Que injusto sería dejar pasar el recuerdo, las

memorias, de un hombre que quiso tan profundamente a Chile! Doscientos años es poco para un país. Mundt lo sabía y le pesaba. Soñaba con un pasado eterno, como el europeo. Pero en el extranjero camuflaba este pesar y hablaba de Chile como si fuese El Dorado, ese anzuelo que los europeos persiguieron por años. Cambiaba el motivo de envidia. Escondía su punto para hacerles ver a españoles, franceses, ingleses y alemanes la mala suerte que tuvieron de nacer allá. Y como los naturalistas, Mundt sabía que ésta, nuestra geografía, le había moldeado su carácter con todo lo malo y lo bueno que tenía, y tiene, Chile. Estas crónicas, pues, son el sentir de su carácter. Son el atlas de su vida, porque “hay gente a la que le basta un gesto para pasar a la pequeña historia nuestra. Esa historia cotidiana, hecha de pequeñas cosas casi domésticas, construida de rectitudes sencillas y corrientes, pero que deja una estela de enseñanzas” (22-05- 56).

Lucas Vergara Brunet

CHILE: UNA HISTORIA OLVIDADA A PROPÓSITO.

A este país le carga la historia. Fuera de unos caballeros viejos que escriben de vez en cuando algunos libracos, el resto de la nación mira despectivamente el pasado.

Claro que hay placas para recordar algunos hechos. Claro que los colegios visitan el Museo Histórico y llegan hasta dos o tres lugares cargados de tradición y de recuerdos. Y claro, finalmente, que tenemos una generación de titanes que nos dieron a conocer lo que pasó hace muchos años en esta larga y angosta faja que tiene una biografía apasionante.

Pero no basta. Falta algo más. Falta, precisamente, lo que sobra en la vieja Europa, que combina hábilmente el turismo con el recuerdo del pasado. París es un museo; Londres, una biblioteca; y Madrid, un archivo.

Pero Chile es joven. Santiago anda de pantalón corto. La historia nuestra tiene escasamente poco más de cuatro siglos. Y, naturalmente, faltan aún cosas que estremezcan la conciencia y pongan de pie el alma para mirar, emocionadamente, hacia atrás.

Todo esto lo decimos, porque se demuele en estos momentos –en estos mismos momentos y a esta misma hora en que usted lee estas líneas– una de las pocas casas con historia que quedaban en Santiago.

Es en la calle Amunátegui entre Agustinas y Huérfanos. Una casa de dos pisos. Una casa vulgar y silvestre, triste y anónima que hasta la semana pasada levantaba sus sillares a dos cuadras de La Moneda, y que tenía una historia maravillosa y trágica al mismo tiempo.

Volvamos las hojas del calendario. 1891, la revolución, la guerra civil, la sangre, la muerte, Concón y Placilla. El Presidente contra el Congreso. Todo el país con las armas en la mano. Se levanta la Escuadra; Batalla de Pozo Almonte, Matanza de Lo Cañas. Fusilamiento de Ricardo Cumming. Derrota. Salida de Balmaceda de la vieja Casa de Toesca. Los congresistas camino a Santiago. Breve presidencia de Baquedano. Llegada de Jorge Montt, saqueo, etcétera.

Pues bien, una mañana –una mañana tibia, con el sol cuadrado militarmente en el cielo– alguien escribe una carta en una casa de la calle Amunátegui. Es la Legación Argentina y allí está refugiada desde hace 20 días...

El hombre cierra la carta, saca un revólver con cacha de plata, se lo coloca en la sien y dispara la última bala de la revolución...

Es el Presidente Balmaceda que no ha levantado bandera blanca ni se ha rendido al enemigo, y que así –con la muerte a la diestra– gana la última batalla de la sangrienta Guerra Civil.

Esa es la casa de dos pisos que están demoliendo en estos momentos.

¡Así se hace historia en Chile!

Hace años, unos gallos se tomaron el cerro. Los gallos se llamaban los chilenos y el cerro era el Morro de Arica.

Un capitán inglés, que estaba en la rada en aquellos días tricolores de 1879, hizo una apuesta con un capitán francés de que los chilenos se lo tomarían en una semana.

El francés contesto despectivamente:

- No se lo tomarán jamás.

Los chilenos (tome nota, amigo lector) se lo tomaron en 45 minutos.

En 45 minutos treparon las gibas, saltaron sobre las minas enterradas en la tierra, pusieron a medio mundo manos arriba, cruzaron como celaje de acero con la bayoneta en la mano, y finalmente clavarón la estrella solitaria entre las demás estrellas.

En ese tiempo Chile no era un país triste y amargado, sino una gran Nación.

Un barco chileno sobre las aguas del Pacífico era tan importante como un barco inglés. En California le habían dado cancha, tiro y lado a los yanquis. Aún se recuerda (como me lo decía hace 15 días el novelista Fernando Alegría en San Francisco) el paso de unos aventureros que habían llegado sin ni cobre, pero con la pana y el corvo, hasta la bravía tierra donde asomaba la dentadura del oro sobre la piel de la tierra.

¡Ah, los chilenos...!

En ese tiempo no querían jubilar a los 40 años, ni hacían colas frente a las micros. No andaban con los ojos quemados por la envidia y creían en la pana y en el coraje. La guerra la hacían los civiles vestidos de militares, y en las penumbras de las tardes más emocionantes había unas novias que no fallaban y que le pedían a su amado únicamente un parche sobre el pecho.

Y los parches se llamaron Chorrillos, Miraflores, Tarapacá, Huamachuco, La Concepción, Iquique y otros lugares que Dios tiene en su velador, a la diestra, como recuerdo de lo que fue un gran país.

En esa época no se jugaba al dudo ni se perdía el tiempo salvando técnicamente el país con frases cliché. En esos bravos años que se fueron, la valentía estaba en el orden del día, y cuando se decía “¡A la bayoneta!”, era a la bayoneta.

Siempre esperaba detrás de la última colina enemiga una medalla tricolor y una novia emocionada.

Anteayer fue el día del Morro. Ayer, algunos melancólicos viejos se acordaron que en los días del hierro del 79 se había dado clase de pana bajo el cielo inmóvil de Arica. Unos actos fríamente oficiales recordaron el hecho. Pero yo, que vengo de vuelta y que he andado por caminos en que no se conoce el nombre de Chile, he querido evocar otra patria, otros tiempos, otra historia y otros hombres, en que la bandera de la estrella solitaria se subía sola sobre todos los mástiles del mundo. Y allí ardía como una fogata.

Y me pregunto con la frente llena de escepticismo y de arrugas: ¿Volveremos algún día a ser los mismos que tomaban aguardiente con pólvora en los días de fuego de 1879?

Parece que en El Morro se hubieran subido algunos inolvidables tipos solitarios que hacían chistes sobre la muerte.

Por lo menos a este llano, ¿volverán algún día?

150 años tiene la bandera nacional. La misma que ha sido cantada en todos los idiomas, a través de todos los versos y exaltada en todos los himnos. No hay poeta que se respete que no le haya dedicado un par de poemas, y ensayista que se precie de tal, que no haya echado su cuarto a espadas en estos días...

Chile tiene la bandera actual desde 1817. El decreto respectivo fue firmado por O'Higgins y por su Ministro Zenteno. Antes teníamos la de la Patria Vieja, que parecía una desmayada ensalada de colores. La actual es precisa y sobria. Tres colores. Y los más lindos de la paleta. Los mismos colores de la francesa, pero combinados de otra forma. Vista de lejos, la del orgulloso Estado de Texas se ve igualita a la nuestra. Cuando estuve hace años en el siniestro Dallas, me equivoqué varias veces. La paraguaya y la panameña también apelaron a los tres tonos clásicos: rojo, azul y blanco.

Hay mil interpretaciones para averiguar por qué los usamos. El blanco es la nieve; el rojo, la sangre y el azul, el mar. La estrella le pone el sabor náutico que hizo decir a don Emilio Rodríguez Mendoza y más tarde a Benjamín Subercaseaux, que no había insignia en el mundo que se viera mejor en lo alto de los ágiles mástiles que la nuestra. Y es cierto. No se trata de ser chileno y encontrar bueno todo lo nuestro. Hay banderas y banderas. Pero esa estrella hace clavar la vista en el cielo. El azul ayuda para sentirse entre las nubes más lejanas y cerca de los pájaros más audaces. El blanco nos hace trepar a los Andes y conversar de paso con cóndores, águilas y otros símbolos de potencia y de coraje. El rojo habla del fuego, de la sangre, de la guerra y del combate.

Es justamente el símbolo exacto para un país que lo mejor que tiene es el cielo, la cordillera y una historia hecha precisamente del rojo líquido y de la pana nacional.

Pero antes que nada, está la estrella. El pequeño diamante de cinco puntas prendido como una bélica condecoración en el pecho azul, se agrega a Cochrane, a Prat, a Condell, a Serrano y otros bravos capitanes.

Hay que estar fuera del país para darse cuenta de lo bonita que es. Lo decimos saltando por encima de xenofobias y patrioterismos trasnochados.

No, señor. Solamente por estética. En medio del cielo color hollín de Londres o flameando alegremente entre palmeras tropicales en Centro América o en el Caribe, es una fiesta de color y gracia.

Parece simplemente una muchacha bailando una cueca en medio del viento. Y desde hace un siglo y medio es el pañuelo de Chile, agitado tantas veces entre paradas militares, cargas de caballería o abordajes definitivamente incrustados en la Historia.

En la grande. En la con mayúscula.

La primera noticia de la revuelta de Chile la tuve en Salamanca. Estaba visitando la célebre Catedral, cuando “algo” me avisó que pasaba alguna cosa rara lejos de España y nada menos que en la capital del país. En un café de la calle Quevedo, un señor leía el diario y alcancé a leer el título: “Ola de asaltos en Chile... La masa enfurecida carga contra la policía...”. Se me olvidó el café, la buena educación y Salamanca misma, y volé a la Catedral para contarle a los camaradas Carrasco y Montoya lo que pasaba en Chile. A la media hora estaba en el diario local. Eran las 11 de la mañana. No había nadie. Los españoles se levantan a mediodía y los periodistas a las 2 de la tarde. Tratamos de ponernos en contacto con Madrid. Nada. En la noche leímos los diarios del día anterior. Se hablaba de docenas de heridos. Me traté de conseguir la prensa francesa. Prácticamente imposible en una ciudad de provincia en que tarde, mal y nunca llegaban los diarios de Madrid. A los dos días llegamos a la capital. El “ABC” hablaba de “desórdenes en la calle y de acción del comunismo”. La Embajada de Chile en Madrid publicaba un comunicado diciendo que el Gobierno dominaba totalmente la situación. Me arrojé de cabeza en los diarios franceses. En el “Fígaro” se hablaba de “un *putch* completo del PC.” Una revista –magnífica, entre paréntesis–, “L’Express”, de Mendes-France, hacía un comentario general y decía que “el señor Ibáñez era hombre duro y que no toleraría la acción del comunismo”. Los diarios ingleses que llegaron a Madrid, los tuve en mi cama a la mañana siguiente. Se aludía a lo de Chile como una “revolución abortada”. Los títulos de los de Madrid hablaban de “asaltos a armerías y fusilamientos en la calle”. El diario “Arriba”, de la Falange, publicó a los cuatro días (récord) fotos de los baleos. Se veía la Alameda y los carabineros apuntando sobre la masa. El disco era el mismo: el comunismo en acción. Cuando surgió el nombre del diputado Palestro, varió la agujita de la deducción a la distancia. Se habló del PSP y de una revolución con todas las de rigor. La Embajada habló oficialmente de 21 muertos. En la misma tarde, la U.P. dijo que se trataba de 34. Con algo de olfato bastaba para darse cuenta que se trataba de más, de mucho más. Llegó la primera carta. Se decía que los muertos subían de 100. Un pariente de uno de los chilenos residentes en Barcelona, habló por teléfono y dijo sombríamente: “Nos están disparando en pleno centro... No podemos salir...”.

La noticia corrió como agua –como agua ensangrentada– entre los cientos de chilenos que viven en España. Si se hablaba oficialmente de 100, era porque había muchos más. Una carta llegó a los cinco días. Era de un médico que había trabajado en la morgue y que decía escuetamente que había tratado más de 1.000 cadáveres, víctimas de los tiros. Los diarios españoles, franceses, ingleses e italianos que se vendían en Madrid hablaban del “bogatizo chileno”. A una amiga comunista le llegó una carta que era para poner los pelos de punta: “La sangre ha corrido como agua en las calles de Santiago... Ni en los días del 91 ha habido más muerte callejera...”. Y ahora –esta tarde del 19 de abril, con los diarios “La Tercera”, de hace una semana, “Última Hora”, “Vea” (la requisada), “Topaze”, con las páginas interiores entintadas, “El Debate”, “El Mercurio”, “La Nación”, etcétera, comenzamos los chilenos a darnos cuenta lenta y dolorosamente de cómo fue realmente la sangre que corrió en las calles de Santiago...

Una cosa dolorosa. Yo he estado dos años prácticamente en Europa (París y otros puntos). Esta es la primera vez en 50 años que la prensa europea le da 5 y 6 columnas a una noticia de Chile.

¡Y tenía que ser, naturalmente, con su cortejo de balas y de sangre...!

Ha llegado por fin a Chile la famosa Hula Hula. Llegó hace tres días y ya se han vendido más de mil. Las compran especialmente las señoras gordas y los caballeros obesos.

En Estados Unidos han provocado furor. Son más efectivas para bajar de peso que todas las pastillas que se han inventado y que los famosos sistemas para “adelgazar comiendo”.

Pero este es un aspecto de la famosa ruedita que, en breve, será más popular que el Rock and Roll y la Coca Cola.

La rueda se usa agitando las caderas con el mismo ritmo ondulante y sensual que lo hacen esas niñitas piluchas que pueblan Hawai y Honolulu. El bailarín agita las caderas y trata de que la acariciante rueda se deslice a lo largo del cuerpo sin caer al suelo.

Esto hace que la cintura se afine y que de una matrona respetable pueda salir fácilmente una sífide.

Claro que tendrá otras consecuencias más simpáticas y positivas. Aparte de adelgazar y afinar la silueta, le da al cuerpo de la mujer un flexibilidad felina que no tenían, precisamente, nuestras mujeres. Alguien dijo: “Las chilenas caminan como pato”. La frase se publicó en un diario y produjo una verdadera conmoción. La verdad es que frente a las muchachas de Cali, de La Habana, de Sevilla, la chilena resulta más elegante, pero más lenta y estatuaría para andar. Le falta algo de ese endemoniado agitar de caderas que se da únicamente en el trópico, al pie de una palmera y con un par de monos titíes en las cercanías.

La nueva rueda soluciona el problema. Dará una manierita de andar a las niñitas nacidas en esta tierra que nos pondrá cuadrados los ojos a los hombres. Y en estado de alarma a las seráficas señoras de la campaña moralista.

Y que conste que, por razones obvias, no insistimos en otro aspecto igualmente: el indudable aumento de la población que se producirá muy en breve. Y la superproducción de guaguas...

Pero no sigamos que a lo mejor nos oye algún casto jovencito moralista y nos manda presos por sicalípticos.

“El país está perdido...”. “No tiene remedio...”. “Corremos hacia el abismo...”. “La inflación que sacude a Chile es la más grave de los últimos años...”. “La incompetencia del Ministro de Hacienda es Intolerable...”, etcétera.

Las frases parecen de ahora, pero las estoy copiando de viejos diarios y revistas de hace 50 años. El Presidente de la República era don Pedro Montt y la gente iba al Politeama a ver a Pepe Vila; no había autos en Santiago y los únicos taxis que existían eran las victorias. En vez de focos, teníamos faroles a gas, y había que viajar en carrito con caballos. Pero el tono era el mismo. E igualmente el país no tenía remedio y estábamos perdidos. Siempre estamos perdidos. Chile salta de una catástrofe a otra. El peso baja y el dólar sube, la vida encarece en forma alarmante y los artículos de primera necesidad parten en cohete atómico hacia las nubes. No ha cambiado nada desde el romántico y lejano 1910, al trepidante 1964. Parece que hasta los diarios fueran los mismos. Leo un editorial. Si lo que dice el grave caballero de cuello corta-fuego que escribe a mano y casi con pluma de ganso es cierto, el país está al borde de la quiebra y una casta sin corazón y sin entrañas gobierna la larga y tolerante faja de tierra que llamamos Chile. Y si leemos los artículos que van en el interior de las amarillentas páginas que tenemos a la vista, la situación económica, política y social no puede ser más desastrosa. Los políticos son una mata de vivos y de sinvergüenzas y no hay Ministro que no debiera ingresar a la cárcel sobre la marcha. El pobre Presidente no tiene idea de la marcha de la Hacienda Pública, y los Ministros son unos perfectos colgados que estarían caros para suches grado 20.

Eso pasaba hace 10 lustros. En 50 años más será lo mismo. Ya estaremos en la Luna, se hablará de guerra inminente entre Urano y la Tierra, y el buen planeta Marte iniciará una política de coexistencia pacífica; los habitantes de Venus vendrán a los cursos de verano de la Universidad Santa María; el Teatro Experimental dará la optimista y alegre obra “Mátese a pausas”; Lucho Córdoba seguirá dando “En los tiempos de don Arturo”, y en el Imperio se pasará aún la película “Il Sorpasso”. Y el tono de la prensa será exactamente igual...

No, amigo lector. No hay necesidad de que se gaste la vista leyendo la prensa de hoy y amargándose la vida con un país como Chile que no tiene remedio y que marcha a 200 kilómetros por hora hacia el caos y la quiebra más absoluta. Igual cosa leyeron espantados nuestros abuelos que andaban de levita, y lo mismo leerán nuestros nietos, que estarán haciendo cola para pasar el *weekend* en la luna.

Lo único que habrá cambiado será la fecha de los diarios. Nada más.

Santiago está actualmente bajo la niebla. Pero no se trata de una ingenua niebla cara a los pintores y poetas, sino el feo, el incómodo y el antihigiénico smog.

A ratos, la capital de Chile se siente Londres con Abadía de Westminster y todo. Un Londres con Jack el Destripador y hasta con la peluca de un Lord a la pasada.

Pero como somos jóvenes (apenas cuatro siglos en el mapa...), no tenemos bruma detectivesca ni criminal, sino una vulgar niebla hecha de mugre, hollín y humo. De mala calidad, sucia, y triste. Mortecina y fantasmal. No tiene gracia ni donaire, ni sirve para la paleta de un Turner ni para una acuarela del Chico Roa.

¡No, señor!

Es sólo suciedad y microbios que se pasean pesadamente por el aire y caminan por el escaso viento que sopla débilmente al anochecer.

¿Quién tiene la culpa?

Todos. Desde el incinerador del edificio de departamentos, la selva de torres de las fábricas, los autos que queman bencina, los tarros basureros, las chimeneas de los nuevos ricos y hasta el señor (usted o yo), que gastamos una montaña de cigarrillos al día para quemar el tiempo. Todos tenemos un poco de culpa. Y el resultado está a la vista. Durante varios días, Santiago casi no se ha visto bajo el oscuro manto de *fog*. Un aviador me decía que le tocó aterrizar el martes, de la semana pasada, y tuvo que buscar Santiago con lupa desde el aire para poder ubicarlo.

Más de alguien dirá que la capital tiene un tono impresionista y vago que busca el pincel de un buen pintor, que tenga en sus manos la paleta y el genio de los caballeros de pipa y boina que duermen en las galerías del Jeux de Pommés. No creo tanto.

Prefiero menos pintura y más higiene. Y menos semejanza con el poético Londres y algo más de limpieza para poder respirar tranquilo... Y encender un melancólico cigarrillo a la hora del atardecer... para aumentar, precisamente, la niebla...

Hay gente que está patrióticamente emocionada con el hecho que el Presidente de la República haya caminado a pie de su casa a la Moneda.

Yo estoy seguro que don Jorge se debe haber indignado austeramente de tanta gritería. Cuadros en los diarios, fotos, comentarios por radio, copuchas por todos lados...

Porque, después de todo, ¿qué tiene de raro que el ciudadano Jorge Alessandri Rodríguez haya caminado deportivamente a pie a través de ocho escasas cuadas?

Nada. Sencillamente nada.

Su papá, que Dios guarde en su gloria, avanzaba con don Julio Bustamante y su fiel perro Ulk por la Alameda de las Delicias y nadie decía nada. Eran los tiempos en que realmente se le podía haber dicho más de algo. Estaban los tiros del 5 de septiembre y había sangre en más de un ojo en Chile. Prácticamente salir a la calle era arriesgar un poco la dignidad presidencial y la vida.

Al León le importaba un pito. Por encima de los garabatos y de las tallas de los verdejos callejeros, avanzaba, gibado y bastón en ristre, sentándose prácticamente en las miradas cargadas de encono que levantaba a su paso.

Y si la cosa llegaba más lejos, se detenía y le faltaban manos para contestar gráficamente a lo que se le gritaba a la pasada...

Hasta que se murió caminó por la calle democráticamente repartiendo sonrisas, sombrerazos y garabatos cuando llegaba la ocasión.

Mi General no vaciló, después de dejar la Moneda, en salir a la calle sólo a comprar camisas.

Más lejos, se levanta la figura del Presidente Pérez, comprando duraznos en la Alameda y disparando los cuescos con presidencial puntería...

No. No tiene nada de raro que un señor al que 385 mil ciudadanos le hayan entregado la banda tricolor de los Presidentes de Chile, por 6 años, camine solo por esas calles de Dios. O en compañía del Negro Rosende...

No es para tanto. Estoy seguro que su ilustre padre, cuando vio los versallescos cuadritos en los diarios con la presunta “gracia” de su presidencial hijo, debe haber lanzado una carcajada.

O una de esas frasecitas que hacían acholarse a la casta Academia de la Lengua.

Y en el fondo –solitario o como sea–, el hijo tiene que estar de acuerdo conmigo en que por algo la palabra halago también se escribe con “H”...

La tortuga que acaba de morir en el Zoológico tenía que morir en Santiago. Echaba de menos la soledad de Tongoy y no le gustaba que la metieran en política. En Tongoy estaba bien. Caminaba lentamente entre las rocas y se asomaba a ver atardecer. No tenía más compañía que los pescadores y veraneantes y jamás había escuchado la radio y los altoparlantes para saber cómo era la voz de los candidatos. Era una tortuga apolítica, que cumplía burocráticamente su papel de calmado y sereno quelonio.

La pescaron en la playa y se la regalaron finalmente al Presidente de la República. Antes había estado al margen de la cosa pública y no conocía la popularidad. Se cansó de que le tomaran fotos y de salir en los diarios. Y, además, de que la obligaran a cambiar de decorado. De Tongoy, que es una maravilla de la costa chilena, pasó a Santiago. De la eterna primavera costina al infernal calor de la capital. Y del anonimato, a la gloria.

Era mucho.

Además, ¿qué tenía que hacer ella en calidad de regalo al Presidente Sr. Eduardo Frei? ¿Qué tenía que ver con la “revolución en libertad” y con “la verdad tiene su hora”?

Ella no tenía hora y le cargaba la revolución. Por otra parte, no era demócratacristiana y no había leído jamás a Jaime Castillo.

Y le vinieron la nostalgia, la pena y la murria. El Zoológico no le gustaba. Eso de ser mirada por los niñitos de la mañana a la noche, no estaba en sus libros. Le gustaban la quietud y la siesta. Así habían caminado pausadamente sus antepasados y parientes a través de los siglos, y así esperaba terminar sus días, ella misma...

Y no pudo durar. Le cargaron la fama y la política. Y como era una ciudadana enemiga de la asamblea, del discurso y de la concentración pública, de las fotos y los diarios, puso fin a su vida con una pequeña lágrima entre los borrosos ojos.

Una lágrima de aburrimiento mortal.

Gabriela era genial. Tan genial que ha sido capaz de resistir el gabrielismo histérico que se ha apoderado de Chile en los últimos días. De 30 páginas de un diario grande y serio, 25 están dedicados a la genial poetisa. Y escribe todo el mundo. El poeta que la conoció en Rapallo o en Petrópolis, y el que no la conoció ni de vista. La indispensable prima que nunca falta y que llegó vacilando hasta ella la última vez que estuvo en Chile y le estrechó la mano. La profesora que vive en el remoto pueblo sureño y que se siente un poco Gabriela. El crítico que cree que su obligación moral es decir dos palabras sobre la voz más pura de la lírica femenina americana, hasta la trasnochada dirigente femenina que habla de poesía, de literatura, de arte y de política..., porque le faltó un marido a la vera y no sabe lo que es tener un hijo...

Ayer llegó al diario un boy scout con unos versos para Gabriela. Acababa de salir un coronel en retiro (lleno de citas históricas y frases huecas), que también había escrito unos versos evocadores.

Hay radios que quieren cambiar de nombre, para llamarse “Gabriela Mistral”. No ha faltado el diligente edil que quiere reemplazar el típico nombre de una calle llena de tradición y de historia, por el de la poetisa. Con el tiempo se llegará a pretender cambiarle el nombre a alguna ciudad del sur. Se barrerá todo. Se pulverizará la tradición. Quedará con los huesos deshechos el buen sentido. Ahora todo en Chile “suena” a Gabriela.

Me escribe una dama que debe tener unos 60 años, y me dice que únicamente ella ha entendido realmente lo que Gabriela quería decir. Un caballero, serio y solemne, asegura que Gabriela tuvo otro amor, fuera de ése dramático que diera margen a los célebres Sonetos de la Muerte. A última hora, surgen sobrinas, primas, tías, entenadas de Gabriela de cada punto de la República. Nunca un ser que muere ha tenido tantos parientes...

Se habla ya de tres biografías que están en marcha. Hay 20 audiciones de radio. Los clubes cambian de nombre. Los organismos femeninos despliegan la bandera de Gabriela para darle vitalidad a sus esmirriados cuadros...

Chile es así. A pesar de la fama de sobriedad que tuvimos en el siglo pasado, nos estamos poniendo francamente a la altura de las republiquillas de operetas. Nos falta únicamente un golpe de Estado por semana y que el Presidente de la República sea nombrado “Benefactor” o algo por el estilo...

Y la pobre Gabriela no tiene la culpa. Ella se limitó a ser genial. A escribir versos sollozantes y solemnes. A desvestir y vestir de nuevo el idioma. A darle grandeza a la lengua. A crear la verdadera atmósfera de Chile.

Ahora viene volando. Viene en un pájaro de acero entre cielos y nubes extranjeros. Regresa a su tierra. Desfilará entre banderas enlutadas y crespones negros. Se hará presente todo el helado dolor oficial, protocolar y burocrático. Luego la dejarán en un rincón del pequeño cementerio de Montegrande, entre los viejos cerros que la vieron nacer.

Y la dejarán tranquila, que es lo principal... Y que harta falta le hacía...

Seguramente de sus helados labios saldrá un irónico:

- ¡Por fin...!

Y tendrá toda la razón.

Leo en los diarios de la tarde del sábado último: “Nadie ha llamado a Riera”. “Traen a Riera para salvar la Selección” y “No viene Riera”... Ni más ni menos. Los tres diarios hablan únicamente de Riera. No importa nada Vietnam ni la bomba francesa. Lo que importa es Riera. El Presidente de la República no es Frei, sino Riera. Los jefes de la oposición son inferiores a Riera. Molina es un garabato como economista al lado de Riera. Cruz Coke sabe menos de la bomba atómica que Riera. Y, finalmente, parece que Riera es mejor poeta que Neruda y que está escribiendo un “Canto Futbolístico de Chile” superior al “Canto Seberak”.

Esto demuestra, amigo lector (que hace cola desde las seis de la mañana para conseguirse una entrada al Estadio Nacional), que estamos definitivamente futbolizados.

Claro que usted me dirá que en Argentina, en Brasil y en España pasa lo mismo. De acuerdo, pero la peste extranjera no excluye la lepra nacional.

Una cosa es jugar fútbol o verlo jugar en la cancha, y otra muy distinta es tener mentalidad de pelota, aunque sea de cuero. Estamos enfermando a un país con el vicio del juego. Los parlamentarios (pagados a 3.000 escudos al mes por los contribuyentes), suspenden la sesión para asistir en masa al estadio. Desaparecen la Izquierda y la Derecha. Viene el Ministro de Relaciones de Uruguay, no a hablar de los delicados problemas internacionales con su colega Valdés, sino a ver cómo juega el Peñarol. La derrota de Chile ante los mexicanos es más grave que el Desastre de Cancha Rayada. Un jugador que se casa tiene más importancia que si se hubiera descubierto el remedio contra el cáncer. A la salida de la iglesia, 10.000 hinchas hacen colas y las calcetineras aúllan más que de costumbre pidiendo autógrafos. Se dice, con la dramática gravedad del caso, que Fouilloux no tendrá luna de miel. ¡Tragedia nacional! Doblan las campanas en la Catedral. Parece que Yávar, que también dio el sí, tampoco se podrá dedicar al noble deporte del amor. Tiene que ser concentrado sobre la marcha. Cada vez que habla Álamos, casi hay cadena nacional, como en los días del terremoto y de la tragedia de El Cobre. La gente oye los partidos en los micros y en los troles. Estamos de pelota, de goles y de atajadas, hasta más arriba de la coronilla.

Y ahora Riera.

Riera en la primera página.

Riera en los títulos a cinco columnas y a todo color en tres diarios presuntamente serios.

Riera y sólo Riera...

Menos mal que salgo a la calle y una muchacha le pregunta a su pololo en una esquina: ¿Y quién diablos es Riera...?

Chile está salvado.

Había algo triste en Violeta Parra, a pesar de la alegría de algunas de sus canciones.

Un día me dijo:

- Me falta algo... No sé lo que es. Lo busco y no lo encuentro... Seguramente no lo hallaré jamás.

No. No lo halló. No lo encontró en el mundo en que vivió. Ni en Chillán, al comienzo, ni más tarde en Temuco, en Santiago, ni en la Vieja Europa, a la que llegó a cantar canciones nuestras con la andariega guitarra bajo el brazo y 65 dólares en la cartera.

Rápidamente se impuso. Se impuso en París con la misma facilidad que lo había hecho en Chile. Su gran mérito fue la autenticidad. No falsificaba las canciones mismas ni el sentido íntimo que estaba escondido en el fondo de cada una de ellas. Era tan legítima como la poesía de Pablo de Rokha y los relatos de Mariano Latorre. O las novelas de Nicomedes Guzmán. Y las gredas de Samuel Román. Era una cara de Chile fuerte, rica y sabrosa que venía de los lejanos senderos de la sangre y que arrancaba del fondo mismo del folklore nacional.

Porque hay dos Chile. Un Chile aparente y superficial, con vista a los ojos del turista, y un Chile auténtico y real que está agazapado en el paisaje, en la música, en algunos poemas de mármol que han arañado en el fondo mismo del país... en las canciones que brotaban a chorros de los labios de esta típica mujer del pueblo que se fue, guitarra en mano, a contarle y a cantarle a los europeos cómo era la gente nacida en esta tierra.

Otros analizarán la tensión emocional y el estado de ánimo que la llevó a poner fin a su vida en tres ocasiones anteriores. O rastrearán en los últimos momentos de la artista para saber exactamente por qué se llevó el arma a la sien.

Eso es lo pasajero, lo pequeño y con simple interés anecdótico. Lo básico, lo que se pierde con ella, lo que termina con su muerte y lo que se apaga con su voz, es una manera profunda y radicalmente chilena de ver las cosas de este país a través de la selva de las notas que salían de sus labios y de la catarata de alegría y de tristeza que nacía de las cuerdas de su infatigable guitarra.

Pero algo queda dramáticamente en pie. Una pregunta que no se puede soslayar: ¿Quiere decir, entonces, que el triunfo, los aplausos, los viajes, la fama, nada, absolutamente nada, le pudo entregar a la sensibilidad de esta mujer extraordinaria y única eso que se llama la felicidad?

¿O su corazón herido, maltrecho, roto, quebrado, no supo jamás dónde comenzaba esa pequeña y secreta ruta a través de la cual los seres humanos encuentran la verdadera y definitiva paz interior?

Lo triste es que sólo ella y nada más que ella podría responder la angustiosa interrogación.

Y ahora tiene un nudo definitivo en la garganta.

No hay nada que hacer con Inglaterra. Siguen siendo el pueblo más original de la tierra. Vienen las guerras, viene la paz, viene la atómica, la gente marcha a la luna... y la vieja Albión sigue siendo la misma.

Nunca olvidaré la emoción que sentí desde el aire, hace 4 años, cuando vi por primera vez los verdes y tiernos campos de Gran Bretaña. Y luego en tierra, las antiguas posadas, los castillos solitarios, las calles bajo la niebla y el lento y señorial paso del Támesis al llegar a Londres.

Y la verdadera Inglaterra nos salió al camino en los corredores de la Bolsa, en la City, con sus tonguitos clásicos y las palomas lentas e históricas de Trafalgar Square.

Se me viene esto a la memoria al leer en el diario que ingresaron dos damas a la Cámara de los Lores, por primera vez en la historia del país. Y que en breve lo harán dos más.

Las primeras sufragistas fueron las inglesas, que daban la batalla a paraguazos en la calle. La revolución de Cromwell contra Carlos I costó infinitamente más sangre que su sucesora francesa. Los flemáticos gringos inventaron el parlamento, y a pesar de haber creado la Carta Magna, se dan el lujo de no tener Constitución escrita.

“¿Para qué?”, diría, dejando un segundo su pipa, cualquiera de los irónicos *gentlemen* en la penumbra de su club. “Un caballero sabe lo que tiene que hacer”.

Hitler creyó que la manzana inglesa estaba podrida y que bastaban algunas bombas para rendirla.

¡Nada! Los rubios habitantes de la Isla resistieron de pie, sin dejar caer una lágrima. Tienen Monarquía y se dieron el lujo de cortarle la cabeza a un rey. Actualmente frente a la Cámara de los Comunes hay dos estatuas a escasos metros: Cromwell y Ricardo Corazón de León.

La sesión de hace dos días de la Cámara de los Lores fue un éxito. No hubo bostezos ni leves y británicas inclinaciones de cabeza. Fue lleno total. No faltó nadie. En la calle, entre los *bobbies*, se paseaba una multitud de entusiastas señoras flacas como paraguas, y de caballeros serios y graves que leían el “Times”.

Pero como no podía faltar el detalle netamente británico, una de las damas se negó insistentemente a sacarse su lujoso sombrero para no desarmar el complicado peinado que había hecho.

Conociendo el país, estoy seguro que la baronesa que se negó, acaba de inventar una nueva tradición, la misma de Disraeli y de Gladstone: asistir al serio y grave recinto de la Cámara con el sombrero puesto... Y esta nueva costumbre durará siglos.

¿No creen ustedes lo mismo, mis británicos lectores?

Estamos cansados de la eterna frase: “Por fin tenemos cine nacional”. Hace más de 50 años que comenzaron a rodar las cámaras en Chile... y hasta la fecha estamos a la cola de América.

Y lo que es más grave, seguimos la política del cangrejo, y vamos cada día más para atrás. Hace 30 años, hacíamos algo. Hubo por lo menos 4 ó 5 cintas que se podían calificar de buenas. Coke derrochó ingenio y nos entregó algo que en otra parte, con otra técnica, con medios en abundancia y capitales inteligentemente usados, le habrían dado fama internacional. Lautaro Murúa se aburrió en Chile y se fue a la Argentina a dirigir. Actualmente es una de las primeras figuras del cine de la otra banda. Borcosque emigró a Estados Unidos, y nos dejó un “Presidio” que era realmente fuera de serie... No volvió a Chile, sino que filmó en la Argentina. La ChileFilms fue un buen elefante millonario que amenazaba a cada rato con ponerse en marcha. Pato Kaulen estrenará en breve “Largo Viaje” y saldremos de la duda para saber si la enorme compañía de la Avenida Colón sirve realmente para algo. La crítica se ensañó con Kramarenko, que después de todo, juntó peso a peso la platita y logró brindarnos una película que le puede cargar a los Alones cinematográficos, pero que le gusta al público.

Pues bien, ahora – y sólo ahora –, podemos decir que existe el cinematógrafo nacional. El héroe de esta hazaña se llama Álvaro Covacevic, que acaba de estrenar para la prensa “Morir un Poco”, premiada en Praga y que por primera vez merece realmente el nombre de película.

Claro que no faltará el supergenio que le busque fallas en detallitos sin importancia, pero nadie negará que se trata de algo perfectamente presentable ante el más ácido de los críticos y el más burlón de los públicos.

Lo que en Chile, y con respecto al vacilante cine nacional es una verdadera hazaña. Y casi una novela de caballería, como las que le gustaban al esquelético Caballero de la Triste Figura, más conocido entre sus íntimos por Don Quijote.

Ahora ya podemos hablar libremente de que existe el cine chileno.

Fuimos los primeros en América que hicimos funcionar las cámaras hace 50 años y hasta ganamos un Premio Internacional en la Feria de Sevilla, allá por el año 1929, con una película que creo que se llamó “La Calle del Recuerdo”. Más tarde hicimos una serie de films de primera línea, pero caímos en una decadencia vertical hace 30 años mientras Argentina y México nos superaban rápidamente. Teníamos de todo para hacer buen cine. Sobraban talento creador, actores, guionistas, directores y *cameramen*. Lo único que faltaba era el capital y la iniciativa.

Ahora hemos recuperado rápidamente la delantera con lo hecho por Aldo Francia, “Valparaíso mi Amor”, y sobre todo con esta maravilla que acabo de ver en privado y que se llama “El Chacal de Nahueltoro”, dirigida y escrita por Miguel Littin y realizada con un mínimo de recursos materiales.

Pero Miguel contaba con algo que no vende precisamente en las boticas y que vale mil veces más que los derroches millonarios: talento. Y, antes que nada, honradez para presentar con crudeza periodística y auténtica fuerza uno de los casos policiales más salvajes que recuerda la historia delictual de Chile: el de un hombre que en una sola noche mata a 8 personas, es detenido, ingresa a la Cárcel de Chillán, descubre los secretos de la cultura y la educación, aprende a ser hombre, deja de ser gañán ignorante y en estado casi larvario, pasa a ser ciudadano ... y en ese preciso momento, cuando comienza a EXISTIR, funciona la frialdad de la justicia y cae bajo las balas del pelotón de fusilamiento.

Esta película es cruda, sin concesiones de ninguna especie, dura de masticar y de digerir por los paladares cursilamente delicados, fuerte hasta la extrema violencia y con un despliegue de fotos que recuerda las mejores producciones de los rusos y de los alemanes de otra época. Y antes que nada con algo básico: que demuestra que el pueblo puede y debe ser el mejor actor tal como ha sido utilizado admirable y valientemente por Littin. Villagra, Shenda Román, Héctor Noguera y el resto de los actores están a la altura de las mejores interpretaciones que hemos visto jamás en el cine que nos llega de más allá de las fronteras. Un fuerte abrazo Miguel. Así se hace Cine con mayúscula.

Nunca se imaginó el Che Guevara que el primer monumento que iba a tener en el mundo no iba a estar en Cuba, en China, ni en Rusia, sino en el lejano Chile.

Había conocido el país en 1952. Era la época de la elección presidencial y crecía el nombre mágico del general Ibáñez. Guevara llegó sin un diez a Santiago. Recorrió parte del territorio a dedo. Les echó un vistazo a las concentraciones y a las marchas. Fue un espectador más, perdido en la multitud que agitaba el nombre del llamado “General de la Esperanza”.

Más tarde salió a los caminos y llegó a los pueblos. No tenía un centavo. Dormía en hoteles de mala muerte. Les pedía a los automovilistas que lo llevaran hasta la parada vecina. Supo lo que era tener el brillo de las estrellas como único techo. Se lavó los vacilantes y débiles pelos de la futura barba en los esteros y los charcos. Se bañó en lagunas y ríos. Conoció la loca geografía de Chile como un aventurero y un caminante andariego. Más tarde siguió a Bolivia, Ecuador y llegó hasta Guatemala para pelear al lado de Arbenz.

Pero fue exactamente hace 16 años cuando el futuro comandante Ernesto Guevara, héroe de Sierra Maestra, compañero de Fidel Castro, vencedor en la feroz lucha contra el sargento Batista, táctico de la guerrilla, Ministro de Fidel y finalmente jefe de la lucha en la misteriosa y remota Bolivia, conoció por primera y última vez Chile.

¿Última...?

No tan última. El viernes en la mañana, un grupo de muchachos con barba, media docena de escritores, tres Premios Nacionales de Literatura como Juvencio Valle, Manuel Rojas y Pancho Coloane, recibieron emocionadamente, al pie de un pedestal vacío en que se había colocado sorpresivamente, un busto del Che, en el Parque Gran Bretaña. Hubo discursos y promesas. Gritos y juramentos. Flores y poemas.

La aventurera boina, la barba que había caminado por la selva, la manigua y la sierra, los ojos que se conocían de memoria el perfil de toda América, quedaron inmóviles, recortándose en medio de esos prados tan británicos, suaves y turísticos que adoman el Parque y en que juegan los niños los domingos en la tarde.

Después emigró. Partió nuevamente el Che. Era su destino. Igual que en vida salía de Guatemala, marchaba a Cuba, seguía a Méjico, volvía a Sierra Maestra y finalmente cumplía una cita con la muerte en Bolivia, el comandante emprendió su último viaje hasta un barrio netamente popular, como es San Miguel. Allí, frente a un espejo de agua, les contará en voz baja a los colegiales y estudiantes una maravillosa historia en que figura un personaje que era médico, débil y asmático, y que creyó un día que había que reemplazar la charla de café, la cháchara de bar, la conspiración de fuente de soda y el débil manifiesto literario por el seco lenguaje de un fusil..., aunque estuviera la muerte de por medio.

Hoy debutan, oficialmente, los nuevos billetes de cien escudos. Por un lado aparece la Escuadra Libertadora y por el otro, la popular figura de Diego Portales. ¿Qué habrán pensado, en sus respectivas tumbas, don Bernardo que fue el gran impulsador de la expedición al Perú, y el brillante Ministro del Interior que creía en los curas, pero no creía en Dios?

Seguramente deben haber pegado un doble respingo.

Nada pinta mejor la inflación galopante de un país, que el hecho que desde ahora este modesto Chilito, ubicado a final del mapa y del mundo, haya llegado a una pequeña sábana que ostenta la cifra de cien mil pesos...

En la época de ambos Padres de la Patria se hablaba del peso chileno con respeto y reverencia. Era una moneda sólida y seria, de buenas costumbres y que se imponía donde llegaba. Hablar del signo monetario chileno en América o en el mundo entero, era referirse al símbolo de una nación pujante, sólida y en marcha progresista.

Ahora comenzará a circular la nueva cara del país.

Cuando asomaron los billetes de 50, la gente se hacía cruces y decía espantada: “¿Hacia donde marcha el país...?” Ahora tendrá que elevar místicamente la vista hacia el cielo pidiendo el auxilio divino.

Es increíble la historia de los billetes nuestros. Se acabaron los de 5 que lucían un azul de cielo de septiembre; murieron los de a 10, que mostraban un color café que recordaba vagamente las hojas muertas en los parques cuando llegaba románticamente el otoño; desaparecieron los de a 100, que exhibían un rojo sangre, y con ellos se fueron igualmente los de a 500, que trataban de hacerle competencia en materia de tono a los picantes rectángulos de a 5.

Nos quedan los de un escudo, los de 5, de 10, de 50, y ahora tendremos los de 100...

Hoy los veremos a primera hora, acariciaremos suavemente su tersa superficie, aspiraremos gloriosamente el perfume que traen aún de la Casa de Moneda como si se tratara de la más maravillosa flor, y una vez que hayamos saludado con el respeto que se merecen, como signos de los tiempos que corren, haremos los cálculos y piruetas del caso para saber de qué diablos sirven.

No pierdo la esperanza de ver algún día, en pocos años más, a una anciana depositando en un banco una pequeña suma de dinero, pero en sólidos, brillantes y decorativos billetes de mil escudos.

No creo que tenga que esperar mucho...

Yo soy un lego en materia de máquinas. La única que sé manejar, y mal, es la de escribir, que cruje y llora cuando la torturo con los dedos. Estoy seguro que la cinta y el carro tienen que tenerme pica. Pero me interesan las máquinas. Me interesan tanto, que bajé el sábado las gradas del Teatro Central para asistir a la exposición que se ha abierto para exhibir precisamente máquinas y equipos de oficina.

Creí estar en Estados Unidos. O en Alemania. Era la exposición perfecta, agradable, vistosa, llamativa. No falta anda. Ni el técnico que trabaja ante la curiosidad del público y deja con la boca abierta al hacer un cálculo de 20 cifras con sólo mover un botón, hasta las explicaciones impresas, los folletos, la música suave, las banderas estratégicamente colocadas para darle mayor color, etcétera. Uno se siente en otra parte. No es el batallón de cosas colocadas al lote para ocupar el máximo de terreno. No. Aquí se ve ojo para hacer notar al público lo que hay que ver y cómo verlo con calma. Se nota que hemos dado un brinco en materia de publicidad en los últimos años. Yo recuerdo otras exposiciones en que el hombre de la calle (usted y yo), que nos carga la técnica y sentimos alergia ante las ruedecillas, botones, palancas, motores, hélices, etcétera, no sentía el menor interés en caminar a través de una selva de objetos mecánicos.

Aquí no. Una mano invisible ha ordenado bien las máquinas calculadoras, registradoras, de escribir, electrónicas, de contabilidad, etcétera.

Un técnico nos explica en breves palabras una que es prodigio. En un segundo (anote el lector: un segundo), hace matemáticamente, sin el menor error, lo que haría un ser humano durante 50 años, en el supuesto que no durmiera, no comiera, no descansara, estuviera con la vista fija en el papel y no le fallara una sola suma ni una sola resta. Otra, anota el sueldo mensual de un empleado, el 10% de descuento sobre asignación familiar, la diferencia por aumento y mitad del primer sueldo, el 10% de gratificación, el 8,33% sobre la ley 10475, el sobresueldo y la asignación familiar, los abonos a préstamos de auxilio y, finalmente, entrega la cifra exacta que llega al empleado.

Observamos la máquina que brilla bajo los focos. Apenas se ha movido. El empleado la toca ligeramente con la mano, como quien le hace cariño a una guagua, y salta la cifra matemática. En menos tiempo de lo que hemos gastado para contar su hazaña, está lista la oculta maniobra de la maquinita mágica.

Otra rechaza un cheque que está mal anotado como si en su interior un cerebro vigilante supiera que hay un error. Una de escribir lo hace con más elegancia que una revista superfinia que se editara en París para cuatro snobs. Finalmente, otra hace títulos de diario de 20 estilos diferentes con sólo dar vuelta rápidamente un disco en que están anotadas las letras...

Uno piensa en el tiempo economizado. En las miles de horas que significa de ahorro. En los años de años ganados para el hombre con estos objetos que parecen de cuento.

Y lógicamente son caras. Y mucho más caras –como me explica un técnico– ahora que hay que depositar 15 veces el valor de cada una para importarla a Chile. O sea, que comprar lo que teóricamente vale 100.000, hay que saltar con un millón y medio Y así sucesivamente. Es la única sombra que se cierne sobre esta exposición que suena como una colmena mecánica en pleno corazón de Santiago.

En la calle avanza trabajosamente un pobre pensionado. Él no sabe que de una máquina que trabaja como zumba a escasos metros de él, depende que cada mes pueda estirar la mano

ante una caja y recibir el puntual chequecito mensual. Y que si la máquina no existiera, tendría que cobrarlo una vez cada tres años... y en el Cementerio General.

Un amigo ingeniero me cuenta detalles increíbles de cómo funciona el mundo actual y la importancia que tienen las máquinas IBM.

Él mismo reconoce que se ha quedado atrás y está tratando de ponerse al día rápidamente para poder actuar dentro de un mundo que avanza a una velocidad vertiginosa. Se levanta a primera hora y devora innumerables tratados que vienen llegando desde Estados Unidos, Alemania e Inglaterra con la última palabra en la materia.

Me dice:

- Los vuelos a la Luna no habrían sido posibles sin los nuevos tipos de máquinas que están saliendo a cada momento de fábricas y laboratorios. Las máquinas IBM han llegado a tal extremo de perfección que pueden “leer” los diarios seleccionando el material que les puede interesar a los lectores. Un ejemplo: una firma de Nueva York necesita saber cuántas casas hay en venta en determinada cantidad, en la ciudad de Chicago o Los Angeles. La máquina hace la consulta, revisa los diarios, chequea los datos y al minuto y medio la firma neoyorquina tiene la cifra precisa. Otro botón de muestra: una empresa cinematográfica desea saber en fracción de minuto cuál ha sido la asistencia a las diversas salas de una ciudad situada a dos mil kilómetros y cuántas personas han visto determinada película. El dato lo tiene antes que el gerente termine de fumar un cigarrillo...

Yo me he quedado pensando en las increíbles declaraciones de mi amigo el ingeniero y sobre todo en el mundo que le tocará vivir a mi hija que ahora tiene 8 años. Los hombres ya han llegado a la luna. Gracias a la precisión de las máquinas se salvaron los tripulantes del “Apolo XIII”. Rusia ha lanzado más de 700 satélites. Estados Unidos, el doble. China se incorporó hace menos de una semana a la carrera espacial con la única diferencia que no forma parte de las Naciones Unidas y está dispuesta a desatar la temida Tercera Guerra Mundial en cualquier momento.

Detrás de todo esto están esos seres extraños, fríos, precisos y brillantes que se llaman las máquinas y que un día pueden llegar a reemplazar a estos pobres bichos de dos pies que se llaman pomposamente los hombres u “homo sapiens”.

Seis mil periodistas están en estos momentos en Cabo Kennedy. No hay hoteles, posadas, piezas para arrendar, sitio para dormir. El agua escasea. Hay que lavarse poco menos que en la calle. Los precios han subido verticalmente. Un taxi vale 10 veces de lo que cuesta en Chile. Claro que en Chile no hay nadie que parta a la luna, y que esté cambiando audazmente la historia de la Humanidad.

En los prados, los pobres reporteros escriben en máquinas portátiles y en los hoteles hablan por teléfono a ciudades lejanas donde alguien toma nota nerviosamente de la marea de noticias que vuelan a través del fono. Se respira un clima febril. No hay metro cuadrado que haya quedado libre. Hay tacos endemoniados en la calle. Los pobres policías tienen que hacer dibujos para que la terrible masa humana logre desplazarse. Los bocinazos son capaces de reventarle los nervios al mejor templado. Los diarios se agotan apenas salen. La gente escucha radio con el transistor pegado al oído para no perderse detalle. En los bares y *Drug stores* funciona la TV en colores con los mil aspectos de los tres mosqueteros del espacio que, en el mismo segundo y a 4.190 kilómetros por hora, están escribiendo el capítulo más emocionante de la historia en medio de las estrellas.

Pienso en otro viaje. En otro viaje casi tan grande como éste, que también varió el curso de la Humanidad. Fue en 1492, cuando Colón salió del modesto Puerto de Palos gracias al femenino gusto de Isabel la Católica, que no vaciló en empeñar sus joyas para financiar la audaz operación.

Ese día no había casi nadie cerca de La Rábida. La Santa María, la Pinta y la Niña con 87 hombres a bordo, no fueron entrevistados por los periodistas de la época, no recibieron la bendición papal, no los vieron partir medio millón de personas ni hubo tacos de viejas carrozas y tartamudeantes carretas.

Levaron anclas y partieron rumbo a lo desconocido y a la gloria; sin más gesto amistoso que el de algunos pescadores solitarios y los cánticos de un par de curitas de buen corazón que vivían en las inmediaciones.

Ellos también le cambiaron la faz a la historia, modificaron el mundo, ensancharon el universo, trazaron un hito eterno, pero lo hicieron sin bombos ni platillos. No tuvieron radio ni TV. Ningún diario dio cuenta de su viaje. Se despidieron de los caseríos de Palos sin más complicidad que el viento y el ronco chapotear de los largos remos en medio de las aguas...

Sí. Hay una ligera diferencia entre ambas partidas. Colón se adelantó cinco siglos a la propaganda, el invento de la prensa, de los canales de la pantalla chica y de las ondas que captan velozmente las emisoras. Por eso partió solo con su gente en busca de un mundo desconocido y virgen, al otro lado del mar.

Pero sin las débiles maderas de la Santa María no habríamos tenido, 477 años más tarde, un Apolo 11 listo para violar la casta virginidad de la luna.

Ya están los hombres a punto de llegar a la luna. Nunca la ciencia había avanzado más rápido y el ser humano había dado una zancada más decisiva a través de toda su historia. Los viejos sueños de Wells y Julio Verne son una brillante realidad, pero...

Hay un gran pero que se debe tomar en cuenta. La luna no es únicamente una conquista científica ni un galardón de laboratorio. Desde tiempos inmemoriales ha sido el símbolo más alto del amor y la poesía. Los enamorados elevan la vista hacia la soledad nocturna y clavan los ojos en la luna, mientras se estrujan nerviosamente las manos en medio del parque solitario. Los poetas se sientan en la penumbra de la pequeña buhardilla, cerca del vaso de vino y la pipa entre los labios, para cantarle a esa canoa iluminada que boga lentamente por el cielo. El pálido planeta está detrás de los versos más inflamados y las más tropicales declaraciones de amor. Es cómplice del beso a hurtadillas, de la primera carta, la peleílla por celos, la reconciliación y el banco que asoma oportunamente en la floresta. No cabe imaginarse la capa bohemia y el poema escrito nerviosamente en la servilleta por el candidato a genio, sin la luna proyectando su estela de plata sobre la carilla y cerca de la firma.

Claro que usted se reirá de mí en nombre de la ciencia y del progreso. Hablar de la luna como motivo poético es pasado de moda, aburrido y burgués.

Lo que pasa es que yo pertenezco a otra época. Me siento raro entre el baile a brincos y los aullidos que salen de la radio o escapan del televisor. Todavía creo en la belleza de las primeras citas, en la humedad de una mirada femenina, el encanto de una plaza en sombras y la atracción de una boca jugosa y fresca. Y naturalmente todo eso necesita una salsa, un condimento, un decorado y un telón de fondo.

Ese decorado seguirá siendo la luna, por fea y desolada que se vea en las primeras fotos. Aunque luzca ahora la huella de un pie humano donde antes había solo remotas e invisibles huellas de un poema cursi y de una inaguantable declaración de amor.

Habitada o no, entrevistada y fotografiada, conquistada y reportada hasta el cansancio, seguirá siendo el mejor motivo para garabatear unas líneas eternas y conseguirse el ansiado sí de un par de labios inolvidables.

Y eso no podrá ser borrado por un cohete, por muy Apolo 11 que sea, y por unos gringos vestidos de fantasmas que, en nombre de la ciencia casi le cortan la cabeza a la poesía.

Ya están de vuelta los cosmonautas después de haber ido a la luna como quien va a la esquina. Los recogió un helicóptero y los condujo a un barco de la Armada americana. Allí, la TV los captó por unos segundos. Los segundos justos para salir del helicóptero y entrar a una nueva cápsula.

Los pobres viajeros se llevan de cápsula en cápsula. Salen de una para entrar en otra. Dos de ellos estuvieron en el “águila” para llegar a la luna y posar el pie en la superficie; el tercero sobrevoló en la nave madre igualmente encerrado en una bala metálica.

Pero aquí viene lo grave. Durante tres semanas estarán encerrados bajo la vigilancia de médicos y hombres de ciencia para averiguar si trajeron algún bicho maligno desde el pálido satélite en que estuvieron durante un poco más de dos horas.

Sólo en 20 días más podrán volver a la vida corriente, ver a su familia, recibir a los periodistas, posar en todas las actitudes imaginables, descansar un poco y luego...

Luego se iniciará un nuevo viaje. Claro que esta vez no saldrán del planeta en que les ha tocado en suerte nacer, sino que se moverán dentro de él.

Pero el segundo viaje terráqueo será infinitamente más agotador que el espacial. El salto a la luna, ida y vuelta, duró sólo ocho estremecedores días, que mantuvieron a la Humanidad clavada frente a los televisores, con la radio pegada al oído, agotando los diarios y revistas y hablando día y noche del mismo tema: el vuelo.

Ahora volarán nuevamente, pero en calidad de pasajeros, en cómodos aviones que los llevarán de un punto a otro de Estados Unidos y más tarde a darle un vistazo completo al mundo. Están invitados en todas partes. No hay quién no quiera rendirles homenaje. Tendrán que gastarse primero la mano derecha y luego la izquierda de tanto estrechar diestras amigas. Quedarán fulminados bajo una actividad arrolladora. No serán dueños de sí mismos, sino del público. Pasarán de cóctel en cóctel. Marcharán en auto por radio y TV. Los entrevistarán en todos los idiomas conocidos. Serán la noticia N° 1 de este siglo y de todos los siglos... hasta la próxima hazaña. Cuando un colega suyo logre llegar a Marte o a Saturno.

En un palabra, el terrible viaje de la Tierra a la luna, los dramáticos momentos a bordo del Apolo, la sensación de alejarse de la Tierra y enfrentar la luna, el hecho de bajar en ella, el acoplamiento matemático en medio del espacio, la vuelta triunfal, controlada segundo a segundo, hasta depositarlos sanos y salvos en una nueva cápsula, no es nada al lado de los que les espera.

Cuando termine la segunda parte de la aventura, serán mucho más héroes e infinitamente más admirables que ahora.

A lo mejor, si sobreviven del frenético cariño de sus admiradores, algún día intentarán un nuevo vuelo.

Uno de los Beatles –John Lennon– ha decidido hacer un nuevo llamado a la paz. Y para ello repetirá la hazaña de hace un tiempo: pasará una semana en el lecho junto a su pequeña y gentil esposa japonesa.

El hecho ocurrirá en breve en Tokio, en la celebración de la llamada Semana Británica.

Lo genial es que la noticia aparece en el diario en medio de los vuelos a la luna, la llegada de las primeras fotos de Marte, el viaje del Papa a Uganda y la victoria diplomática de Nixon en Rumania.

El ser humano no tiene remedio. Salta de una cúspide a un abismo con la facilidad de un gimnasta que hace una pirueta.

Crece y se transforma en un gigante mientras coloca su pie izquierdo en la superficie de un satélite. O cuando avanza hecho una tromba por los abismos siderales en busca del perfil de un planeta desconocido. Es grande en el desesperado llamado a la paz que realiza el Sumo Pontífice y en la habilidad de una maniobra de alta política internacional, pero se achica y se transforma en un vulgar pigmeo al anotarse un triste récord como el que comentamos.

Nixon trata de buscar la paz detrás de la Cortina de Hierro. Paulo VI hace lo mismo en medio del continente color betún. La ciencia se empina sobre sí misma al tratar de descubrir si hay vida o no en las estrellas más remotas. Late en el fondo del laboratorio y de la clínica en los momentos en que los hombres buscan un remedio para atajar el fantasma del cáncer.

Pero el mismo bicho racional vuelve a achicarse cuando lanza el chiste de mal gusto de usar la cama so pretexto de defender la misma paz amenazada.

En lo primero hay grandeza, talento, fe en el ser humano, optimismo ante el futuro, coraje ante lo desconocido.

En lo segundo –en un pobre melencólico que bosteza entre las sábanas, junto a un animalito enamorado que lo sigue maquinalmente como el más fiel de los perros– hay únicamente una publicidad enfermiza y que está al nivel de los histéricos y tarados para quienes luchar contra el ensangrentado gigante de la guerra consiste sólo en realizar uno de los actos más íntimos de la vida con el máximo de propaganda y en medio de un diluvio de periodistas sensacionalistas y cámaras fotográficas.

¿Ustedes recuerdan esa película que se llamó “El amargo té del general Yen”?

Ahora se podría filmar una nueva versión que debería titularse “El amargo té del general Parra”.

Claro que no se trata del ex Ministro del Interior de don Carlos Ibáñez, que en paz descanse, sino del poeta de izquierda Nicanor Parra, que cometió el pecado mortal antirrevolucionario, procapitalista y furiosamente revisionista y vendido al imperialismo, de tomar té con tostadas con la esposa del Presidente Nixon, en la Casa Blanca.

Parra, que ha escrito miles de versos a favor de la Izquierda, del PC y de la Unidad Popular, había sido designado jurado en un Concurso Literario internacional que se realiza en estos momentos en La Habana de Fidel.

Pero bastó que se supiera en Cuba que el autor de la sensacional “Cueca Larga” había tomado asiento en el comedor de la “White House” y había ingerido una infusión tan inocente y casta como es el té, más algunos trozos de torta, para que se olvidara su calidad de gran poeta –y de gran poeta de izquierda– y se le destituyera sobre la marcha por favorecer, gracias a esa ingenua tacita, al imperialismo en lugares tan lejanos como Vietnam y Camboya.

¿Qué opinarán los intelectuales de izquierda de esta medida que se ha tomado contra su revolucionario colega por haber realizado una maniobra tan antirrevolucionaria y peligrosa como tomar té con azúcar con la esposa de un Presidente...?

Ya lo saben los novelistas, cuentistas, poetas, pintores, escultores y músicos de izquierda.

Hay que tener un cuidado sumo con una pócima tan sumamente revisionista y antileninista como es el té con dos peligrosos terrones de azúcar...

Santiago tiene tres millones de habitantes. Faltan micros, liebres, taxis, buses, falta todo. Desplazarse de un punto a otro de la ciudad es un verdadero puzle, y el problema será cada vez más profundo a medida que pase el tiempo.

Solución: El Metro.

Yo vengo de tres ciudades en que el metropolitano existe por lo menos desde hace medio siglo. En París tiene 72 años y ya era viejo cuando comenzaron a caer los obuses de la Primera Guerra Mundial. El de Madrid es más modesto, pero con las nuevas ampliaciones que se están haciendo en estos momentos, va a solucionar muy en breve los problemas diarios de los pobres y sufridos madrileños. El de Londres es elegante, antiguo, victoriano. Hasta esos pañitos tejidos que se colocan en los respaldos de los pequeños departamentos, parecen hechos por las abuelitas de los *gentlemen* británicos de hace medio siglo.

Por fin Santiago de Chile se estira los pantalones y decide solucionar científicamente el problema de las terribles congestiones populares a mediodía y en la noche.

El año pasado se calcularon treinta millones para construir el esperado metropolitano y este año se han presupuestado setenta millones de escudos más.

La primera línea correrá entre la Avda. Los Pajaritos y Vitacura con el Canal San Carlos, con un costo de treinta y dos millones de dólares. La primera parte entrará en funciones en 1973 y llegará hasta la Plaza Bulnes. En otras palabras, la línea N° 1 tendrá un costo de 80.000.000 de dólares.

El valor del pasaje, de acuerdo con el informe preparado por técnicos franceses y chilenos, será de 3.22 centavos de dólar para el 74 y de sólo 2.56 centavos de dólar en 1988.

Igual que en Europa y Estados Unidos, se podrá viajar combinando los distintos recorridos sin salir a la superficie y gastando una cifra fija. La línea N° 2 cortará en cruz a la N° 1 y correrá de La Cisterna hasta el Cementerio General, con lo cual, en principio, el problema de movilización de la capital de Chile quedará solucionado para siempre. Se acabarán las colas, se acabarán las caras largas, se acabarán el mal genio y los chilenos de aquí a tres años volverán a ser esos tipos simpáticos y optimistas que fueron en otro tiempo.

Esta es la pregunta que se nos hace ingenuamente apenas topamos Estados Unidos por Miami o Nueva York. La gente está convencida de buena fe que el lejano Chile está a punto de hacerse comunista y de que la hoz y el martillo flameen en la Moneda. A Frei se le dice en algunos diarios (sin importancia por suerte) “el rosado Frei”. Se cree que el PC tiene una fuerza arrolladora y que Brezhnev en persona tiene la vista clavada en Santiago para dentro de muy poco tiempo. La Democracia Cristiana es mirada como una especie de antesala fatal que tendrá que abrir las puertas del poder al Partido Comunista, y que el FRAP está a punto de conquistar al Gobierno. Las expresiones “reforma agraria” y “reforma bancaria” asustan en un país de agricultores ricos enemigos de los impuestos y de banqueros que viven en el desfiladero de oro de Wall Street.

Y no se saca nada con tratar de explicar las cosas y ponerlas en su lugar. La gente no sabe política ni sabe prácticamente nada sobre Chile. Habla de oídas y no tiene idea de dónde escuchó el lejano repique de las campanas. La Embajada se mueve, se mueven los chilenos, se discute con la gente, especialmente con los cubanos y puertorriqueños, se aclara la diferencia entre Cuba y Chile y entre Frei y Fidel, se sacan a relucir cifras y datos. ¡Nada...! La duda persiste. Se mantiene la espantada incógnita. Se repiten los gastados lugares comunes y se pierde el tiempo tratando de demostrar que están en la luna y que no tienen idea de lo que pasa en un país que, después de todo, está a menos de diez horas en avión.

Y eso que “parecen” mejor informados que los europeos o los habitantes de otros puntos más remotos del vasto e ignorante mundo en que vivimos...

El slogan y el pobre noticiario que han visto alguna vez en la penumbra de un cine, valen más que el razonamiento y la lógica.

No hay necesidad de ser un lince para darse cuenta de que “algo” pasa en Chile y que está debajo de la superficie oficial. Esto se nota especialmente cuando se llega de afuera y se respira, sin prejuicios, el aire que silba sobre el país.

El Ministro del Interior hace un llamado a los representantes de las tres candidaturas presidenciales para poner fin a la violencia. Las estadísticas –a 5 meses del 4 de septiembre– arrojan las siguientes cifras: 225 heridos y más de cien locales asaltados. En las sobremesas se habla libremente de que no habrá elecciones y que el clima de guerra civil aumenta por momentos. Hemos tenido un “tacnazo” victorioso y un intento fallido de golpe militar. En la TV se declara que si determinada fracción política llega al poder, se establecerá oficialmente el paredón a la cubana y correrá generosamente la sangre. Un viejito amigo mío, que debe tener por lo menos 90 años, me decía que el ambiente que vive Chile en estos momentos le recuerda peligrosamente los días del 91. Un español iba más lejos y subrayaba las analogías con los días de julio del 36 cuando faltaba sólo la chispa para encender la hoguera de la Guerra Civil.

Vino la chispa. O más bien dicho dos. Una fue el teniente Castillo caído bajo las balas falangistas y más tarde Calvo Sotelo que fue liquidado por los camaradas de Castillo.

A los dos días ardía España por las cuatro puntas y a través de tres terribles años caía el millón de muertos de que habla Gironella en su célebre novela.

Algo de esto sopla a través de varias siglas que vale la pena no perder de vista tales como MIR, GRACO y otras que me reservo para un próximo artículo.

TOPOGRAFÍA DE UN PASEANTE HIPERKINÉTICO.

Valparaíso es un buque. Un buque solitario perdido en medio de la niebla. Tiene unas ventanas altas y perdidas en medio del cielo que parecen ventanucos de barco.

En las tardes, Valparaíso desatraca y se aleja en medio del mar. Eso no lo saben los porteños, pero lo notan en un ligero marco que baja a las 6 de la tarde.

La Calle Condell es el pasadizo central de la nave; los cerros, los camarotes de tercera y la torre de la estación es la humeante chimenea que fuma melancólicamente...

Valparaíso es varonil, serio y estirado. Tiene viejos almirantes en las esquinas, solteronas victorianas en las casas de los cerros y unos correctos caballeros de negro que beben muy aburridos en los bares.

Viña es todo lo contrario. Queda coquetamente cerca de Valparaíso, pero separada hábilmente por la Avenida España. Le gusta tener cerca al macho, pero no entregarse a él.

Valparaíso tiene unos crepúsculos violentos y agitados, llenos de nubes de sangre y de cielos inflamados. Está hecho para la partida de los barcos y para que los viejos capitanes le muerdan los labios a sus queridas.

Viña en cambio es suave, dulce, mustia. Su cielo está pintado con un pincel femenino que no sabe de los cambios bruscos ni de las escenas violentas. Sus cerros están civilizados por una mano invisible que los hace tiernos y dulces. Su estero sabe que nunca llegará al mar y se mantiene correctamente detrás del puente que conduce hacia el Casino.

Valparaíso es la historia de la sangre llena de abordajes, de incendios, de revoluciones, de cargas de caballería y de terremotos dominados por almirantes.

Viña es el veraneo, el castillo montado sobre un cerro, la cabina solitaria, la playa infantil llena de niños, el atardecer que está pidiendo a gritos el marco de terciopelo.

Uno se explica a los jinetes de la revolución bajando la Cuesta de Las Zorras en los días de fuego del 91. Entiende a Bañados Espinoza tratando de salvar los últimos restos de Balmaceda en la vieja Intendencia. Se ve a Gómez Carreño dando secamente la orden de fusilar a los ladrones el año 1906.

En Viña, en cambio, se entiende perfectamente que esté la Quinta Vergara, la arbolada y perfumada Avenida Libertad, el camino hacia los *maillots* de Las Salinas, las muchachas con pantalones, los niños en bicicleta, las señoras jóvenes más sensacionales del mundo con sus piernas largas y elásticas y sus lentes sofisticados...

Valparaíso es un varón serio que fuma su pipa en las tardes cuando el sol se hunde dramáticamente frente a la Boya del Buey.

Viña es la niña jugadora de Casino que quema un cigarrillo rubio en una larga boquilla y que se aburre entre dos partidas de canasta...

Por eso me gustan las dos, Valparaíso para vivirlo, atravesarlo y hundirme en él. Y Viña para hacerle el amor junto a una chimenea recién pintada.

Hace dos días estuve en Rancagua, en casa de unos amigos. A mí me gusta la ciudad heroica. Me gustan sus calles silenciosas y su falta de gente. Únicamente a mediodía se animan un poco la Plaza y el Club. Pasan unas muchachas de grandes ojos rasgados y las miran unos caballeros de bigotes que tienen solamente 25 años.

En la tarde cae un sol de plomo sobre la Plaza y sobre la pequeña torre de la Merced. Los buenos vecinos caminan lentamente por la calle. Nadie tiene prisa de nada. ¿Y para qué? Se detienen unos huasos a caballo en una esquina. Hasta los caballejos tienen algo de tiempo detenido. De cosa que fue. De pasado irremediable. En las casas estallan las flores y unos pájaros felices cortan el cielo encantados de poder cantar a gusto.

O'Higgins sigue galopando en la Plaza. En la Catedral nunca falta la viejita que se sabe de memoria viejas oraciones que eran viejas hace 500 años...

Tampoco falta la dulce y casta novia que se casa después de un largo pololeo que supo de cartas a hurtadillas y recados mandados por la mamá... Avanza bajo una cascada de flores... Por las tardes ruedan las victorias, que hacen el viaje desde la estación hasta la Plaza... En la tarde se encienden en el cielo unas estrellas tan grandes que parece que fueran a tapar la dulce y melancólica luna.

A la hora de almuerzo, estoy invitado a una vieja casa. Una casa amable y tibia. Caballeros respetables y señoras muy suaves toman "pihuelo" y hablan lenta y pausadamente de política. Se conversa de matrimonios, de noviazgos, de fiestas que ocurrieron hace años... Y se escuchan frases como: "Ya la Melanita está a punto de casarse...", "La hija de la Vitalia está saliendo mucho con ese médico que es tan simpático..." o "Ayer en el cumpleaños de la Marlita me contaron que...".

Todo tiene un ambiente que se fue de Santiago hace años, y que se ha perdido totalmente. Ni en las perfumadas calles que salen de Recoleta se puede encontrar ya... Es una mezcla justa de calma colonial y de picardía española. Una finura de movimientos que no sé por qué evoca viejos cuadros que ahora amarillean en los antiguos salones...

Pero uno se siente bien. Uno que viene de la capital, del tránsito infernal, de los cláxones, de la lucha desenfundada de afiches y de programas de radio, necesita este sedante. Esta música calmada que tiene algo de rigodón y de vals vienés...

Y cuando salí a la calle, a las 4 de la tarde, me sentí exactamente como si hubiera veraneado un largo mes en el desaparecido salón de mi abuela. Pero feliz.

No hay nada más fascinante que reconstruir una batalla y caminar por los senderos donde se jugó la suerte de una nación. Yo he estado en Lodi, en Marengo, en Austerlitz, en Arcola, en Waterloo, tratando de imaginar cómo fueron las batallas y cómo pasaba como zumba el fantasma de Napoleón a galope tendido en su caballo color nieve.

Hace dos días estuve en Concón y Placilla. En auto llegué hasta el río y me imaginé la mañana aquella en que la infantería revolucionaria cruzaba el río con el fusil en alto y el agua al cuello. En los cerros que ahora están llenos de chalets modernos, estaban entonces los cañones de Alcérreca y Barbosa. Y vino la matanza. Y las tropas de Balmaceda huyeron por los cerros a la desbandada. Fue a fines de agosto de 1891. El Presidente salió de La Moneda, tomó un tren y llegó hasta Quilpué a dirigir él mismo la batalla. Lo convencieron de que se volviera. Si no monta rápidamente en un carro, lo detienen los primeros soldados de caballería del Ejército revolucionario y lo fusilan.

Después vino Placilla y la matanza fue feroz. A Alcérreca lo tumbaron de un tiro en el campo de batalla. A Barbosa lo hicieron charqui en una casa que todavía existe en el Alto del Puerto, cuando se escondió debajo de una cama y lo trincharon a sablazos. Más tarde, colocaron desnudos a ambos al borde del camino y la tropa los escupió y los sometió a toda clase de vejámenes.

Eso fue el 91. Han pasado 73 años, pero algo parece quedar flotando en el aire gris de esta tarde de domingo en que la gente regresa a Santiago o se pierde por la boca iluminada del Casino. Algo trágico que no tiene nada que ver con el “¡No va más...!” ni con la señora a la que le falló la martingala que llevó desde la capital y que le aseguraron que era absolutamente infalible.

Hay un pueblo en que la gente es buena como el pan.

Como el pan candeal. Con bastante miga y poca cáscara. Se llama Catapilco y queda cerca de las corbatas de Flaño, los *sweaters* que vienen de Londres y los pañuelos de seda italianos de Zapallar. Catapilco es el anti Zapallar. No hablemos de la lucha de clases, sino de la lucha de estilos y de maneras de ser. Las niñas de Zapallar tienen los ojos más británicamente azules con que cuenta Chile. En Catapilco, los ojos de las muchachas, que tiritan de frío en el invierno y que brincan sobre el polvo en el verano, son retintos. Negros como alquitrán, *Made in Chile*.

Catapilco es la aldea que se le olvidó describir a González Vera. Una calle larga con casitas polvorientas de un piso. La iglesia, la torre solitaria que indica la hora del nacimiento, de la boda y de la muerte. Una campana vieja como un río que llora al atardecer y llama al Ángelus.

Los catapilcanos son gente cordial y amable. Saben que tienen el cielo más azul de Chile y el aire más puro. Se levantan a las 6 de la mañana, caminan por la calle principal y conversan amigablemente en las esquinas. ¿Temas? El matrimonio de la Fulana, el nacimiento de la guagua de Mengano, la muerte de la vecina tal o cual...

Al mediodía cae un sol de plomo sobre la plaza. Un sol de fuego. Un sol puro y sencillo. Un sol que no está gastado ni sofisticado por las grandes ciudades. Un sol campesino con olor a vaso de leche y a montura. Los catapilcanos nacen, se casan y se mueren. Una tierra fresca y recién arada recibe sus huesos... y se van al cielo. Todos se van al cielo. No hay noticias que haya habido un habitante del pueblo que se haya ido al Purgatorio o al Infierno. Nacen buenos. Viven buenos. Y se mueren buenos...

En este pueblo tan angelical nació un cura que fue amigo de los pobres y enemigo de los ricos. Una versión chilena del fraile Don Camilo, que hablaba con Cristo en la vieja iglesia de madera que asomaba sus *vitreaux* a las aguas del río Po. Se llamaba y se llama Antonio Zamorano. Cuando comenzó a actuar, la gente se rió de él. Dijeron que estaba cucú. Que era loco. Que era tonto. Que estaba enfermo del “chape”.

Se presentó de candidato a regidor.

Y ganó.

Se presentó de candidato a diputado.

Y ganó.

Ahora sube los cerros del puerto y la gente le besa la mano. Colocan su foto junto a la Virgen del Carmen y a Balmaceda. Le hacen mandas. Le piden medallitas y recuerdos. Cuando habla, la gente queda en éxtasis. Dice cosas sencillas y vulgares. Elementales y obvias. Y la gente le cree... Le cree porque le falta una gran fe y se agarra a la primera tabla que flota sobre las aguas del naufragio. Es la misma que se comía el yeso de la casa del León en la Alameda, allá por el año 20. La misma que le pasaba las guaguas a Don Pedro para que las bendijera...

El ex cura de Catapilco ha puesto en marcha toda esa cosa sencilla que está escondida detrás de los oscuros ponchos del pueblo. Ha hecho noticia. En una elección de diputados le gana a la voz de las cifras y a los caciques electorales. Agitó la vieja campana de la sencillez. Dijo lo que todo el mundo sabía, pero que tenía ganas de escuchar...

Y ganó la pelea...

Eso es Catapilco. Cuatro casas polvorientas y una aburrida calle principal. Pero a través de ella camina “algo” que se llama Chile. Por lo menos algo de Chile.

Cachagua queda a tres horas en auto de Santiago y cerca de Zapallar. A ratos recuerda al célebre Balbec, de Marcel Proust. Tiene la misma gracia salvaje de los grandes decorados en que se escriben buenas novelas y magníficos versos. Diego Sutil tiene una casa hecha de troncos. Rafael Agustín Gumucio (que tiene una hija periodista encantadora) habla de política. Marta Rivas vive pensando en la época de Luis XIV. Cristián Casanova lee a Balzac en las tardes y Amalia Chaigneau prepara unos pisco sours magníficos.

El mar está dividido en dos. Una bahía serena y cerrada, y la salvaje belleza de una inmensa boca que muerde día y noche al mar. Hay algo de inconcluso y de recién hecho en estas rocas solitarias, en estas gaviotas ebrias y en estas muchachas de pantalones que caminan a bañarse. El cielo, que estaba totalmente cerrado este fin de semana, comenzó a rajarse en la tarde del lunes y dejó pasar un vacilante trozo de sol. La gente conversa de vereda a vereda y todo el mundo es amigo. Las puertas no se cierran y cada uno entra a la vecina como Pedro por su casa.

No hay diarios ni radio y la gente, efectivamente, descansa sobre la arena. Los caballos corren alegremente por los caminos de tierra y llegan a mojarse las patas en el mar. En la playa, los Lorca hacen un picnic y hablan de la Reforma Agraria. Los veraneantes no son de Derecha ni de izquierda. O más bien dicho, son de Derecha y sobre todo de Izquierda, pero dejan la política colgada en el primer árbol que encuentran al llegar. Se ven libros, cuadros y discos buenos. Ricardo Vivado no habla de radio y Hernán Santa Cruz, en los escasos momentos que está en Chile, deja la FAO en Santiago. Los niños son felices. Caminan desnudos por la playa y se meten gozosamente al mar. En la noche arden las luces de las cabañas, chalets y bungalows, y los habitantes de Cachagua sueñan con unos angelitos en traje de baño.

Se piensa, se camina, se vaga, se evoca, se recuerda, se escribe, se ama. Y los mejores amigos salen de esta extraña gente sin prejuicios trasnochados que viven alegremente en el paraíso a 180 minutos del infierno y la lata de Santiago.

Y al partir me llevo un poco de agua de Cachagua para lavarme la cara y el alma el resto de la semana.

Lo invito, amigo lector, a “descubrir” este trozo único de la maravillosa costa chilena. Se sentirá en otro país y en otro plano mental y sentimental. Yo volví con cara de hijo mío después de haber pasado un fin de semana junto a sus aguas y en medio de sus rocas. Y con la espalda adolorida por haber tratado de sentirme el cinematográfico jinete fantasma en una yegua corralera que me prestaron unos amigos...

Tiene hasta el nombre policial. Recuerda la famosa Isla del Negro, de “El vengador invisible”, de Agatha Christie. Claro que no tiene nada de detectivesco ni de novela de misterio. Es la playa más apacible de la costa de Chile. Respira paz y calma y parece uno de esos maravillosos rincones de la costa gallega de España cerca de Vigo.

No sé por qué se me imagina que tiene algo de balneario de otro tiempo que habrá que recordar nostálgicamente algún día. Algo así como Cartagena vista a través de los años. Con unos niños de ojos asombrados, que éramos nosotros mismos hace 30 años.

Más aún, yo creo que deberíamos tomarnos una foto con traje marinero y con pitito para verla con nuestra mejor mueca de melancolía en unos cuantos lustros más.

Isla Negra es el balneario de la paz. Sus olas, su costa desolada, sus huiros que juegan en los dedos del mar, sus rocas especiales para darle mayor dramatismo a las puestas de sol, sus caminos solitarios, las casitas montadas en los cerros, las dunas, esos senderos hechos para el amor tomados de la mano, sus amaneceres con el mar gris acero. Todo, en una palabra, hace de Isla Negra, a dos horas de Santiago, la playa ideal para descansar los nervios torturados durante toda la semana en el infierno de la capital.

Además tiene *cachet*. Viven Neruda y sus mascarones de proa; brillan los focos rojos que han desfilado por todas las aguas antes de anclar en la “Isla”; Alfonso Leng trabaja en su música; Acario Cotapos pasea su pintoresca estampa de Juan XXIII criollo apoyado en un bastón que parece báculo; Arturo Aldunate trabaja en su último libro; la gente juega dudo en la Hostería, al borde del camino; y en las noches más tiernas de verano, se encienden unas estrellas que apenas caben en el cielo de la Isla. Tanto es así, que hay un grupo de planetas que tiene que emigrar a los cielos de El Quisco y de El Tabo.

No es una playa para nadar, sino para soñar. Las imperiales olas que avanzan a galope tendido sobre la arena, no están hechas para las zambullidas ni para las “chinas”. Son olas poéticas, olas literarias, que saben que al borde de la playa vive Pablo Neruda, y que se ensayan en el día por si el poeta las coloca y las hace correr en sus poemas.

El mismo sol de la Isla es un sol que pide a gritos que lo pongan en un cuadro. Es hermano de la estatua que tiene el poeta a la salida de su casa y que el día menos pensado va a recordar sus viejos tiempos y se va a lanzar en medio de la majestad de las olas.

¡Isla Negra!... Viejo islote provinciano para andar sin premura, caminar sin programa previo, vagabundear sin pensar en la radio ni en el teléfono, hecho especialmente para escribir una novela, recitar un poema o escuchar una sinfonía a media luz.

Yo estuve apenas dos días. Volví diez años más joven...

Se la recomiendo a todos mis torturados amigos que andan con la neurastenia viva debajo de la piel...

Santiago tiene miles de esquinas. La más típica es la de Ahumada con Huérfanos. Nunca faltan el viejo verde ni la muchacha que se gasta el mejor par de piernas de Santiago. La típica muchacha de la capital, que camina como nadie, a pesar que Joaquín Edwards Bello sostiene que las chilenas andan como patos. Patos serán, pero son impresionantemente buenas. O “güenas”. Dejamos al gusto del lector la mejor palabra de las dos. Pero hay otras esquinas. La esquina guapa. La con olor a barrio bajo, a puñalada de medianoche y a novela policial. La de San Pablo y Matucana, que trabaja en casi todas las crónicas de policía de los diarios que le cuentan al público lo que pasa. O sea, lo que la prensa calamitosamente sería llama despectivamente amarilla o roja.

Y otra esquina con leyenda y con historia. La de Bandera con San Pablo, que está en las páginas de “Chile o una loca geografía”, de Benjamín Subercaseaux. Es la esquina de la madrugada. Del pequén y de la talla que tiene catorce filos. La esquina que amanece sobre los techos bajos y coloniales de la ciudad. La esquina con olor a farra de muchacho o de pije que acaba de recibirse de tal. Es una esquina que amanece cuando se apagan la última estrella y el último aviso luminoso...

Estado y la Alameda es la esquina de la política. Cerca quedan el Bosco y la Fuente Iris. En las noches arde la agitación electoral y se discute hasta que se enciende el sol en un hombro de los Andes...

Pero la gran esquina, la esquina con tradición republicana, es la de Ahumada con Agustinas. Cerca quedan el Haití y el Do Brasil. O sea, los sitios en que estalla la copucha y el chisme político.

Por allí pasan los Ministros, los candidatos a Ministros, los diputados, los senadores y esa gente ágil y desenvuelta que se llama los chicos de la prensa. Claro que no faltan el viejo verde ni el caballero con cara de agricultor del sur, que se empina hacia la derecha asomado en la baranda radical...

Pasa la señora de bien, la niña con cara de amiga de gerente de banco y la sensacional muchacha de moda.

Allí se hace política, se quiebra una reputación con una sola palabra y se edifica velozmente el futuro Ministerio.

La esquina de Los Gobelinos es el tango de Santiago. Es la cita del amor. Es la palabra que cabe entre dos guiñadas de ojo, y es el camino hacia el matrimonio. O el más práctico que indica hacia un Cadillac sensacional.

Hay más esquinas. Santiago está lleno de esquinas. La capital de don Pedro de Valdivia es una sola esquina. Es la esquina justa en que se reúnen el romance, la aventura y la novela.

Por eso, los buenos habitantes nocturnos de esta ciudad, que nos gusta acostarnos con las estrellas definitivamente altas, estiramos la noche a través de la charla y salvamos científicamente a Chile entre dos tragos de cálido tinto y las vacilantes puntas de dos cigarrillos.

Las calles tienen alma. Ahumada es el eje de Santiago. Tiene algo de la muchacha que pasa y del comerciante que discute en el café la baja de la lana. Estado es grave y política. Se le nota el desfile que pasa y la beata que va a misa. Agustinas tiene algo de baño turco y peluquería elegante. Huérfanos es moderna y se siente la presencia de la tienda cara para bolsillos privilegiados. Bandera tiene un tono judicial y, naturalmente, tiene que contar con los grises muros de los Tribunales. Uno sale con olor a papel judicial y alegato.

Ahora ha surgido una nueva calle. Una calle moderna y joven. Una calle casi recién nacida que lleva el nombre de un mártir de los bomberos. Es Tenderini. Es una única calle que tiene una estatua en la pared. La estatua, lógicamente, del voluntario que cayó abrasado por las llamas en el incendio del Teatro Municipal.

Es una calle especial. Es la calle de este diario y merece de sobra un par de líneas.

Desde luego, tiene personalidad. Es distinta a sus hermanas. Tiene más *cachet* que Mac Iver y que Moneda. Se da el lujo de tener dos diarios en 250 metros. Uno de la mañana y otro de la tarde. Comienza con un teatro y termina en fuente de soda. Casi resume Santiago. Al iniciarse en Agustinas se gasta un cierre casi teatral. Dos casas solariegas que estarían bien en los barrios más exigentes de París: el Club de la Fuerza Aérea y el Instituto Chileno-Francés de Cultura. Se habla en francés y se habla de aviones. A un lado cobran los precios más caros por la película más cara que se haya filmado hasta la fecha, en una sala recién nacida: el Ducal. Sigue el viejo Teatro Municipal. En las tardes no se sabe si hay más palomas que aterrizan en los niñitos desnudos de la fuente, o gorgoritos en la garganta de los cantantes que ensayan en el Municipal con la ventana abierta.

Están dos ejes económicos del país: la Sociedad de Fomento Fabril y la de Agricultura.

Se ven ágiles reporteros que van en busca de un cadáver y caballeros pelados que hablan de abonos, de granos y de cosechas. Hay edificios de departamentos con dramas internos y parejas que discuten hasta el alba. Nunca falta la muchacha bonita que taconeá por la calle y que deja una estela de silbidos. Tenderini debe gastarse, en estos momentos, el mejor *stock* de mujeres con buen cuerpo que hay en Santiago, y no le corre ni Ahumada.

Hay tiendas de discos, fuentes de soda y librerías. Está la lavandería que administra la refugiada checa que se le escapó a la Gestapo, y el comerciante español que vino a hacer la América. Y la hizo.

Pasan estudiantes, empleados, secretarias con el pelo teñido, inaguantables niñitos que todavía celebran el Año Nuevo con las terribles “piedras japonesas” y vespistas que salen disparados en busca de los espacios libres de la Alameda...

En la noche resuenan las maquinas de “La Tercera de la hora” y detrás de cada teléfono hay un suicidio o la caída de un gabinete.

Tenderini es fresca, veraniega y juvenil. Avanza como riachuelo a través de los rascacielos y de la mole chata del Municipal. Parece un decorado de teatro, un afiche de turismo. Todo, menos una calle habitual. Pero basta vivir en ella o teclear a máquina mirando cómo pasa la vida, para tomarle rápidamente cariño. Hasta trabajar transpirando, pero con la imagen de la mujer que ondula en la calle, resulta una especie de veraneo en pleno Santiago.

Y al terminar febrero, no hay ninguno de sus habitantes que resulte quemado como si hubiera pasado dos meses tirado en la playa de El Tabo o Zapallar.

Santiago tiene una cadena de cerros. Menos que Roma, pero más que suficiente para una ciudad corriente. Desde luego, el fantasma de Santiago se llama la Virgen del San Cristóbal, que se aparece puntualmente apenas se enciende la primera estrella. El San Cristóbal es el cerro de los enamorados ricos, que tienen auto y que pueden trepar en las tardes a decirse tonterías eternas cerca del cielo.

El Santa Lucia es más democrático. Tiene más flores y más cara de cerro, pero está hecho para la pareja peatona que puede trepar sus gibas tomadas de la mano, sin necesidad de recurrir al último modelo.

El Santa Lucia es el único cerro del mundo que se suicida puntualmente a las 12. Una sola vez le ha fallado la puntería, y ese día los santiaguinos anduvieron como sonámbulos sin saber qué hora era.

El Cerro Blanco es la democracia proletaria. El folleto de tapa roja. La población callampa. El conventillo vertical y la cité que trepa hacia arriba. En sus cuevas viven, por lo menos, unos cinco mil personajes de Gorki y de Panait Istrati... El día que le pongan flores y lo pinten de verde va a ser una maravilla, pero perderá esa cara de San Pablo o de Franklin en relieve que se gasta actualmente...

El cerrito San Luis, es un cerro que se le arrancó a Valparaíso, tomó el nocturno, y se vino a vivir al Barrio Alto. En las noches parece hermano mellizo del Mariposa y del Cordillera. Un día se va aburrir en Santiago y se va a regresar, como si tal cosa, a Pancho...

Los parques también tienen su personalidad. El Forestal es netamente francés. En las noches se escapa a París, navega por el Sena y se coloca junto al Puente Nuevo. O atraca junto a la Concorde. Es un parque que hay que doblar al castellano para que lo entiendan los enamorados criollos.

El Japonés tiene de todo, menos de japonés. El único nipón que he visto a través de 20 años, es un vendedor de la Casa Hombo, que se paseaba por casualidad a través de la floresta... El Parque se anima de noche, cuando ciertas sonrisas pintadas detienen a los autos, como matemáticos semáforos.

El Cousiño es "lo que el viento se llevo". Triste y polvoriento, vive como los veteranos del 79, recordando sus grandes tiempos cuando se hacía el amor en bote, corrían los troncos y los *breacks*, y estaba abierta esa maravilla que se llamó el Panorama de Maipú...

Ahora es un fantasma que en las tardes deja caer unos pesados lagrimones, que sólo ven algunos viejitos de la misma edad que son contemporáneos suyos.

Finalmente, queda el Parque Bustamante, pero es un parque demasiado joven e inexperto para hablar de él... En 50 años más, le dedicaremos una crónica... Esperaremos que se reciba de Parque...

Cuando yo era chico, me encantaba tomar el tranvía 19, que era un carro viejo y asmático, pintado de amarillo que entraba al Parque Cousiño y corría entre las flores, los botes y los cisnes.

El día 19, el carro se vestía de soldado y desfilaba marcialmente por la Elipse.

En ese tiempo, el Parque era “El Parque”. Frente a la laguna, que era tan bonita como la del Bois de Boulogne y que estaba llena de parejas de enamorados y de estudiantes románticos, quedaba el “Panorama de Maipú”, que era un inmenso fresco que el Gobierno había comprado en Italia para graficar ante la vista de los niños lo que fue la epopeya. Allí estaban O’Higgins y San Martín, la infantería de línea que iba a derrotar a los bravos soldados españoles, los fusiles, los cañones, los heridos, los muertos, toda la majestad de la batalla, en una palabra.

Había una escalera y un mirador para poder contemplarlo al detalle y yo nunca olvidaré la impresión que me dejaron esos caballos gigantescos que ahora sólo me galopan en el recuerdo.

El “Panorama de Maipú” sufrió la más triste de las suertes. Quedó abandonado y, un día, el cuadro que había costado millones de pesos, se lo comieron sencillamente las gallinas.

Nunca nadie ha pololeado ni recitado versos de amor como en los viejos bancos de madera del Parque Cousiño.

Las mejores cimarras de mi vida las hice en el Parque rondando hasta las siete de la tarde.

Cuando le dimos la despedida de soltero al periodista Osvaldo Muñoz Romero, salimos con Julio Bustamante, el inolvidable Alfonso Huerta –muerto a los 34 años, cuando tenía todo el periodismo por delante–, con Jenaro Medina, Ricardo Valenzuela, Parragué y varios más a hacer una imitación en grande del Combate de Iquique.

Contratamos todos los botes y nos lanzamos al abordaje.

El resultado fue que la mitad quedó con pulmonía y el pobre Muñoz Romero sólo se pudo casar una semana después.

Hoy ya no existe el “Panorama”, los niños de otro tiempo que hacían la cimarra, son unos caballeros gordos y ceremoniosos y las parejas prefieren besarse en las penumbras de las boîtes.

Ayer fui a dar una vuelta solo y a evocar los viejos recuerdos. El gran ojo verde la laguna me lanzó una mirada melancólica y cómplice.

Me volví a pie, solo, caminando como un soldado más entre un millón de recuerdos.

Sólo un par de palabras para evocar uno de los rincones más inolvidables de Santiago. Y uno de los rincones sentimentales que debe tener adentro cada santiaguino.

Ahora está apagada, triste y sola, pero en sus buenos tiempos fue la cancha obligada de la pareja romántica, de los amores apasionados, de los cadetes y de los líos que terminaban en puntuales guantadas. Cuando venía diciembre se poblaba de estudiantes cargados de libros, y nunca bajo unos árboles románticos se han calentado más científicamente los exámenes.

Los abogados de hoy, los graves médicos, los serios y solemnes ingenieros, tienen que tener anclado al final de la memoria la silueta verde y perfumada de la plaza.

Antes había paseo desde las 7 de la tarde hasta las 9. Y en las noches de verano se pololeaba al pie de los ombúes hasta que una luna de miel asomaba detrás de los cerros, y los buenos papás y las aburridas mamás se iban a acostar...

Tiene de todo: desde el cuartel de bomberos, dos cines por falta de uno, una iglesia a media cuadra de distancia y casas viejas que fueron palacios hace 50 años.

Ahora la plaza es la sombra de lo que fue. Es una plaza venida a menos. No hay paseo y en las tardes sólo caminan las ánimas. Ya no hay mamás que anclen en sus bancos y las escasas parejas no se pasean, sino que se besan desesperadamente bajo las estrellas. Se acabó el quiosco que quedaba en un cerrito. Ya no toca la banda. Y sólo muy de tarde en tarde asoman las guerreras rojas de los bomberos de la Novena, que se empapan de agua en los ejercicios.

En sus viejos bancos ya no se discute de política. Ni las mamás actuales preparan técnicamente los matrimonios de sus hijas, sentadas tranquilamente al atardecer.

La verdadera plaza –la que conocimos el millón y medio de santiaguinos– se fue a través del recuerdo.

Los cadetes son ahora generales y las muchachas de entonces se alisan las primeras canas...

Pero ella está ahí. Y en las noches su verde cuadrilátero se puebla de los fantasmas de gente que se fue y que ya no existe.

Pero, para mí, seguirá siendo el mejor rincón de mi infancia.

No voy a hablar de la larga y colonial historia de la vieja casona que está en la calle Esmeralda. Es un trozo del Santiago que se fue hace años con el Puente Cal y Canto, los lanceros y cuadrillas, el hombrecito de blanco que vendía harina, las acequias a tajo abierto y los bigotes de nuestros abuelos.

Eso está hasta en los textos de historia infantil. Voy a hablar de ese remanso de paz que se abre en las noches cerca del Parque Forestal y que es la única parte que tiene tradición y romance en Chile.

Hace años, quedaba la puerta de la Posada en que ataba el caballo Manuel Rodríguez. Ya no queda ni el boleto. Creo que está en una casa particular o en el Museo Histórico. Lo importante es que no está a la mano ni a la vista. Santo Domingo eleva sus viejas piedras y San Francisco pone su llama roja en una Alameda... sin álamos.

La Posada tiene encanto. No hay extranjero que no la visite antes que nada. Ni en París hay una boîte más oscura. Y encima tiene sello, señorío y *cachet*. Podía haber estado en Lima o Quito. Está en Santiago, que parece una ciudad recién hecha.

Los turistas la miran imaginando una historia fantástica. La palabra “Corregidor” huele a leyenda. Ese corregidor tiene –para la mentalidad del extranjero que se descuelga en Santiago– olor a sahumerio y a amor no muy “santo”.

Además, la misma fuente que canta en la plazoleta le da carácter. Esa agua que se estira hacía el cielo de otoño y se clava en las estrellas, habla de una época sin premuras, sin liebres ni motonetas. De una época que todavía camina en birlocho...

Pero hay que entrar. Entremos. No pisemos a la buena señora que está a la derecha. Ni al caballero que está junto a la señora y se moriría de susto si encendiéramos un indiscreto fósforo. Pasemos junto a la señorita que aprende la técnica del beso en la sombra, con más estilo que el que se gasta Brigitte Bardot. No tropecemos con el muchacho que inicia su primera cita de amor con la estupenda señora casada que conoció en el micro.

No. Sentémonos, pidamos un vino caliente y echemos a caminar la imaginación. Se supone, amigo lector, que no hemos entrado solos y que junto a usted y a mí, hay una muchacha que quiere conocer una cosa “rara” de Santiago...

Encendemos un cigarrillo... ¡Cuidado!... La mitad del público vuelve la cabeza, y una rubia casi se tira debajo de una mesa.

Tomemos lentamente el vino. Bailemos lentamente con la compañera. Saboreemos lentamente los aperitivos del amor... A lo lejos, un reloj da las dos de la mañana. En la pista se arrastra un tango más compadrón que Gardel y Castillo juntos. Diez parejas transpiran bailando. Los que no bailan también transpiran. Nosotros, amigo lector, haremos lo mismo... ¿Verdad?

Y, entonces, sentimos el encanto que tiene La Posada. La oscuridad cómplice, los foquitos tapados, la penumbra policial y amable, el amor sentado en cada mesa, el chasquido de los besos, los eternos juramentos...

Y pensar que aquí se bailó rigodón y se sintió a lo lejos la voz del sereno que decía, hace 200 años: “Las dos han dado y sereno...”.

Pero no hagamos historia... Sigamos como estamos. Bailemos otro tango viejo como el mundo y más pegajoso que una chunga... Avanza la noche. Llega la madrugada... Hay que salir, desgraciadamente. Caminar hacía la realidad que comienza más allá de la pesada puerta...

Atrás dejamos una pareja estrujada, un poco de rouge y el recuerdo de una peluca empolvada y un apolillado jubón de seda...

En la calle Mac Iver, al llegar a la colonial Merced, está anclado un barco. Un barco que no navega, en que los tripulantes no se marean y que jamás salta de ola en ola.

En una palabra, una de las naves más raras del mundo. En Londres estaría perfecta, y más de un gringo, quemado por 20 vientos de 20 países distintos, se ha detenido melancólico y envidioso frente a la puerta que se abre hacia la calle, a escasas brazas de la iglesia de la Merced.

Es el Caleuche, cuyo carnet de identidad dice: “Centro de ex Cadetes y Oficiales de la Armada”. Nació en la calle Estado, zarpó hacia Agustinas frente al Crillón, emprendió viaje a Bandera esquina de Moneda y, finalmente, recaló en esta esquina en que se respira aún la atmósfera soñolienta de la lejana Colonia.

No vamos a hacer una visita minuciosa y detallada. Basta asomarse a la cámara en que funciona el bar, sentarse a la llamada “Mesa de la amistad”, trepar hasta el Salón de Honor y darse una vuelta por el *hall*, que estaba un poco en tinieblas esta mañana del 22 de septiembre, para darse cuenta de qué es lo que es.

Antes que nada, no es una casa. Ni un Club. Ni un Centro. Es mucho más que eso. Es un trozo de barco que respira espíritu marino. No importan los cordajes, las ametralladoras de buque de guerra que hay en el patio. Ni la quilla que avanza desafiante. Ni los barquitos en miniatura. Ni los impresionantes recuerdos de Prat, Condell, Simpson, Blanco Encalada, Lynch y otros bravos capitanes de la espuma.

Lo que salta a la vista es que éste es un centro anclado de gente de mar. Que en las tardes, el amable viento que se cuela alegremente por las ventanas, se transforma en huracán desatado y hace crujir las viejas jarcias. Se siente el olor a mar, y la gente que es poco conocedora del ambiente, se tambalea y hasta siente los primeros síntomas del mareo a bordo.

En las mesas charlan viejos almirantes que fueron los jefes de la Armada chilena hace 30 años. Se juega cacho y dudo. Y antes que nada, se recuerda. Entre trago y trago, se levanta lentamente la imagen de otros años ya idos: la novia romántica agitando el pañuelo en los muelles de Valparaíso; los largos cruceros por el mar; los viejos temporales; la brisa suave de los mares tropicales; la muchachita aquella de piel color canela y de ojos estirados en un pueblecito del remoto Oriente, etcétera.

Hay olor a brea y a petróleo. A madera y humedad. A hollín y a cochayuyo. A viajes, en una palabra. Porque eso es el Caleuche. Un fenómeno único en Chile y en América. Un Club en que se navega sin salir de Santiago. Y en que a veces dan ganas de tomar un pasaje para toda la vida.

Y eso es lo que pasará fatalmente. Un día, el Caleuche de la bahía de Mac Iver, levantará anclas y se perderá alegremente en el horizonte.

A bordo llevará a unos viejos almirantes nostálgicos y a unos jóvenes cadetes que han leído a Salgari...

Y a lo mejor no regresa jamás.

No les quepa ninguna duda.

Hay que llamarle seriamente la atención al Mapocho. Durante mucho tiempo lo miramos en menos e hicimos los peores y más crueles chistes sobre él. No era un río, sino un sub-río, una acequia, un zanjón, un canal, un hilo despreciable de agua, cualquier cosa menos el ilustre tajo líquido que cortaba la ciudad.

Lo mirábamos desde la orilla con un gesto despectivo y lo comparábamos con los otros ríos que decoran la piel de Chile y América.

No llevaba agua. Arrastraba piedras y desperdicios. Era técnico en reflejar ranchos de mala muerte y cuevas dignas de una crónica policial. No había nacido para la luna ni para encenderse en los crepúsculos con los más agónicos rayos del sol.

No cumplía, en una palabra, con lo que indicaba severamente su carnet de río número 1, en calidad de pensionista de la ciudad más importante del país.

Durante el verano le hallábamos alguna excusa. Total, si no había nieve, no se le podía exigir que arrastrara agua y que tuviera de vez en cuando una vaga semejanza con algunos de sus colegas de mayor jerarquía. Pero lo grave es que en pleno invierno se empinaba apenas sobre su lecho habitual y se disfrazaba malamente de río auténtico.

Con la sequía, el pobre Mapocho tuvo la más elocuente de las disculpas. Si no caía una gota del cielo, era absurdo exigirle que él fuera como el Támesis o el Sena.

Pero cayó la lluvia, se desbordó el cielo, se abrieron las cataratas, tuvimos más agua que nunca... y el Mapocho las aprovechó para vengarse de todos los agravios.

¿Con que decían que no tenía ni alma de río?

Ya verían...

Y entonces se tomó la revancha. Arrastró más agua que nunca, se desbordó, se salió de madre, inundó las tierras vecinas, sembró la desolación y el caos, penetró en terrenos privados como un intruso cualquiera, se llevó animales y actuó, en una palabra, como un vulgar delincuente que elige las sombras de la noche para asaltar en despoblado.

Ahora podemos estar indignados con él, podemos lanzarle las peores invectivas, podemos insultarlo y hacerlo víctima de los adjetivos más virulentos y quemantes, pero al verlo impetuoso y desbordante de agua, no podemos negarle la calidad de río.

De mal río, pero río de todos modos.

Para la gente que repite maquinalmente las mismas tonterías que se dicen hace siglos sobre España, le vamos a contar, de paso, que Madrid se gasta 32 museos, y que tiene El Prado, que es la primera pinacoteca del mundo, superior al Louvre y al Vaticano... Que tiene una buena galería de pintura moderna, que se puede seguir la agitada historia militar del país a través del Museo Naval. Que si se tiene mentalidad de poeta romántico, capa y melena, basta echarle una mirada al Museo Romántico en la Travesía de San Isidro. Y que si se quiere anclar en esas manchas de mar inolvidable del maestro Sorolla, hay una casa dedicada únicamente a él.

Si se quiere llegar a Sevilla sin salir de Madrid y montar a la torre de Giralda, basta darse una vuelta por el museo de reproducciones artísticas, y en 5 minutos estaremos en las murallas de Ávila o en la penumbra de la catedral de Toledo.

Finalmente, si quiere usted vivir cerca del Siglo de Oro, tratar a Lope, tutearse con Cervantes y darle la mano a Góngora, no tiene más que hablar una palabrita conmigo y lo llevaré al viejo Madrid a dar la más emocionante de las vueltas a través del siglo XVI.

Sí, señor. Ya está bueno que termine la leyenda tonta, más que negra, de que Madrid es una ciudad con burritos y carrozas. Y manolas y castañuelas. Y duelos a navaja en las esquinas. Para respuesta está el movimiento infernal de aviones en Barajas. La cifra de turistas, que aumenta año tras año; lo que se filma; la entrada de interminables colas de coches último modelo; la Torre España, que ya está lista en la plaza del mismo nombre y que se eleva verticalmente al cielo.

No. No tiene nada que ver la España actual con la tarjetita postal que nos habían fabricado. Ni con las cintas que se descuelgan de Hollywood. Y con tanto clisé barato para uso de los mismos que creen que en América andamos con plumas y nos alimentamos de misioneros más o menos gorditos.

Claro que hay una máquina montada para pintar a la pobre España con los cucuruchos de la Semana Santa. O las procesiones. O las cogidas más trágicas de una corrida. O los gitanos de una cueva a la salida de Sevilla.

Claro que eso lo hay. Existe. Y se puede ver. Y a ratos aburre, pero detrás de eso está un país en el cual me he sentido, apenas salté del avión Iberia en Barajas, como si jamás hubiera salido de mi casa.

Y que conste que llevo más de tres meses y medio por estos lados...

Escocia es notable. Sir Walter Scott está en todas las esquinas. Nos recibe en Glasgow una mañana con un frío polar y nos despide (naturalmente de medias) en Edimburgo. Las posadas se llaman “Quintin Durwan” o “Ivanhoe”. Gladstone también se asoma en la Plaza de Glasgow con esa cara de estatua que ya tenía en vida. Pero lo fundamental no está en la piedra helada, sino en la calle igualmente helada. Las muchachas marchan cómodamente en pantalones para hacerle frente al frío. Y los buenos escoceses –de 15 a 70 años– marchan como si tal cosa, con la clásica boinita y el inevitable *kilt*. Está de más que describamos la pollera que los ha hecho célebres en el mundo entero. Caminan con la misma serena y pausada calma que lo han hecho en cien batallas, desde los suelos quemantes de la India hasta las arenas del África del Sur. En la noche, por hacer un chiste, le dije a Mister Christie, que es nuestro activo funcionario de la Dirección de Informaciones que nos atiende en Edimburgo: “¿No le gustaría venir de *kilt* para ver qué tal le queda?” Se sonríe. Se le sonríen las mejillas rojas como sangre, los escasos cabellos rubios, los dientes amarillos y largos como teclas de piano, y finalmente nos deja caer un yes que apenas se nota.

Pues bien, en la noche, en el elegante hall del Hotel George, nuestro buen amigo Christie aparece con sus piernas flacas como paraguas y su auténtico *kilt* que flamea como una vieja bandera. Y no dejó baile típico por bailar, a pesar de sus bien vividos 60 años.

Los ingleses hablan de Escocia como de otro país. Hacen chistes y les hallan cara de provincianos. Siempre un escocés, para la mentalidad del londinense, es avaro y medio selvático. El escocés contesta en la misma forma. Mira hacia el sur desde lo alto de sus colinas y sus viejos castillos repletos de historia y fantasmas. Únicamente a la hora de la guerra y de calzarse las botas, olvidan las viejas rencillas y mantienen la única competencia posible: saber quién pone primero la *Union Jack* sobre la trinchera enemiga.

Trozos de la historia de Chile en la nebulosa Albión, he hallado sueltos y desparramados. Nadie sabe dónde vivió O’Higgins durante los días de su quemante juventud, cuando la Independencia no echaba a caminar aún... Las investigaciones realizadas por algunos chilenos estudiosos no han arrojado ninguna luz. En el viejo castillo que domina la helada ciudad de Edimburgo, en pleno corazón de la vieja y novelesca Escocia, nos sale al paso un fantasma conocido: entre viejos cascos, antiguas armaduras, banderas deshilachadas, pistolones y arcabuces, surge la estampa de Lord Cochrane. Es poco, apenas un cuadro que lo presenta con el sable en la mano montado en el casco de una nave que podría ser la “Esmeralda” en Talcahuano, para éste gran almirante inglés que se luciera sobre los mares de Grecia y de Chile. Nada más, ni la más ligera alusión ni dato histórico. En Oxford, en la librería del catalán Gili, encontramos una de las ediciones más viejas de “La Araucana”, y las obras de Molina y de Ovalle. En la formidable biblioteca de Manchester, nos saluda a la pasada “El hermano asno” de Eduardo Barrios, con el sello de Nascimento. Vemos una carta de Ricardo Donoso pidiendo viejos ejemplares, y recuerdan con cariño la torrencial curiosidad de Ricardo Latcham, que caminó por estos lados...

El único guerrero que tiene Suiza es Guillermo Tell.

Los escasos cañones que vi la última vez que estuve en medio de sus nieves deslumbrantes, fueron unos juguetes con que se divertían unos sanos y alegres muchachos en Lausana...

Cuando trepé por las gibas del sensacional San Gotardo, me di cuenta por qué una de las naciones más chicas de Europa, es uno de los países más grandes del mundo. Se trabaja el campo hasta el último milímetro. No hay cercas, púas, ni pircas. Los caminos brillan de limpios y desde luego son más higiénicos que la calle Ahumada a las 7 de la mañana, recién lavada...

En Suiza hay un culto casi morboso por la limpieza. Se dice que si se cae un papel, corre el propio Presidente de la Republica con un par de pinzas en la mano a recogerlo.

Yo creo que el día que Ginebra o Zurich exhibieran la centésima parte de los afiches y lienzos que luce tan orgulosamente la capital de Chile, cae el Gobierno y cuelgan al Presidente.

Suiza, a pesar que es el país más pacífico del mundo, ha sido el foco de cuanta revolución decisiva ha tenido la humanidad. Aquí conspiraron Lenin y Trotsky, y al pie de sus jóvenes castillos, el joven Rousseau le inventó hasta la peluca a la Revolución Francesa...

Ahora se trata que la buena y amable Ginebra sea la sede de la próxima conferencia llamada de La Cima, en la cual cinco naciones se sacarán versallescamente el casco de la guerra y le ofrecerán una comida a la bucólica paloma de la paz.

Veremos si la maravillosa Suiza, con su cara de tarjeta postal, sus vaquitas de cuento, sus chocolates y sus relojes cucú, justifica su fama de ser la nación más apacible del mundo.

No hay necesidad de ser católico militante y de comunión diaria para emocionarse en Tierra Santa. Basta ver las verdes aguas del pequeño río Jordán; las azules ondas del lago Tiberiades; saber que allí fue bautizado Cristo; entrar en la pequeña casa de José y de María; bajar hasta la cueva que aún conserva la ventilación con el exterior, bajar al pozo, ver los restos de la mesa que, según la tradición, se usó en la Última Cena; caminar por la Vía Sacra, detenerse en el lugar exacto en que la Verónica secó el rostro del hijo de Dios; caminar por el huerto de Getsemaní que escuchó su último ruego; subir a la colina donde fue pronunciado el sermón de la montaña y, finalmente, llegar con el alma estremecida hasta la Catedral que ocupa el lugar del Calvario para saber que estamos en uno de los sitios en que se escribió el capítulo número uno de la historia de la Humanidad.

Abírmese, amigo lector. El decorado ha cambiado bastante poco. Claro que hay buses y pasan los autos. Que la gente lee los diarios en los quioscos y que suena a lo lejos la radio, pero la esencia del telón de fondo es casi la misma. Pasan lentamente los asnitos de la Biblia y el agua corre por el centro de la calle. Crecen los olivos color plata y los viejos muros no han cambiado gran cosa. Hasta el rumor de la multitud debe ser el mismo de los días de la Pasión.

Claro que para ver todo el decorado, hay que pasar al otro costado de la muralla y cruzar del lado judío al jordano. Con los contactos milagrosos que tenemos a veces los periodistas, logramos hacer el milagro y entrar lentamente en las páginas del Viejo del Nuevo Testamento.

Vemos la pequeña colina que presenció el desafío de David y Goliat. Nos muestran casi el lugar exacto del bautizo en el Jordán. Tomamos agua en el Pozo de la Virgen. Nos indican vagamente el árbol en el cual Judas puede haberse ahorcado después de la traición y del arrepentimiento, y sobre todo, el gigantesco escenario de Belén en que comienza la vida del Crucificado y el último telón de la muerte en Jerusalén.

Nos indican con la mano la tumba de Herodes y el primer sitio en que comienza a actuar Abraham, y en todo momento sentimos que estamos viajando entre los cielos desgarrados de hace dos mil años con las mismas nubes de la Pasión, en presencia del mismo sol y contemplando el escenario de las mejores páginas de Gabriel Miró y del propio Renán. Llevamos a Papini de la mano y sentimos antes que nada que estamos hojeando las amarillentas páginas de un libro inmortal que se llamó y se llama la Biblia.

Por eso no podemos escribir serenos estas rápidas impresiones de viaje por una tierra en la cual queda aún la huella de unas sandalias que incendiaron al mundo hace 20 siglos.

Cerca de mi casa, a una cuadra y media justa, está la esquina de la revolución. Por lo menos yo la llamo así. Porque fue en Velásquez con Maldonado donde nació la guerra civil española.

Allí vivía, hasta el trágico 13 de julio de 1936, José Sotelo Calvo, jefe de la Derecha española y líder parlamentario de la oposición. Dos días antes, la Derecha había despachado al teniente Castillo, de las tropas de asalto republicanas, y la sangre andaba en el aire. Se la sentía, se la palpaba, se la podía ver moverse casi bajo el cielo de Madrid. La guerra iba a venir de todas maneras. Los odios habían llegado por lado y lado al clímax justo. Faltaba, únicamente, la chispa. Hubo dos muertes: la de Castillo, primero, y la de Calvo Sotelo, después.

A los tres días ardía toda la península. Es decir, que dos cadáveres –uno de cada lado–, iban a traer un millón de muertos, cientos de miles de exiliados, de heridos, de lisiados, de luto y sangre, a través de tres terribles años. Ahora hay allí una placa. Dice: “De este recinto fue sacado el 13 de julio...”. Era en julio. Pleno verano. Y verano en Madrid, en que transpiran hasta las románticas palomas. Clima de fuego. Con la gente odiándose de la mañana a la noche. Con tiros en la calle. Con baladronadas sangrientas en las Cortes. Con entierros terminados a balazos. Con socialistas, comunistas y falangistas armados. Con la guerra civil en el aire. Con Franco conspirando. Con Sanjurjo preparando el golpe. Con José Antonio en la cárcel. Con Mola, Yagüe y Varela poniéndose la guerrera. Con cientos de pistolas engrasándose rápidamente.

La Pasionaria había dicho en plenas Cortes, refiriéndose a Calvo Sotelo: “Ese hombre habla por última vez”. Y habló por última vez. Lo llamaron a las dos de la mañana, se lo llevaron a través de las calles solitarias y le pegaron un balazo en la nuca. A los tres días, ardía España entera. Claro que fue únicamente la gota que rebalsó el vaso.

Y vino la guerra y la hecatombe. Y el millón de muertos. Y las viejas de luto. Y el país arrasado.

Todo está escrito en los muros impasibles de la casa de tres pisos de la calle Velásquez con Maldonado, que tienen ahora una calma y una serenidad burocráticas, pero que una noche lejana fueron justamente la esquina de la que salió, perfecta y trágicamente armada, la guerra civil más salvaje que ha tenido Europa.

Ahora es una casa tranquila y aburrida que sirve de sede a la Diputación Provincial, pero hace 23 años, una noche con estrellas y luna pesada y solemne, fue la puerta de entrada de la guerra civil. Y más tarde, de la guerra mundial que se ensayó macabramente en los campos y ciudades de España.

Esta crónica no es para sacarle pica a nadie. Ni para que nadie se indigne ni crea que estoy hinchando inútilmente el pecho, pero me gustaría contar cómo es una casa de Madrid. O un departamento que queda cerca del cielo. Está en la calle Velásquez 103, en el sexto piso, que aquí se llama “ático”. Hay un ascensor viejo y asmático que trepa alegando hasta el final. Y naturalmente no llega. No puede llegar. Le falta fuerza o potencia. O ganas, sencillamente. Tiene un viejo carácter español y le carga dar explicaciones. Sencillamente trepa hasta el quinto, y allí se queda.

El departamento tiene a la entrada una bandera chilena, unos monitos de Segovia y unos cacharros de Toledo. Si usted los mira bien, se dará cuenta que reflejan a ratos el agua del Tajo y hasta algunos atardeceres. A la derecha hay una salita de estar en que dan ganas, justamente, de estar. De estar para siempre. En las paredes hay banderines de 40 ciudades de España y de algunas de América. También hay fotos de Roma, de Florencia, de Nápoles, de París, de los viejos barrios en que cantan los organillos y las muchachas hablan dulces lenguas lejanas. La ventana da a una terraza en que se ve Madrid con su océano de tejados y su piel de Castilla al fondo. En las ventanas hay vecinas que merecían trabajar en las novelas de Pío Baroja o en los cuentos de Azorín. Hay viejas de manto negro que le rezan a la Pilarica y que tuvieron hijos que quedaron para siempre enterrados en el barro del Ebro o del Brunette. Desde aquí no se ve el Retiro ni el Manzanares. No importa. Se ve España al atardecer y de la calle suben los cantos de los niños, el olor a aceite y el rumor de los pinos. Hay un comedor en que la única loza que existe viajó desde el lejano Chile. Los cuchillos cortaron pan tibio junto al Bío Bío y las cucharas son expertas en reflejar los últimos destellos de la cordillera. En el dormitorio, la doble cama tiene ese viejo encanto de los lechos de nuestros abuelos, con fotos ingenuas en las paredes. En la cocina arden los leños y en las tardes una mujer colorina se inclina sobre las camisas que viajaron en Iberia desde el remoto Santiago de la Nueva Extremadura. El vino que se bebe es Valdepeñas y tiene un color tan tibio que dan ganas de envasarlo para mandárselo a esos escasos cuatro amigos que uno tiene en la vida.

En las mesas y las sillas hay libros y revistas. Se desmoronan los diarios y chorrean las cartas escritas por manos que están lejos. Hay también una máquina vieja y asmática que suena de la mañana a la noche y de ella salen crónicas, cuentos, novelas y libros de viaje. O cartas, sencillamente, que más de alguien espera. Una cámara fotográfica espera colgada a la bandolera de una lamparilla de noche. Una cámara que ya ha sabido tomar el sol de 24 naciones y que no se asusta de captar la Giralda, la torre inclinada de Pisa o esa mancha azul y deslumbrante que brilla en Capri.

En la casa, antes que nada, hay cordialidad y nunca falta el amigo que trepa los 12 escalones que le separan de la calle y los cinco pisos que le brinda el ascensor. En las noches, a veces, suena una radio en el escritorio y en el departamento vecino contesta la voz de un niño. La brisa que llega por la ventana y viene de la sierra del Guadarrama, donde ya hay nieve, mueve ligeramente los pliegues de la bandera y juega con la estrella. Adentro suena la máquina de escribir. Y los platos y los vasos. Y la vida.

Es bonita la casa de la calle Velásquez 103, sexto piso, izquierda. Parece un trozo de París en Madrid. O un retazo de Santiago cortado con tijeras y pegado con goma en España.

Es mi casa.

Y la suya, naturalmente, amigo lector.

Es un hotel de novela. Uno de esos hoteles que debían estar descritos por Balzac o Víctor Hugo. Queda en la calle Cujas N° 19. Como se dice en francés *19 Rue Cujas*. Al frente queda el Hotel de Flandres. En la esquina, La Sorbonne, la universidad más vieja y de mayor prestigio en el mundo. A dos cuadras está la cúpula del Panteón donde reposan las cenizas de Voltaire, de Rousseau, Zola, etcétera. Allí estuvo Mirabeau hasta que se descubrió que había estado en pactos con la Corona... Allí está, igualmente, el corazón del gran Gambetta.

A una cuadra y media del Hotel, se extiende la sonrisa verde del Luxemburgo. Allí se juntaban los mosqueteros de Alejandro Dumas para batirse entre ellos, y más tarde con los mosqueteros del Cardenal...

Allí están el Senado de Francia y el sillón que ocupara Napoleón cuando era Primer Cónsul. Al final del Luxemburgo, está la estatua al Mariscal Ney, en el mismo sitio en que fue fusilado en 1815.

Pero sigamos con el Hotel... Tiene más de cien años y en el segundo piso se escribió la novela "Escenas de la vida Bohemia", de Murger, que dio origen a la célebre Bohème... La dueña se llama Madame Salvage.

¡Ah, Madame Salvage! El peor genio de Francia y la máxima ternura. Le cargan los estudiantes que preguntan cosas en mal francés... y los periodistas chilenos que a veces sufren un ataque de amnesia y se olvidan de pagar puntualmente los 450 francos al día... Pero tiene dos amores: los chilenos y los uruguayos. Claro que hay chinos, negros, alemanes, indochinos, ingleses, etcétera.

Es un hotel internacional que queda en el centro justo de la bohemia francesa. A cien escasos metros se extiende el célebre Boulevard Saint Michel, y a dos cuadras, el Museo Cluny. Al lado del museo están las piedras que aún quedan del cuartel general de Vespasiano, cuando era Cónsul y partió a tomar el poder como Emperador en Roma... Lo único que queda de recuerdo de él... son las vespasianas que salpican todas las calles de París.

Si usted, amigo, anda unos 500 metros, llegará al Boulevard Saint Germain, donde vaga aún la fina y delicada sombra de Marcel Proust... Y si usted camina hacia abajo, por el Boulevard Miche, se caerá al Sena. Pero no se caiga. Frene rápidamente y mire hacia la derecha. Y verá surgir en medio del sol deslumbrante de la primavera, la chata estampa de Notre Dame. Y si voltea la cabeza hacia la izquierda, verá la *Conciergerie* donde María Antonieta pasó sus últimos días. Allí fue la última comida de los girondinos, y Robespierre llegó con el mentón ensangrentado después de haberse disparado un tiro en el Hotel de Ville, en las jornadas de Thermidor...

Pero volvamos al Hotel... Madame Salvage fue mi amiga y mi confidente el 52 y el 53. Le pagaba vagamente los primeros. Alegaba contra los chilenos y los periodistas que llegaban cantando a las 6 de la mañana, cuando un sol estrictamente francés, custodiado por dos *flics*, asomaba sobre la colina de Santa Genoveva. Si me atrasaba, no importaba gran cosa. Había un chino que me llevaba el desayuno con *croissants* y un español que se indignaba cuando llegaba tarde y golpeaba la vieja puerta de cristal. Allí vive aún el formidable Nicolás Guillén, la primera voz de Cuba. Allí alojaron dos años Augusto Olivares y el Chico Díaz. Allí pasó meses Juan Emilio Pacull. Allí está Sergio Vargas, que escribe cuentos al anochecer. Allí toca aún el violín la maravillosa muchacha uruguaya que quedó

flechada por París. En el hall, hay diez banderas chilenas. En 1953 había 40 chilenos en las setenta y tantas piezas del hotel.

Es barato. No tiene ascensor. Hay que subir en la oscuridad después de las 12 de la noche. Las camas se mueven extrañamente y, a veces, el único baño, por piso, está ocupado y hay que hacer cola. A veces, Madame Salvage está de mal genio y no saluda... Pero el Hotel Saint Michel, de la Rue Cujas, es uno de los lugares más inolvidables del mundo...

Lo digo yo, que le quedé debiendo varios miles de francos de recuerdo... Y que lo adoraré toda mi vida.

¡Lástima no ser novelista para escribir un libro que se llamara únicamente así: Hotel Saint Michel! Sería una gran novela.

Esta es la décima vez, por lo menos, que vengo a Versalles. Y lo que siento más es que estemos en invierno (y con nieve) y no poder ver el estallido de las rosas en los parques y los gigantescos juegos de agua.

Pero con lo que hay, basta y sobra.

En la capilla están diciendo misa en estos precisos instantes y en la Opera (de madera pintada imitando mármol por falta de fondos) nos aguarda el fantasma de Luis XV, que es uno de los reyes que lo ha pasado mejor en este pícaro mundo.

Pero lo malo es que los corredores secretos por los cuales escapaban Luis XVI y María Antonieta, están cerrados y no se puede sentir la huella de la marcha de los parisienses que vinieron a rescatar al Rey y a la Reina del embrujo fatal de la Corte.

En la ventana central me asomo como se asomó la Austríaca desafiando las balas y donde Lafayette le besó parsimoniosamente la mano para conquistarse el fácil y cambiante cariño del pueblo.

En el parque me detengo en el sitio exacto en que Mirabeau (que ya se sentía candidato a amante de la Reina) se entrevistó con María Antonieta y en que ella no se dio cuenta que le habría bastado un ligero gesto de coquetería para cambiar la suerte de la monarquía y la historia del mundo.

En el Salón de los Espejos, precisamente aquí, se fundó el Imperio alemán después de los cañonazos de la guerra del 70 y donde Guillermo I de Prusia recibió la corona de manos de Bismarck.

En una salita vecina está la modesta mesa en que fue firmado el Tratado que “iba a terminar con todas las guerras” y que fue el culpable número uno del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Pero falta por lo menos el noventa por ciento del Palacio por describir al detalle...

Disneylandia es el país de Disney. Pero antes que nada es el país de la infancia. Amigo lector: basta llegar y pagar seis dólares en la taquilla, para que alguien le corte los pantalones, le ponga un chupete en la boca y lo haga niño.

Tome un tren (que parece de los polvorientos trenes de los viejos films de hace treinta años, con pianito y todo...) y caminará a través del Oeste con *cowboys*, verá arder las viejas chozas de los conquistadores del Far West, le saldrá al camino el propio Sitting Bull en persona, verá galopar los caballos de los Sioux, pasará frente a la estación de El Dorado como en los días de la Fiebre del Oro, estará en los bares con los vaqueros que toman Coca Cola (se trata de una ciudad infantil después de todo), y rodarán los vasos sobre la brillante cubierta de bar. Diez minutos más allá le saldrá al paso el mismo Mississippi de Mark Twain, y verá los barcos con paletas deslizándose lentamente en el agua con majestad de antiguas reinas, se escuchará un silbato de novela y se pondrá en marcha toda la selva africana...

Pero falta algo más aún. La última palabra en materia de técnica. El progreso en gotas y al alcance de todos los bolsillos. Por unos centavos de dólar pasará de 1957 al año 2000 y entrará a Tomorrowland, el país del mañana, en que se puede viajar a la luna, caminar por Marte, saltar entre las estrellas, conversar con los robots y saber cómo será el Cosmos cuando caigan melancólicamente algunas hojas del calendario.

Finalmente, agotado pero alegre, llegará al pueblo mismo. La Plaza Mayor, la vieja alcaldía, el correo, los bomberos de hace 50 años con el “gallo” y los voluntarios de largos bigotes, la droguería con sus retortas y sus tubos de color, las niñas de grandes y espesos moños, y el cine donde aún se ve a Valentino y a Tripitas. Para que no falte nada, está el pianito (¡Ah, el pianito de nuestra lejana infancia!), que toca como en los tiempos de “La lucha por los millones” y “Maciste contra el mundo”.

Afuera espera un viejo carruaje con un caballo con sombrero de *cowboy* y un taxi asmático y tartamudo que camina a brincos por una típica calle de Nueva York de hace más de medio siglo.

Y agréguele, amigo lector, que falta el buque fantasma, los trenes que caminan bajo tierra entre aparecidos y esqueletos, los enanos que se deslizan por fantásticos boquetes a la luz de los diamantes y las perlas, y con la linterna en la mano...

Todo esto lo hizo el padre de la laucha Mickey y de Pluto. Invirtió 17 millones de dólares y los había recuperado en poco más de un año. Todo lo que se vende (desde juguetes hasta Coca Cola) lleva su marca y su sello. Cada niño que compra algo o que toma algo, le entrega unos centavos de dólar a Walt...

Pero dejemos la parte aburridamente material. Elevemos la vista y veamos qué hay detrás de todo esto. ¿Un negocio? Puede... Pero es mucho más. Es el viejo sueño de todos los niños del mundo hecho realidad, a 40 minutos de Los Angeles, por los mejores caminos del mundo y por unos cuantos billetes verdes... Y lo más notable es que los niños creen que es para ellos. Y van con sus padres. Y montan en el barco que recorre lentamente las aguas del Mississippi. Y suben a la lancha que atraviesa la selva tropical más quemante del mundo. Y hacen que sus padres los lleven de la mano. Y los pobres cabros no saben que son los padres los que van a recordar su infancia perdida a Disneylandia. Y que los niños son únicamente el pretexto...

¿Seis dólares...? ¿Mucho? No creo. Para volver a ser niños, no tener arrugas, complejos y recuerdos, es bastante poco. ¿No cree usted lo mismo, infantil lector, que ya pasó holgadamente los 50 años?

Los elefantes al morir buscan a sus lejanos antepasados en el claro de un bosque y mueren de pie. Los yanquis, después de los 60 años y de haber trabajado toda una vida (de lunes a viernes a razón de 10 horas al día), parten a Miami en busca del sol, de mar, de calor, de calma, de serenidad y ocio... Y allí pasan sus últimos años recostándose en el decorado de las palmeras y de la arena rubia.

Nunca he visto más viejos que en estos días en Miami. Viejos y viejas. Ancianos que caminan lentamente y que se detienen en las esquinas para que no los maten los autos antes de tiempo. Un caballero de 70 años le gritó a un automovilista: "Aquí no deberían dejar entrar gente de menos de 60 años...". Una señora anciana se viste de noche y se ve sencillamente espantosa. En las puertas y las terrazas de los hoteles (2600 en todo Miami), se refugian miles de años y millones de arrugas. Los ancianos buscan desesperadamente el sol y la arena. Se bañan en las playas particulares de los hoteles o se meten tímidamente en las piscinas. Gastan todo el día. Su verbo preferido es *To Shop*. Compran de la mañana a la noche. Saltan de la cama a las 8 para estar más cerca de la tienda y del centro comercial. Desfilan por los magazines, asisten a exhibiciones de moda, concurren a los teatros de estreno y a los conciertos, repletan los cines con aire acondicionado y finalmente se aburren científicamente jugando *bridge* hasta las 10 de la noche.

¡Ah...! olvidábamos decir que se pasan el resto del día que les queda más o menos libre, mirando con la vista fija la TV.

Como crepúsculo de una vida entregada heroicamente al trabajo, es realmente impresionante. Y profundamente pintoresca y humorística al mismo tiempo.

Buenos Aires tiene el Pescadito. Madrid, Chicote. París, media docena de lugares viejos como el mundo y con olor a naftalina y a búho. En Santiago lucimos con orgullo las molduras de la Posada del Corregidor. En Londres hay viejas posadas de tiempos de Jorge III y de Dick Turpin, a las que les sobra historia. Mi amigo Madariaga (chileno, con 30 años en esta tierra maravillosa), nos dice: “El que no ha ido a la Bodeguita del Medio en la calle Empedrado, entre San Ignacio y Cuba, no ha conocido nada de La Habana”.

Y fuimos la segunda noche de llegar. Es una casa vieja, llena de mesitas, barriles, cecinas y jamones colgando, faroles a gas y todo lo que puede aburrir a un turista típico y hacer feliz a un ser humano con una gota de sensibilidad. Su dueño es el cubano Ángel Martínez, que se hizo millonario de la noche a la mañana. Comenzaron a ir los artistas, los escritores, la gente de cine, de radio, de TV, los periodistas y los terribles amigos de la noche, que les gusta ver surgir a luna del fondo de un vaso de legítimo Bacardi. Tuvo éxito. Un éxito impresionante. Ángel Martínez no sabía nada de literatura ni de puestas de sol, pero entendía la técnica de ganar dólares con una facilidad única. A los cinco años de la Bodeguita, instaló cerca la Cabaña Club, que es más elegante, más para millonarios melancólicos, pero con mezcla de bohío (rancho cubano), caserón colonial con balcones corridos. Subió la columna de dólares. Los turistas picaron como pescaditos de río.

Hoy, Ángel Martínez (un gordo simpatiquísimo que nos invita inmediatamente a almorzar una típica comida nacional con frijolitos negros, arroz, alubias y habichuelas), es uno de los hombres fuertes de la Isla. La noche anterior había estado Groucho Marx, con bigote y todo. Hacía tres días, Marlon Brando, con esa terrible cara de galán pegajoso que se gasta. Hay fotos de Eugenio Montes, de la Infanta Isabel, de Guillén —el más grande de los poetas cubanos—, de Otero Silva, quien le dedicó un soneto que es una maravilla de ritmo, César Romero, Agustín de Foxa, etcétera. Hay miles de firmas que se suben de la mesa a la muralla. Una orquesta toca una rumba, una guaracha, una guajira. Saltan las maracas. Se apaga lentamente la luz. Únicamente alumbran las puntas de los cigarrillos. Una gringa, que tiene más años que millones y más arrugas que tienda de *five and ten*, se desmaya en los brazos de un robusto cubano que ella supone torero... Y la noche se descuelga a pulso de las torres de la Catedral, que blanquean como huesos a dos cuadras de distancia.

Y por supuesto que cometimos la cursilería de estampar nuestra firma.

Lima tiene cuatro letras y una gracia única. Es una especie de Viña del Mar y del Golf al mismo tiempo. No le falta ni el mar nuestro ni el cerro San Cristóbal. Aquí se llama lo mismo que allá. Los automovilistas estarían felices. Se echa de menos únicamente el blanco fantasma de la virgen en medio del cielo. Calles suaves y amables. Avenida Wilson... Avenida Arequipa... Plaza Washington... La Herradura... Chorrillos y Miraflores... Lo mismo que en Viña. Pero tiene algo que es exclusivo: Lima es una ciudad con perfume a mujer. A gata. A novela de Colette. A femenino y traicioneramente coqueto al mismo tiempo. Uno se explica las tapadas y la Perricholi. Y las niñas serias y católicas en la mañana, citándose con sus amantes a la puesta del sol, cerca de la Catedral o de la Merced. Tiene un gesto cómplice de novela sicalíptica o policial. La gente no mira, desvía la vista y se hace hábilmente la lesa... Mira a través de los visillos y celosías. No da la cara. Apenas insinúa la sonrisa. ¡Ah... la sonrisa limeña! La mujer chilena es heroica y tiene pasta de leona. Para probarlo están las guerras y la revolución del 91 con las muchachas de las monjas francesas empujando a los pijes hacia la muerte... para entregarles despectivamente el sí. La peruana envuelve con habilidad gatuna. Tiene un ingenio que se sacaría un 10 en Sevilla o en Córdoba. Por aquí anduvo la Andalucía tradicional con corridas de toro y todo. Las muchachas citan con la vista. No dicen jamás “sí”, “quizás” o “a lo mejor”. Hay que interpretar los gestos y traducir los ademanes. A lo mejor una mirada es un número de teléfono con marido y todo. Camarón que se duerme se lo lleva la pobre corriente del río Rímac, que parece una acequia que estuviera estudiando activamente para riachuelo. Y que seguramente saldrá mal.

Lima tiene un encanto especial. Parece que las palmeras que se abanican a lo largo de la maravillosa avenida Arequipa han nacido para decorar novelas de amor con olor a 16 años y saltada por el balcón para conquistar un beso. Las limeñas le quedan grandes a muchos... Tienen demasiado ingenio rápido, como saetas. Las muchachas tienen chispa, fuego, pólvora, crepitan y arden como tiras de cohetes. En cada amor ponen un capítulo que se le olvidó al Caballero Audaz y a Guido de Verona.

¡Lima!... Nombre de fruta, hermana del limón... Prima de la loma... Rímac, cortante y seco como las líneas. No hay que recorrerla con mentalidad de turista (que es la mejor falta de mentalidad), sino simplemente respirarla.

PERSONAS NATURALES Y PROTOTIPOS.

Hubo una vez un pelirrojo que salvó a Chile. Venía de Irlanda, tenía un padre solemne y serio como un monumento que se llamaba Ambrosio.

El pelirrojo se apellidaba O´Higgins. Era tímido, apocado, corto de genio, sencillo, humilde y caballero. Algunos pequeños canallas de la derecha inventaron que era huacho. Era hijo de Chile y cuando hubo que defender a su padre en los campos de batalla, montó a caballo y sacó el sable.

En Rancagua se podía conversar con el enemigo y entregarse con honor y con gloria.

No se entregó. Levantó la bandera negra en la iglesia de La Merced y salió a caballo con los labios quemados con pólvora en medio del fragor de la lucha, a galope tendido, con el caballo empapado de sudor, en dirección a la gloria y a la independencia.

Fue capaz de llegar con un brazo en cabestrillo a los campos de Maipú a darle un abrazo solemne a San Martín. Ganó perdiendo en El Roble; organizó la expedición libertadora que libró a nuestros amiguitos del norte; y de cuatro tablas hizo una escuadra nacional.

No traicionó a nadie. Fue simple como el filo de un corvo o como el filo de una bayoneta chilena en manos criollas, esgrimida en los campos de Chacabuco.

No hizo frases históricas. No calentó un sillón para llegar a ser General de División. Se conquistó las medallas peleando a tiro limpio, luchando por un país que nacía en esos momentos. No le dieron cordones de burocráticas organizaciones internacionales, sino que llevó con honor su traspillado y brillante uniforme de General chileno a través de los campos de batalla.

No creyó en los discursos hechos al pie de las estatuas de otros generales, dijo dos o tres frases relampagueantes y de hierro en plena guerra, y cuando se jugaba el pellejo y la vida, se la jugó.

Cuando murió lejos, exiliado, desterrado, perseguido y traicionado por los pequeños burócratas gorditos que vinieron después, el General, cuyas únicas canas y arrugas fueron ganadas en los campos de batalla, murió con una palabra chilena entre los labios: ¡Magallanes!

Esa tarde, en el clima pegajoso del Montalbán, unas banderas invisibles lamieron sus sienes y montaron guardia sobre su agonía. Fueron las banderas jóvenes, frescas, recién nacidas de la Patria Vieja y de la Patria Nueva. Fueron las esquirlas de la metralla de Rancagua y los tiros de El Roble. Fue la expedición libertadora. Fueron las cuatro tablas. Fue la época en que Chile era una gran nación, de pelo en pecho que sabía manejar la pistola.

El 20 de agosto, en el Municipal, volverá a aparecer O´Higgins. Caminará con sus piernas cortas, arqueadas por la línea de la montura. Volverá a conversar con San Martín y a pelear con Carrera. Se desencadenarán los temporales tricolores de la Independencia y se volverá a sacar la banda. El pelirrojo, irónico y sonriente irlandés llamado Bernardo, mulato y “huacho” para algunas viejas tristes y aburridas, se pondrá de nuevo las botas y saldrá entre el espanto y la pólvora a través de los caminos de Rancagua.

Los chilenos que aún creemos en este madero solitario y naufrago que flota en las aguas del derrumbe nacional, volveremos a inscribirnos como soldados en la gran cruzada nacional. Estudiantes, periodistas, escritores, artistas, empleados, gente de cualquier plano, se coserán los dedos y se llenarán las manos con las riendas y las bridas de los caballos de la Independencia.

Y volveremos al galope. ¡Al galope tendido!

Cuando se habla de Chile, hay que referirse a Manuel Rodríguez. Tiene la pasta eterna de los héroes que entran en el pueblo y no salen jamás.

Tenía algo del rotito aventurero que buscó más tarde oro en California o se batió como héroe en los días del 79. Algo ilegal y solitario, como diría Neruda.

Junto a otros Padres de la Patria, que ya ostentan máscara de héroe, que van lentamente hacia el mármol o el bronce, Manuel conserva su terrible cara de personaje de novela.

Es muy probable que el 90% de lo que cuenta Liberio Briebe o Blest Gana no haya tenido nada que ver con la realidad de los días tricolores de la Independencia. Que las frases entre comillas que se colocó en sus labios para darle dimensión a la patria que nacía, no las haya pronunciado jamás. Que no tenga el decorado ni el maquillaje que los textos de Historia exigen perentoriamente a los héroes para que llegue a los niños. Que la mitad de sus aventuras a ambos lados de los boquetes de la cordillera sean falsos; pero hay algo que nadie le puede negar o inventar al audaz guerrillero. Es la pana, el ñeque o el coraje. Eso le sobró a través de su brevísima residencia en la tierra. Desde los días que combate a pedradas en la Cañada con los hermanos Carrera, hasta la adolescencia cruzada de bofetadas y de incidentes callejeros, su juventud sin un centavo mientras estudia leyes, hasta el día que estalla la Independencia, Manuel es el mismo... Tiene la simpatía a flor de labios, la palabra fácil, y el cuerpo ágil y rápido para la cueca. Tenía el pueblo en el alma. No faltará el viejito con olor a naftalina que vaya a buscar la prosapia del apellido Rodríguez en algún polvoriento papelote de las Indias. No importa. Lo que hace que Manuel entre a los conventillos, se cuelgue en las paredes de las cités junto a la Virgen del Carmen y más tarde con Balmaceda y Arturo Prat, es precisamente la sangre popular que le corre a mil kilómetros por hora por las venas.

No le importa el dinero ni el peligro. Cuando quiere reírse en las barbas de los Talaveras, lo hace con una sonrisa en los labios. Le toma la peluca empolvada al viejo Marcó del Pont y ni se arruga. Cruza Los Andes vestido de huaso o de cura. Se hace el borracho para que no lo descubran y se mete él mismo en el cepo. No le falla una. Se pasea entre Santiago y Mendoza como Pedro por su casa. Ni los más audaces arrieros se saben como él la blanca topografía de Los Andes. Es el menos libresco y el menos intelectual de nuestros héroes. En Carrera hay algo de él. En O'Higgins, nada. No le gustaba San Martín y desconfiaba del tono de derecha que se le quería dar a la Independencia. Soñó en 1810 con un Chile que se iba a demorar años de años en hacerse popular y democrático. Como tenía alma de guerrillero y la calma lo aburría, se cansó con la paz que tuvo que venir fatalmente con la victoria patriota y republicana. Estaba hecho para el complot y el golpe. Tenía pasta de aventurero sin remedio. Entendía más de balas y de tomadas de pelo a los godos que de la Constitución y de leyes.

Lo mismo pasa en la historia de todas las revoluciones del mundo: Después del guerrillero a caballo tiene que imponerse el legislador. Y por eso chocó con los triunfadores de la gesta que él mismo había organizado al frente de los célebres Húsares de la Muerte.

Un día como mañana lo mataron vilmente en Til Til. Pasaron años para que su estampa montara a caballo en un monumento. Por fin colocaron uno bastante discutible en el Parque Bustamante. Pero Manuel no necesitaba del bronce, de la placa ni de los homenajes oficiales. Siguió galopando por dentro de Chile y así seguirá hasta el infinito. Su bravura, su pana, esa diablura tallera y única, que más tarde asoma en cada rotito trotamundos, son Chile.

Y eso está mucho más allá de la estatua y de la leyenda.
¡Cómo se estremecerá todos los años la apolillada carroza de Marcó del Pont que se oculta en la penumbra del Museo Histórico y que hace 140 años abriera alegremente la sarmentosa mano de un huaso tímido y pacato, detrás de cuyo poncho se moría alegremente un héroe!
Este es el Manuel Rodríguez cuya imagen se debía entregar a sus nietos: todos los chilenos.

Siempre que se acerca el 21 de mayo, hay que hablar de Prat. Leí una crónica admirable que escribió el viejo Joaquín Edwards Bello en “La Nación” y, efectivamente, Prat tiene mucho más perfil que lo que la gente supone. Se le pinta como marino y como héroe, y Prat fue mucho más. No era estrictamente un marino en el sentido técnico de la palabra.

Era un intelectual del mar y casi un táctico de las olas. Los viejos almirantes burocráticos no lo entendían. A Prat le cargaba la guerra, y su gesto fue vital para derrotar a Perú y Bolivia. Sin Iquique, la cosa habría sido distinta. Habríamos ganado de todos modos, pero nos habríamos demorado mucho más. Prat actuó como espía en Argentina. Hizo cálculos sobre la potencia de la Armada de la otra banda. En esa época los argentinos estaban listos para tirarse contra Chile. Habría sido el “cuadrillazo”. Chile se habría visto obligado a pelear en tres frentes en vez de dos.

Prat se dio cuenta de todo. Presentó un informe sobre lo que había visto durante dos meses en Buenos Aires y otros puntos de la costa argentina. Y, además, presento un plan.

¿En qué consistía? En lo más audaz y lógico que había que hacer. Es decir, no hacer la guerra por tierra y marchar a pie hacia el norte por el desierto (como se hizo), sino saltar sobre el Callao en una rápida operación tipo comandos para quebrar el espinazo al Perú, que era el enemigo más fuerte..., antes que interviniera Argentina (como no se hizo).

Pero faltaba algo más. Se necesitaba un gesto. Un gran gesto que le inyectara al país entero un dinamismo y un coraje que estaba dormido bajo la piel.

Prat no contaba con nada, pero era un abogado y un táctico que sabía lo que había que hacer.

Y lo que había que hacer, sencillamente, era morir.

Con su pequeña “Esmeralda”, se enfrentó con el “Huáscar”, que era el buque más poderoso de toda América en esos momentos, y se jugó entero. Uno contra diez. Un barquito de madera contra uno blindado. Pero quedaba el coraje, la audacia, el abordaje y la muerte. Y aquí está lo grande. Prat lo pensó lógicamente. Con la cabeza y no con el corazón. Usó lo que hay que usar en la guerra y en la paz: el cerebro.

Y se lanzó sobre la borda del buque enemigo.

Después de Iquique, Chile se levantó verticalmente. La gente repletó los cuarteles. Partimos al norte. Invadimos. Ganamos batalla tras batalla y vencimos.

Detrás de todo eso, estaba un táctico de primera línea que, además, era marino y que se llamaba Arturo Prat.

Por eso, a través de los años, seguimos descubriéndonos y cuadrándonos militarmente frente a su recuerdo tricolor.

Hay algunos hombres solitarios que caminan a través de la vida. Son gente que se juega la vida, el honor y la muerte, y que ponen su nota personal sobre la historia del país, con levita, con melena y con chistera. Balmaceda fue uno de esos tipos.

Cuando todo el mundo ardía, cuando Chile estaba lleno de odio, de sangre y de salivazos, él desenfundó el presidencialismo, y dijo: “Yo soy el Presidente de Chile”.

Algunos aristócratas envenenados y tristes, se volvieron contra él. Algunos banqueros, indignados contra el nacionalismo que planteaba Balmaceda, se tiraron de cabeza contra La Moneda.

Algunos oradores se quemaron la boca en el Congreso hablando contra la dictadura y la tiranía.

En esos tiempos, el penumbroso Santiago tenía una Plaza de Armas iluminada con chonchones, unos caserones viejos de ladrillos, unas calles con acequias a la vera. Unas niñas con mantones iban a la Catedral y se golpeaban el pecho a la luz de unos cirios vacilantes. En esos tiempos, la Virgen del Carmen andaba por la calle, y Fray Andresito todavía soplaba.

Balmaceda habló un lenguaje corto, seco, duro. Habló como nadie había hablado en este país. Se enfrentó con los líderes conservadores, liberales y radicales. Dejó caer algunas frases quemantes sobre un mundo embravecido. Volcó dinamita en algunas charlas de sobremesa, y leyendas antiguas sobre señoras vestidas de crinolina.

Fue peor que agrio. Fue acre. Fue capaz de enfrentar las barbas solemnes de ese viejo, gracias al cual perdimos la Patagonia, don Diego Barros Arana, que tiene una estatua esperando micro en la Alameda, y que lo único de que fue capaz, fue de hacer perder un jirón de tierra al país.

Balmaceda –delgado, fino, elegante como una caña–, con el pelo al viento, solo, en la penumbra de una sala de La Moneda, le hizo frente a la oposición, ya artillada de pistolas, fusiles, cañones y buques de guerra.

En la famosa entrevista de La Moneda, cuando Balmaceda dijo “Hemos terminado”, ya estaba la pólvora de Placilla y las cargas de caballería de Concón.

Era esa cosa fina, esa correa suave, ese cuero tierno que son los Padres de la Patria.

Cuando solo frente a un telégrafo escuchaba los partes vencidos, las noticias de derrota. Cuando silbaba a través de la casa de Toesca el fantasma de muerte de Lo Cañas. Cuando caminaba la muerte a través del viejo Palacio presidencial. Cuando Alcérreca montaba a caballo en busca de la muerte, y Barbosa cargaba a la desesperada. Cuando la infantería balmacedista era acuchillada en los cerros de Concón, había alguien a la luz vacilante de los velones de La Moneda, que mantenía el sentido del orden, de la Presidencia y del pueblo.

Yo lo veo, a través de los años, caminando como un sonámbulo por los pasillos solitarios. Mirando a través de las ventanas cómo amanecía una cordillera joven y fresca frente a unas calles de barro. Cómo se sentía el crepúsculo con sus luces mas violentas sobre unos estudiantes suicidas y unos almirantes sublevados. Lo veo cuando el odio silbaba en todas las esquinas, y unos beatos con poncho agitaban a la población. Y unas niñas bien, consideraban de buen gusto repartir unas proclamas con olor a sacristía y ligas.

Eran los días de sangre y de hierro del 91.

La suerte del país se jugaba en torpederas voladas, en buques de guerra, en playas cubiertas por la infantería con una tira roja en el brazo.

Balmaceda –como todos los Presidentes de Chile– se fue solo a través de una calle lívida y solitaria. Se fue entre los muertos, entre las casacas baleadas, entre las levitas fulminadas. Se fue cuando crecía el olor a pólvora sobre los campos de Chile.

Se fue cruzando el agua, frente a Quintero, en los lomajes de Concón, entre las quebradas de Placilla. Se fue entre el olor acre que se respiraba en Chile en los días de agosto de 1891. Ahora está sólo como estatua en el parque que lleva su nombre. Ve pasar los autos, las niñas alegres y risueñas que hacen su vida después de las 12 de la noche. Ve surgir la noche y crecer el alba más lívida en los caseríos que trepan sobre el Cerro San Cristóbal. Está solo, con su estatua a cuestas, en medio de la penumbra de la Plaza Italia, a media cuadra de Baquedano, a quien le entregó el poder en los últimos días de agosto del 91.

Balmaceda se quedó sólo, como Alessandri, con una mala estatua, con un pedazo de mármol fracasado, de piedra, herido.

Se quedó con su olor a pólvora en medio de la foresta del Parque Japonés. Solito, dirigiendo el tránsito a los chilenos. Con su cara de suicida; con su sien rota; con su cara de muerte y su máscara inmortal, para indicarle a la gente de esta tierra que se vive por algo. Y que, sobre todo, se muere por algo.

Tenía estampa de soldado, de deportista, de explorador, de cualquier cosa, menos de curita típico.

Estaba hecho de la misma materia recia y seca de la gente que llegaba a la China hace años a convertir a los chinitos. Y terminaba contra una pared o en lo alto de una cruz. Siglos atrás habría andado en las apretadas filas de Ignacio de Loyola o detrás de Savonarola. Claro que tenía algo más. La sonrisa.

Una sonrisa fresca y pura que no perdió jamás. Le gustaba la vida y le cargaba la muerte. Como le gustaba es que trató por todos los medios de que la gente pobre fuera menos pobre y más alegre.

Es amigo de los muchachos sin techo que venían de la población callampa y marchaban ya hacia la página policial de los diarios. Sacó del delito, con sus manos, a más de un muchachón que andando los años no supo pagarle más que con una vida intachable y un par de lagrimones cuando supo la noticia de su muerte...

Dejó algo básico de recuerdo, aparte de una risa descomunal, de un sentido del chiste único y de un gusto por la vida alegre y sana que lo hacía amigo rápidamente del que llegaba hasta él: El Hogar de Cristo...

Allí concretó su cariño para los que no tenían más techo que las estrellas y más lecho que los bancos de las plazas...

Allí hizo patria de otra manera, sin buscar halagos, condecoraciones ni aplausos... Todo lo que en él había de fuerte y recio está aún entre las cuatro paredes de una obra que ya tiene 14 años...

Fue la antítesis del frailecito con la vista baja y la pálida mano pegada tristemente al pecho. No tenía alma de penumbra ni de pasillo de sacristía.

Vivió y murió al aire libre entre lo que más quiso en su vida: entre los hombres sin destino ni hogar, que fueron sus mejores amigos.

Por eso será recordado el día de hoy.

Por unos y otros. Por los que miran hacia arriba. Y por los que caminan sobre la tierra.

Se llamaba Alberto Hurtado Cruchaga.

Fue un gran caballero. Un caballero vestido de azul, con el pelo blanco y el cutis sonrosado. Llevaba sangre alemana en las venas y se había educado entre la almenas del Castillo Negro de Heidelberg, en los buenos tiempos que los estudiantes se batían a espada y florete para defender el honor.

El honor...

Esa fue la norma de toda su vida. Nacido rico, perdió su fortuna en una jugada de la Bolsa de Comercio, y se consiguió un puesto modesto en el Ministerios de Hacienda hace 35 años. Trabajaba sábado y domingo y no conoció eso que llaman las vacaciones.

En las tardes, en su casa de la calle Libertad, en el rincón más santiaguino de Santiago de Chile, leía el diario y se asomaba a las páginas de Anatole France y de Vicente Blasco Ibáñez.

Adoraba Europa. La Europa que había conocido en bicicleta cuando niño. Las nieves de Suiza y los caminos de la Selva Negra.

Vivió un poco en el recuerdo. Pertenecía a una época honorable y seria, en que el peso era el peso y no existían los asaltantes de puestos públicos ni los politiqueros profesionales.

Creía que las deudas había que pagarlas y que siempre había que sacar la cara por el hogar que él había construido por sus propias manos junto a una mujer admirable.

Creía en la Ley, en la palabra empeñada, en la firma puesta al pie de un documento.

Impecablemente vestido de azul, fue capaz de conquistar –¡él, que era tan adusto y serio!– el cariño de todo un barrio y de la gente más humilde que veía en él una especie de caballero feudal de otra época, vestido de civil.

Un día murió lejos de su hijo, en forma sencilla, solemne y breve.

Hasta en su muerte fue un caballero... ¡Y quién le iba a decir que un periodista, a quince mil kilómetros de distancia, en otro continente, entre gentes extrañas, le iba a teclear un día estas líneas de recuerdo!

De justo recuerdo.

Ese caballero se llamó don Santiago Mundt Vásquez y era mi padre.

Lo digo con orgullo.

Tiene la cara de roble, las maneras de roble, la mirada de roble. Y es un roble. Un viejo roble del sur, que ha nacido para reírse de los temporales y de las nubes viajeras. Con lo que ha vivido habría para veinte novelas. De él o de Jack London. Están hechos de la misma pasta y de la misma reciedumbre. Nada de palabras bonitas ni de términos rebuscados. La verdad pura y simple. La verdad que hay que sacar a tajos debajo de la piel, aunque salga sangre. Y chille más de alguien.

La otra noche, lo oí leer con una voz vieja y pura su cuento “El vaso de leche”. Yo no conocí a Jack London, pero me imagino que debe haber leído así sus cuentos de Alaska y sus relatos de perros y de lobos. Una voz en que hablaba la hombría y que parecía evocar el sur de Chile, los lanchones enterrados en la playa con la panza al sol, las redes tendidas a secar, las nubes color cobre, los cielos dramáticos...

Cuando Manuel Rojas era niño llevó vida de vagabundo. Supo lo que era no saber dónde dormir la próxima noche. No hay cosa que eduque más que la vida sin destino fijo. Como los taxis. Manuel dormía donde podía. Y comía lo que le llegaba a la boca. En vez de juguetes tuvo callos en las manos. Aprendió la lenta manera de hablar de la gente de los campos, de la mina, del mar. De las partes más serias y profundas de Chile. Allí conoció a sus futuros personajes. No aprendió en los libros ni soñó en francés para poder escribir en castellano. Vivió que era una cosa básica. Y vivió a fondo. Su “Hijo de Ladrón” lo había topado cien veces antes de sentarse a la máquina.

¿Sentarse a la máquina?

No creo. Manuel no tiene mentalidad de secretaria ni de taquígrafa. Tiene que hacerlo a mano. Y ojalá sobre un viejo roble recién cortado, con toda la carne fresca al aire...

No le gusta la charla larga y vacía. Y menos la sobremesa. Cuando habla, deja caer cada frase lenta como una pedrada. Mira lentamente con esos ojos que parecen hechos de la piel misma. No se le agitan las tiesas mechas que le crecen sobre la frente. Busca pausadamente las palabras. Sin prisa inútil. Habla cuando tiene que hablar y no queda otra cosa. En todo caso prefiere actuar...

Me lo imagino en los viejos tiempos del año 20, lo veo caminar bajo una lluvia antigua y ya enterrada entre los recuerdos por un Santiago viejo, con piedras de huevo, entre pacos azules y anarquistas románticos. No lo veo, en cambio, en charlas de café con poetas trasnochados ni niñas sofisticadas, expertas en complejos y abismos mentales disfrazados de chistes y paradojas.

Tiene algo de la gente elemental que está más cerca de los perros lobos, de los árboles, del agua, del fuego, de los elementos que pueblan la naturaleza, de lo no civilizado y sobre lo que no ha posado aún la mano del hombre. Por suerte.

Ahora le acaban de dar el Premio Nacional de Literatura por unos pocos libros. Nada de espesos batallones de volúmenes. Escasas obras bien hechas y con caracteres que quedarán para siempre.

Él ha recibido la noticia sin charangas ni griteríos. Sencillamente. Como es. Debe haber sacado un largo cigarrillo amarillo. Y debe haber echado una lenta pitada, recordando sus viejos tiempos de obrero, de peón, de agitador, de poeta de diarios obreros, de anarquista solitario, de escritor que vive al margen de los batallones apretados de los clubes literarios y de las sociedades en comandita.

Es bueno que venza la gente sola. Y que lo haga precisamente... sola.

Es, sin discusión, el mejor escritor chileno y uno de los valores internacionales del país que recuerdan a los viejos sabios e investigadores del siglo pasado, “Santa Materia”, “Jimmy Button”, “Chile, una loca geografía” y tantos libros más, muestran que Benjamín es la antena más sensible, más alerta y más indicada que tiene Chile en el vasto mundo de la cultura.

Su vieja casa en la calle Aconcagua (con la bandera francesa flameando alegremente en el interior), es un pequeño mundo donde Subercaseaux se detiene a meditar un momento en las preguntas de dónde venimos, hacia dónde vamos, estamos de paso en la tierra, existe la eternidad, hay algo más allá del mundo, existe el pecado, etcétera.

Solitariamente, inclinado sobre los viejos microscopios y las apolilladas retortas, Benjamín estudia a ese pequeño pensante que es el hombre.

Pero no basta. El escritor tiene que salir de la calle Aconcagua, de Santiago, de Chile y de América, y ponerse en contacto con los grandes centros científicos contemporáneos, alternar con sabios, charlar con los intelectuales, discutir con los novelistas, ponerse al día, en una palabra, con los ejes culturales del globo.

Este es el momento. Subercaseaux tiene vitalidad, amor por la vida, fanatismo por los libros, es amigo de la ironía y, sobre todo, tiene un cariño enfermizo por ese pequeño coleóptero que se llama el hombre, y cuyas acciones y reacciones él conoce como nadie.

El gobierno de Frei ha hablado de “revolución en libertad” y “de que la verdad tiene su hora”.

Es cierto.

La verdadera revolución en libertad se hace enviando revolucionariamente a elementos revolucionarios a los centros vitales del mundo, para que busquen el segundo exacto, en el minuto exacto y dentro de la hora exacta, para que la pueda entregar a los universitarios, a los profesores, a los sabios o investigadores la expresión exacta del mundo en 1964 con el individuo saliendo de la costra terráquea, camino a las estrellas.

Por eso, es urgente concretar su nombramiento como cónsul vitalicio con sede en París, para que Chile tenga otra embajada inteligente en la ciudad más inteligente del mundo.

Se habla mucho del viejo Joaquín Edwards en estos momentos. Artículos en todos los diarios. Uno de ellos habló del cumpleaños del escritor, que vive solitariamente entre libros y recuerdos en la calle Santo Domingo, esquina de Cumming, y que no recibe a nadie. ¿Para qué va a recibir? Ya vio todo lo que tenía que ver. El resto está en los libros, los papeles, los recortes, la nostalgia.

Valparaíso, de Joaquín, es mejor que el puerto que está al final de la línea del tren y entre los cerros. Su roto Esmeraldo, es más auténtico que los que caminan por la pampa. “La chica del Crillón” cambió de hotel, pero no de alma. Sus “Criollos en París” siguen tan cursis como él los describió. Morirán “meteques”, aunque tengan ahora 20 años y vivan en la “orilla izquierda”. Sus marinos viejos que paseaban lentamente por el plan hace 50 años, ya han muerto, pero resucitan de vez en cuando en algunos solitarios paseantes del Valparaíso actual. Su “Nacionalismo Continental” está vivo, pero detrás de Fidel y los fusiles...

Todo cambia, sin cambiar en el fondo. El mundo de Joaquín es Chile en el más exacto y dramático sentido de la palabra. No se quedó en los huasos folklóricos ni en los peones de tarjeta postal. Caló hondo, sin amarguras ni prevenciones políticas. A fondo, sencillamente. Con el escarpelo en la mano. Sin *partipris* ni prejuicios idiotas. Y no trató de escribir bien. Aquí está el nudo del problema. A más estilo a rato, menos realidad. Las palabras no dejan ver el bosque de las ideas y lo que hay que decir. Por eso, el estilo de Edwards Bello es musculoso y rico, lleno de vértebras, de arterias y de venas. Su gente tiene sangre y grasa. O esqueleto vertical y vivo.

No trató de hacer equilibrios de estilo ni salsas de palabras para devorarlas en un menú elegante y fino.

No. Todo lo contrario. Periodismo del bueno que lleva, sin darse cuenta, a la literatura. Maestro de maestros, es mejor profesor él sólo (o sea, sus crónicas) que todas las escuelas de periodismo que existen o que puedan existir.

Y además, Joaquín es nacional. No nacional en el sentido del tambor y de clarines, sino de la esencia nocturna y oscura que está en el fondo del país. Por eso es que llega y toca. Y por eso es que echamos de menos al joven viejo de otro tiempo que escribía puntualmente todas las semanas. Hay gente que es monumento, calle, avenida y ciudad en vida.

Uno de esos escasos seres es, precisamente, el juvenil anciano que vive entre beatas y palomas en la calle Santo Domingo al llegar a Cumming.

Allí, al fin de una ciudad que se escapa de la *Belle Epoque* y de los viejos y descoloridos telones que se lanzan junto a la Plaza Brasil, vive uno de los pocos hombres que vale la pena conocer en este país tan sin personajes.

Yo no lo conocí. Se murió en 1931 cuando el León andaba con el corazón chorreando de sangre por las calles de Santiago y era enemigo a muerte de la “canalla dorada”.

Pero un día conocí a camareros del Club de la Unión y a los que habían sido sus amigos. Con los que había conversado las noches más nocturnas y más bohemias de Santiago. Conocí a su mujer, a su hijo, a su encantadora nieta y revisé los manuscritos de “Páginas Chilenas”, “Páginas de Ángel Pino” y esa novela estupenda que quedó inconclusa que se llamó “La Voz del torrente”.

Un día casi me echaron de la Biblioteca Nacional por reírme a mandíbula batiente por ese admirable artículo que se llama “No veraneo”.

Don Joaquín era Chile. El Chile de los caserones solitarios y fundos, de los caminos polvorientos de la cordillera instalada al fondo del horizonte. Era el Chile de los pijes que habían sido héroes del 79, con los mineros a la cola y cargando a la bayoneta en Chorrillos y Miraflores. El Chile de Prat y de Sotomayor Valdés. El Chile de los cambios bruscos con estudiantes que se transformaban en generales de la noche a la mañana y que ocuparon Lima y que barrieron con Bolivia en un abrir y cerrar de ojos.

Alegre, simpático, dicharachero, bueno para el chiste, canchero por los cuatro costados, era el caballero de otra época que cometió la insolencia de morirse a los 44 años.

Tenía toda la vida por delante, pero se le detuvo el corazón antes de tiempo.

Los jóvenes periodistas de hoy, que están en la Escuela de Periodismo, deberían aprender a recordar y reverenciar su maestría.

Debería haber una cátedra en la Escuela que se llamara Joaquín Díaz Garcés. Su “Juan Neira” y su “No veraneo” son ya clásicos del periodismo chileno.

“El Mercurio” tuvo el mejor director que se pudiera pedir. Mientras Chile exista, los que estamos en esta apasionante profesión lo recordaremos. Fue un caballero que se fue de repente en una esquina del camino. Con un puro entre los labios, nos dijo “hasta luego” y nos dejó una máquina de escribir de recuerdo.

Por eso, me he acordado de él esta tarde llena de presagios. Era un maestro, en el mejor sentido de la palabra, y yo lo recuerdo ahora como un vulgar y simple discípulo que llegó tarde a la gran época.

Y además lo recordará eternamente, a galope tendido, ese huaso genial que se llamó Juan Neira y que seguramente lo fue a dejar, de poncho, al cementerio.

Tenía algo de Honoré de Balzac en la cara y en los gestos. Caminaba lenta y pausadamente como el autor de “La comedia humana” y le faltó únicamente París como telón de fondo. Santiago no era la capital francesa ni el tímido río que se pinta color sangre al atardecer era el Sena... Fue un mago en el mejor sentido de la palabra. Un mago en el café, en el bar, en la calle y en sus libros. Una especie de brujo que sabía extraer de las más oscuras y misteriosas probetas, los adjetivos más extraños y las imágenes más curiosas. Poeta negro, en el más legítimo sentido de la expresión, había en él algo de Edgard Allan Poe y hasta me parece ver revolotear al macabro cuervo detrás de su recuerdo. El movimiento que encabezó con Braulio Arenas hace años y que se llamó “Mandrágora”, tenía algo de la fatídica flor que crece sólo en los cadalsos o en los postes de los ahorcados. Algo mortuario e inflexible hubo en su marcha por la vida. Parece que un fantasma lo esperó junto a la cuna y no lo abandonó hasta la tumba. Hubo algo fatal, triste y sombrío en su paso por el mundo. Como poeta, como novelista, como charlador y bohemio, Teófilo Cid recuerda a Baudelaire y a los poetas malditos.

Otros hablarán técnicamente de cada línea que salió de su pluma y harán la lista completa de sus libros. Lo fijarán en el tiempo y en el espacio. Trazarán su silueta estrictamente literaria. Yo he querido recordar un poco al hombre. A ese hombre cuerdo perpetuamente vestido de negro por fuera... y por dentro.

Las esquinas más perdidas de Santiago, los rincones en sombra, los tugurios más lejanos, los bares bohemios y trashumantes, los humosos cafés de barrio, los solitarios bancos de las plazas, ese clima de otoño permanente que tienen algunos parques de la capital y la lágrima borrosa del Mapocho en estos días de invierno, lo echarán de menos.

Y también lo echará terriblemente de menos el pequeño grupo de sus amigos auténticos que siempre lo verá surgir, con su sombrero enhuinchado, la chaqueta vieja, el pitillo en los labios y la voz lenta y calmada detrás de las más nocturnas botellas que el tanto amó.

No fue un bohemio en el sentido corriente. Al contrario. Vistió la bohemia de Chile. Le quitó la vulgaridad y la ordinariez. La hizo fina y le puso guantes de gamuza. Le dio categoría a las noches y a las madrugadas. Puso poesía donde no la había antes, y sembró de imágenes únicas, nuevas y frescas, cada etapa de la literatura nacional.

Pero al saber su muerte, no sé por qué –repito– sentí a lo lejos el fúnebre e implacable aullido del Cuervo de Poe.

Hace seis meses únicamente, fue Joaquín Edwards Bello. Ahora le tocó a Pablo de Rokha... ¿Quién será el próximo?

Hay algo fatal en la vida de los escritores. Hemingway, que tuvo todo en la mano, se pega un balazo. Se cansa de la vida errante y aventurera y se pone un trágico punto final...

Nuestro Joaquín escribió varias cartas en las cuales decía claramente que estaba cansado de la vida. Modigliani se mató a pausa... Nietzsche murió loco y desesperado... Rimbaud partió al África en busca de una vida más elemental y simple porque la que llevaba en París en calidad de “niño genio” le cargaba. Era otra manera de morir, viviendo. La lista es larga. Dramáticamente larga. Siempre hay una pistola en la vida de los artistas más profundos que buscan desesperadamente una salida. ¿Cual? ¿Dios? ¿Lo que está detrás de la tumba? ¿La gran respuesta?

No lo sabremos jamás. En el caso de Pablo hay algunas dolorosas pistas. La muerte de su mujer, a la que adoraba. El mismo lo dijo: “Soy el viudo más viudo que hay en el mundo”. Escribió infatigablemente sobre ella y sobre la herida quemante que llevaría el resto de su existencia.

Más tarde fue la muerte de Carlos, el poeta negro. Finalmente, hace menos de tres meses, el suicidio de otro de sus hijos.

No había caso. Estaba bloqueado, habitado, consumido, conquistado, vencido por el ángel de la muerte.

Claro que había más. El medio gris, la burlona indiferencia general, la falta de comprensión, el aislamiento absurdo a que había sido sometido durante toda su vida. Un Premio Nacional de Literatura que llegó tarde, su vieja rivalidad con otros poetas, la miseria asomando día a día. Las dos miserias. La moral y la económica. La lucha heroica por vender sus libros caminando a grandes zancadas por todo el territorio nacional, la soledad, la dureza de la lucha política, su doctrinarismo inflexible, su posición implacable contra la coronita de papel barato y pobre que es la vida literaria de su país, su desprecio de auténtico hombre de letras por la técnica del té-canasta y del cóctel en que se habla mucho, pero donde no se hace realmente literatura.

Todo eso se resumió la mañana de ayer en un sólo golpe. Y le llevó la mano al revólver.

La sorda labor de penetración interior ya estaba hecha.

En la India existen las vacas sagradas. En Chile existen igualmente, pero desempeñan distinto oficio y tienen otra jerarquía. La vaca hindú produce un culto que llega fácilmente al fanatismo como ha ocurrido últimamente, a las vías de hecho, al incidente policial, a la violencia y a la muerte.

La vaca sagrada nacional es más pacífica, no provoca incidencias callejeras ni desmanes, no deja una sangrienta estela de heridos y muertos, pero a lo mejor tiene mucha más importancia efectiva y práctica.

El vacuno del país de los minaretes y del *sahri* crea un fanatismo de tipo religioso. El manso y sonriente producto nuestro, actúa más lentamente y a más largo plazo, pero con una eficacia mucho más jugosa.

La vaca nacida en los márgenes del Ganges produce desfiles, concentraciones, mitines, detenciones, acción represiva de la policía y, a veces, hasta golpes de Estado.

La que ha venido al mundo cerca del Mapocho es más cauta y –para usar esa palabrita que le encanta a los politiqueros criollos– más cazurra y macuca. Prefiere el camino del palmoteo en la espalda, la sonrisa meliflua, la genuflexión y la ondulante labor de pasillo, en vez del enfrentamiento agresivo y violento.

Con sus cuatro solemnes patas y sus ubres repletas, no de fresca leche, sino de ambición y diablura, elige la senda de la asamblea política, del club, de la asociación, de la cooperativa, del pequeño grupo, de la charla de sobremesa y del comentario ácido y punzante en la barra del bar, al duelo abierto y franco ante el enemigo que pretende derrotar.

La India es célebre por sus vacas sagradas. Chile podría ser famoso si los distinguidos personajes huecos y expertos en citas entre comillas, envueltos en una espesa red de frases en que campea la más perfecta vulgaridad, contaran con una buena agencia de publicidad que les hiciera propaganda.

¿Para qué dar nombres? Están en la memoria y en el ánimo de todos. Son los senadores que no opinan. Los diputados que van al Congreso sólo a cobrar puntualmente su dieta a fin de mes. Los escritores que hablan de los libros que piensan escribir algún día. Los pintores que sueñan con problemáticos cuadros que jamás colgarán de clavo alguno en ninguna exposición. Los sesudos articulistas de los diarios, que viven del equilibrio y que se mantienen en la cuerda floja en vez de arriesgarse a afirmar o a negar algo. Los señorones solemnes que desempolvan las frases más socorridas del idioma en banquetes y sepelios. Los asambleístas que buscan el dorado “término medio”, que no aclara nada y deja todo como está. Los gásfiteros y los maestros chasquillas que escamotean la falla en vez de solucionarla.

En la India son pintorescas y turísticas.

En Chile son caricaturescas e inaguantables.

Teóricamente, Chile es una democracia. Y todos somos iguales ante la ley. Esto está en la ley y se supone que la gente lo sabe de memoria. Un rico, un pobre, un habitante de población callampa, un millonario, un profesional y un obrero. En una palabra, todos. Los que fundaron el país partieron de la democracia que nos venía de Francia y directamente de la guillotina. Ya sabemos la frase que había nacido en París: “Libertad. Igualdad. Fraternidad”. De allí nacimos los chilenos.

Pero parece que cambiamos en el camino. La famosa igualdad se quedó en el papel y nacieron automáticamente las clases, los grupos, los clanes y los circulitos. Cada cual se encasilló en el que pudo. Y si podía salirse rápidamente y trepar al escalón superior, lo hacía sobre la marcha...

Pero hasta esto ha cambiado de estilo últimamente. Ha nacido una casta nueva. Un grupo selecto que tiene su propio código y que camina por su cuenta. Son “los hijos de papá”.

¿De cualquier papá? No, señor. De un papá que tenga situación y mando. Que se gasta un par de santos en la corte y cuya opinión pesa infinitamente más que la de cualquier mortal. Son los niñitos diablos que vuelan en motoneta y pasan como racha, sentándose en la opinión de los carabineros. Son los delincuentes que matan choferes basados únicamente en que el papá tiene unos cuantos millones con que torcerle la nariz a la ley. Son los hijos de amantísimos padres que celebran las bromas macabras de sus retoños. Son los que matan a un transeúnte solitario para sentirse personajes de película policial. Los que escapan del patíbulo y salen de la cárcel porque tienen una espesa selva de parientes y de amigos “altamente colocados” que aceitan las puertas de un penal para que salgan a respirar el aire de la libertad.

Y encima abandonan el país con cara de turistas felices y optimistas. Son los mismos que cuando tienen un incidente con un carabinero, montan en cólera y dicen la terrible frase: “¿Qué te has imaginado...? ¿No sabes que soy hijo de Fulano de Tal...?”

Son los hijitos que se defienden con el papá Ministro de Corte, Ministro de Estado, Almirante, general, senador o diputado. Los que esgrimen extraños papeles que hacen temblar la majestad de la ley.

El pobre funcionario que los enfrenta sabe que se juega el porvenir. Que él tiene que aplicar la ley, pero que la medida quedará en nada y que encima le llegará un reto desde las alturas. O el sobre azul. Con la cesantía a costas por haber querido aplicar el reglamento, lisa y llanamente.

Contra esta nueva clase de delincuentes no hay código ni nada. Pesa más el llamado telefónico del “papi” o la tarjetita mandada a tiempo para que no le hagan nada al niñito.

Y allí están felices y contentos. Son los matoncitos de bar, los pilotos de motoneta que corren como bala a través de las calles centrales. Son los que sisean en bandadas a los pobres coristas de los teatros. Son las mafias, en una palabra, con cuello, corbata, auto y plata.

Es a ellos a quienes el transeúnte corriente, el carabinero y la autoridad no les queda más recurso que recordarles, no al papá... sino precisamente a la mamá.

Ustedes los conocen tan bien como yo. Son los mismos que votaron por Allende y que viven en las mejores casas del Barrio Alto. Los que están al día de lo que se publica, se pinta o se escribe en París, pero que no tienen idea de lo que se hace a la misma hora en Chile. Los que posan de frapistas, pero que miden a la gente de acuerdo con la serie de apellidos que parecen marcas de vino, y que miran en menos a un Poblete, un Soto o un Mateluna. Los que suspiran en el ballet y hablan de “Raimundó” al referirse a Raimundo Larraín, y de “Pablo”, cuando hablan de Neruda. Los que opinan de Marx de sobremesa y tienen a sus hijos en el Saint George o en el Jeanne D’Arc. Los que no bajan de los autos último modelo. Van a Europa tres veces al año, tienen casa en Las Condes y en Concón y, al mismo tiempo, entre whisky y whiskey, comentan la terrible miseria de este país subdesarrollado. Clientes de “Las Brujas” y “Lo Curro”, viajan a China y a Rusia y a la vuelta no se les puede sacar una sola frase inteligente o una observación ingeniosa, pero traen telas caras, sedas preciosas y monos de jade.

Islotes en su propia tierra, vacilantes y dudosos en materia de sexo, están casados generalmente con mujeres superficiales que viven entre ejemplares del “París Match” o del “Oficial” y usan una manera muy especial de hablar, donde asoman fatalmente las palabras “fascinante” y “pluma”, y la expresión original y personalísima de “No te lo puedo creer”.

Ellos son la espuma. ¿Espuma? No. Es mucho. Son la escoria de una gran nación que, a pesar de ellos, sigue adelante.

Esta es más o menos la jornada del típico snob chileno. Es decir, del pedante que está tan de moda y que domina todos los ambientes. O les da color...

Se levanta tarde. Una mirada rápida a "El Mercurio". Comentario especial al artículo de René Silva Espejo (Junior) o a la columna de "M", que naturalmente es el Negro Maluenda. Un vistazo a la página de Vida Social para saber quién se ha muerto o quién se casa. Pelambre. Una hablada por teléfono con una de esas niñas que están de moda y que tienen cara de existencialistas, están al día en lo que pasa en Chile y saben cuál es la exposición que "hay" que ver. Un rápido paseo por el centro. El snob se asoma a la Librería L'Europe y le echa un vistazo gratis a "Paris Match". Las últimas novedades. ¿Cuántos ejemplares se han vendido en la última semana de "Une certaine sourire"?

La calle. El crillón. Saludos. Sombrerazos. Un cafecito en el Haití. ¿Es cierto que el Sr. X acaba de hacer una estafa en la Caja...? La calle Moneda... La librería Francesa. Las últimas revistas que se editan junto al Sena. Una ojeada al Fígaro. "Sí, Maurois sigue escribiendo con verdadera delicadeza. No es un gran escritor, pero tiene gracia...". Una mirada a las reproducciones de los impresionistas. "Sí, el cielo de París visto por Manet, está bien...".

Nuevamente a la calle. El café Jamaica. Nunca falta la niña con pantalones que está pensando una novela sensacional que no se escribirá jamás, pero que será largamente contada a sus amigas... Llega el poeta de moda. Tiene 22 años y no trabaja en nada. Anda siempre con el proyecto de una revista debajo del brazo. Se llamará "Destino", "Ángulo" o "El Mar". Naturalmente, están hechos los dibujos, la colaboración de Ester Matte, el poema de Enrique Lihn, la entrevista a Onfray, etcétera. Seguramente la revista no saldrá jamás.

Nuevamente a la calle. Hay que saludar a Manuel Vega, que siempre da la sensación que viniera de la librería de Jaime Eyzaguirre y que fuera a la Pacífico... Doblamos por Ahumada. Pasamos frente al Banco de Chile. Lógicamente está Pérez Saldías... Antes de llegar a la Alameda, una entrada a la Librería del Pacífico. Una palabra con Aguirre, otra con Pepe Zañartu. Una tercera con Alejandro Magnet.

- Y, ¿cómo va Eduardo?

Ya se sabe que Eduardo va bien y que, según ellos, será el futuro Presidente de la República.

Una mirada a los libros. Acaba de salir una cosa sensacional en Inglaterra. Ya está traducida. La leen disimuladamente algunos espontáneos... Jorge Cash nos habla de "Política y Espíritu", Irarrázaval discute en un rincón...

Salimos. El sol brilla en las vitrinas del frente. Pasa la gente. Ondulan algunas niñas bien talladas. Talladas a mano. Pasa un joven ensayista que está a punto de mandar un artículo (pagado en dólares) a una nueva revista americana...

Ya dan las doce y media. Una pasada por el Hotel Carrera. Hay unas señoras sensacionales que parecen haber descendido hace un segundo de un avión de París o Londres. Se juega dudo en el bar. Se habla de política en una mesa. Gonzalo Orrego escribe rápidamente un chisme para Peggy.

Hay que ir al Sao Paulo. Los mismos clientes de siempre juegan ajedrez. En una mesa está Teófilo Cid. En otra, hay unos exiliados venezolanos. Una muchacha con pantalones y el pelo rabiosamente rubio, declara que ahora se dedica a los mimos, que "es el único género que combina el teatro con el ballet...". Los demás la escuchan en silencio y toman tacita tras tacita. Un refugiado español acaba de darle mate a Pepa Stefanía. Hay que almorzar.

- ¿Vamos a casa de Doña Jesusa?

- Vamos.

Doña Jesusa es una momia nacional. Una anciana que fue joven en los días de Balmaceda. Que conoció a Mac-Iver, y a Pablo Neruda cuando era flaco y escribía a mano “La canción de la fiesta”. A su casa va gente de derecha y de izquierda. La mitad es partidaria de Frei; una cuarta, de Alessandri (Choche), y el resto se fracciona entre Lucho (Bossay) y Salvador (Allende).

Larga sobremesa en que asoma el último chisme social y la última maniobra política.

Siesta...

Dan las seis. Una breve salida a la calle para hablar con Silvia Oxman que sigue dando “Gigi”... “Hola, Norman. ¿Qué dice tu radio? ¿Qué darán el domingo?”.

Como está cerca, pasa a saludar a Américo Vargas y a Purita.

- ¡Qué terrible! ¡Ya son las siete!

Antes de llegar a Ahumada nos encontramos con Germán Becker. Y su barba... Y sus proyectos en Corporación...

- ¿Cómo te fue con O’Higgins?

A las siete y media, Agustín, uno de los bares más simpáticos que hay en Santiago y que queda en San Antonio y Monjitas. Un breve dudo y dos pisco sours perdidos rápidamente. En la Bahía nos saluda, a la pasada, un pintor naturalista y académico que es amigo de Israel Roa.

Ya cae la noche. Aún es tiempo de dar una vuelta por la Sala de Exposiciones del Banco de Chile. Nuestro amigo tiene una cita fatal para las diez en el estudio del pintor X, que ha decidido explicar lo que será su exposición que se abre en breve en la nueva sala “Nous”, y en la cual dará a conocer por qué en materia de pintura se debe prescindir del pincel, de la tela y del motivo.

Hay viejos que parecen jóvenes (55 para arriba), y jóvenes que parecen viejos (25 para abajo).

Corre el vino tinto. Una muchacha recita poemas. Una americana riquísima (según dicen...) ofrece financiar una revista totalmente nueva y fuera de lo común...

Todo el mundo acepta feliz. El departamento (que lógicamente da al Parque Forestal) tiene capacidad para ocho personas relativamente cómodas. Hay treinta al comienzo. A la una de la mañana, y cuando ya la norteamericana ha decidido cambiar la revista por un joven melenudo que lo liga mudamente en un rincón, hay más de cuarenta personas. Se habla de política, de pintura, de poesía, de la próxima elección, de Francoise Sagan, de “Daniel y los leones dorados”.

Alguien propone una rápida visita a la Posada del Corregidor, que queda sólo a dos cuadras... Y se van. Se van todos. Hasta la yanqui que quería “color local...”.

Y aquí dejamos a nuestro amigo, porque no se ven ni los dedos y no tenemos la más remota idea de lo que irá a hacer...

Pero ha transcurrido la jornada completa de un snob santiaguino.

Usted lo conoce de sobra.

Yo también.

Hay gente que es arribista y que quiere escalar a una clase superior. El fenómeno no tiene nada de nuevo y menos en Chile. No hay necesidad de dar nombres, porque están en la mente de todo el mundo.

El arribista francés está maravillosamente analizado en las novelas de Balzac. Rastignac era el típico arribista. Según más de alguien, Napoleón fue un arribista genial. Y se coronó Emperador después de haber sido jacobino y amigo de Robespierre el joven. Su sobrino Napoleón III también fue llamado despectivamente arribista por su temible enemigo Víctor Hugo.

En la época de Balmaceda, las ácidas y quemantes damas de la aristocracia calificaron de arribista a más de un Ministro del gran Presidente. Y hasta a un candidato a la Presidencia de la República.

Lastarria había llegado más lejos. Dijo, en forma irónica, que la “llamada aristocracia del talento”, era una frase que habían inventado los siúticos para meterse. O sea, para arribar, que es prácticamente lo mismo.

Pero en Chile existe otro tipo que lo vamos a bautizar de “abajista”. Es el resentido al revés, el que le tiene pica a la clase en que nació. Al izquierdista por amargura y al picado por una tara o una falla íntima. Es el ultrarrevolucionario que encuentra “blanda” y “débil” cualquier posición de izquierda y que llama despectivamente “burgueses” a los auténticos dirigentes populares.

Le carga la comodidad, el lujo y la belleza. Le encanta la fealdad y la mugre. Goza con la población callampa, la cité y el rancho. Entre las mujeres, las prefiere desaseadas y enemigas del desodorante. Elige el restaurant y la comida más vulgares y menos refinados. En materia de traje, usa deliberadamente un verdadero disfraz de humilde sintético. Es un propietario inventado y artificial. Habla del pueblo con una respetuosa mayúscula y de la llamada burguesía (a la que pertenece), con una ira que no han usado jamás los verdaderos caudillos revolucionarios.

Si el arribista quiere trepar hacia arriba, el “abajista” de nuestra historia opera al revés y descende feliz, escalón tras escalón, hasta el detritus y la letrina social.

Y ambos –arribistas y abajistas– son igualmente repugnantes.

Hay una especie humana que se da en todo el mundo, pero especialmente en Chile. Se trata del inaguantable tonto grave.

No vamos a personalizar, porque sería muy feo, pero sí a analizar brevemente el problema. El tonto grave se produce en todas las esferas. Es el director de teatro que se siente genio porque una vez le habló dos palabras Barrault en París, hace años. O el poeta que cree, de buena fe, que es la primera figura lírica nacional porque Neruda le da la mano de vez en cuando. Es el ex Ministro que habla con la voz engolada y solemne porque estuvo una semana en el gabinete hace como ocho lustros. O el ex diputado que hace labor de pasillo y que hasta toma once de vez en cuando en la Cámara, aprovechando que los garzones no saben que ya perdió la calidad de “honorable”, entre comillas.

En las asambleas de los partidos políticos florece como una planta a la que no hay necesidad de echarle agua para que dé frutos a cada momento. Se levanta en medio de la expectación de sus tolerantes correligionarios y comienza: “Vivimos uno de los momentos más álgidos de la vida de la República...”. Siempre en Chile se vive un momento álgido y la situación está gravísima. No se ve un rayo de luz en la lejanía, y parece que vivimos al borde del caos y de la catástrofe general.

El tonto grave puede ser joven o viejo. Hay jóvenes de 24 años, según el carnet de identidad, que tienen mentalidad y calva de 70, que visten únicamente trajes oscuros y corbatas negras. Avanzan con la prosopopeya de una apolillada momia, por la calle, y saludan compasivamente al resto de los mortales, que tenemos que empinarnos para llegar hasta ellos. Y hay ancianos que viven con los ojos puestos, vacilantes y llorosos, en el pasado y que se sienten veteranos de una guerra en que no pelearon. Son los sobrevivientes de antiguas luchas políticas y religiosas que ya están debidamente archivadas y que no recuerda casi nadie.

Finalmente, tenemos al periodista-tonto-grave. Es el que escribe siempre en tono de pesado editorial y que está convencido que le basta sentarse a la máquina para que la suerte de Chile quede en sus manos. Con lentes o sin ellos, con invariable traje de luto, tono lento y pausado, frases entre comillas y diccionario a la mano, está convencido que sus lectores lo llevan respetuosamente de apunte. Y más aún, que anotan sus inteligentes reflexiones para salvar al país. Huecos por dentro, son complicados y protocolares por fuera, y los mejores remedios que se han inventado hasta la fecha contra el insomnio. Basta leerse un par de líneas para caer en el sueño más absoluto. Chile es especialista en la materia. Es una *menagerie* típicamente nacional, que celebran pomposamente otros tontitos graves, iguales a ellos, que hablan de don Fulano o de don Zutano como si se tratara de un verdadero Dios que está de incógnito en Santiago.

Solo restaría el tonto grave amargado, que es el peor de todos y a quien le basta escuchar un chiste inocente sobre Nikita o sobre Allende para que se indigne y nos quite definitivamente el saludo. Pero también son los menos... por suerte.

En este país hay tontos de todas clases. Tontos pasivos y tontos activos. Los primeros opinan, hablan, hacen citas históricas, a veces se dedican a la literatura y generalmente hacen versos. Los segundos son infinitamente más peligrosos. Actúan de noche, en la penumbra, cuando no hay carabineros cerca, y lo hacen con una mezcla de mediocridad y cobardía...

Fueron los segundos los protagonistas de un hecho que me ha sublevado la sangre.

En el apacible Parque Providencia, que se ha hecho para que vayan los niños, los enamorados, los turistas y los viejos a tomar un poco de aire, había una estatua célebre. Era “El Eco”, de Rebeca Matte, una de las escasas obras de arte que tenemos en Chile. Allí estaba alzando su deslumbrante mármol blanco en medio de los árboles y las flores. Era la nota grata, el oasis simpático, el remanso apacible que hacía descansar la vista y olvidar tanto problema aburrido y gris.

Cuando venía un turista, se detenía frente a ella y observaba con respeto la soberbia cabeza y los muslos que escapaban sorprendidos, como en el verso de García Lorca.

Naturalmente, estaba desnuda. “El Eco” no lo iba a hacer Rebeca Matte precisamente en traje de etiqueta.

Desnuda como las maravillas de piedra y mármol que hay en el Vaticano o que pueblan las calles de Florencia, París o Pisa...

Y llegaron los tontos y miraron la estatua. Los tontos no tienen idea quién es Rebeca Matte y para qué se ha hecho la escultura. Seguramente tienen una lagartija escondida en el cerebro y una espesa mata de prejuicios con olor a telarañas, a cuarto cerrado, a tía solterona...

Y les salieron los prejuicios ante el desnudo y con los prejuicios les brotó la cobardía...

Como no saben ni sabrán nunca actuar de frente; como no saben mantener una discusión con razones y sin palos en un café, se escudaron en la noche para actuar, y la destruyeron parcialmente.

Cuando el resto de los santiaguinos que creen ingenuamente que viven en una ciudad civilizada dormía, cayeron sobre el pobre e indefenso mármol muerto y lo hicieron saltar en pedazos. En seguida, huyeron antes que llegara un carabinero y los metiera en el calabozo para el cual nacieron desde que llegaron al mundo...

Estos son los hermanos de los que hace años rompieron una estatua en la Plaza Brasil, “El Crepúsculo”, de Clará; de los que se escandalizan ante el arte que no entienden; que se entremezclan de indignación ante la inteligencia; los que se chupan ante el talento y echan espumarajos cuando se topan con alguien que los deja callados en medio de su indescriptible indigencia mental.

Bueno sería que la mano de la autoridad cayera luego sobre ellos y los exhibieran en la plaza pública para que sepamos por fin qué cara tiene el anti-Chile... Y los barramos de una vez por todas.

En Alemania quemaban libros. En Chile rompen estatuas. Son los mismos.

Ya sabemos cómo se llaman...¹

¹ Hoy, “El Eco” de Rebeca Matte se encuentra a resguardo en el Museo Nacional de Bellas Artes.

No tiene por qué ser católico. O ateo. O budista. O masón. O comunista. O cualquier cosa. Lo importante es que sea beato. El beato sonríe todo el tiempo y no muestra jamás lo que piensa. Es el jefe del hogar que trata con la punta del pie a la pobre esposa y que pasa en la oficina por ser un marido modelo. Es el que le lustra los botines al jefe, y lo pela sibilinamente por la espalda. El que siempre está con los partidos “de orden” y tiembla ante la sola palabra reforma. El no quiere cambiar y, además, no quiere que nada cambie. El mundo está bien como está y no hay que sacarle un punto ni una coma. El que va puntualmente a misa los domingos y se golpea el pecho... siempre que los demás lo vean. Si concurriera a la misa de una pobre capilla de pueblo chico a la que no fuera nadie, él tampoco iría. Lo importante es la propaganda, el qué dirán, lo que opina el resto, los puntos que gana con cada gesto exterior y que se suman a su kárdex como ciudadano respetable. Tirano de sus hijos, patero cuando está abajo y prepotente cuando llega arriba. Lector infatigable de novelitas cursis y artículos ramplones, con una cultura menos que mediana, pero bien barajada para dar la impresión de que sabe. Calculista de leseras y detalles minúsculos, sin darse cuenta nunca cómo marcha el mundo, integérrimo a simple vista y especie de “vivo” camuflado que sólo espera la ocasión, su gran ocasión. El beato florece entre olor a velas, casullas, tonsuras, golpes de campanilla y cirios que iluminan pálidos rostros de muertos. No se pierde entierro, bautizo, misa de difuntos, banquete al jefe, matrimonio, despedida de soltero, etcétera. Sucio por dentro, lo es igualmente por fuera. Le carga la higiene, le molesta lavarse los dientes, odia el baño y la piscina. Está más allá del deporte y del ejercicio. Viejo antes de tiempo, parece un anciano a los 40 años. Su orgullo máximo es tener una calva respetable y un vientre burgués cruzado por la indispensable cadena del reloj (cosa que ya no usa nadie) y no abandona jamás el sombrero y, si es posible, el bastón.

Volvemos a repetir. No se trata de que sea obligatoriamente católico. No, señor. Puede estar en las filas de un partido de extrema izquierda y ser exactamente igual. Repetirá maquinalmente los textos sagrados de Marx y las Encíclicas de Lenin. Leerá sólo lo que dice “Pravda” y saltará de Stalin a Nikita, y de Nikita a Brezhnev, con la misma facilidad. Con su olor a muerto en vida, el traje brillante y manchado, las uñas sucias y el cuello de la camisa estrictamente de luto, el beato es uno de los seres más repugnantes que presenta la fauna humana en Chile y en el resto del mundo.

Y por respeto a los niños chicos que puedan leer estas líneas, no diremos cómo es la vida sexual del beato. Más de una patinadora del Parque Japonés, o la “Madame” de alguna casita de la calle Ricantén, podrían contar su misteriosa historia de después de las 12 de la noche...

Eso es el beato, químicamente tal. Por eso hemos querido pintarlo de frente y de perfil.

Hemos escrito cien veces sobre el tema y ahora lo haremos por última vez. Ya sabemos que en todo el mundo hay coléricos. Igualmente en todo el planeta hay hienas, tigres y leones. No faltan en la vasta extensión de la Tierra asesinos y pistoleros. Y hasta hijos que matan científicamente a sus madres y que torturan a sus abuelos. En Europa está vivo aún el ensangrentado recuerdo de la última guerra, y existe una generación entera que nació bajo las bombas y la caída de los obuses. Hay hijos que no conocieron a los seres que los echaron al mundo y que vieron por primera vez la vida a través de bosques de botas y bayonetas. Si no es lógico, por lo menos es explicable que nacieran tarados y con la mente totalmente alterada por una infancia rota por los cuadros de destrucción y muerte. Pero eso fue lejos de Chile. No peleábamos en la guerra. No tuvimos bombardeos. No nos asaltó nadie. No cayeron paracaidistas ni encerraron a ningún anciano judío en un campo de concentración. No sabemos lo que es la violencia desatada con mentalidad fríamente científica y hemos vivido, a pesar de los mil problemas angustiosos, en una relativa felicidad. Comparada con Europa, Asia y África, ésta parte de América, llamada Chile, es una Jauja que no sabe lo que es anotarse un batallón de cadáveres insepultos cada veinte años.

Y por eso nos parece absurdo que produzcamos coléricos y enfermitos casi en la misma escala que los países que sufrieron en carne propia la última contienda.

Y los tenemos. ¡Vaya que los tenemos! Los vemos en la calle, en el teatro, en el cine, en las exposiciones, en la universidad y en la escuela. Montan guardia a la salida de las radios para asaltar a los cantantes y robarles *souvenirs*. Ponen cara de babiecas cuando canta el ídolo A, B o C. Les sale a chorros la saliva de los pálidos labios ante los estallidos de determinada música sincopada y caen en éxtasis por unos trompetazos o unos histéricos compases de guitarra.

No tienen la más mínima originalidad. Están calcados de los coléricos de Estados Unidos y de Europa. Los mismos cabellos largos, las mismas barbas ralas y los mismos ojos de tarados. Hacen el mismo triste oficio que sus colegas de Nueva York o de Londres, y reaccionan con la misma patibularia histeria que sus congéneres del Viejo y del Nuevo Mundo.

Se les vio en el Cementerio General la tarde del martes cuando Santiago entero enterraba a Nano Torti, de “Los Cuatro Cuartos”. Fueron los que llegaron con guitarras y caras de tontos incurables. Los que pidieron autógrafos con expresión de simios en servicio activo. Los que querían recuerdos y canciones alegres en medio de la desgarrada majestad de un funeral solemne que nos había herido a todos por igual.

Con razón, el Chino Urquidi y Firulete casi les dan una pateadura colectiva en los momentos mismos que el quinto de “Los Cuatro Cuartos” descansaba definitivamente en paz.

Y con la misma certera y fulminante razón, un reportero gráfico dijo: “Este show podía ser la tercera parte –y la más repugnante– de “Mundo Cane”.

¿Por qué le gusta tanto el traje oscuro a los hombres de este país? Mientras los yanquis (de cualquier edad) usan tenidas claras y alegres, los habitantes de Chile tenemos que andar de negro, de gris oscuro o de azul marino. Nos carga la nota clara y optimista. Preferimos la tenida que indica gravedad prematura y solemnidad antes de tiempo. Esto del traje tiene que ver con los editoriales de la prensa seria. Y también esto de “serio” es parte de lo mismo. Porque, ¿quién determina si un ladrillo impreso es más serio que un tabloide ágil y lleno de vida, pero erizado de datos sabrosos y de notas jugosas? ¿O el resto de la prensa está hecha en chacota y los periodistas que trabajan en ella se dedican a la tanda en gran escala?

Pero volvamos al uniforme masculino nacional. El muchacho que comienza en una oficina cree que da más sensación de respetabilidad si anda con cara de entierro y vestido de pésame. Los viernes y sábados en la noche en los restaurantes, bares y boîtes, todos los muchachos andan con traje oscuro. Nada de cosas optimistas o simpáticas. ¡No, señor! Gravedad y protocolo. Reírse por lentas etapas y hablar gravemente de política. Los estudiantes “se dejan” lentes antes de tiempo y ponen caras de rectores o de ministros de la Corte Suprema. Oír hablar a ciertos jóvenes abogados fuera de los Tribunales y Juzgados es como estar escuchando a sus respectivos abuelos. O al Código Civil mismo. Usan las comillas, la cita en latín, el artículo preciso. Y todo esto dicho como si se tratara de un testamento o un acta notarial. Hay jóvenes de 20 años que tienen aspectos de ancianos. ¿Cómo será cuando lleguen a viejos? Seguramente momias de Tutankamón con vendajes y todo. Visten de oscuro, piensan en negro y dan la sensación de una sinfonía en gris mayor. Por eso creo, como un poeta chileno, que a este país le falta una buena inyección de locura y de espíritu “rajado”. Menos gravedad, menos elocuencia forense, menos voz impostada y mayor juventud en las venas y en el alma. Y antes que nada, menos traje funerariamente oscuro completado por un simbólico colero invisible. Si no, llegarán rápidamente a muertos en vida y serán veteranos de una guerra en la cual no intervinieron jamás. Nacieron para jubilados de la Plaza de Armas desde que saltaron de la cuna desmayados con un bostezo en los labios.

No hay nada más avara que la gente con plata. La respuesta la da la experiencia.

- ¿Y por qué es tan rico?
- Justamente, porque es avaro.

A medida que baja la billetera, aumenta la generosidad. No hay nadie más gastador que el roto. Un extranjero decía que los obreros chilenos, sin dientes y con la sífilis en la cara, tenían maneras de grandes señores. A medida que se trepa en la escala social, comienza a asomar la mueca amarilla de la avaricia. El que tiene, quiere tener más. No basta con un par de casas. Hay que tener media docena. No es suficiente con un par de fundos. Lo lógico es tener la mitad del valle del Maipo. Un lujoso y deportivo Impala despierta el interés de tener media docena. El dueño de un banco, aspira a controlar el crédito de todo Chile.

En cambio, el que vive en la población callampa, el habitante de la cité y del conventillo, el ocupante de una casa de extramuros, tiene el corazón y la magra billetera abiertos. No hay nadie que invite más en la cantina pobre, que el que apenas tiene lo puesto. El rico, no. El rico recuerda a “El avaro” de Moliere y a los notarios que pintaba Balzac. O a los millonarios y arribistas de la época de Luis Felipe en Francia. En los pueblos chicos de Europa el amor al dinero es peste nacional. Esos parientes que discuten un testamento a la luz de los mismos velones que iluminan al muerto; esos padres que casan a las hijas por interés; esos trepadores profesionales que son capaces de vender a su madre para ganar unos millones de francos, viven actualmente en la provincia europea como en la época de la “Comedia Humana”.

Los grandes escritores se han limitado a fotografiar la realidad sin agregarle nada de su cosecha. Lo que pinta Maurois existe ahora en Francia. Lo que describiera Zola, estaba en las callejuelas de París. Lo que dijo Joaquín Edwards Bello sobre la oligarquía chilena, se vive y se respira actualmente en Chile.

Claro que los pobres avaros están convencidos que llevarán sus acciones y sus bonos al banco que funciona en el otro mundo.

¡Y ahí va a estar el fiasco!

Este país no tiene remedio.

Salgo a la calle y me encuentro con un amigo. Tiene 45 años y me dice alegremente:

- Felicítame... Me van a jubilar.
- ¿A ti, que tienes menos de medio siglo?
- Claro. ¿Qué más iba a hacer? Ahora montaré una industria y me irá regio.

Lo miro. Lo veo lozano y joven. Podría levantar un saco de cemento si quisiera. Claro que lo único que quiere levantar es una jubilación...

Está contento. Toda la familia está contenta. Ha hablado con el diputado X, con el Ministro H, con el político C... Sus papeles están en regla. Ha movido “palillos”, como se dice en Chile. Tiene influencias. La vida le sonríe. Ya puede descansar. Ha trabajado terriblemente durante largos 20 años. Se ha levantado a las 10, para llegar a las 10 y media a la oficina. Le ha hecho la pata al jefe. Le ha preguntado puntualmente cómo anda la señora, cómo están los niños. Ha trabajado en la Asamblea del partido político. Votó por A..., partiendo de la base que A tenía que salir. Y, naturalmente, salió. ¡La media gracia! Jugó cacho y dudo. Peló a los demás amigos de la oficina. Organizó la fiesta para el santo del jefe. Engordó. Se puso importante. Se casó con una muchacha que fue bonita, y después fue únicamente gorda... Nacieron los niños. Fue presidente del Comité Pro Adelanto de su barrio. Habló con diputados y senadores para conseguirse una cañería y un poste. Le dijeron que sí. Jamás llegó ni el poste ni la cañería. Su señora jugó canasta y fue popular en el barrio. Habló de los “momentos cruciales que vive la Humanidad” en cada banquete.

Fue un gran chileno. Un ciudadano ilustre. Si sigue así, termina de calle o de avenida. Pero se cansó.

A los 45 años, con 20 de trabajo, quedó rendido. Se había levantado demasiado temprano y había andado demasiado en micro. El cacho y el dudo lo dejaron exhausto. Y naturalmente comprendió que su papel, su papel histórico y nacional, era jubilar.

¡Oh, el noble deporte de jubilar que le gusta más a los chilenos que el fútbol a los argentinos y que el toreo a los españoles! Un chileno que no jubila es un chileno al que le falta lo vital. Un chileno inconcluso. Un chileno que está “mocho”. Una especie de María Antonieta, con la cabeza cortada.

Y mi amigo... ¡mi pobre amigo!, es eso. En un mundo en que la gente se mata trabajando, en Alemania o en Estados Unidos, en que a Italia, derrotada en una guerra, no se le nota la contienda, mi amigo jubila. Es decir, deja de trabajar para GANAR POR NO TRABAJAR.

Si fuera un viejo, con los músculos hechos tiras, se explicaría. Si estuviera enfermo y con la vista clavada en la clínica o en el hospital, se entendería. Pero no. Está joven. Respira salud. Está rojo como un camarón. Anda sin abrigo en estos días de frío quemante. Camina a brincos. Le da clases a los gimnastas profesionales. Se acuesta a las dos de la mañana, después de “salvar al país” en cada bar de la ciudad. Pero, legal y técnicamente, está rendido y necesita asilarse en ese cómodo alero que se llama jubilación.

Y por eso es que este país de jóvenes en otro tiempo, se ha transformado en un país de ancianos recalcitrantes... de 45 años.

Y esto si que no tiene remedio.

¡Y todavía se admiran de que el dólar esté a 737 pesos!

Así SOMOS.

Cuando yo estaba en Argelia, tenía la sensación de que alguien me estaba mirando.

En Chile se tiene la sensación siempre de que alguien lo está robando. ¿Quién? No tengo idea. Ahí está lo malo.

Cuando usted compra fruta o va al cine, sabe que alguien, que usted ignora, le está sacando algo de la billetera sin que se dé cuenta. Que una mano invisible le extrae elegantemente una manzana o una pera. O una escena fundamental de la película para la cual ha hecho una larga y aburrida cola.

Cuando va a una oficina pública y pide un certificado, un papel cualquiera o un documento oficial cubierto de esa burocrática condecoración que son las estampillas, nota casi inconscientemente que alguien lo está haciendo lesa. El empleado se demora mucho, lo pasa de un lunes a un sábado, lo manda de una oficina a otra, y además el sello que usted paga resulta naturalmente más caro que lo que debía resultar. Alguien, un fantasma escondido en alguna esquina del pasillo, le está robando algo.

Cuando usted va a una boîte de noche con los que usted cree son los ojos más lindos del mundo, sabe, o cree saber, que alguien (el dueño o lo que sea), a la terrible y penumbrosa hora de la cuenta, le está sacando algo de la flamante cartera de cuero de cocodrilo que acaba de comprar.

Cuando usted –ingenuo ciudadano, con su impuesto a la renta al día, que vota puntualmente el día de las elecciones y que cree que Fulano o Mengano va a salvar a Chile (o por lo menos a su idílica comuna)–, lee la carta que manda su amigo candidato, sabe que alguien lo está estafando y le está quitando algo absolutamente personal que usted llevaba pudorosamente adentro...

Cuando usted va a un restaurante y comete el heroísmo (Premio Nóbel, sección chilena) de pedir ostras, vino blanco, un par de platos fuertes y tal vez un postre, usted sabe que alguien –con una cuenta en la mano– le está robando unos cuantos billetes rojos y algunos robustos billetes grises...

Cuando usted va a una tienda y le entregan una rutilante tela *Made in USA*, o una colonia que viene llegando de París en línea recta, o una corbata de la más sensual seda de Italia. O una miniatura china que llega hasta con los ojos estirados y el cutis con ictericia, usted sabe, amigo lector –lo sabe aunque se haga el lesa–, que lo están robando en despoblado. Y lo que es más grave, con su consentimiento.

Cuando usted hace cola para tomar un micro, que es una góndola disfrazada y camuflada a última hora, con asientos llenos de tajos y de resortes, y por la cual se paga 10 pesos de día y 15 de noche, usted tiene la convicción –la heroica convicción– de que una mafia invisible, pero legal, lo está asaltando como un vulgar Dick Turpin...

Cuando a usted, finalmente, le piden que no ande amargado y con cara de entierro por lo que pasa en Chile, y que sea joven y optimista, y al mismo tiempo lee que han robado en la ETC [Empresa de Transportes Colectivos del Estado], en la Casa Nacional del Niño, en la Caja A, B o C, usted sabe, amigo lector, que le han metido, no el dedo, sino la totalidad de la mano en la boca.

En una palabra, los 6 millones de habitantes de esta larga e ingenua faja que se asoma a la cordillera y al Pacífico, tienen la sensación todo el tiempo, a toda hora, en todo momento, que alguien les está robando algo.

Usted sabe lo que es ese “algo”.

Lo malo es que usted ignora quién es el “alguien” que lo cogotea en público y a la vista de los carabineros.

Claro, amigo lector, que el día que usted sepa quién es...

¡Ah... ese día...!

Es tanta la siutiquería que flota en el ambiente lugareño y provincialmente santiaguino, que para que un crimen pasional tenga interés, debe llevar un apellido vinoso de por medio. En Chile no hemos tenido aristocracia sino oligarquía. O'Higgins borró de una plumada los títulos de nobleza comprados dificultosamente durante la Colonia. Los pobres "indianos", con las plumas a la vista, viajaban a la Madre Patria en busca de una corona condal o de un marquesado fantasma. Los españoles se reían a gritos de estos pobres cursis que arribaron pomposamente hasta la Villa de la Corte en busca de la sangre azul que les faltaba. Y les cobraban caro el derecho a ponerse un "de" en el oscuro apellido criollo. Y esto no es únicamente cosa del pasado. En Roma vi la tarjeta de visita de un chileno que hacía resaltar que se trataba de un duque. ¿De un duque de dónde? ¡Ah...! Ahí está el problema. Seguramente su abuelo, calvo y con dentadura postiza, había comprado el ducado hacía doscientos años. En París se habla de varios *marquis* que han nacido en los democráticos márgenes del Mapocho. Y no falta el caballero chileno que nos indica orgulosamente sus vínculos sanguíneos con la nobleza europea que, naturalmente, no lo lleva ni de apunte. Los "meteques" en París hacen nata. Son los arribistas sudamericanos que tratan de pegarse con goma a los faldones de las grandes familias europeas y que reciben, generalmente, un despectivo tapabocas.

Ahora en Chile ha pasado lo mismo. Leo en un diario dos informaciones. Una habla del crimen pasional del Cine Oriente. La otra, de un crimen igual, pero en que la víctima fue un zapatero. En el primero hay apellidos de prosapia que le evocan a la empleadita de fuente de soda y al empleado grado 40, una vida lejana, brillante y novelesca. El diario se encarga de decir que se trataba de "un amor ilegal entre aristócratas".

Basta.

En el segundo crimen aparece sólo un zapatero remendón. No importa que los hechos sean iguales y que haya el mismo problema de los celos y del engaño. No. Lo que interesa fundamentalmente a la misma gente que habla todo el día de democracia y de igualdad social, y que asegura que Chile es uno de los países más avanzados del mundo, es que en el primero hay el reflejo cegador de un apellido aristocrático, y en el segundo, apenas el pobre fulgor de un nombre proletario.

En Chile hasta para matar hay que ser "gente conocida". Un vulgar Zapata o un Hinojosa no dan para un título a más de dos columnas.

Teóricamente, los chilenos hablamos en castellano. En la noble lengua de Cervantes y Lope. Pero eso es únicamente en la teoría. Súbase usted a un micro y anote una charla cualquiera.

Notará inmediatamente que nos gastamos una serie de palabritas que son únicamente nuestras. Un extranjero que llega al país y que viene del resto de América o de España, se queda con la boca abierta. Claro que no se trata únicamente de Chile. En Argentina se habla “al vesre”. En Cuba, las “guaguas” son los camiones, y en México por un par de huevos duros se dice “unos blanquillos a la piedra”. Y así en el resto de América. En el barrio de La Boca, los pibes hablan de una manera tal, que hay que salir disparado en busca de un diccionario de porteñismos. Se habla al revés y encima se usan palabras que han viajado a través de los inmigrantes italianos. Un “feca con chele” es una café con leche, y una “nami” es una mina, la que, a su vez, es una muchacha con la cual... Bueno... Usted comprende... Un “varita” es un vigilante, y bailar un “gotán” es estrujar a una dama en la penumbra y hacerla bailar un tango...

Dos rotitos, hablando en una calle cualquiera, pueden usar únicamente una palabra –una palabra bastante cómoda y conocida–, y les basta de sobra. La usan como sustantivo, adjetivo o verbo, como interjección o como lo que sea. Les basta. Pueden pasar horas de horas a base de la misma y se entienden perfectamente.

Pero es en otros grupos sociales donde la inventiva en materia de palabras bate verdaderos récords. Para una muchachita que está al día en el último galán de cine y que se sabe de memoria los amores de Marlon Brando, el lenguaje es bastante extenso.

Usa cada dos segundos las expresiones: “colo”, “palte”, “maca”, “regio”, “súper”, “No me digas”, “No te lo puedo creer”, etcétera...

Para otra que veranea únicamente en Zapallar, ha estado tres veces en Europa, se educó en las Monjas Francesas o en el Jean D’Arc, y que se gasta un pololo químicamente liberal o conservador unido, la cosa cambia.

El otro día me tocó oír las siguientes expresiones que las anoté para que alguien, cuando se haga la historia del idioma en los pintorescos tiempos que vivimos, haga el recuento de la manera que nos gastamos los chilenos para hablar.

Con los ojos clavados en la lejanía y acordándose de algo que realmente le gustó, dice a media voz: “Es delicia... Realmente delicia”.

No se trata de UNA delicia, sino de delicia a secas. Así resulta más fina, más sobria y, al mismo tiempo, más moderna la expresión... Y eso no es nada. Para ella, todo es monada. Monada es una amiga encantadora, un libro o... ¡desmátese, lector!... “La montaña mágica”, la célebre novela de Thomas Mann, una de las joyas de la literatura universal. A base de monada y de delicia camina por la vida, va a fiestas, come fuera de su casa, charla con las amigas, trabaja por Jorge Alessandri, juega canasta, etcétera.

Y si le faltan las dos palabras claves anteriores, entonces entorna los ojos y dice en el colmo del éxtasis: “Es exquiso...”.

No exquisito, que sería demasiado vulgar, sino sencillamente “exquiso”... Y esto no lo hacen únicamente las mujeres de Chile. Los hombres (o por lo menos algunos que parecen usar pantalones) ya están hablando en la misma forma. Y no se trata sólo de hablar, de la manera de andar, de dar la mano, de vestirse.

Ahora están de moda las chaquetas de dos tajos. Un amigo socarrón, de esos a la antigua que no toleran esta clase de modernismos y que parece salido de una página de “Gran señor y rajadiablos”, me decía la otra tarde:

- ¿Dos tajitos?... Yo creo que habría que llamarlos de tres...

Averigüe el lector por qué...

Un periodista panameño me dijo la otra tarde:

- Me llama la atención en Chile que la gente no silba en la calle...

Parece una cosa baladí dicha al pasar, pero oculta un mundo de sugerencias.

El colega extranjero hace cuatro años que está en Santiago. Estudió periodismo aquí, y aquí se piensa quedar el máximo de tiempo. Está aclimatado a la gente, a la comida, a las costumbres, a las muchachas, a todo, pero deja caer esta reflexión sobre el silbido...

Y es la verdad. En La Habana, hace 10 años, me llamaba la atención la alegría torrencial de los cubanos. Cantaban y bailaban en la calle. Bombardeaban a las muchachas con piropos. La calle era una fiesta. Lo mismo vi en Andalucía años más tarde. Cerca del Parque de María Luisa daba la sensación de que la ciudad vivía en jolgorio permanente. En Italia los "bambinos" brincan entre los turistas diciendo frases llenas de gracia y colorido... y de paso, les arrebatan unos dólares... En Madrid existe una manera de ser, suelta y amistosa, que se capta desde que se aterriza en Barajas. Son pueblos alegres, con la sangre brincando en las venas, que cantan, ríen con toda la boca y parecen bailar, mientras se deslizan por la calle.

¿Ocurre lo mismo en Chile?

Usted me dirá que los problemas económicos, que la política, que las elecciones, que los crímenes, etcétera. Ya lo sé, pero lo malo es que siempre ha sido así. Basta leer a los cronistas del siglo pasado. Lo dijeron Benjamín Vicuña Mackenna y Daniel Riquelme. Lo repitieron más tarde Joaquín Díaz Garcés y Jenaro Prieto. Lo han observado los extranjeros de paso, a pesar de todo lo que les fascina Chile. Está en el chiste ácido y en la reflexión aguda y quemante. Este es un país triste. O más bien dicho, un país gris. Unos agregan, para defenderlo, que es serio. Maravillosamente serio y con una historia impecable, libre de golpes revolucionarios y de asonadas.

Puede que sea así. Pero, por eso mismo, por la incurable seriedad que heredamos de vascos y araucanos es que no silbamos en la calle, no cantamos y andamos con cara de funeral o de tarjeta de pésame...

Podríamos ser un poquito más ligeros, más frívolos y superficiales, y algo más entretenidos y menos trascendentales de lo que somos.

Con todo lo que se ha hecho para matar al Pacheco criollo y al tonto grave nacional, todavía queda mucho que hacer...

¿No es así, mocoso de 14 años, que ya andas con cara de Ministro de la Corte Suprema en el patio de tu colegio?

No hay nada que le guste más a la gente en Chile que dar malas noticias. Especialmente las señoras mujeres son técnicas en llamar por teléfono para contar que se murió Fulano, que Zutano está con cáncer y que la Menganita perdió la guagua.

Hay un fondo masoquista que a lo mejor viene de la lejana sangre indígena de nuestros remotos antepasados, que se pasaban entre malones, fogatas y asaltos a los fortines españoles en los primeros días de la Conquista, mezclado con el fondo enlutado que trajeron los abuelos que llegaron, tizona en mano, desde la Península.

Al español le gusta el negro, el luto y la muerte. No hay necesidad de llegar más que al Greco (que a pesar de haber nacido en Grecia es químicamente español), a Zurbarán, a la corrida de toros, al Escorial y a los cucuruchos de Semana Santa, para darse cuenta de ello. Caminar por los pueblecitos de Castilla es desfilar entre mujeres de negro y viudas inconsolables. Las ancianas creen que es una frivolidad y una falta de respeto usar trajes claros y alegres. Las procesiones españolas tienen algo de réquiem y de R.I.P. Al lado de ellas, las italianas o las otras naciones más optimistas y ligeras, parecen carnavales. Los “Caprichos” de Goya, que están en el Prado, huelen a cadáver. Sus reyes, reinas, ministros y damas de la Corte, dan la sensación de caricaturas siniestras vistas por las cuencas vacías de un esqueleto trágicamente burlón.

Con ambas sangres en las venas, no tiene nada de raro que nos guste hablar de cosas tristes más que de hechos alegres. Los extranjeros con “ojo” que llegan a Chile, dicen que somos más tristes que los mexicanos, los cubanos y la mayoría de los pueblos de América. Esto lo dijo Ortega y Gasset y lo confirmaron Waldo Frank y otros escritores. Lo vieron periodistas de paso y artistas de teatro que arribaron alguna vez a Santiago.

¡Y eso que no conocieron la fatídica costumbre de la mala noticia y del dato pesimista, de la llamada telefónica y de la técnica para hablar de alguien que no está presente y que consiste en lanzar una entusiasta serie de adjetivos a favor y cortar bruscamente el chorro optimista con la terrible frase:

- ¡Lástima que el pobre...!

Y entonces cae la racha fulminante, la marea implacable y el diluvio rotundo con todos los defectos de la víctima, que queda reducida, en dos minutos, a una deleznable papilla. Y así, entre noticias mortuorias y pelambres con ácido nítrico se nos pasa la vida en nuestro adorable Chilito.

Yo soy enemigo personal de la chaqueta. Del “saco”, como le dicen los amigos de la otra banda.

Y más aún, actualmente, con 33 grados a la sombra, y los pobres santiaguinos transpirando la gota gorda en plena calle. La chaqueta es una especie de invitación al baño turco y un aperitivo del trópico. Cuando hay que caminar rápidamente por la calle, llegar a la oficina, trepar la escala del Banco, hacer cola frente al cine o a la caja, hacer una diligencia urgente y moverse velozmente por el centro que quema como una sucursal del infierno, la chaqueta es el peor enemigo del ser humano.

Esto es obvio, pero el santiaguino corriente que tiene mentalidad de estatua en vida y que vive pensando en el protocolo cuando se trata del atuendo personal, prefiere sacrificarse y sufrir antes de perder unos grados de seriedad en materia de facha.

¡Facha! Ahí está la palabra clave. No sé de dónde nos viene esa manera de ser graves y solemnes y no hay necesidad de fabricar un ensayo sobre la marcha para estudiar si la culpa la tiene el clima, la sangre española, los lejanos antepasados indígenas, las vibraciones del suelo o lo que sea... Lo importante es que somos así. Los yanquis ponen los pies sobre la mesa. Los argentinos viven pensando en la corbata y la marca de la camisa. Los ingleses tienen un respeto sagrado por la pinta. Los franceses son más sueltos, y a los españoles les interesa lo que el ser humano lleva adentro antes que la superficie del mismo.

Los chilenos que, aparentemente, nos preocupamos menos del exterior, le tenemos un respeto enfermizo a la apariencia. Llegar sin corbata a un banco, es una falta de respeto. No usar chaqueta en el cine, es mal mirado. La ausencia de sombrero hasta hace 20 años, era una falla a la cabeza. Y así sucesivamente.

Chile tiene mentalidad legalista y forense. La chaqueta en los días de calor, la presencia de ese lazo fatal y absurdo que se llama la corbata; el cuello duro, el traje azul para concurrir a una comida y la tontería ambulante del sombrero hasta hace cuatro lustros ya superados por suerte, son parte de la misma cosa.

Los cubanos, venezolanos, colombianos, guatemaltecos, hondureños y en general toda la gente que vive en la parte más morena de América, son infinitamente más prácticos y menos protocolares que nosotros. Han tirado alegremente la corbata y colgado definitivamente la tortura china de la chaqueta.

¿Por qué no hacemos lo mismo los pintorescos “Ingleses de Sudamérica”, ahora que el camarada sol nos hace humear por la calle...?

Lanzamos la idea y desterramos el saco sobre la marcha..., por lo menos mientras no baje el termómetro de los torturantes 33 grados a la sombra.

Este país tiene mentalidad de tonto grave. No sé de dónde nos viene y si la culpa la tienen los bravos conquistadores españoles o los silenciosos y huraños tercios araucanos que fueron nuestros polvorientos bisabuelos.

Esto no es un insulto al país, sino simplemente anotar una característica típica que la puede comprobar cualquier ser humano nacido en Chile o extranjero de paso, con algún espíritu de observación.

Los discursos parlamentarios son fatalmente solemnes. El orador, por malo que sea, engola la voz, infla el pecho, pone cara de Padre de la Patria, se disfraza de estatua, se sube a un invisible pedestal y finalmente deja caer su obra de arte en materia de oratoria con la misma seriedad que lo habría hecho Cicerón en la época de la antigua Roma. Cada senador, diputado, regidor o tesorero de sindicato, se siente un pequeño Demóstenes, un Lamartine, un Vergniaud, un Danton, un Gambetta, un Clemenceau o, por lo menos, un minúsculo Poincaré nacido en Lumaco y criado cerca de Pomaire.

Ciertos editoriales tienen un sabor a profundo ensayo o a investigación sociológica revestida de un estilo grandilocuente y helado. Los discursos en los cementerios (en el país más aficionado a los entierros de todo el mundo) no se hacen tanto en homenaje al inocente fallecido, sino para conquistar la muda aprobación de los vivos que asisten al sepelio. Los banquetes, almuerzos, bautizos, despedidas de soltero, o lo que sea, tienen que contar por lo menos con unas diez o doce intervenciones parlamentarias. A todo el mundo le gusta hablar y el que oye no escucha una sola palabra preocupado de pulir su próximo discurso apenas termine el orador anterior. Nos gusta el traje oscuro, la corbata negra, el abrigo serio y solemne, lo que algunos ingenuos han llamado tan pomposamente la “sobriedad nacional”.

Y en nombre de esa misma sobriedad nos estamos transformando en una de las naciones más aburridas y graves del continente.

Y no se les eche la culpa a los viejos. Los mocosos actuales, entre huelga y huelga y ocupación y ocupación de escuelas, están resultando tan campanudos como sus estatuarios antecesores.

¿No es así, gravísimo lector?

No hay gente más cariñosa que los chilenos. Y especialmente cuando se trata de despedir a alguien que estará fuera del país por un tiempo.

Las despedidas, almuerzos y cócteles comienzan un mes antes de la partida. Y si el pobre viajero llega vivo al final, es muy probable que haga realmente el viaje y logre montar al avión sin necesidad de llegar a Pudahuel en una ambulancia de Asistencia Pública.

Y lo que pasa no es tanto que los amigos y conocidos le tengan especial simpatía al turista, sino que necesitamos un pretexto cualquiera para olvidarnos un poco de la mueca gris de la vida cotidiana entre dos discursos y con una generosa copa en la mano.

El mismo país que ha sido definido en más de una ocasión como flemático, gris y silencioso, se anima apenas hay que celebrar algo. Somos los reyes de los matrimonios, bautizos, santos, cumpleaños y velorios. Y no nos perdemos por ningún motivo la ocasión de pasarlo bien lejos de la triste y aburrida existencia diaria.

Nos dicen que somos callados. Y basta que nos reunamos más de tres personas en torno a una mesa para que haya por lo menos tres discursos, media docena de brindis y una repartición completa de abrazos como si estuviéramos celebrando el Año Nuevo.

Nos baja un sorpresivo y cálido cariño por el amigo que se va. O que se queda. O que cumple un año más. O que se casa. O que deja el puesto, se gana una terminación en la Lotería o acierta un par de ganadores en las carreras.

La misma gente que anda contando las hormigas en la calle y no levanta por motivo alguno la vista del suelo, se transforma en un orador consumado y un charlador impenitente apenas tiene un pretexto para dejar la cara de enterrador de todos los días y volverse un ser humano comunicativo, ingenioso y chispeante al que no le para la boca saltando ágilmente de improvisación en improvisación.

Yo me imagino lo entretenido que sería Chile si viajáramos a cada rato, tuviéramos cumpleaños todos los meses y nos hubiera tocado media docena de santos en el calendario.

Por primera vez podríamos decir con justicia que la letra de la Canción Nacional que habla de “la copia feliz del Edén” no es una exageración poética, sino algo perfectamente efectivo.

Todo el mundo cree que los chilenos somos aficionados al fútbol. Que pegarle a una pelota entre once personas es el deporte nacional.

Es mentira.

Lo que nos gusta a los chilenos –como deporte–, es el chaqueteo nacional.

Si alguien sube, hay que bajarlo. Si alguien brilla, hay que apagarlo. Si alguien se destaca, hay que liquidarlo. Hace siete años don Arturo Alessandri –el viejo y melancólico León–, me decía en la calle Central: “No hay nada más terrible que ser Presidente de Chile. Lo elige el país y al mismo tiempo lo odia la misma gente que lo ha elegido”.

Portales decía, hace 120 años, que no había nada más terrible que dirigir esta larga y angosta faja de envidia.

En esas tardes terribles que vivió el Presidente Balmaceda en la Legación Argentina, cuando sentía que zumbaba el odio en la calle y que se le ponía al frente la aristocracia salpicada de insolencia, y el pueblo artillado de insidia, tuvo que pensar en lo que es la malevolencia, el chisme, la mugre armada de insolencia. El odio silbando por todos lados, corriendo por el centro, sentándose en los restaurantes, actuando como el primer protagonista de la historia de este país.

Sí... En Chile hay un deporte superior al fútbol. Superior al hecho de elevar una pelota sobre el cielo. Más grande que el dudo en las mesas de los bares y que la canasta en las reuniones de mujeres.

Es envidiar. El chueco odia al derecho. El bizco al hombre con los ojos sencillos y serenos. El pobre al rico. El tonto al inteligente. El vulgar y aburrido al ingenioso y chispeante. El triste al alegre. El feo al buenmozo. El talentoso odia al genial. El enano de un metro veinte al grande de un metro ochenta. El cojo al que camina normalmente. En una palabra, el inferior al superior. El pequeño subteniente de provincia al General del servicio activo...

Sí... En Chile –en que tenemos millones de cualidades, en que nos gastamos la elegancia de mantener la mejor democracia de América, en que somos finos y europeos siendo sudamericanos–, caemos en la falla de tener –como nadie– el complejo de inferioridad.

Joaquín Edwards Bello, en un artículo inolvidable, habló de este extraño color que tenía el patriotismo chileno, que consistía en el chaqueteo nacional.

Y es la pura y santa verdad.

El débil le tiene odio al fuerte. Y el mediocre, con cuatro libros mal leídos y algunas citas en latín, odia al hombre fuerte, sano y joven que se pasea dentro de la cultura como Pedro por su casa.

Pequeños izquierdistas de opereta porque no se les toma en cuenta en algunos salones polvorientos de la oligarquía, intelectualillos de cuarta clase que se conocen de vista los libros fundamentales de la cultura, agitadorcillos de bar y gritones de sobremesa, odian a la gente sencilla y fuerte que camina entre la felicidad, las mujeres y los hijos. O sea, dentro de la vida normal que se debe vivir.

Sí... Pequeños intelectuales con caras de moscas le tienen envidia, miedo y odio a los hombres que le quitaron los puestos, las mujeres y la felicidad.

¡Peor para ellos...!

Los chilenos somos amigos del escándalo y del pelambre. Basta llegar a un bar para oír a un señor que nunca falta y que dice a gritos en medio de la expectación del público:

- Se están robando Chile hasta con zapatos. ¿Vieron el último escándalo de los pollos? Es inaudito. En otro país habrían fusilado a los culpables, pero como vivimos en Chile, no pasará nada, porque está todo el mundo metido. Yo sé de un diputado que recibió diez millones por quedarse callado. Y del vicepresidente de un organismo fiscal que iba en la parada. Y de un presidente de partido que también estaba “untado”.

Y así, sucesivamente. Toda la vulgaridad, la ordinariez, el complejo de inferioridad de la persona que necesita herir anónimamente a alguien para que la tomen en cuenta, sale de sus delgados y descoloridos labios. Según él, no puede haber gente honrada. Si alguien tiene un auto, es producto de una estafa. Si va a Europa, se ha robado algo. Si posee una casita en la playa, tiene que haber recibido una jugosa coima. La gente idealista, los que se queman las pestañas y el alma por el pueblo, no existen. Se trabaja por negocio y los sacrificios de los años de lucha se hacen pensando en una embajada o en un consulado.

Cuando un periodista viaja modestamente invitado por una compañía aérea que inaugura el servicio, surge automáticamente la envidia y silba el odio. Si no es periodista y se consigue una beca en el extranjero, recibe al ingresar a su país la quemante pregunta:

- ¿Y con qué plata hiciste el viaje?

Y, naturalmente, da a entender que el humilde viajero tiene que haber hecho una monumental estafa para haber salido más allá de Arica.

Y lo grave es que el personaje no es una minoría aullante, sino una mayoría abrumadora. Está en la mesa del bar, junto al cacho y entre los dados, en la penumbra del partido político, en la transpirada antesala de la Caja, en el pasillo del Banco y en la calle misma.

Siempre, en todo momento, con regularidad científica, funciona su máquina de enlodar al vecino y echar sombras sobre los pocos que han brillado más que él. Y mientras lee los diarios y escucha a los amigos, afila el pequeño cuchillo de su lengua y deja caer la confidencia:

- ¿Saben ustedes cuánto se robó Fulano?

No hay nada que nos guste más que ver trabajar. Al lado de mi casa, levantan un edificio de departamentos. Está todavía en los cimientos y las máquinas resuenan de la noche a la mañana. Trabajan cerca de cien obreros y seguramente la nueva construcción estará lista antes de tres meses. Pero la labor de los operarios no es nada al lado de la que realiza el público. Desde las 9 de la mañana hasta las 10 de la noche está llena la galería y la platea. Es decir, los alrededores de la construcción. Un público ávido de ver cómo marcha la obra, se turna a cada momento. Y no se trata de cesantes ni de gente que no tenga nada que hacer, sino que se les ve activos, con mil obligaciones, con la jornada completa y la mirada viva y nerviosa de la persona que no tiene tiempo que perder.

¿Y lo perdieron realmente?

No creo. La ociosidad también es un tipo de actividad. Ver trabajar a los demás sin hacer nada y con las manos en los bolsillos es un tipo nuevo de trabajo que tiene bastante éxito en Chile. En los Bancos se ven colas que van a mirar cómo los cajeros cuentan velozmente los ferrocarriles de billetes. A los diarios llegan personas a contemplar el teletipo o ver cómo escriben rápidamente los reporteros. Cada vez que se coloca una primera piedra o que algún personaje de segundo orden pone una corona de flores en el Monumento a O'Higgins, se repleta la Alameda. Hasta en la puerta de los cines hay colas para ver... la otra cola que espera para comprar billete.

A la puerta de las fábricas se ve público que contempla feliz cómo el resto de los seres humanos trabaja febrilmente.

Tiene que haber algo oculto e inconsciente en este placer de ver cómo los demás laboran sin hacer nada. Hay algo de venganza secreta y de desquite íntimo en presenciar la actividad de los otros sin gastar una gota de sudor. En el fondo, es un extraño complejo de odio o de envidia que se traduce en gozar viendo cómo los demás se sacrifican y trabajan mientras nosotros permanecemos con los brazos burlonamente cruzados.

Estoy seguro que en estos momentos debe ser el espectáculo más popular y más de moda en Chile. Y que cuenta con más hinchas que el fútbol y los pingos juntos.

¿Qué puede hacer en Chile una persona a la que no le gusta el fútbol y que conoce a los jugadores solamente de vista? Sencillamente, pegarse un tiro. Porque desde un tiempo a esta parte, todo lo que pasa en el país se resume solamente en una palabra: pelota. La pelota es el factótum de la vida nacional. Tiene más importancia que las alzas, que la elección presidencial, que lo que pasará en Curicó, que la reforma agraria, que el lío de Panamá, que las discusiones tácticas de los chinos con los rusos, que la guerra fría, la caliente y la tibia, la bomba atómica y las últimas gracias de Nikita y de Fidel.

En una comida, el tema único es el Colo Colo, el Racing o la “U”. Y Cua cuá Hormazábal tiene más cara de Padre de la Patria que los 4 candidatos presidenciales. Hasta la bufanda de don Jorge, su panimávida y las galletas de agua, han pasado de moda arrasadas por la pelota que brinca en las conversaciones, se mete en la comida, se cuele por la política, asoma por el Congreso y preside la marcha del país.

Hay mucho más entusiasmo colocolino que por la más popular postulación al sillón de La Moneda. Y la “U” tiene más seguidores que el partido político más grande, con la solución más lógica y los estudios técnicos más perfectos.

Y la gente va al partido, aúlla durante los dos tiempos, espera a la salida del camarín, pide autógrafos, desfila por la calle y habla el resto de la semana de un solo tema: lo que pasó en la cancha. Y el público no se queda ahí... ¡Qué esperanza! Sigue la marcha del encuentro por la radio, lo ve en la TV aunque tenga que quedarse horas de horas instalado en la calle frente a una vitrina y, finalmente, anda por la calle con un receptor portátil para no perderse un solo detalle. Esto, aparte de la cola de siete cuadras que tiene que hacer para conseguirse una modesta entrada al Estadio. No hay veraneo, no hay vida familiar, se acabó la intimidad de la casa a la hora de la sobremesa y hasta la marcha del matrimonio depende de una patada certera o de una atajada sensacional.

Y no sería raro que, en el futuro, al Presidente de la República se le llame árbitro; al presidente del Senado, guardavallas; a los militantes, hinchas, y el clásico grito de “Viva Chile, m...”, se cambie por “Viva Chile, gol”.

¿O será que el delicioso mundo en que nos ha tocado nacer se mueve y piensa sólo con los pies...?

En este país siempre y en todo momento hay un cartelito que dice “en reparación”. Siempre hay algo que no marcha y que se está arreglando. Claro que el arreglo dura días y meses y finalmente queda peor. Llega usted a un edificio de 10 pisos. El ascensor –el único ascensor– está en reparaciones y, naturalmente, hay que trepar –en verano y con 33 grados a la sombra– hasta el piso que usted tiene que llegar, con la lengua afuera y con 10 kilos menos. La ETC [Empresa de Transportes Colectivos del Estado] anuncia que más de la mitad de las máquinas están malas. ¿Qué pasa? Faltan repuestos. No hay cigarrillos en el comercio por dos motivos: porque hubo huelga (lo que es lógico) y porque falla la máquina que hace los filtros (lo que no es tan lógico).

Súbanse a un taxi en el centro. Seguramente se quedará con la perilla en la mano. Trate de bajar el cristal. No baja. Siéntese en la butaca de un cine de barrio. Seguramente hay un buen clavo esperando anhelante de dejarle un siete en los pantalones. Pida una máquina de escribir prestada. Le falta una tecla. Trate de venirse en bus de una playa vecina. Usted tiene el boleto y el número del asiento. Llega el momento de ocuparlo, y hay un señor gordo que está sentado en su sitio y que exhibe un boleto igual al suyo. Se sale del balneario y a la media hora se incendia la máquina. No hay muralla de Santiago que no exhiba la mejor colección de garabatos que registra el “Manual del perfecto roto”. Hay gente que se especializa en echar a perder una muralla, recién pintada, con letras grandes y hechas con cuidado y con una palabrita que hará preguntar ingenuamente al extranjero de paso de qué candidato a diputado se trata. Casas flamantes, recién hechas, recién llegadas a manos de su propietario, desaparecen bajo la ola de los carteles, los afiches y los insultos. Hay ciudadanos aficionados a la grafología, que podrían estudiar la extraña psicología criolla a través de esta manía de ensuciar las paredes, tallar con cortaplumas los ascensores y los WC, y odiar, en una palabra, todo lo que es limpio, puro y optimista. Finalmente, salga a la calle y se caerá en un hoyo; busque un poco de fresco bajo los árboles y no hallará árboles. Y, como si fuera poco, cometa la ingenuidad de llegar al Parque Cousiño o a la Quinta Normal y se dará cuenta de que fallecieron hace muchos años y que en vez de ellos, queda un romántico y evocativo basural que recuerda vagamente al Santiago de hace 30 años.

Es el país entero el que, a pesar de la “revolución en libertad” está “en reparaciones”.

Esta es la frase más típica que se usa actualmente. Haga usted mismo la prueba. Llame por teléfono y pregunte por el presidente, el vice, el gerente general, el secretario o lo que sea. Una voz ondulante y coqueta asomará al otro lado de la línea y le dará la consigna del momento:

- Está en reunión... No tiene para cuándo desocuparse. Después de la reunión actual tiene que asistir a una cita del directorio y no podrá atenderlo...

Y usted no saca nada con decirle que se trata de un asunto de vida o muerte y que de la respuesta del personaje en cuestión depende su existencia y la de sus hijos.

Inflexible, fría, distante y largamente entrenada en toda clase de disculpas, la voz responderá:

- Lo siento, señor... Está en una reunión muy importante y no le puedo pasar su recado... Ensaye de llamar en una media hora más...

Y el ingenuo pica y llama nuevamente. Se gasta el índice de la mano derecha de tanto marcar el teléfono público. Obliga al resto del público a hacer cola frente a la caseta.

Nada. No hay caso de hablar con ese personaje mitológico que está en la penumbra de una oficina reunido con otros personajes tan importantes como él.

Chile vive en reunión. Nadie atiende en su despacho para poder asistir a estas misteriosas citas a la luz de una lámpara donde se decide la suerte del país.

Porque el pobre ciudadano corriente, el infeliz que anda en busca de unos pesitos para entonar el presupuesto familiar, el héroe solitario y anónimo que busca desesperadamente un sobregiro, termina enfermo de los nervios y con *surmenage* de tanto llamar por teléfono, hacer cola, practicar el deporte de la antesala y de la espera sin remedio, aguardando que el Dios vestido de gris y con un respectivo puro entre los labios, tenga la gentileza de apiadarse de él y salir de la reunión para concederle desdeñosamente unos minutos.

La vida corriente en Chile se divide en los días CON colecta y los días SIN colecta. Por lo menos tres veces por semana aparecen las niñitas en las esquinas con el alfiler y la bolsita. La maldita bolsita. Y sin necesidad de decir “¡La bolsa o la vida!”, ensartan al pobre peatón.

Hay colectas para todo. Hace dos días fue para el famoso Templo Votivo Nacional de Maipú. ¿Quién se va a negar echar mano a la cartera y sacar un par de billetes, cuando se trata de O'Higgins y se usa la bandera chilena en la cartulina? Y entre paréntesis, ¿cuándo se va acabar el famoso templo? Pasa lo mismo que con las iglesias. Los buenos curitas se pasan la vida pidiendo desde el púlpito un cristiano óbolo para terminar el altar mayor, la fachada, la sacristía, los confesionarios, echarle una mano de pintura a San José o a la Virgen del Carmen, y no acaba nunca. Conozco iglesias magníficas que están eternamente inconclusas. La plata que se pide en misa hace años (cuatro al día por lo menos), no alcanza para estrenar definitivamente el inacabable santuario de Jesús. Lo mismo ocurre con el Templo Votivo de Maipú. O con otro motivo cualquiera. Nunca falta el pretexto para la colecta. Los niños pobres, los ancianos, los lisiados, las monjitas, las poblaciones callampas, los huerfanitos, etcétera. Y en cada ocasión salen las mismas niñitas con la misma sonrisa y el mismo alfiler en ristre. Ahora la única novedad es la falda picarescamente corta que a unas les queda bien y a otras les queda mal. Todo es cuestión de las rodillas. Y las niñitas capean clases, hacen la cimarra, le sacan el quite a la clase de física y “trabajan” en la colecta de punto... Con su mejor cara de estrellas de cine en potencia y la voz más melosa con que cuentan en su vasto repertorio, asaltan en plena calle como un Dick Turpin cualquiera de los buenos tiempos de Jorge III, en Inglaterra. No usan antifaz ni pistola. No ponen “¡Manos arriba!”. No galopan en sendos potros negros ni eligen la soledad cómplice de la noche. No. Actúan en pleno día, desarmadas y a la vista y paciencia de las autoridades.

Y repletan las bolsitas más rápidamente que el mejor y más activo salteador de caminos de la más entretenida película tipo matinée.

Y los pobres santiaguinos seguimos metiendo la mano al bolsillo, estirando el billete y poniendo una cara de conejo asustado impagable.

No hay nada más contundente que ciertas palabras nacionales. Y que ciertos chilenismos que basta pronunciar para dar el matiz y la emoción exactos de lo que se quiere decir.

Me salto a pies juntos la palabra más socorrida del lenguaje chileno y que está en todos los labios, y que pinta de una sola plumada lo que se piensa de determinadas personas que están más allá de la palabra tonto, “quedado en las huinchas” o “caído del catre”.

Por razones obvias no la coloco en esta casta columna, pero hay una expresión relativamente nueva, casi joven, que está en circulación hace menos de diez años y que es la más directa y precisa que se ha inventado en los últimos tiempos en este rincón de América: choro.

¿Qué es choro? Valiente, audaz, con personalidad. Una persona puede ser chora, una película, un sombrero, un libro..., cualquier cosa. Lo importante es que es rotunda y definitiva. Una muchacha chora tiene suerte con los mocosos de su edad. Un roto choro es una bala para las bofetadas y el amor. Una corbata chora tiene tanta personalidad, es tan propia, tan única, que deja una polvareda de comentarios. Un boxeador choro puede perder una pelea, pero quedará como valiente y se ganará los aplausos cerrados de la galería. Un periodista choro es el que dice la verdad por encima de cálculos, sonrisitas o palmoteos diplomáticos.

Por ejemplo, Brigitte Bardot es una mujer chora. Humphrey Boggart era un tipo choro. Frank Sinatra (a pesar de la peluca...) es un actor choro. Rommel, en África; Churchill, al frente de Inglaterra en los días de “sangre, sudor y lágrimas”; Fidel Castro y el Che Guevara; Mao; Nasser de la RAU; Moshe Dayan, en Israel, etcétera, son tipos choros a nivel internacional.

Usted me dirá que la palabra es poco fina. Que no le gusta a la gente exigente y purista.

Puede que sí, pero es la más gráfica y más rotunda que tenemos actualmente.

Y como todo lo grande, no viene de los círculos snobs ni del pálido y exangüe gremio de los pedantes ni de los clanes de escritores, sino directamente de ese barro vital lleno de sangre auténtica, que se llama simplemente el pueblo.

Por eso es tan grande y tan expresiva.

No hay palabra más típica del lenguaje corriente que la expresión “después”.

No se vive para ahora ni para luego, sino que se posterga la solución de los problemas y se le corre cómodamente para un tiempo más.

Somos los reyes de la excusa y los campeones de la disculpa sin impulso.

Cuando llega diciembre hablamos de “después de la Pascua”. Y cuando pasa Navidad, surge rápidamente el “después de Año Nuevo”.

Cuando comienzan a correr enero y febrero, tenemos la disculpa en la punta de los dedos: Esto lo haremos “después de las vacaciones...”.

Y si llega marzo, el colegio de los niños y la gente regresa tostada y feliz de la playa o el campo, decimos que el problema será solucionado, la deuda saldada y la diligencia hecha sin falta “después de Semana Santa...”. Y así sucesivamente.

Nos quejamos de la “fiaca” argentina, del eterno “ahorita” mexicano y de la desesperante lentitud de otros países que han nacido con la siesta en la sangre y en los cuales nadie se apura por nada. Y estamos resultando lo mismo.

Nada se soluciona sobre la marcha. Los ascensores pasan con el cartelito “En reparaciones”, las manillas de los taxis se quedan en la mano, los maestros chasquillas dejan la llave mala y mucho peor que lo que estaba antes de que llegaran a arreglarla y los relojes de las iglesias hace medio siglo que están sin cuerda.

No importa. Siempre habrá un “después” que permitirá no enfrentar el problema varonilmente ahora mismo, como sería lo lógico, sino que nos refugiamos en la mágica palabrita para indicar vagamente que algún día, a lo mejor, y si ocurre un milagro, las cosas marcharán como deben marchar.

En el fondo, la expresión “después” es un signo de cobardía y una vulgar fuga ante la realidad. Por eso hay que desterrarla de un plumada y hacer –para usar un término chileno– las cosas “al tiro”.

No hay palabra más típica en Chile que la expresión “pero”. Cuando hablamos bien de alguien, soltamos una andanada de adjetivos positivos y hasta de piropos entusiastas, pero llegado un momento nos detenemos con una técnica de perfecto suspenso cinematográfico y largamos la famosa, la terrible, la hiriente y quemante palabrita.

- Sí... Fulano es genial para los negocios, pero... Zutano es un escritor de primera línea, pero... La Mengana tiene lindo cuerpo, pero...

Allí está el nudo del problema. ¿Por qué somos tan generosos en el primer envío y tenemos que levantar este tabique, este Muro de Berlín, esta Muralla China que deshace todo el entusiasta chorro anterior?

Habría mil respuestas. La más obvia es el sentido crítico de la raza que nadie puede negar. El chileno es crítico por definición. No quiere aceptar nada a fardo cerrado, y le gusta que le expliquen y le prueben las cosas. Los obreros nuestros escuchan con la boca aparentemente abierta al gringo importado, pero esperan que se detenga un momento para lanzarle una pregunta.

Y no se trata de preguntas vanas. No, señor. Yo he visto en otras partes del mundo a gente que hace lo mismo y que sale con necedades que más vale no repetir. En los museos, los tontos hacen cola. En las exposiciones, nata. Una nata espesa y llena de signos de interrogación que demuestra sencillamente que no han entendido nada. Ni una palabra. Que el técnico, el guía o el intérprete han perdido lamentablemente el tiempo con su larga y detallada disertación.

En Chile, no. La gente pregunta para saber. La fuerza de la democracia nuestra está basada fundamentalmente en este afán enfermizo de saber más y de averiguar el máximo de detalles. La rueda de carreta clásica no corre en Chile. Somos naturalmente preguntones y pesquisantes. He visto gente que no era periodista y que entrevistaba a un extranjero con mucho más talento y agudeza que más de algún profesional con una gigantesca placa colgándole del ojal.

Esta es la parte positiva del problema. Pero queda el “pero”, y detrás del pero está la envidia, el matorral de complejos y de frustraciones. En el fondo, queremos defender nuestra independencia personal y nuestro fanático individualismo a través de una pequeña expresión que diga que aceptamos todo menos... ¿Menos qué? Menos algo. Cualquier cosa. Lo importante es frenar la cascada de elogios con una pequeña parada en seco, con una ligera puñalada, con una especie de disculpa para no entregarse tanto. Y entonces sacamos, con la misma agilidad de un prestidigitador, nuestro conejo del colero.

Y el conejo se llama sencilla y burlescamente “pero”.

En Chile nació el maestro chasquilla. En Chile nació la técnica del alambrito. En Chile se está imponiendo una nueva palabra: “el ojímetro”.

¿Qué quiere decir...? La misma cosa que la anterior. El cálculo a ojo, la viveza y la diablura. La tan famosa y tan celebrada malicia criolla.

Hay gente que le gusta el sistema, y que cree seriamente que Chile es así, y lo que es más grave, que debe seguir siéndolo. Que no hay nada mejor que el roto diablo y el huaso ladino. O el chiste de mala leche y la talla que corta el viento y que deja la masacre... Los mismos que no encuentran nada más ingenioso que el pelambre de las señoras por teléfono y los comentarios de sobremesa, en que no se deja a nadie parado.

Yo creo lo contrario. Si Chile está así, es justamente por esta defensa de una falla nacional que tiene de todo, menos de cualidad.

Carrera, O'Higgins, Portales, Balmaceda, y los que formaron a este país en el pasado, no eran así. Los pampinos del 79, tampoco. Los que se lanzaron al abordaje detrás de Prat era gente dura y clara. Tallada a filo de cuchillo. Neta y precisa. Si Chile tiene fama de efectivo y de práctico en las conferencias internacionales, es porque es el país menos “criollo” de la famosa América Bárbara. Hablamos menos, pero decimos más cosas.

Le guste o no a ciertos sociólogos trasnochados, este es un país blanco. Usted me dirá que es moreno. Dejémoslo en café con leche, en materia de color, y vamos bien.

Pero detrás del color hay una serie de cosas profundas. Porque estamos aislados detrás de la cordillera y casi cayéndonos al mar, somos distintos. Porque tenemos tanto mar y tanta nieve, somos distintos. Porque tenemos la sangre más fría que caliente, somos distintos. Porque no somos tropicales ni parientes de todos los monos que pueblan alegremente el continente, somos distintos. O, por lo menos, lo éramos. Llegó la propaganda idiota, la película mediocre, la serial pueril y tonta, la revista que hace reír a otro público, el tango importado, el go-go y el ye-ye envasado, el chascón extranjero, el amargado nacido en otra parte, el pedante fabricado en serie en París, la niña incomprendida que arribó a la vida bajo la niebla de Londres, el beato *made in* Roma o en Bonn, la señora canastera producto de la ociosidad de otras naciones y, naturalmente, se nos cambió la cara y el alma.

Y entonces nació el “vivo” que engaña, el maestro Chasquilla, que deja todo malo y, finalmente, el “ojímetro”, cuya consecuencia inmediata es hacer las cosas a ojo y a la diablo.

No. No tiene nada de emocionante este Chile inventado a última hora, y que hace estremecerse a ciertos patrioteritos de oropel, que confunden a la nación con la espuma que flota a la deriva.

Por suerte, Chile –el verdadero, el que está oculto bajo la piel, el difícil y profundo Chile– está en otra parte muy distinta.

Y ese Chile, “todavía”, es la mayoría del país.

Me carga la amargura. Me cargan los tontos chuecos, turnios o miopes que ven sólo la parte mala del país. Uno se encuentra todos los días con gente que lo llama por teléfono para contarle desgracias, enfermedades, epidemias, cosas terribles, que lo único que hacen es enfermarlo de los nervios y hacerle más negro el panorama de Chile...

Uno puede despertar feliz, alegre y optimista en la mañana, tomar desayuno creyendo en la vida, morder un pan con mantequilla partiendo de la base que el ser humano es bueno, es positivo y constructivo.

Salgo a la calle. Brilla el sol. Las calles están flamantes. No hay nubes. El aire es tónico. El verde late, palpita, se estremece en los jardines. Comienzan a encenderse las primeras flores. El invierno se va con la cola entre las piernas, como debe irse el invierno, que es una de las estaciones más idiotas que se han inventado, pese a los poetas trasnochados y a las damas de las camelias al alcance de los niños. El micro, el centro, la calle Ahumada, el café. Y naturalmente el amigo, el buen amigo que se deja caer con el cuento de la última estafa, del asalto de anoche, de la niña violada, del adolescente con tres cabezas, del choque de la noche. Y entonces a uno le cambia el ánimo como si una mano inválida moviera una palanca en 180 grados y transformara el día alegre de azul en gris. De joven en viejo. De inteligente, positivo y práctico, en aburrido, gastado y viejo.

El amiguito –el dulce amiguito del café–, con un comentario filudo como una navaja Gillette, le cambia el sentido de la vida y le cuelga de los labios una mueca, como quien cuelga el sombrero de un paragüero.

Y además queda la calle. Los puestos de diarios. Los títulos escalofriantes, la mortandad salpicada de sangre disfrazada de periodismo. Los eternos huasos que matan, los ladrones que roban, los funcionarios que profitan. La cara negra de Chile, la penumbra en vez de la luz. La mueca en vez de la sonrisa.

Hay una conspiración peor que todas las estafas organizadas de todos los organismos públicos. Es la conspiración contra la alegría. Es el asalto y el cogoteo contra el optimismo. Es el ladronzuelo del chisme. Es el pequeño delincuente de la saliva, de la frase quemante, ácida y podrida que escupe por teléfono. La pequeña canallada para derrumbar algo o a alguien. Es el antipatriota de buena fe. Es el tontito de restaurant, de sobremesa o del café que nos amarga la vida porque sí. Porque su vida es chueca y quiere que la vida en general, de todo ser humano, sea igualmente chueca, para que su problema personal no se note. Son los chicos, los enanos, los lisiados, los enfermos y los débiles a quienes les carga que el aire de Chile sea fresco y se columpie entre los árboles de la costa y los cerros de Los Andes y que, como tiene mentalidad de conventillo o de cité, quiere que todo Chile sea una larga y angosta cité con hoyos, con baches, con lodo, con mugre, con perros, con una pobreza y una desnutrición que nos amargue el resto de la existencia.

Contra eso hay que luchar. El aire de Chile es tónico, puro y fresco. Las nubes son finas y están bien dibujadas. El cielo es una emoción que llega al alma. Los campos están llenos de frescura. Los árboles están comenzando a reventar. Los prados tienen olor a tierra recién removida. El mar se mueve como nunca, con dulzura y elegancia de océano. Por ahí, entre la Cordillera de la Costa y el Pacífico, hay un país en el que quedan algunas grandes cosas solitarias como estatuas sonámbulas. Chile no es el pequeño país de algunos fenómenos de circo disfrazados de ciudadanos y con derecho a voto. Es cierto que tenemos miles de fallas y que hay muchos ladrones sueltos, pero también es cierto, infinitamente cierto, que contra algunos tontitos amargados hay, a pesar de ellos, un país en marcha.

Quédense ellos con su amargura profesional, con su olor a páramo, a parque pelado y sin pasto, a esquina sombría, a atardecer lluvioso.

Hay otros —el noventa por ciento de la nación—, que reconquistará la sonrisa mortecina de este país y le dará su verdadero valor.

Sí. Un día Chile se reirá con 32 dientes y por encima de esos pequeños espantapájaros y profesionales de la amargura que siembran su camino.

Nunca los tontos, democráticamente sumados, han sido más que algunos pocos tipos alegres que creen en su patria, en el porvenir, en la tierra, en las mujeres bonitas, en los cielos libres.

La amargura pasa. La alegría queda.

LA VIDA EN ESE INSTANTE.

Sé que más de alguien arrugará el entrecejo por el título de esta crónica. Mis robos forman parte de dos cosas:

1) De mi amor fanático a la Historia.

2) Del hecho, mucho más importante, de que en el fondo de todo periodista se oculta un sentimental incurable que se enamora para siempre de los lugares por los cuales caminó alguna vez.

Y haciendo un balance rápido, tengo a la vista en mi departamento algunos testigos del pasado que me traje para conversar con ellos las tristes tardes de lluvia, con el brasero encendido y la pipa entre los labios.

La plancha de la Rue Cujas que saltó de la Sorbona a Santiago de Chile.

Los ceniceros de más de cuarenta hoteles de los cuatro continentes visitados...

Algunos cacharos baratos y sin mayor valor, que antes figuraron en algunas vitrinas de museo y que ahora me cuentan la historia de Napoleón y los días de sangre de la Revolución Francesa con más habilidad que Ludwig y el viejo Thiers.

Un gorro chino, un turbante argelino, una cimitarra que antes anduvo cerca de las vacas sagradas de la India; una cachimba detectivesca, dos puñales, una napoleónica cajita de rapé, etcétera.

Un trozo de bordado de un lecho fabuloso que creo que perteneció a la propia María Antonieta (la verdad sólo la saben los especialistas en la materia...). Una copia de la bandera del Movimiento 26 de Julio que acaudilló Fidel Castro...

La "Marcha de la Liberación" de París en 1944 y el himno de los voluntarios chinos que siguieron a Mao a través de 6.000 kilómetros, que fue cantado bajo las balas y en medio de los arrozales y el coraje.

Una página inédita, naturalmente, de Colette, y una pajarita de papel de Unamuno.

Y tantas cosas más que por rubor o por modestia no me atrevo a citar más al detalle... Y naturalmente no me he atrevido a contar que tengo en mi poder una carta de Arturo Prat a mi abuelo; un botón de la levita que usó Napoleón en Marengo; la pluma con que se firmó uno de los Tratados más famosos de los últimos tiempos; 345 menús de restaurantes famosos en el mundo entero; un pañuelo que fue de George Sand, y una página escrita velozmente por Alejandro Dumas Padre.

Y corto, antes que los amigos de la calle General Mackenna (dentro y fuera de Chile) me echen la mano encima...

Querido tío:

Como sé que a usted no le gusta la gente aburrida que habla llena de citas históricas y de frases altisonantes, trataré de ser lo más telegráfico posible.

Antes que nada lo felicito por su día. No le hablaré de Washington, de Jefferson, de la campana de la libertad y de los mil lugares comunes que hay que usar en estos casos. Me interesa otra cosa. Quiero decirle lo que los chilenos esperamos de usted. Lo que no nos atrevemos a decirle de puro cortos de genio que somos y por la terrible manía nacional de hablar y hablar... y de no decir nada para quedar bien con todo el mundo.

Antes que nada, nos interesa que se nos ayude económicamente, pero en un plan de mutua conveniencia, sin que ni usted ni Juan Verdejo tengan que bajar el moño. No nos gusta nada que se nos crea tan ingenuos e incultos que nos tragamos cada película en la cual aparece una América Latina llena de señoritas con peineta y mantón de Manila que están bien para Sevilla, pero que nada tienen que ver con las muchachas que escriben a máquina en las oficinas nuestras ni con las que se pasean ondulantes como palmeras por las calles de La Habana o de Lima.

Nos cargan los periodistas que pasan tres horas en el Carrera y que más tarde escriben pesados y sesudos artículos que se titulan "Así es Chile...", "Cómo vimos a México...", "Esta es Colombia..." y otra serie de tonterías superficiales por el estilo.

Nos indigestan los films en los cuales un sólo soldado americano domina con una mano a cinco mil japoneses o diez mil alemanes. Nos gusta comulgar, pero no con ruedas de carreta.

Nos molesta bastante más de lo que usted supone que se confunda la limpia democracia uruguaya, la mexicana o la chilena con unos payasos de circo escalonados en la América Central, y que a la hora de la ayuda económica, usted respalde con robustos dólares a Trujillo, a Somoza o a otros dictadorzuelos de tres al cuatro. Nos interesa que se haga el distingo entre los pueblos que votan libremente, que eligen a sus presidentes y parlamentarios sin necesidad de la presencia de ametralladoras y cañones, con los otros, en los cuales cuatro coroneles con un sable de lata hablan pomposamente de democracia y de libertad.

Igualmente, queremos los americanos del sur que se nos vea como somos y no como hacen algunas oficinas de turismo, que creen que los cocos caen maduros en la Alameda de las Delicias, y que Caracas es la capital de la República Argentina.

Puede que seamos pintorescos, pero antes que nada somos chicos pero respetables. No hay que confundir a una nación que da a un Bolívar con un grupo de coroneles mandones, ni a la vieja democracia de Sarmiento y Mitre, con las masacres entre gallos y medianoche.

En una palabra, querido tío, queremos que usted se saque ciertos lentes ahumados que le ha regalado algún sobrino patero y nos vea exactamente como somos.

Yo conozco de lejos a la vieja patria de ese leñador de mármol que se llamó Lincoln, y estoy seguro que si estuviera vivo le gustaría este lenguaje directo y sin eufemismos, que he usado para felicitarlo precisamente en su día.

¡Ah...! y se me olvidaba un detalle final: Ojalá, como pensaba el difunto Carlos Dávila, que usted eleve un poco más la vista en este continente de más de cien millones de hombres que le quedan al lado y no se siga preocupando de cuanto chino bellaco anda por ahí, y que, entre paréntesis, le ha hecho lesa más de una vez.

Finalmente, si usted cree que estoy equivocado en algo, la solución está en la mano: invíteme a darle la mano personalmente y saldremos juntos de la duda.

Afectuosamente, su sobrino, Tito Mundt.

Querido viejo:

Esta noche llegará usted a Santiago como tantas otras. En el mismo trineo noruego y con la misma barba nevada que le regalaron hace tantos siglos en la vieja Suecia. Usted es un viejo de los países nórdicos que gusta de la nieve, de las chimeneas y de los pueblos que se gastan holgadamente 15 siglos de historia. No le deben gustar mucho estos países jóvenes que apenas hace 140 años salieron del huevo.

Tenga cuidado.

Cuando llegue a Santiago, no tome la Carretera Panamericana. Es peligroso. No le faltará por el camino un micro que viene de la costa y que le puede hacer añicos el trineo. No se olvide usted que es un viejo europeo y que no conoce a los choferes que hacen apuestas y carreras para llegar antes. Tenga mucho cuidado. Mire con cuatro ojos. Póngase los lentes y camine lo más despacio que pueda. Saque las manos en las esquinas y cada vez que vea a esos monstruos de acero que avanzan a 100 kilómetros por hora por la carretera, sin tomar en cuenta para nada las curvas ni los pasos de nivel, hágase a un lado. Lo menos que le puede pasar, es que vaya a dejar su carga de juguetes al Cementerio General.

No se olvide que Chile tiene en estos momentos a los más competentes y perfectos criminales de todo el globo...

Una vez llegado a la capital, no tome la Avenida O'Higgins. Le puede tocar una marcha con contramanifestaciones y lanzamientos de antorchas y de astas de banderas. Y eso no es nada. Quedan los micros locales, los terribles troles y los ágiles y rápidos vespistas que tienen tanta idea del tránsito de Santiago como usted mismo.

Otro consejo: no oiga a nadie. Si para sus heladas orejas, escuchará que Chile es el último país del mundo, que más vale emigrar al África Central y que la nación se va a pique...

No se pare mucho en las esquinas. Chicago, en los más espectaculares tiempos del gangsterismo, era una ciudad idílica al lado de la capital de Chile. Tenemos monreros y lanzas y toda clase de jóvenes y audaces delincuentes que le pueden arrebatar, sin que se dé cuenta, el gorro rojo, el saco de los juguetes y la imponente barba que se gasta.

Váyase directamente casa por casa. No busque mucho en los tradicionales zapatos. En los conventillos, cités y poblaciones callampas, seguramente no los encontrará. Si se asoma a una zapatería del centro, se dará cuenta fácilmente cuál es la causa.

Si ve colas, no crea que se trata de gente ingenua y "navideña" (para usar la palabrita cursi que han puesto últimamente de moda) que espera apaciblemente que usted les reparta las maravillas que trae en su gigantesca bolsa. No, mi querido Noel. Son los santiaguinos que baten todos los récords mundiales esperando horas de horas la maravillosa locomoción que se gasta la capital en 1957...

Si tiene sed, no trate de calmarla en algún restaurant del centro. Tendría que echar un vale o un cheque a fecha, pagable el 24 de diciembre del próximo año. Con lo que lleva en el bolsillo, es difícil que le alcance para un modesto Cola de Mono...

Si encuentra pocos niños en las casas, al pie de las chimeneas o entregados a Morfeo, no se inquiete. Seguramente estarán en las ferias, los tiouvivos, las ruedas de la fortuna, los Taca tacas o las mil inocentes distracciones que tenemos para la infancia chilena.

Y tenga cuidado a la vuelta. No vaya a ser que por el gorro y la alegre chaqueta roja que se gasta, lo crean allendista furioso y le apliquen la Ley de la Defensa de la Democracia...

Un abrazo, su querido nieto Tito Mundt.

Señores pedantes:

Ustedes han vivido mirando en menos a una gente sencilla y natural que hace los diarios y que se llaman los periodistas.

Ustedes, pequeños y ondulantes individuos, sin condición, línea ni sexo, han creado una especie de estado espiritual en Chile, en que se hace un teatro mediocre, un ballet vacilante y una pintura que no sirve para nada.

Ustedes son tontos de un viaje.

Claro que tontos complicados, enredados e intelectualizados. Han jugado con el comunismo y el catolicismo como si fuera un trompo de siete colores. Son iguales a los que tandean con la hoz y el martillo, y los que juegan con la cruz. Les da lo mismo Jacques Maritain y Carlos Marx. Por eso que son ondulantes, neblinosos y siúticos. Debería andar cada uno de ustedes con una vela encima de la cabeza. Han descubierto que se puede caminar, opinar y vivir en una forma tenebrosa y en penumbra.

Se ganan becas en Londres o en París, caminan sobre los puentes del Sena, creyendo que entienden a Francia, o palidecen de emoción al pie de la Torre de Westminster, pero no sacan nada. ¡Pobres jovencitos de terciopelo o de gamuza! ¡Nacidos para tías provincianas o solteronas melancólicas, que nunca tuvieron hijos ni pudieron tenerlos! Gente sin sexo, condición ni clase; tontitos disfrazados de inteligente; intelectuales a la violeta con cuatro libros leídos y no entendidos; están ahí parados en medio del teatro, de la literatura, del ballet y del arte, como pequeños e intrusos solitarios, sin entender nada de nada, porque nacieron para ser los eternos extras de la historia.

¿Por qué escribo estas líneas?

Porque ya está bueno que estos pequeños “malulos”, subinconscientes, con complejitos de segunda categoría, aprendices de comunistas o de católicos, tomen su crinolina y su sombrilla de vieja solterona, y se vayan a su respectiva pensión de provincia.

¡Cómo se estremecerían los finos y delicados huesos de Lenin, de Juana de Arco, de Danton, si vieran a estos mequetrefes opinando y caminando por la calle!

Pero no tienen ninguna importancia. Alguna vieja menopáusica les hará caso. Algún crítico pedante los tomará en cuenta; alguna jovenzuela desquiciada y con pantalones se preocupará de ellos; pero Chile, el verdadero río oscuro de Chile, seguirá corriendo sobre ellos, sin darse cuenta que existen.

Mire, Marqués:

A todos los chilenos nos ha gustado mucho lo que usted dijo después de 39 años de ausencia... ¡39 años...! En ese tiempo los pacos eran azules; ahora son verdes. Han madurado... Había casi tantos hoyos como hoy, pero unos pobres y viejos caserones coloniales alzaban sus mojinetes hacia el cielo.

Ahora Santiago es una ciudad moderna, casi de nylon, con rascacielos cada tres cuadas y con el más científico y estupendo servicio de locomoción, gracias al cual el 90 por ciento de los santiaguinos se pasa la mitad de la vida esperando micro...

Usted nos encontró simpáticos, progresistas, elegantes, dicharacheros y, en síntesis, un gran país. Pero usted olvida una cosa: que usted nació aquí. Es hermano del alfajor y de la cueca, y lo notable es que después de 39 años sigue siendo tan chileno como el que más.

Yo estaba convencido que me iba a encontrar con un siútico. Con un viejo solemne y acartonado. Con una especie de duquesa con pantalones. Me he encontrado con un hombre fresco y joven, con sentido del humor, directo, franco, burlón, escéptico. Macanudo, en una palabra.

Pero lo malo, Marqués, es que usted sea tan caro. No hay derecho a que los chilenos, compatriotas suyos, nos quedemos sin poder ver esa maravilla de rango internacional que es su ballet.

Está bien que algunas viejitas “cucú”, llenas de millones y de amantes, cubiertas de piedras preciosas, puedan tener acceso en París o Londres a su ballet. Que algunos reyes destronados o algunos pálidos o solitarios duques o vizcondes puedan tener la alta honra de ocupar una butaca en un polvoriento teatro europeo para poder ver ese derroche de gracia que es su ballet. Pero lo que me parece muy mal es que nosotros, los pobres chilenos, siendo compatriotas suyos, habiendo nacido en esta tierra que queda tan lejos de Europa, no podamos cruzar la cortina de oro del Municipal y ver su espectáculo.

La culpa, mi querido Marqués, la tiene la congelación, la misión Klein-Saks y los que creen que en Chile seguimos en el mejor de los mundos.

Mire, Cuevas: La mejor manera de demostrar que lo que usted dice en la entrevista de prensa es cierto y de que usted está feliz en este país, es probarlo con hechos. No sacamos nada con que un par de exangües ancianas perfumadas a polilla, o algunos niñitos ondulantes, puedan asistir a su maravilloso ballet.

Lo que usted tiene que hacer es entregarle el ballet al pueblo de Chile. Nada de Teatro Municipal y de plateas a ocho mil. El Estadio Nacional, un domingo con sol y con pueblo, y, además, por nuestra cuenta nos encargaremos de llevarle la Cordillera de Los Andes como telón de fondo.

¿Que le parece, m'hijo?

Medítelo con la almohada y tenga la seguridad que los habitantes de esta ciudad, que no han ido más allá de las riberas del Mapocho, se lo agradecerán mucho más que todos los Cuevas auténticos y los otros Cuevas que le han salido por el camino.

Siéntese en su taburete, póngase su peluca empolvada, saque una pluma de ganso y contésteme una perfumada esquila.

Su amigo del alma, Tito Mundt.

Recibí una carta. Una carta muy divertida. La firman unos caballeros yanquis que pertenecen al Ku Klux Klan. El Ku Klux Klan es una sociedad secreta que existe en los Estados Unidos para asustar a los negros. No, no sólo para asustarlos, sino para matarlos, para matarlos canallesca y cobardemente. Son unos pequeños cobardes armados que matan gente porque les da la gana

Cuando yo estuve en Estados Unidos conocí a algunos de esos caballeros que leen la Biblia, creen en Cristo, se sienten gente grande y, en el fondo, son unos pequeños idiotas con diploma.

Esta carta se la mandaron a Salvador Allende, senador de la república y que fue candidato a la Presidencia de este país; a mi amigo París, dirigente máximo de la Asociación de Estudiantes. Yo, en el fondo, me siento muy orgulloso con que me hayan confundido a mí con senadores de la República y dirigentes universitarios. Yo soy sólo un periodista.

Yo anduve por Estados Unidos. Conocí a los americanos, los traté, les dí la mano. Es gente limpia, sin reticencias ni recovecos. Gente de una pieza. Nunca me imaginé que entre ellos, entre la gente que conocí en Nueva York, en Washington, en Los Angeles, en Texas, en el Cañón del Colorado, en la dulce tierra de Abraham Lincoln, hubiera unos pequeños loquitos, al dos por mil, curaditos, tontitos con todas sus letras, que creen que por tener la nariz un poco más larga un judío no es un ser humano. Que opinan en serio que un hombre por tener los pigmentos más negros que los otros seres humanos, deben ser acorralados, fusilados y asesinados.

Estos son los tontos que gastaron un dólar y medio en mandarme una carta.

Que sepan que nosotros, los periodistas de este país libre, nos sentamos y nos paramos en los pequeños inquisidores de provincia que pretenden asustar a la gente libre de una nación. Con sus capuchones blancos, negros o azules, estos pequeños y mediocres seres humanos, que le echan a perder la plana a Dios, inhumanos y asesinos, en el más exacto sentido de la palabra, no tienen ni siquiera el sentido del humor.

Su carta está mal escrita, con faltas de ortografía y de redacción, y si su objetivo es meter susto, se equivocan medio a medio.

La gente de Izquierda de este país, periodistas, estudiantes, escritores, parlamentarios y hombres de la calle, se ríen a gritos de esas tres K, que forman el Ku Klux Klan.

Yo siento que en un país tan grande como Estados Unidos se permita que existan y caminen por la calle algunos pequeños piojos que son capaces de escribir a máquina, pegar estampillas y molestar a la gente de este país.

Yo, por mi parte, me he reído a gritos de esta carta tan meticulosamente envasada en sellos norteamericanos y que les ha costado a los tonies del KKK un dólar y nueve centavos.

Es una de las cartas más caras que he recibido en mi vida. Pero una de las más divertidas. Yo le daré el destino que merece... El que usted se imagina, amigo lector, precisamente.

¡Ah...! Se me olvidaba. Yo soy blanco occidental y pertenezco a un país libre. Y esto... que se lo traguen con tilo, ya que la gripe está de moda.

Me jajajeo en el Ku Klux Klan.

Santiago no tiene vida nocturna. O, por lo menos, no tiene la suficiente vida después de la una de la mañana, como cualquier ciudad importante. Lima, que es menos de la mitad, tiene más. En Buenos Aires (a pesar de los gorilas), sobran las boîtes. No hablemos de México ni de Brasil. Chorrean por la calle. Caracas es una selva de boîtes y cabarets. Sólo en el colonial Quito y en la soñolienta Bogotá varía la cosa.

Pero vamos a lo básico. Santiago tiene más de tres millones de habitantes. Aquí vive la tercera parte del país. Dígase lo que se diga, todo se hace “en” Santiago o “desde” Santiago. Esto pasa de la política a la moda, pasando por todos los matices intermedios. El que conquista políticamente la capital, tiene ganada la batalla. Claro que esto no gustará de San Bernardo al sur, pero es la pura y santa verdad...

Se quiere hacer turismo. Se dice: “Es el colmo que en un país en que las langostas casi toman micro en la calle, en que sobran los lagos, con vinos y mujeres de primera, con un paisaje maravilloso y un clima superior a cualquier país del mundo, no vengan los gringos a vernos.”

¿Y por qué sólo los gringos? Los argentinos, peruanos, bolivianos y uruguayos quedan mucho más cerca. Mendoza está más próxima a Santiago que de Buenos Aires. Los mendocinos se sienten como en casa aquí y en Viña. Mar del Plata les queda lejos. Buenos Aires les carga. Los provincianos de la otra banda se sienten más a gusto entre chilenos que entre “porteños” que viven pensando en la gomina y el “gotán”.

¿Cómo hacer turismo? No daremos toda la fórmula, porque no cabría en el diario. Diremos sólo que la vida nocturna –le guste o no a los beatos de turno– es vital para darle brillo y vitalidad a una ciudad. La gente no sólo quiere comer langostas y erizos y ver bailar cueca. Quiere pasarlo bien. Cada ciudad que se respete tiene buenos hoteles e intensa vida de noche. Pregúntele usted a los viejos de hace 40 años. Dirán que Santiago era mucho más entretenido en la época del Fancy, el Lucerna, Gage, El Patio Andaluz, el Inca, el Tabaris, el viejo Tap, el Zeppelin, la Hostería del Laurel, etcétera, que ahora.

En parte es cierto, en parte no. Ahora hay más, pero los locales (pitucos y lejanos para la gente que no tiene auto) tienen menos sabor que antaño. Y se explica. La gente es más, y la vida es menos íntima y doméstica que en la época que todo el mundo se veía a toda hora en el centro. La ciudad creció y se hizo más indiferente y fría, pero hay...

¿Y a qué viene todo este alegato? Muy sencillo. Un señor se queja en una carta publicada en un diario de los ruidos nocturnos de una boîte que queda en la calle Agustinas, al llegar al cerro. Yo vivo a media cuadra. Antes vivía encima. Jamás me molestó el jazz ni los ruidos. O más bien dicho, los comprendo. Soy de mi tiempo, de mi época. No me asusto ante nada. No llevo olor a agua bendita ni a incienso en la camisa. Y, además, como chileno que cree en el progreso de su país y de su ciudad, sostengo que las boîtes, los cabarets, los negocios bohemios, los bares, los restaurantes pintorescos y los clubes de jazz, son vitales para que Chile camine en “jet” y no en “landó”, como pretenden algunos.

Por eso he escrito estas líneas...

No hay nada más barato que casarse en Chile. Morirse, en cambio, cuesta una fortuna. Con la última epidemia, los chilenos se dieron cuenta lo caro que es irse de esta vida. Un entierro de segunda mano cuesta cientos de miles. Una misa, un cajón, unas coronas, un nicho, unos autos para la viuda y los amigos, significan ceros y más ceros a la derecha en un cheque corriente.

Llegar al mundo, saltar de la mamá y entrar oficialmente a una clínica, es carísimo. Hay que contar con los médicos, la matrona, las enfermeras, los remedios, amén de los tubos de calmantes que tiene que tomar el marido hasta el momento que sabe oficialmente que es padre. De comer no hablemos. Hacerlo en el centro ha llegado a ser placer de millonarios. Un traguito barato en un restaurante de moda, significa un impacto certero en el presupuesto familiar.

Salir de noche con una niñita más o menos regularcita, tomarse un par de aperitivos, invitarle un par de platos y luego un postre, café y el inevitable bajativo, se traduce en una cuenta kilométrica, a la que hay que sumar los tantos por ciento, los impuestos, la propina, etcétera.

Salir a veranear cuando arrecia el calor, para una familia modesta (papá, mamá y dos niños), le significa al pobre jefe de la misma, ahorros minuciosos desde el año anterior. Cada recorte al mes de la casa se traduce en un día más brincando en la playa o tomando leche al pie de la vaca en el campo.

Ir al teatro a una compañía extranjera para estar más o menos al día en la marcha de la cultura europea y saber qué se da actualmente en las salas más exigentes del viejo mundo, es un sueño que únicamente algunos periodistas, ciertos millonarios y algunos amigos del empresario se pueden dar.

Es difícil hallar un libro pasable que cueste menos de mil pesos. Y lo menos que puede leer una persona que se respete es leer un libro a la semana.

Salir fuera de los límites de Chile, asomarse a la Argentina, llegar al Perú, volar hasta Río de Janeiro, pensar en la lejana Europa, es un sueño que no tiene precio. O más bien dicho, tiene tal precio, que más vale no hacer equilibrios mentales para imaginárselo.

Comprar un furgón, una camioneta, un autito de cuarta mano, “algo” en qué andar sin necesidad de montar un taxi, es para desmayar al más recio y más calmado de los seres humanos.

Pues bien, señores lectores, ¿ustedes saben lo que es el amor, el *home sweet home*, el hogarcito con el frigidaire y la guagua, la tía que teje calcetas y el calor del fogón...? ¿No saben? Hagan la prueba. Busquen una “peor es nada”, declárenle el amor a una morena o a una rucia más o menos romántica. Caminen a través del Forestal tomados de la mano a la hora del crepúsculo, lleguen hasta el terrible “Sí”... y finalmente, después de haber conversado con el terrible papá y la tremenda mamá, lleguen hasta el Registro Civil para que la población de esta delgada y angosta faja crezca un poco con nuevos ciudadanos.

Trepren con las piernas agarrotadas las crujientes escaleras, saluden al oficial, muestren el carnet, digan que aceptan a la muchachita que hay a su lado, estampen la firma en un libro pesado como catedral y les costará únicamente ¡sesenta pesos!

Es decir, un billete verde de a 50 y otro pardo de a diez, les abrirán las puertas del matrimonio y de la felicidad. Puede que les vaya bastante mal con el pasito que dan, pero no se puede negar que es bastante barato.

A mí me pasó la semana pasada. Por eso les cuento y les paso el dato...

Yo no sé si es el verano o qué. Seguramente, es “qué”. Un terrible “qué” que se traduce en que uno ande como loco por la calle, que llegue tarde a la casa, que se baje del micro y se monte en una liebre que no nos sirve en lo más mínimo para seguir desesperadamente a una rubia o a una morena.

El veraneo y la playa mejoran indudablemente al sexo femenino. Esa fina película morena que lucen ahora sobre la piel, la agilidad en las caderas que da la natación en medio de las olas, ese matiz dorado que toman las piernas y, antes que nada, ese brillo misterioso que deja como tarjeta de visita el mar entre las pestañas, las hace irresistibles en esta época del año. La última gordita de hace dos meses, es una especie de diosa llena de curvas en el mes de marzo. Damas maduras que debían estar mejor en su casa que en la calle bajo el bombardeo en picada de todas las miradas, se ponen sensacionales con el sol de Viña o Algarrobo. Unas mocosas que no pasaban del segundo año de humanidades, hace sólo cuatro meses, se han transformado en mujeres hechas y derechas en tiempo récord y nos obligan a buscar los mejores piropos en el diccionario de la lengua galante para sentirnos juveniles donjuanes, a pesar del paso implacable de los años. En las piscinas, en el centro, en las fuentes de soda, en los bares, en las tiendas, las mujeres están sencillamente como nunca. El sol trabajó como el mejor maquillador en estos calcinantes meses de estío. Le ayudaron las olas y el aire fresco que se respira junto a las dunas. Les puso su gota de picardía la ruleta del Casino y les agregó su dosis de *sex appeal* el *twist* y el *shake*.

En resumen, jamás nuestras adorables enemigas habían estado como ahora.

Si usted no me cree, amigo lector, sáquese el anillo de casto y buen marido que lleva en el anular, y salga a la calle para que se convenza que nunca como en estos momentos habían dado más ganas de disfrazarse de atleta y saltarse a pies juntos los Diez Mandamientos de un sólo round.

Y si Divito viniera a darse una vuelta por Santiago y dejara su Buenos Aires querido, encontraría mejores curvas moviéndose gatunamente por las calles de la capital de Chile que en todas sus célebres chicas de “Rico Tipo”.

(Después de escribir lo anterior, me puse el termómetro... ¡Tenía 56 grados...!).

Tal como está la moda femenina, de acuerdo con las revistas que nos llegan de París con la tinta fresca aún, o con los modelitos que desfilan por la calle Ahumada, doblan por Huérfanos y trotan por Estado, es muy probable que dentro de poco lleguemos al desnudo absoluto.

Hace tres años comenzó a subir la falda. Lo hizo, al comienzo, con cierta timidez. Uno o dos centímetros sobre la rodilla, y apareció un breve relámpago de rosada piel que hacía brillar los ojos de los varones cuando pasaba alguna muchacha por la calle.

Pero los modistos de París y Londres conocen de sobra su oficio y sobre todo son expertos en psicología femenina. Saben lo que quiere y lo que busca la mujer. Desde tiempos inmemoriales, el objetivo de las nietas de Eva ha sido el macho y, para ello, agotan todos los recursos destinados a convencer al pobre Adán de que debe levantar bandera blanca y caer definitivamente en la red que le tienden un par de ojos subrayados por el rimmel o una boca húmeda y sensualmente entreabierta.

Y comenzó la marcha de la minifalda hacia arriba. De los dos centímetros iniciales se pasó a cuatro, cinco, diez, veinte.

Tengo a la vista una revista en que aparece el nuevo tipo de blusas transparentes que se ha lanzado recientemente al mercado. Ya no se trata solamente de insinuar o de mostrar hábilmente los encantos femeninos, sino de brindar con toda tranquilidad la totalidad del busto y lo mejor con que cuenta una muchacha de curvas generosas y desbordantes.

Lo malo es que con blusas transparentes, minifaldas y bikinis, dentro de muy poco la mujer no tendrá nada que ocultar y mostrará todo lo que el Supremo Hacedor tuvo el simpático gesto de entregarle en la cuna.

Y ahí está lo malo. Y por eso justamente falla la tendencia actual de la moda. Lo hábil, lo inteligente y lo táctico, es mostrar el cuarenta por ciento, para insinuar el otro sesenta y hacer caer al macho en la celada.

Una Venus de Milo con brazos y sin una modesta hoja de parra, tecleando a máquina o subiendo a un micro en el centro, es lo menos atractivo que puede haber y el mentís más rotundo que se le puede hacer al *sex appeal*.

¿No opina usted lo mismo, amiga lectora?

Me carga la lluvia. Soy enemigo personal del agua que comete la falta de gusto de caer del cielo en una forma tan desordenada que dan ganas de preguntarle a Dios cómo se las arregló el viejo Noé para pasar 40 días de lata total en la famosa Arca...

No me gusta, porque carece de carácter y de personalidad. No tiene nada que ver con la niebla, la neblina o la vulgar y democrática camanchaca.

La niebla suena a novela policial. Sin la niebla, Londres sería una ciudad inglesa y nada más. La niebla, la célebre *fog*, ha dado margen al rápido nacimiento de la novela en que corre la sangre y se escuchan los ahogados gritos de las víctimas. Sin niebla, Sherlock Holmes sería un gringo más fumando una cachimba y retando al pobre mister Watson. Fue la niebla la que lo hizo célebre y le hizo buscar a través de ella las huellas de tanto crimen famoso.

Sin niebla, Jack el Destripador habría sido un Comequecho vulgar y silvestre doblado al inglés. Fue esa masa impalpable que invade el barrio del Soho, Hyde Park o se tiende displicentemente por el Támesis, la que dio el decorado justo a las tristes hazañas del asesino más grande que registra la historia policial de la Humanidad.

La niebla hizo nacer a Agatha Christie, Conan Doyle, Stevenson, Chesterton, Anthony Gilbert, etcétera. Gracias a ella, Londres adquirió una fama internacional de ser la capital de la novela y del crimen. Scotland Yard le debe su prestigio de ser la primera policía del mundo, únicamente al antifaz que se pone Londres cuando cae dramáticamente la tarde.

Un inglés, sin estar envuelto por la niebla, es como un español que no sabe lo que son los toros, o un alemán que anda sin casco desde que nace.

La neblina es más dulce, más poética, más femenina y más coqueta. Está buena para decorar los paisajes primaverales o para vestir los rincones de París en otoño. De la neblina salió el impresionismo y la pintura moderna. Los habitués de Montmartre buscaron en ella la inspiración justa para hacer paisajes vagos y remotos. La línea precisa, antipáticamente justa, fue reemplazada por la atmósfera de ensueño en que el espectador no mira lo que hay en el cuadro, sino que echa a volar la imaginación y crea por su cuenta su propio paisaje.

La camanchaca, en cambio, es la más modesta de todas. Únicamente la vieja ciudad virreinal en las mañanas adquiere prestigio gracias a esa especie de agua invisible y suspendida que adorna el Palacio de Torre Tagle y que hace coqueta la torre de la vieja Catedral de Lima.

Pero la lluvia... La lluvia no tiene gracia para nada. Pone idiota a la gente y la hace pasar del buen genio a los instintos criminales. El automovilista goza haciendo sufrir al peatón y llenándolo de barro. Por su parte, el hombrecito que va encogido por la calle y agazapado bajo el paraguas hace temblar de rabia a los dueños de autos al pasárseles bruscamente ante las narices y haciéndolos patinar en seco.

Además, la lluvia es antigua, incurablemente colonial. Es la amiga y la confidente de la solterona y del gato, del jubilado y del viejo que vive de recuerdos. Está bien en la vieja cité o en la casa que fue mansión hace 50 años y que ahora es apenas una vulgar pensión para estudiantes y modistillas. Su ronroneo y su taquigrafía invisible ponen en los vidrios una nota de melancolía y de pesimismo. La gente se puede suicidar con lluvia. Con niebla, en cambio, se hace personaje de novela policial o de film de suspenso, y con neblina se dedica a la pintura o se hace poeta.

La lluvia no sirve para nada... salvo para adquirir el más vulgar y prosaico de los resfriados. Y para alegar contra el agua y echar de menos el vino.

Ya la mitad de Chile está con gripe. La gripe es la enfermedad más idiota que se haya inventado: se amanece con el cuerpo tableado, pateado, exhausto sin haber andado una cuadra y apenas se puede mover.

Los ojos se ponen rojos y los pañuelos se quedan empapados... No dan ganas de nada. Hasta las mujeres bonitas que taconeán por Ahumada se ven pésimas. Siguen siendo macanudas, pero para el pobre agripado que camina entre Alivioles y Genioles por la calle...

Un médico me dijo ayer:

- Contra la gripe no hay remedios. Es más fácil curarse una pulmonía fulminante que los famosos estornuditos de la gripe.

Por supuesto que los amigos, la abuela, la mamá y la mujer dan toda clase de consejos.

El amigo diablo recomienda:

- No hay como la chicha con naranjas. Se quita la gripe, y queda el gusto en la boca.

La señora grave aconseja:

- Un masaje con alcohol, un par de tabletas de Cryogenina y a la cama.

La señora, indignada, comenta:

- Lo que hay que hacer es NO resfriarse... Eso te pasa por haber llegado a las 7 de la mañana con dos amiguitos colgados de los brazos...

El médico da una larga lista de remedios, a pesar que, según él, no hay remedio...

Vamos a la botica y salimos llenos de paquetes y más encalillados que si hubiéramos ido a dar una vuelta al mundo... Tomamos pastillas, tizanas, pilseners con limón y sal. (¡Qué horror!). Nos echamos a la calle, transpiramos, se ponen los ojos como sangre, renuncia la lavandera ante la montaña de pañuelos sucios, se hace rico el boticario y el médico que nos atiende se compra por fin el auto que tenía proyectado...

Y uno sigue con la gripe. Los bacilos de la misma llegan a través del hijo mayor, pasan al más chico, los pelotea la empleada, le hacen un pase a la patrona, y ésta, amorosamente, se los entrega como regalo extra al maridito.

Total, la familia cae a la cama militarmente en sólo tres días...

Cuando uno se levanta, pesa 7 kilos menos y está más pálido que Lamartine cuando escribió "Le Lac". Los amigos lo paran en la calle para decirle alegremente:

- ¡Por Dios, que estás flaco! Tienes cara de cadáver... Mejor que vayas luego a ver a Azócar, a ver si te hace una rebajita...

Y Chile se transforma, apenas cae la primera lluvia y las calles se llenan de laguitos y lagunitas, en una larga y angosta faja de estornudos...

En una palabra, el agudo problema del cobre es un niño de pecho al lado del terrible problema nacional de la gripe.

Hasta ayer había allendistas, alessandristas, bossayistas y freístas. Ahora hay un partido único que tiene más gente que las cuatro candidaturas juntas: el Partido Nacional de los Agripados en Resistencia...

¡Atchiss...!

(Me acabo de inscribir).

Es la palabra más típica de Chile. No tiene nada que ver con el cursi español ni el huachafo peruano. Nació en las viejas casas solariegas del siglo pasado.

Lastarria, en pleno Congreso, se levantó de su escaño para decir: “La llamada *Aristocracia del talento* es una frase que inventaron los siúticos para meterse...”.

Y la gente lo oyó con la boca abierta.

El siútico no tiene nada que ver con la clase media. Puede ser siútico y gastarse media docena de apellidos vinosos. Se puede ser un honesto y honrado empleado público y ser caballero a la usanza española. Se puede ser roto rajado y trotamundos y ser terriblemente caballero. Carlos Vattier decía que existía el ácido nítrico, el ácido cítrico... y el ácido siútico.

Con motivo de la muerte de un gran senador de la República, he visto derramarse todos los tinteros de Chile para decir todas las siutiquerías que caben en un diario. Cada cual se ha sentido con derecho a echar su cuarto de espadas. Cada vez que muere alguien que vale la pena, no falta quien se sienta repentinamente escritor, periodista y hasta ensayista, y que se ve obligado a escribir un articulillo o decir un discurso. Nunca –desde hacía años– había visto en la sobria prensa nacional, mayor número de lugares comunes y de frases de clisé. Ya no se trata únicamente de Raúl Marín, que vivió y murió como caballero. El problema es general.

A los chilenos nos gusta la muerte. Y más que la muerte, los entierros. Y más que los entierros, los pésames y la visita obligada al cementerio.

La gente va para verse y saludarse. Un apretón de manos a la sombra de un ciprés, tiene más valor que una pieza oratoria de auténtica estirpe.

O’Higgins, cuando hacía a Chile cargando a la desesperada, era más caballero que los señores chapetones que se sentían mirados en menos porque habían nacido en el país. Carrera, muriendo como murió en Mendoza, fusilado, caía con la misma elegancia que lo habría hecho Don Quijote. Manuel Rodríguez, asesinado en Til Til, lo hacía con elegancia y donaire. Portales, de rodillas en Quillota, tenía ya en la cara la mirada de bronce que iba a alcanzar más tarde en la estatua frente a La Moneda. Y no sigamos. Con lo citado basta.

Hay una manera de ser caballero y otra de ser siútico...

Por ejemplo, en los días del 91, Balmaceda moría como caballero y los que se daban vuelta la chaqueta en los campos de batalla de Concón y de Placilla, lo hacían como siúticos. Es decir, como trepadores, arribistas y logreros. Un caballero sacó una pistola y se voló los sesos para demostrar que se podía ganar una batalla perdida con un gran gesto.

Y no hablen los tontos de clase social.

Caballeros –y no siúticos– fueron los bravos pampinos que pelearon en Chorrillos y Miraflores. Siúticos son los falsos dirigentes sindicales con olor a patchoulí, que le besan los zapatos al patrón que se ríe de ellos. Son los jóvenes “honestos y de buenos principios” que le copian la manera de ser a una clase a la cual tratan de penetrar. Caballeros son los llamados “agitadores” que pelean de frente, van a la cárcel y al destierro, y que mueren finalmente en su ley.

Es una lástima que a un caballero como el senador fallecido, peleando por sus ideas, cayendo al pie del retrato de Balmaceda en el tradicional Club de Septiembre, se le haya dicho tanto lugar común y tanta frase hueca que no se merecía.

En realidad, como decía don Ramón Barros Luco: “Nunca falta un siútico cerca de su casa”.

Pero para escribir, señores “espontáneos”, hay que saber manejar el castellano, haber leído algunos libros y tener algo bajo la piel...

Y que entiendan los siúticos que a las niñas de Chile, a las maravillosas mujeres de este país, no se les debe decir “señoritas” con olor a pañito floreado y hecho a mano.

Ellas se merecen mucho más...

Y Raúl Marín también se merecía mucho más que la serie de adjetivos vulgares y manidos que se escribieron al pie de su tumba.

Wurlitzer quiere decir tragamonedas. Es la maquineta infernal que hay en las fuentes de soda, que no deja hablar a nadie y que se ha inventado para que ganen más los psiquiatras y se vendan más pastillas contra los nervios.

De la maquineta sale una música diabólica hecha de aullidos, gritos agudos, tosidos, estertores, quejidos, etcétera. Es una mezcla que parece aliñada por un demente precoz para que se la devoren otros dementes. Es decir, unos enfermitos tocan, y los otros oyen. Y, naturalmente, aúllan igual que los ases que cantan. La magia de la música no llega sólo a los oídos, sino que infecta todo el cuerpo. El que escucha, siente que le pica la piel y le caminan solos los pies. Comienza a bailar tímidamente y luego se desata. Es el Congo, es Zanzíbar, es la selva, son los tabúes del continente negro, es la tribu y los bosques repletos de antropófagos y extraños dioses lo que está escondido en el fondo del disco. Es un llamado a la infancia mental del ser humano, a la etapa anterior a la razón y a la lógica. A la triste etapa cuando venía bajando del árbol y estaba aprendiendo a caminar en cuatro pies para luego ensayar en dos... Todo esto está escondido en el infernal *wurlitzer* que la maldita moneda ha puesto en movimiento. Lo mismo ocurre en las radios con los coléricos y las colegialas, que se desmayan escuchando a sus ídolos. Los viejos opinan que es una enfermedad y hablan gravemente contra la juventud... ¡Tontería! Siempre la gente joven ha sido distinta a la vieja en materia de canciones, bailes y música. Antes fue el tango, pegajoso y aburrido. Luego, el *Charleston*, hecho para adelgazar brincando. Más tarde, la conga que nos ponía sensuales y pornográficos moviendo las caderas y haciendo cola detrás de una mulata con un par de maracas... Ahora es el *Twist* y el famoso *wurlitzer*. Todo es cuestión de época y de cambio de gusto. Antes nos gustaba tener a la hembra rendida entre los brazos. Más tarde, saltar frente a ella. Ahora nos gusta ver cómo se le cae la cabeza, le saltan los brazos y se le dispara lejos una pierna bajo el ritmo de una música endemoniada. Yo no me asusto con el *Twist*. Hay gente que habla contra él. Debe ser porque les ha dado ciática dar tres pasos, y ahora están guardando cama...

No le echen la culpa al baile, sino a lo que dice irónicamente el respectivo carnet de identidad.

Los terremotos en Chile tienen sentido de clase. Atacan a los de abajo y dejan inmunes a los de arriba. Las casas que se caen son las casas de los pobres. Las mansiones lujosas y los departamentos elegantes quedan al margen de la feroz catástrofe que siembra el pánico entre la gente pobre. Los muertos son campesinos, obreros, mineros, vagabundos, etcétera. Y es lógico. Las casas de los proletarios de Chile están hechas de barro y casi de papel. Con el primer empujón caen desmayadas y dejan una secuela de muertos y de heridos. Los edificios de lujo se mantienen estoicamente en pie. El concreto no afloja. El acero oscila y vibra, pero no cede. Los edificios de departamentos nuevos, recién hechos y casi con olor a pintura, están hechos especialmente para resistir la feroz costumbre de un país que cada cuatro años tiene que quedar fatalmente en ruinas. El Tajamar osciló, se estremeció, vibró y “bailó” la mañana trágica del domingo, pero no se movió. En el centro, los edificios altos de departamentos y oficinas sufrieron la vibración general y hasta se inclinaron para hacer una dramática venia sobre las calles aterrorizadas, pero se mantuvieron intactos. Los viejos caserones cargados de antigüedades también tuvieron su ataque de epilepsia interior, pero no cayó una muralla ni se desprendió un cascote.

La vivienda del pobre, no. El rancho mísero en que viven nuestros hermanos campesinos, cayó al primer golpe. La choza mísera, el rancho inmundo, la construcción de barro del pueblo se derrumbó estrepitosamente. En Zapallar, el balneario más elegante de Chile, hubo bajas únicamente en las pobres casitas de los proletarios que están como enquistadas en medio de un batallón de chalets súper refinados y supersólidos. El que vive de un salario infame, el que come apenas, el niño que no puede ir a la escuela, la anciana enferma y sin ayuda médica, la capillita hecha heroicamente de madera y de barro, tienen que ser las primeras víctimas. Por eso impresionan más allá de la palabra emoción ese rostro del obrero que ha perdido a su mujer y a sus 5 hijos. O la niñita que está como un náufrago entre las ruinas. O esos sobrevivientes del tranque de la mina El Soldado. Y ahí se asoma justamente la dureza de Chile. Un país para quien los temblores y terremotos forman parte casi del paisaje como la cordillera y el mar, que sabe que tiene que desplomarse algún día, reacciona con un estoicismo así. Mira la muerte cara a cara. No llora. No gime. No deja caer un lagrimón pesado y sentimental. No. Se muerde los labios, se siente quebrado por dentro, pero se mantiene vertical y enhiesto por fuera. La muerte es su vieja camarada de ruta y el terremoto, su macabro amigo de toda la vida.

¿Qué les pasa a ciertos escritores chilenos que de un tiempo a esta parte le están haciendo la competencia a los cargadores de la Vega Central y a las murallas en materia de chilenismos, groserías, garabatos e insultos? Tengo diez novelas nacionales a la vista. El mayor de los autores tiene 45 años. El menor, 22. Todos, sin excepción, hombres y mujeres, para darle color local y tratar de ser “chilenos” (en el peor y más barato sentido de la palabra), ponen una cochinada por página.

Cuando Joaquín Edwards escribió “El Roto”, Marta Brunet “Montaña adentro” y Enrique Sepúlveda Leyton “La Fábrica”, no necesitaron recurrir a un expediente tan fácil como inoportuno. Ni Latorre, ni Durand, ni Joaquín Díaz Garcés. Lo mismo pasó en Rusia con Máximo Gorky al publicar “Los ex hombres” y “Los Vagabundos”. Y tampoco le ocurrió a los naturalistas del siglo pasado con el viejo Zola a la cabeza, que describieron magistral y clínicamente los barrios bajos de París.

Para pintar al pueblo no es obligación “arrotizar” el diálogo, ni descender a la grosería sin impulso. Eso es lo obvio, lo fácil, lo hecho, lo barato. Lo difícil es llevar hasta las páginas de un libro que pretende ser un documento social, el clima y la atmósfera verdadera de la masa popular. Bajar al conventillo, entrar a la cantina de mala muerte, pintar los suburbios, caminar a través de los extramuros, asomarse a la cueva en que vive el proletario, con habilidad y talento, no lo hace cualquiera. Lo que hace cualquiera es copiar a máquina y poner en letras de imprenta los términos soeces que dice la misma masa popular, y que los lanza por falta de cultura y de educación.

Y no me vengan con cuentos de que para describir al obrero o al campesino hay que ponerse traje de Juan Verdejo o tenida de cesante. Andar con cámara fotográfica para pintar a la gente pobre, ya es bastante débil como recurso literario; pero encima llegar con máquina grabadora hasta la población callampa y captar cada expresión maloliente que sale de los labios de un pobre ejemplar de la más sufrida y “marginada” masa popular, nos parece el más burdo de los expedientes y el más tonto de los recursos.

Y llenar de mugres las páginas de una novela para hacerla valiente, es una demostración más de que lo que le hace falta a los novelistas nuestros es fantasía e imaginación.

Hay gente que sale de Santiago en busca de la costa, el mar o la montaña para descansar. A mí me pasa exactamente todo lo contrario. No hay nada que me canse más que descansar. Descansar es no hacer nada. No leer un diario. No oír la radio. No hablar con nadie. No leer un libro. No llegar a la tertulia ni al bar. No caminar por la calle. No caerse en un hoyo. No tomar un ascensor que, lógicamente, está en reparaciones. Ni menos hacer cola para tomar un micro.

En una palabra, es la felicidad según algunos, y la lata total según este modesto servidor. No hacer nada es mucho más grave que tener que hacer algo. Churchill vivió 90 años haciendo cosas. Y se demoró una semana en morir, porque le sobraba vitalidad para hacerle frente a la muerte. La gente más feliz del mundo es la más activa. Los periodistas que trotamos de la mañana a la noche y que saltamos de la máquina de escribir al teléfono, no nos lateamos jamás. Los hombres de negocios que se despiertan con las cotizaciones de la bolsa en la mano, son gente ocupada, preocupada y entretenida. Los pocos millonarios que he conocido, no se aburrían jamás. Estaban demasiado ocupados viendo cómo podían ganar más plata. Los ociosos profesionales, en cambio, son gente aburrida y que pasa terriblemente cansada de descansar.

La playa es bonita, pero termina por cargar. La soledad del mar está buena para una semana, pero al cabo de ese plazo estamos con ganas de sufrir normalmente en la ciudad. La falta de autos es tonificante para los nervios, pero al poco tiempo se echa de menos el choque, la *panne*, el accidente, la luz roja y el parte policial. Llegar solo al pobre cine de pueblo chico sirve para nostalgia la cola en el teatro de la capital. Levantarse a las 11 de la mañana, almorzar a las 3 de la tarde, dormir la siesta, salir por la calle vacía y avanzar hacia la plaza pueblerina para ver únicamente un par de vecinos y al Sr. Cura, es el más terrible de los suplicios. La montaña sola, el mar sin más animación que las olas (que repiten el mismo movimiento desde que el mundo es mundo, con una falta de imaginación que da pena), el campo pelado y roto sólo por la lejana silueta de un huaso, es bueno para tres días, para cuatro, para cinco, pero no para dos semanas. En una palabra, la única manera de no descansar y de terminar rendido de tanto no hacer nada, es precisamente salir de vacaciones para poder sufrir descansando.

Quieren suprimir la hache.

La hache es una letra muda y quitada de bulla. Nadie sabe para qué está en el idioma, ya que no suena ni le hace falta a nadie. Así como hay gente que charla y gente que no abre los labios, la hache es una letra silenciosa y huraña. Está en una esquina del idioma como una tía vieja y media sorda que vive de recuerdos y no quiere decir una sola palabra. Está como testigo de una vieja época y le carga participar en la actual. Murmura algo en voz baja que no le entiende nadie. Así es la hache, que quieren dar de baja.

¿Por qué? Porque está totalmente de más. Y como es muda la pobre, no dice nada. Nunca dice nada. Es su triste papel en la vida.

¿Qué le parece el problema, amigo lector?

A mí me parece pésimo. La hache es fundamental en Chile. Sin hache no hay país. Piense usted desde el escudo nacional para abajo. Huemul se escribe con hache. Y... aquí viene lo grave: la palabra que se usa más en el país lleva hache. La que dice el rotito en la Vega y en el Mercado; la que se pronunció a grito pelado a la subida del Morro cuando los soldados nuestros ensartaron peruanos en la bayoneta como frutas maduras... La que dicen las señoras cuando las empujan en el centro o se le va un punto a la media. La palabra, que no quiere decir precisamente tonto, sino algo parecido... Esa misma que usted está pensando en este momento y que camina justamente con hache.

¿Qué haremos sin la palabra en cuestión? ¿O con la palabrilla misma, pero sin la letra inicial? Dará la sensación de que le han cortado la cabeza como a Luis XVI o que la han dejado manca como a Cervantes en Lepanto. No. Chile no puede quedar sin hache. Se va a enojar el huemul en el escudo y por solidaridad se va a enojar el cóndor.

No podremos decir “Viva Chile, m...”, porque le faltará la letra decisiva.

Y lo que es más grave, la palabra más nacional y criolla del idioma, la que ahora sale de los labios de los niños y de los ancianos, de las mujeres y hasta de los políticos (no olvidar al viejo León que la decía mil veces por día en los castos salones de La Moneda...), va a quedar coja, manca y mocha.

No hay derecho.

Quitarle la hache a Chile es como cometer un acto de traición nacional. Y no faltará el... huemul que esté de acuerdo con la idea.

Y no podremos decir lo que se merece, precisamente por eso: por falta de la mágica e indispensable hache con que se inicia el garabato.

Ayer conté cómo habían recibido los monos animados la muerte de su padre, el genial Walt Disney. Ahora recordaré rápidamente qué tuve que ver yo mismo con el gran dibujante.

Cuando vino a Chile, yo comenzaba en el periodismo. Trabajaba en la revista “Vea” y estaba con ictericia en cama. Mi abuela decía que parecía carro 19. Cuando supe que arribaba a Santiago en avión, salté de la cama y partí a Los Cerrillos. Pero antes hice algo más. Algo que recordó la otra noche María Romero en la TV. Compré en el Mercado un pato vivo y me conseguí una lauchita. Como quien dice, un hermano del Pato Donald y una prima en segundo grado de Mickey. Con ambos, y un letrero que decía “La mejor revista de Chile al mejor dibujante del mundo”, partí a Los Cerrillos. Trepé con la agilidad de un gamo la escalerilla apenas la máquina tocó tierra, y le dí la mano antes que nadie.

Disney, con la camisa entreabierta, sin corbata y el sombrero abollado, me dio nerviosamente las gracias. Pero no había reparado en lo mejor. Fue entonces cuando le entregué el pequeño Donald criollo y a Mickey nacido en los andurriales de Santiago.

Disney no hallaba qué hacer. Le habían regalado muchas cosas raras en su vida, pero esto se pasaba ágilmente de la raya. Parecía una mezcla de cariño con falta de respeto. Y lo grave es que mientras disparaban las cámaras y funcionaban los noticiarios, mis propios monos animados no hallaron nada mejor que “salirse” en público y ante tan alto personaje.

Disney se rió. Se rió con toda la boca. Se rió como un niño aficionado a las bromas y a quien se hace víctima de una de ellas. Cogió las dos jaulas y bajó rápidamente la escalerilla. Y así fue como un pato nacional y una laucha chilena le entregaron la primera y más irrespetuosa “condecoración” al más genial de los dibujantes que en el mundo han sido, al llegar a este remoto Santiago de Chile.

Pasaron los años y llegué a Los Ángeles. Lo llamé por teléfono y para identificarme le recordé la “gracia” que le habían hecho los animalitos chilenos a su bajada a Los Cerrillos.

Su respuesta fue una carcajada que casi quema el cable... y una entrada para mí y tres amigos chilenos para recorrer al detalle ese capítulo de la infancia eterna, ese monumento en vida a todos los niños del mundo y ese cuento maravilloso hecho realidad que se llama Disneylandia.

Y todo esto fue la lejana consecuencia de una mancha en el pantalón y otra en la chaqueta con la que dos lejanos parientes de sus propios hijos de papel y tinta china, le habían rendido el más húmedo y emocionado de los homenajes al arribar a este lejano Santiago de Chile.

Ahora que se viene septiembre, comienzan a volar por el cielo de Santiago esos alegres pájaros de colores que se llaman volantines. El volantín o cometa es hermano de la Parada y de las fondas en el Parque. Y pariente del Presidente de la República con colero y viendo pasar a la Escuela Militar. Necesita la Cordillera pintada rápidamente con los últimos blancos del invierno que se despide, y el viento tricolor que sopla en los grandes días del mes de la Patria. Yo no sé qué piensan los pájaros de este competidor de papel que les sale al paso. Ni la nube juguetona, ni el sol que está parado marcialmente en medio del cielo. Porque el volantín es la infancia que toma vuelo y se lanza hacia la altura. Tiene algo de proyecto de avión sin motor y de paracaídas. Corre por sus venas de débil madera la misma aventurera sangre que tienen el aeroplano, el Zeppelin y el globo. Ha nacido para el aire libre, para el cielo puro, para el firmamento despejado. Tiene mucho de la paloma ebria que salta de rama en rama y del gorrión que canta desesperadamente en la Plaza de Armas para alegrarle los tímpanos a los jubilados. Con hilo curado y larga cola, se remonta bruscamente, se detiene un momento con un gesto de duda y de repente toma vuelo y se lanza hacia la nube más alta y remota.

En las manos del colegial que hace la cimarra, del muchacho que se siente ya de pantalones largos, del empleado aburrido del tartamudeo de la máquina de escribir y del padre burgués que lleva a su hijo al Parque Cousiño, es el símbolo aéreo de la libertad y casi la estatua del individualismo. Porque el volantín no acepta la manada ni el piño. No tiene nada que ver con la flotilla ni el grupo. Es solitario y así practica su propio ballet en medio de la mancha azul que se pierde en los últimos picachos de Los Andes.

Y no hay manera más práctica de sentir la llegada de ese eterno rejuvenecimiento que es la primavera, que elevar uno y sentir toda la palpitación de la auténtica juventud que tiembla y vibra a través del hilo bien curado.

Nada de glándulas de mono para huir de la vejez y tomar el tren de vuelta hasta la estación de la infancia.

No, señor. Basta con ese pájaro loco de papel que se aleja de sus manos y que inicia un paso de danza en medio de la perfumada tarjeta postal del cielo con que se despide el invierno y avanza velozmente a la falda verde de la primavera.

Yo tengo un amigo. Se llama Alejandro Moreno, y trabaja como reportero gráfico. Labora en el mismo diario que yo. Es sencillo y natural. Tiene la natural dignidad del pueblo, que le gana lejos y le da cancha, tiro y lado a la pija cuando le da la gana.

Además trabaja. Toma fotos y nos trae noticias al diario.

Pero aquí viene justamente la noticia. La noticia de la que vamos a hablar. Alejandro tuvo un hijo. Un segundo hijo. Ya tenía una mata de pelos con unos ojos saltones, que es el niño más vivo del mundo. Salta, brinca, baila, hace bromas. Es un gran niño...

Pero además, la maravillosa mocosa con que es casado mi amigo, ha tenido un nuevo hijo. Se llama Carlos Daniel Moreno, y camina por los dos meses. Es una guagua como todas las guaguas. Cara de ratón y ojos de vida...

Y como había que bautizarla, no se les ocurrió nada mejor que nombrarme padrino. Yo no lo he sido jamás. No tengo idea cómo llegar a la Iglesia; tomar a la guagua; hablar con el cura; tirar pesos fuertes, y más tarde portarme como compadre de mi amigo y de la señora de mi amigo.

La cálida noche de Pascua acudí a la Iglesia de Fátima, en el Barrio Norte de Santiago, a hacer el papel de padrino. El cura estaba indignado, porque había llegado tarde. Se le explicó al iracundo sacerdote, que los periodistas podemos llegar tarde a veces porque hay una cosa que se llaman las noticias y los diarios...

Finalmente, llegó la madrina (la morena más dulce y más tierna de Chile, hecha prácticamente en arcilla), y comenzó el bautismo.

El cura tomó a la guagua, la bendijo, le puso sal y óleo, le pescó la cabeza, le puso la mano por el cuello, la puso cabeza abajo, hizo un verdadero cóctel con el bebé, le echó una serie de cosas raras; y creo que de paso la aliñó, como si fuera una verdadera ensalada.

La guagua se portó magistralmente. Salvo algunos aullidos más propios de las tribus de los Sioux o de los iroqueses; casi, casi se portó como el joven y honorable hijo de un Lord inglés...

Luego nos fuimos. Vino la casa. La casa chilena. El chalet humilde pero digno. El trago lento y pausado. El baile que ponía dinamita en las piernas. Y todo fue hecho con cariño; con una suavidad y una dulzura que seguramente debe haber sólo en las viejas y perfumadas casas de fundo...

La guagua se aburrió de tanta fiesta, y se durmió aromada por la verdadera salsa que le puso el cura.

Arriba siguieron brillando las estrellas de Pascua. De vez en cuando trepaban ágilmente por las escaleras invisibles del cielo los viejos cohetes de la infancia y las más jóvenes "viejas".

Y terminó la noche y el bautizo, y comenzó a agitarse la gris bandera del alba.

Y me fui de la casa de mi amigo. Me fui más fresco y más joven. Más lleno de una cosa que sólo me llega de vez en cuando y que se llama la felicidad.

Me la regaló una guagua como inesperado obsequio de Navidad.

Nuevamente está de moda el cigarrillo y su fúnebre aliado, el cáncer. Periódicamente los médicos se reúnen y acuerdan llamar la atención a la humanidad para que apague los cigarrillos y se resigne a no vivir con la nicotina como aliado y confidente.

Se dan cifras y se citan estadísticas. Se prueba que, a más tubos de papel con tabaco en el interior, la tumba está más cerca. Y que basta fumar una cantidad determinada de pitillos para mandar hacer las coronas y buscarse un ataúd pagado en cómodas cuotas mensuales.

Pero los fumadores empedernidos no se dan por aludidos. Siguen con la muerte entre los dedos lanzando dulces volutas y apresurando el RIP que adornará sus respectivas tumbas.

Es que no basta analizar el clásico “pucho” con vista a los efectos arrasadores que se ocultan dentro de él. Un cigarrillo no es sólo un cilindro blanco lleno de tabaco.

Es algo más.

Cuando Churchill enciende sus enormes habanos, de la mañana a la noche, bajo la niebla de Londres en los días más duros de la Guerra Mundial, y cuando nadie da un *penny* por la suerte del León británico, el viejo “Winnie” busca en el tabaco un estímulo y un aliado. Detrás de las caprichosas nubes de humo que ascienden en las oficinas del Primer Ministro, están la fe y el optimismo. Una fe y un optimismo que son muy pocos los capaces de compartir.

Churchill fuma para no sentirse tan solo mientras arrecia afuera el bombardeo y chillan macabramente las sirenas. Cree ver a través de los puros el amanecer del segundo frente y, casi, el derrumbe de Hitler en la Cancillería.

Un compatriota suyo –Sherlock Holmes– necesita de la complicidad de la pipa para descubrir un crimen sensacional y echarle el lazo a un asesino.

Sin una buena dosis de tabaco ingerida en la legendaria casita de Baker Street, no habría pasado de ser un agente de cuarta clase, mirado despectivamente en menos por los sagaces sabuesos de Scotland Yard. La fiel cachimba le sirvió en su espectacular carrera policial más que los ingenuos consejos de Watson y la complicidad de su solitario violín.

Finalmente, ¿qué sería del tango “Fumando espero” sin esa alusión al triste cigarrillo que se fuma a solas en la madrugada pensando en la fugitiva imagen de la lejana “mujer que quiero...”?

Doctor: usted tiene toda la razón del mundo cuando me habla del cáncer y de la marcha cada vez más acelerada hacia la Avenida la Paz, pero yo no podría haberme ganado el pan en esta bohemia profesión que se llama el periodismo, sin contar con este dulce veneno que me arde entre los dedos y que es mi mejor y más fatídico aliado.

LOS SECRETOS DEL PERIODISTA.

<<Si llega tarde a casa, / Si no mira al bebé, / Si tiene los dedos manchados de nicotina / Si prefiere una noticia al beso de la /esposa / Si camina a saltos por la calle, / Si come a deshoras, / Si adora por encima de todo el mundo, / su diario / Si vive entre nubes de tabaco, / y si muere pobre, con un dato / sensacional entre los labios... / No cabe dudas... / Era un periodista>>.

Tito Mundt

Ahí están la gracia y la desgracia del periodismo. Ayer tuve que ir, en el mismo día, a dejar a Frontaura al cementerio, llegar hasta la Cámara para seguirle la pista a Maurás, en la tarde, asistir a un estreno de un film italiano, naturalmente en varios episodios (y con desnudos distintos en cada cuento), y, finalmente, en la noche, recordar el aniversario de mi lejano matrimonio. Después de esto, correr al taller, escribir unos artículos y cortar otros que habían quedado largos.

El periodista vive así: tiene mentalidad de taxi y de semáforo. Corre detrás de la noticia desde que salta de la cama y sigue a través del día como un bólido por las partes más inverosímiles. Cada cosa es noticia. En una esquina un muchacho ciego canta una tonada romántica. Dan ganas de quedarse, pero hay que seguir. En la vitrina de una librería, nos llama una novela. La hojeamos y tenemos que continuar la marcha. A la salida de un teatro vemos un cartel que habla de un ballet. Nos vendría al justo una pausa musical para descansar los nervios y aceitar la gastada máquina de la cultura. No hay tiempo. Nunca hay tiempo. En la radio están hablando de Bogotá. Desfilan los Presidentes. Una cinta grabada nos trae la lejana voz de un guerrillero. Suena el tono familiar de Frei. Luego, unos niñitos colombianos cantan la canción nacional de Chile. Ponemos el oído atento. Sólo un segundo. La máquina de escribir abre su teclado blanco sobre fondo negro y nos llama mudamente. Hay que escribir una nueva crónica. Suena una sirena. Incendio a tres cuartos de hora del centro. Montar en jeep para llegar más rápido. Doblamos en una esquina. Pasa una mujer bonita. Sonríe. No importa. La noticia está antes que sus ojos, que sus labios, que su falda breve, que sus pies que trotan alegremente por la calle tranquila y provinciana. Dan ganas de bajarse y seguirla. No se puede. Nunca se podrá. El reloj nos indica secamente que la hora avanza. Cae la noche. Volvemos al diario. Nos llaman del taller. Nos gritan del teléfono. Clama la radio. Vibra la pantalla de TV. Hay que estar al pie del cañón. No dejar pasar nada. Nos piden un título. Tiene que tener ingenio y hay que ponerse ingenioso a pesar que ya no damos más.

Llegamos a casa deshechos. Nos comemos un plato maquinalmente. El vaso de vino pasa como un relámpago rojo frente a los ojos. Nos tendemos en la cama. Tomamos un libro, vamos en la segunda página y recién nos estamos haciendo amigos de los personajes, cuando suena nuevamente el teléfono. Alguien nos llama para recordarnos que mañana a las 9 en punto nos espera Fulano. Y como Fulano es noticia, hay que dormir con un ojo y casi vestido sobre la cama.

Y el tiempo no para. No se detienen las radios. No frena la TV. No enmudece el teléfono. El río de las noticias sigue corriendo y nosotros nadando desesperadamente dentro de él.

Y esto —mis burgueses y serenos amigos con hora, comida y sueño fijos— es esta profesión bohemia y bomberil, al mismo tiempo, que se llama el periodismo.

El primer deber de un periodista no es sólo informar y dar datos, cifras, nombres, apellidos, números de carnet, direcciones, fechas, etcétera. Su labor, básicamente, consiste en entretener. No saca nada un articulista o un escritor con ser serio y profundo, artillado de documentos y de pruebas, si no llega al lector. Parece obvio, pero es una verdad más difícil de lo que parece a primera vista. Si usted no entretiene y hace bostezar al lector, está perdido. Hay sabios geniales cuyos libros duermen la siesta eterna en librerías y bibliotecas. Hay boliches de San Diego y de Miraflores que parecen cementerios de obras célebres.

Esto lo entendieron como nadie Víctor Hugo, Lamartine, Alejandro Dumas padre, Hemingway, Dos Passos, Upton Sinclair y tantos más. En Chile, es la línea de un Daniel Riquelme, un Vicuña Mackenna, un Joaquín Edwards Bello, un Díaz Garcés, un Pancho Encina, etcétera.

El que no logra crear expectación e interés en lo que escribe, está perdido. Perdido sin remedio. Gente seria y grave que trabaja años de años en una obra monumental no logra tener lectores. El público se aburre y bosteza. Se salta las páginas. Maurois dice que los buenos autores son los que llevan a los lectores de la mano hasta la página diez por lo menos. Los otros, que hacen caminar a empujones a través del libro, están fritos.

El gran Joaquín afirma en una página de “Hotel Oddó”, que acaba de aparecer con viejas crónicas: “Yo escribo para el pueblo sobre lo que pasa día a día. Uso el estilo más sencillo y directo. Soy profundo en el fondo, no en la forma. Odio las palabras difíciles y los términos abstrusos. Soy el periodista de la clase media y de la clase baja. Por eso mi máximo título no es ser académico, sino periodista”.

Y es la verdad. La verdad definitiva. No latee, amigo alumno de la escuela de periodismo. No se refugie en el diccionario ni en la helada gramática. Viva usted mismo al escribir y haga vivir al lector. Apasiónelo, cree una corriente entre la página que escribe y el señor que la lee. No hay más fórmula mágica. Aquí estamos para saber lo que pasa en forma rápida, viva, ágil y amena y no para ponernos cascos de buzo y bajar hasta una perla submarina que está a mil kilómetros de profundidad.

Y no me conteste que estoy defendiendo mi superficialidad. No, señor. No, no y no. Se puede ser profundo con gracia y simpatía. Y mostrar ideas bien vestidas con ropaje liviano y no latas de sardinas geniales que no las lee nadie.

Hay un pequeño drama personal que hay que contar modestamente en voz baja. Los columnistas y los caricaturistas de los diarios trabajan todos los días. Cada 24 horas tiene que haber un tema y surgir un chiste. Se supone –dejando la modestia a un lado–, que una parte del público lector por lo menos espera la columna, el chiste político o la tomada de pelo a la vida corriente.

Y resulta que a veces no hay tema, no hay de qué escribir y no hay de quién reírse con un mínimo de ingenio. El pobre periodista está solo frente a la carilla o a la cartulina en blanco. Mira por la ventana, fuma media docena de cigarrillos, se saca y se pone la corbata, sale a dar una vuelta por la calle, conversa con un amigo, se toma un trago... y nada. La famosa inspiración no viene. El cerebro está en blanco. No ocurre realmente nada interesante que pueda brindar al lector invisible, lejano y desconocido. No hay caso. La máquina de escribir no funciona y el lápiz está mudo. Los consejos de los amigos pueden ser muy útiles, pero no sirven para llenar el terrible vacío. “Hay” que producir. La palabra “hay” tiene el implacable imperativo de una orden de vida o muerte. Se supone que alguien espera... Y la mente sigue en blanco. Pasan mil cosas en el mundo, pero ya están dichas. No se puede escribir todos los días sobre el Che Guevara, los Ovnis, el peligro de la Tercera Guerra Mundial, lo que pasa en China, la última ofensiva de Vietnam o, sencillamente, sobre el paro.

Claro que el lector ignora esta dolorosa incubación de la columna impresa y del mono hecho a la carrera. Para él, el diario es un amigo puntual que llega todos los días junto al desayuno y cuando el despertador marca las ocho de la mañana. Y sabe igualmente que allí, en tal página y a tal lado, tiene que estar esperándolo la columna o el monito a tinta china.

Lo que nunca se le ocurrirá pensar cuando esboza un bostezo y se pone la camisa, es que hubo otra persona, un ser humano corriente, un vulgar ciudadano anónimo que ha visto cien veces en la calle, sin saber de quién se trataba, que transpiró sangre antes que los dedos saltaran finalmente sobre el teclado de la Remington o empuñara triunfalmente el pincel con un chiste que a lo mejor no le provoca la más ligera sonrisa y que no logra borrar su mueca de hastío.

Es otro pequeño drama solitario e íntimo que se produce cada 24 horas en las salas de redacción, en medio del infierno de los teléfonos y de las viejitas que vienen a reclamar porque se les ha perdido el carnet de identidad, la cédula electoral y una carta importantísima que le llegó de Peralillo.

Hay un duende, un duendecillo pícaro y saltarín que es íntimo amigo de los periodistas. Más aún, trabaja a medias con nosotros. Sentado en la máquina de escribir, contesta el teléfono y cuando se encienden las más altas estrellas y llega la noche, sale a tomar un trago con nosotros a los boliches más sombríos, más noctámbulos y bohemios.

El duendecillo se llama “gazapo” y a veces nos hace una mala jugada.

No lo hace de mala fe. No tiene nada que ver con la Remington en que tecleamos nuestras crónicas y artículos ni con el corrector de pruebas.

Se trata de una diablura estrictamente personal que nos hace de vez en cuando este gnomo que en el fondo es un poco imaginativo y le gusta derrochar el humor.

Si yo fuera anotando todas las equivocaciones, errores, aclaraciones del tema, cambios de palabras, supresión de puntos y de comas, expresiones con mayúsculas que aparecieron con minúscula y viceversa, en los 9 libros que tengo publicados, podría escribir otro y así tendría 10 en vez de nueve. Y seguramente el último sería el de mayor venta.

Se han inventado claves, ríos, volcanes, cerros, puentes, castillos (con sus respectivos fantasmas), países y hasta continentes. Más de alguien habrá creído que yo soy un colgado o que le enmiendo la plana al Supremo Hacedor en esto de inventar una geografía que no existe, pero toda la culpa la tiene la inaguantable picardía del duende de marras.

¿Y a qué viene todo esto?

A que ayer me hizo la última jugada. En un artículo que escribí sobre la Argentina, me cambió el lema de los peronistas en la decisiva elección del año 46, cuando don Juan Domingo le ganó a Tamborini.

Me inventó una palabra que no existe y la frase, la increíble frase, decía “Braden-overol”.

Y hasta la última guagua del mundo sabe que el lema fue “Braden o Perón”.

La culpa no la tuve yo, sino el duende.

La Vida Social es una sección indispensable en los diarios grandes. O “serios”, como se llaman ellos mismos. La gente necesita saber qué hace la otra gente. Por curiosidad o por secreta envidia, no hay nada que guste saber más que quién se casa, quién viaja, a quién bautizan, quién nace, a quién dan una comida, quién se muere, etcétera. Es una especie de balance diario de la existencia del resto de los seres humanos que viven en el mismo país. En otras naciones, la vida social se hace con ingenio y buen humor. Sobran las fotos con picardía y los chismes en que se cuenta lo más sabroso de lo que va pasando al margen de la noticia escueta y fatalmente aburrida. En Chile, no. Los chilenos, con los vascos al fondo de la sangre y los castellanos a la vera, tenemos que ser mortalmente graves hasta en esto. La foto de la niña que se casa no tiene diablura ni arte alguno y se trata de que salga lo mejor posible para justificar la pesca milagrosa del novio y nada más. Pero como además de descendientes de vascos y de castellanos, somos los ingleses de Sudamérica, los suizos del continente y los noruegos del Nuevo Mundo, la Vida Social tiene que ser inaguantablemente seca y lacónica. Sin adjetivos ni comentarios. Inglesa, británica, londinense y hasta con un poco de niebla flotando entre líneas...

El agudo Mario Rivas trató de innovar hace años y no había nada más ameno que leer una vida social alegre y picaresca, en la cual los chilenos nos veíamos casi entretenidos. Le fue mal con cierta gente que no tiene sentido del humor. El caballero grave y la señora terriblemente seria no quieren que se rían de algo tan trascendental como una petición de mano o un matrimonio.

Cuando murió la revista “Zigzag”, lo que se echó más de menos fueron las fotos de los debutantes y de la gente que veraneaba en Zapallar. Ahora la sección es un triste y gris boletín de actividades en el cual lo más importante es la larga serie de apellidos (los dos bien claritos para que no quepa la más ligera duda...) hecha sin humor y sin gracia.

Y hasta esto ha cambiado. Antes sólo aparecían las nietas de los prohombres del siglo pasado y los apellidos que figuraban era de Bezanilla para arriba. Recordaban los viejos vinos y los nombres de las calles. Ahora no. Todo cambia en Chile y en los últimos años le han cambiado el pelo social al país. Y sobre los viejos Errázuriz y los eternos Irrázaval, avanza ahora el apretado batallón de españoles con plata, los libaneses con suerte y los israelitas y yugoslavos con fortuna. Con lo cual la llamada Vida Social le ha puesto sin querer el punto final a una historia que se muere, y le ha dado la voz de partida a otra historia que nace billetera en mano...

No hay nada más entretenido que las cartas de los lectores a los diarios. Es la sección más animada y apasionante que lucen. Cada lector se siente un pequeño repórter o un editorialista en potencia y envía su misiva para corregir un abuso o abrirle los ojos a la autoridad.

No se trata de que escriban bien o mal. La gente en general redacta con bastante corrección y explica en forma clara lo que le parece cada cosa. La sección correspondencia del "Times", de Londres, es célebre en el mundo entero. Los políticos británicos, sean laboristas o conservadores, buscan en esa ventana abierta al público lo que realmente piensa la ciudadanía. No les interesa tanto escuchar el vago y borroso rumor de la calle, sino saber, a través de la nerviosa carta enviada al diario más importante y serio de la Rubia Albión, lo que realmente piensa el *people*.

Lo mismo pasa con el resto de los diarios del mundo. Y no sólo con la prensa escrita. La señora que llama a la radio o al canal de TV, es la mejor y más aguda crítica. No lo hace por pica o mala fe, sino para indicar una corrección, sugerir una alteración o un cambio de giro.

Hay gente que se molesta con estas llamadas. O con las cartas de crítica.

Yo no.

Me gusta saber qué dice el público de uno mismo. Si dimos en el clavo o metimos sencillamente la pata con la mejor intención del mundo. El escritor cuenta con la crítica oficial. El periodista escribe sobre el vacío sin la más ligera pista para guiarse. Unos señores me retan, me insultan, me dicen que di una fecha equivocada, que mejore el estilo, que me fije más, etcétera. Otros, más generosos, lanzan una andanada de felicitaciones.

Yo las recibo con la misma sonrisa. Total, el hecho que tenga una máquina de escribir al frente y una cuota de papel que llenar, no significa que no sea un ser humano tan corriente como cualquier hijo de vecino. La prensa trabaja rápido. Hay que llenar más y más carillas en tiempos record. El taller espera. Los plazos de entrega son fatales. El diario tiene que estar en sus manos junto al desayuno. El problema íntimo hay que superarlo velozmente. No hay pesimismo ni estado de ánimo personal que valga. El público es el dueño del diario y, en el fondo, el verdadero amo del repórter, el columnista o el fotógrafo.

Por eso me gusta recibir esas pequeñas palomas mensajeras que aterrizan periódicamente en el diario cargadas de observaciones, muchas veces más ingeniosas, punzantes y eficaces que las que surgen de la cansada máquina mental del que lleva orgullosamente su carnet de periodista profesional.

Y así, además, hacemos periodismo a medias y ganamos ambos...

No hay diario en el mundo que no cuente con su respectivo “Consultorio Sentimental”.

Nuestra simpática colega Rosalyn (un churro impresionante y totalmente soltera), recibe una montaña de correspondencia al día. Tiene que contestar en forma breve para dar satisfacción a todos los solitarios e incomprensidos de Chile que padecen de mal de amor... Porque usted no sabe, amigo lector, el número de gente que apela a la clásica cartita para ser aconsejada o para resolver un torturante problema. Y no se trata de gente vulgar. Hay de todo. Desde la señora culta y fina que trata de camuflar su letra y su estilo para que no se burlen de ella, hasta la huasita recién llegada a la capital que redacta trabajosamente su misiva para recibir una palabra de consuelo. Todos quieren una expresión de cariño, una sugestión, una ayuda. Se sienten solas y no hallan con quién aconsejarse. La muchacha soltera no tiene confianza con la mamá, que pertenece a otra época. La mujer madura no se atreve a enfrentar las sonrisas irónicas de sus amigas planteando un problema tan íntimo. El solterón que jamás ha tenido una aventura amorosa, recurre al anonimato para ver si tiene alguna posibilidad de ser cotizado por una mujer. El adolescente lleno de espinillas y de interrogaciones, recurre a la sección del diario para que alguien, fuera del padre y del profesor, le trate de aclarar un poco el borroso panorama que divisa desde lo alto de sus torturados 15 años. El viejo verde, la *cocotte*, una profesora fea y triste, la muchacha sin suerte y el Don Juan hastiado de los triunfos en el amor, todos hacen cola frente a la ventanilla que abre el consultorio sentimental en una esquina del diario para satisfacer la ola de preguntas y dar solución a la selva de problemas que tiene cada cual.

El iniciador de la sección en Chile fue Amadeo Richardson, que en la vida corriente era escritor, trabajaba en la Biblioteca Nacional y se llamaba Joaquín Ortega Folch.

El único defecto que tenía era ser excesivamente serio. Hablaba como adusto profesor y padre regañón. Le faltaba la sonrisa traviesa y juguetona libertad para juzgar los hechos amorosos que le planteaban.

Desde entonces cambió Chile, cambiaron los diarios y, naturalmente, también sufrieron cambios los tradicionales Consultorios. Pero un hecho sigue en pie: es la más entretenida, la más sabrosa y la más apasionante de las secciones. Porque allí, detrás de las iniciales o del seudónimo, le cuentan a usted eso mismo que no se atreverían a decirle jamás cara a cara. Y sirve además –más que los pesados tomos de sicología, las encuestas y los test– para saber cómo reaccionan, en el delicado y huidizo terreno amoroso, nuestras fogosas compatriotas y nuestros románticos connacionales.

No hay sección más leída en los diarios que los horóscopos.

El ser humano tiene confianza ciega en la suerte. Confía en la adivina y en la gitana. No le importa saltar con unos billetes con tal que le digan el destino. Recurre a los consejos de la viejita fantasmal que vive entre lechuzas y búhos y que dice el futuro a través de una mágica bola de cristal. Las cartas ocultan lo que está agazapado en una esquina del porvenir y el hombre –y especialmente la mujer– tiene una fe fanática en que detrás de un as o de una reina gastada por el uso está la respuesta exacta al mal de amor o a la fortuna.

Un golpe de suerte, una jugada milagrosa, una herencia inesperada, un novio que no conoce ni de vista, un viaje sorpresivo, todo duerme detrás de un mazo grasiento que la adivina está cansada de barajar para meterle ágilmente el dedo en la boca al ingenuo cliente.

Pero los horóscopos se llevan la palma. Tengo amigos que se saltan ágilmente las páginas de cables, las noticias de policía, los peligros de guerra, los viajes a la luna o a Marte, el deporte, la hípica y las defunciones, con tal de llegar rápidamente a ese oasis del diario en que está oculto el porvenir.

Y no se trata de un vicio para gente inculta, sino de una saludable costumbre que nos toca a todos por igual. Lo que surge detrás del signo de Piscis o de Virgo tiene más importancia que el número de la Polla o de la Lotería que hemos comprado con tantos sacrificios pensando en que envuelto en él están la casa propia y el cacharrito para salir a la playa el próximo verano.

Y a pesar que sabemos que se trata de una engañosa labor de imaginación en que ha crujido la fantasía del desconocido redactor para darnos un poco de ilusión, leemos lo que nos reserva el futuro con la misma seriedad que si se tratara del más serio y grave tratado científico.

El hombre no tiene remedio. Siempre tendrá más fe en lo que no es... pero que puede ser, que ante lo que tiene aburridamente frente a la vista.

El horóscopo le brinda gratis ese viaje imaginario al país en que brilla la más bella y la más fascinante de las mentiras.

Y por eso son el eje y el esqueleto mismo de los diarios. Sin ellos serían sólo un cementerio de hechos que ocurrieron realmente y que por eso mismo no tienen la más mínima importancia.

En el fondo de todos sigue viviendo el mismo niño ingenuo que duda del Apolo 11, pero que sigue creyendo en Blanca Nieves.

Antes, una conferencia de prensa era para que asistieran los periodistas y le hicieran preguntas interesantes a una figura importante de paso por Santiago.

Ahora no.

Los elementos de la actual conferencia de prensa son los siguientes:

- Una invitación “sólo para periodistas”.
- Una asistencia en que los periodistas son únicamente el dos por ciento de los concurrentes.
- La presencia de coléricos de ambos sexos y aún del tercero, en la mayoría de los casos.
- Unos caballeros muy serios que hablan media hora en inglés para presentar al entrevistado.
- La repartición de una elegante hojita (igualmente en inglés), en que se repiten los mismos datos de la presentación verbal.
- 40 reporteros gráficos con su carnet al día y unos 200 fotógrafos aficionados que se quieren llevar un recuerdo personal del visitante.
- Unos garzones que reparten unos sandwichitos que se terminan antes que llegue el primer periodista. Y unos vasitos de pisco sour que tienen generalmente mucho más sour que pisco.
- Varios focos y aparatos eléctricos que junto a los cordones de las 406 máquinas grabadoras, hacen que la mitad de los asistentes se den un costalazo a la entrada y otro a la salida.
- Un diálogo bastante interesante, en el cual la inteligente figura de fama internacional que llega a Santiago, se atreve a manifestar ideas tan audaces y nuevas como las siguientes: “Santiago es muy bonito... La mujer chilena es la más elegante de América... Me encantaría saber bailar cueca y cantar una tonada... Espero probar las ricas empanadas de ustedes... El cielo de la capital chilena es maravilloso... He comprobado una vez más la tradicional gentileza de los chilenos, de la cual me habían hablado largamente antes de llegar... Subiré mañana al Cerro Santa Lucía... El país que me ha gustado más en mi última gira ha sido Chile...”.

Dicho esto, el personaje se para, se sienta, se suena, bosteza, enciende un cigarrillo, trata de pescar a la pasada uno de los últimos sandwichitos que quedan... y termina la entrevista de prensa.

Por suerte, al día siguiente, en los diarios los periodistas que “también” asistieron a la entrevista, colocan en los labios de los ilustres visitantes algunas ideas sensatas y le inventan uno que otro pensamiento que pueda ser calificado como tal...

Un joven colega que trabaja en un diario amigo, me dice:

- ¿Y por qué no escribes sobre los reporteros gráficos que están tan de moda con los últimos incidentes callejeros?

Tiene razón. Toda la razón del mundo. Se me había olvidado escribir sobre estos muchachos que caminan entre las bombas lacrimógenas y que el guanaco no tiene el menor reparo en bañar cada vez que los estudiantes salen a la calle. Son expertos en catástrofes y en incendios. Si no tenemos una pequeña guerra internacional, gozamos, en cambio, de una diaria guerra callejera. Cada vez que cargan los carabineros y hay heridos y hasta muertos, los muchachos de la cámara están en primera línea. Basta que suene el teléfono y diga que hay diez mineros atrapados en un socavón, para que surja la orden: “¡Los fotógrafos...! ¡Necesitamos fotos...! ¡Buenas fotos...! ¡Fotos exclusivas! Rápido... ¡A la calle!”

Y la orden puede sonar a las dos de la mañana, cuando el pobre reporter gráfico está en la cama rendido por el trabajo del día y tiene que saltar, tomar el taxi que pasa con los ojos inflamados, y volar al corazón de la tragedia. Caminan en mula, montan a caballo, usan aviones o marchan a pie por la soledad. Entran a los pueblos que existieron antes del terremoto y tienen que tomar fotos dantescas a la luz de los flashes que resultan siniestros en medio de la oscuridad y de la muerte. No comen ni saben lo que es una buena cama y tienen que deslizarse con agilidad de ardillas entre los carabineros y la “Pe-Pe”. Y eso no es nada. En plena paz, cuando no ocurre nada, cuando los estudiantes no asaltan micros, no se han caído aviones ni ha bailado trágicamente la tierra, tienen que estar horas de horas montando guardia a la salida de La Moneda y de los partidos políticos en busca de la noticia. Siempre de la noticia. O burlar al serio y grave diplomático o al diputado solemne que se cree Padre de la Patria, para encontrar el ángulo justo, la mueca humana, el gesto natural, que más tarde lo muestra tal como es (y no como cree ser...) en el rectángulo de la foto...

El reportero gráfico actual es enemigo de la pose y de la foto arreglada. Los lectores piden material fresco y natural. Nada de posturas para la historia, sino gesto espontáneo que vuelque hacia afuera lo que se agita en el fondo del personaje.

Y esa técnica, esa habilidad y esa audacia para buscar la verdadera cara de la noticia, la tienen como nadie estos colegas que galopan por la calle, saltan entre los muertos y suben en mula o a pie hasta los restos de un avión calcinado...

Los periodistas tenemos un extraño oficio. Aparte de teclear a máquina, tenemos que pasar la mitad del tiempo contestando el teléfono para oír toda clase de insolencias y amenazas. Naturalmente, los valientes que se escudan detrás del aparatito telefónico no dan la cara, sino que se limitan a lanzar una avalancha de garabatos estrictamente criollos, después de los cuales cortan en forma sorpresiva.

Son los mismos que mandan cartas sin firmar, atacando cada palabra que se dice en el diario y que lesiona algún interés personal. Son hermanos de los matones de barrio que agazapan su coraje detrás del caño de una pistola o del brillo de un puñal.

Hace dos días llamó un niño, indignado porque nosotros nos reíamos de la nata de ociosos que se reúnen a la salida del Bim Bam Bum a esperar a las artistas y que practican el amor de buhardilla.

No sólo eso. Amenazaron de muerte al jefe de crónica, porque en la página de teatro de “La Tercera de la Hora” apareció una nota tomando en chungu a estos jóvenes donjuanescos.

Un delincuente común pretende desmentir una entrevista que yo le hice en la Penitenciaría, a pesar que hay veinte fotos y un autógrafo para probar lo que decíamos.

Políticos pedantes solemnes utilizan el desmentido cuando el reportero ha cometido la falta de respeto de tomar textualmente sus declaraciones, no en la intimidad de su casa, sino que ante el lápiz vigilante de un periodista que está cumpliendo su misión.

Nunca falta el tontito que se molesta porque los reporteros gráficos enfocan a un personaje tratando de captar, justamente, los gestos más íntimos, lejos de la pose y de la postura para la historia.

Las artistas de teatro se enojan cuando no las tratamos poco menos que como representantes directas de la Comedia Francesa y usamos un lenguaje liviano para aludirlas. Y detrás de todo este Sindicato de mediocres enojados, está el guerrillero del teléfono, el quinta-columnista de la carta sin firma, el valentón del anónimo y el matón que esconde la cara y estira el insulto a través de la penumbra.

A ellos les dedicamos cariñosamente estas líneas, para decirle que seguiremos exactamente igual, tecleando a máquina y diciendo la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad, sin importarnos en lo más mínimo los asmáticos alaridos de quienes se indignan porque sólo cumplimos con nuestro deber.

No importa. Ya sabemos que son gajes del oficio.

Hay por ahí unos pijecitos tontos, que les habría encantado ser futres, pero que apenas emergieron a la vida en unas callejuelas tristes, resultaron pijes de barrio. Imagínese el lector, el tango, el matonaje, el billar, el taca-taca, el trago malo, la bataclana de cuarta clase y la noviecita ingenua y romántica.

Son ellos los que a la salida del Anexo de la Cárcel, el otro día, quisieron hacerle frente a los periodistas armados sólo de insolencia y grosería, y se encontraron con que los periodistas, no sólo sabemos teclear a máquina con las manos, sino que sabemos usarlas en el momento oportuno en forma contundente y definitiva en cualquier esquina, y que, cuando le decimos delincuente a un ratero de alto bordo en tipo de imprenta, también se lo podemos decir mano a mano y en la calle.

Claro que los descoloridos personajes de esta historia no merecerían ni un par de líneas ni el gasto de la cinta de la máquina, si no fuera porque ayer vi una película que se llama “Mientras Nueva York duerme” y que es la historia del periodista internacional.

Sí. Del reportero yanqui, japonés, francés o español, en mangas de camisa y mordiendo un pitillo frente a cualquier máquina, en la penumbra de cualquier redacción, o parado en la calle tomando nota; apuntando la Leica; interrogando; saltando una tapia; haciendo lesa a un portero o disfrazado de policía para conseguir un dato sensacional y exclusivo. Gente limpia y digna, a quienes importa menos el billete que la noticia, la casa propia que el dato exclusivo, el chalecito en el campo, donde se tuesten los niños, al *golpe* que estremecerá de envidia a los colegas.

Todo eso está en esta película, que ojalá se la dieran a los alumnos de la Escuela de Periodismo, para que aprendieran menos citas históricas, y supieran más lo que es la vida real del reportero. Periodistas que le ganan lejos a la policía; que trabajan día y noche; que no tienen novia, mujer ni madre, y para quienes la vida empieza cuando usted llega. Que escriben con el sol parado en el hombro de un rascacielos, o con las estrellas altas.

Los mismos que segundo a segundo les están narrando a usted, amigo lector, todo lo que pasa en los cuatro rincones del globo; tirados en la selva; detrás de un avión en llamas en crepúsculos calcinados junto a un lago africano, o en un cómodo avión que atraviesa la bufanda de niebla que cubre una gran ciudad.

Periodistas de aquí y de allá. Los mismos que contaron la llameante historia de la última guerra, jugándose y perdiendo la vida. Los mismos que unos caballeros graves, aburridos y huecos como tubos de ensayo, llaman “bohemos”, porque en los amaneceres, rendidos de trabajar y con el esqueleto hecho pedazos, despliegan el acordeón de la baraja, queman 20 cigarrillos y se toman unas botellas altas y esbeltas como muchachas cometiendo el pecado —¡El terrible pecado!—, de llegar tarde a la casa con los más puntuales lecheros y los más activos colegiales.

Sí, amigo lector... En la pequeña calle Capuchinos, a la sombra de los muros almenados del Anexo, algunos rateros bien vestidos, supieron definitivamente lo que era “eso”: los periodistas.

Y que no olviden jamás la lección.

No me interesan el matón o los matones que le pegaron cobardemente al periodista Carlos Jorquera.

No tienen jerarquía mental ni moral como para hablar de ellos. Están pagados puntualmente todos los primeros de mes para sembrar el terror y amenazar de muerte a los periodistas que les dicen la verdad.

Le pegaron a Carlos Jorquera por ser un periodista libre.

Ayer hablé por radio en la Santiago, a las 2 de la tarde, y me llamaron por teléfono para decirme exactamente lo siguiente:

- El día que te pillemos a mano, te vamos a dejar un tajo de recuerdo...

Y nuevamente sonó el teléfono. Era una mujer. Supongo que habrá que llamar así a un ser presuntamente humano que usó el recurso cobarde del teléfono para decirme lo siguiente:

- Y el día que pillemos a tu mujer, la vamos a hacer zumbar.

Esta última llamada no la recibí yo, sino un muchacho de la radio.

Da lo mismo. Ahora sé positivamente que hablar por radio y decir la verdad, cara a cara y frente a frente, significa que uno está amenazado de muerte. No me importa ni me ha importado nunca. Afortunadamente la vida me ha enseñado, en Chile y fuera de Chile, a manejarme y a enfrentarme con este tipo de pequeñas molestias sin pestañear.

Que sepan los matoncitos a sueldo que los periodistas, aparte de usar las manos en la máquina de escribir o en los micrófonos, sabemos pelear y manejar la pistola si llega el caso.

Y que sepa la anónima “dama” que me llamó por teléfono, que ni mi mujer ni yo somos mancos y sabemos usar las manos en el momento preciso.

Y que hay dos mil periodistas en pie de guerra que estamos detrás de Carlos Jorquera.

No hay gente más pintoresca que la que llega a los diarios. Se podría hacer otra edición con las fotos y las declaraciones que nos hace tímidamente la gente que asoma la cabeza por las salas de redacción y que comienza siempre con la misma frase:

- ¿Crónica...? ¿Podría hablar dos palabras con usted...?

Hoy en la mañana llegó un Chaplin vestido naturalmente de Charlot, que venía a hacerle propaganda a unos jabones. Ayer llegó el auténtico, pero de civil y en busca de trabajo.

Hace un tiempo, llegó un indio totalmente desnudo y que lucía unas pintorescas plumas, y que se había venido a pie desde Angol para probar únicamente que la vieja raza de Caupolicán y Lautaro seguía con la misma vitalidad de antaño...

Un muchacho de quince años nos tiende la mano:

- Vengo llegando de la China Roja y me gustaría contar mis impresiones. Me he recorrido por mi cuenta más de 40 países...

Estaba hablando por teléfono, la semana pasada, y apareció un viejecito dulce y amable que parecía salido de un *Zig-Zag* de hace 50 años. Con una voz de abuelito de audición infantil, me dijo:

- ¿Quiere ver mi tarjeta, por favor...?

Miré mecánicamente la famosa tarjeta que tenía una grasa respetable e histórica. Decía textualmente: “Juan de Dios Jorquera, Enviado de Dios”.

Así, tal como suena. Me explicó que venía al diario para que lo entrevistaran y supieran lo que pensaba el buen Dios de la bomba atómica y del Spútnik. Me dio detalles de la actualidad en el cielo, en el infierno y en el limbo, y me aclaró que en sus momentos de ocio (o sea, cuando estaba de paso en la tierra...) trabajaba de nochera en una vieja pensión de barrio.

Hace tiempo llegó un tipo extraño. Vestía de negro y tenía los ojos fuera de las órbitas. Tartamudeando, me dijo:

- Vengo únicamente a avisarle al diario que me mataré mañana a las 12 del día. No tengo un centavo y, además, me carga la humanidad.

Le tomamos fotos y hasta charlamos con él. No le bastó. Dejó unas líneas hechas a lápiz en un papel, en que dejaba especial constancia de su decisión de saltar de esta vida a la otra... Yo no le dí mayor importancia. Y, naturalmente, no se mató. Le había bastado ver su foto en el diario.

Finalmente, hace dos años me tocó un personaje único. Era el típico conspirador de fuente de soda. Llegaba tres y hasta cuatro veces al día al diario... Me decía al oído:

- Ya es un hecho... el golpe se da el sábado sin falta... Están matriculados el coronel Tal, los Capitanes Zutano y Mengano, y tres regimientos de Santiago.

A la media hora volvía y me fletaba al oído un “última hora”:

- Cambiamos de táctica... Falló el coronel, pero el Maturana se acaba de cuadrar... La toma de La Moneda será el sábado a la hora del cambio de guardia...

La última vez que lo vi, ya tenía lista la Marina y parte de los Carabineros... Iban a tomar preso a don Carlos a la salida del Club Militar. Había más de 500 comprometidos...

Sí... La gente que viene a los diarios es infinitamente más divertida, pintoresca y entretenida que la que sale en los mismos diarios.

Lástima que la mayoría no pueda aparecer con su propia salsa.

Como buen periodista que se acuerda de todo menos de lo que tenga que ver con su gremio, se me olvidó que ayer era el Día de la Prensa. Es decir, de los cinco mil periodistas que teclean a máquina, toman fotos o hacen monos de Arica a Magallanes.

Hace 146 años que un fraile delgado y pálido tomó en sus manos una hoja con la tinta fresca aún. Era la “Aurora de Chile”. Y con ella había nacido la prensa de este país.

Desde entonces ha tenido una vida variada e intensa. Ha habido periodistas asesinados por decirle la verdad crudamente a los caballeros de Investigaciones, como en el caso de Lucho Mesa Bell. Periodistas quemados con vitriolo por contar un escándalo; gente de prensa que ha tenido que marchar al destierro o a la cárcel por no tener los labios sellados y tener la columna vertebral totalmente vertical y enemiga de reverencias versallescas.

En la Independencia, el agitador era Camilo Henríquez. En los días de la Guerra del 79, don Benjamín Vicuña Mackenna se escribe diez artículos al día para mantener el entusiasmo nacional. Cada línea suya se traduce en una bala que va a dar en el blanco justo. Su frase “¡No soltéis el Morro!”, se hace clásica. El Morro tomado es ahora la puerta norte de Chile, y los muchachos de casaca azul y pantalones rojos corren por la pampa hacia la victoria gracias a la actividad torrencial de don Benjamín. Detrás de Chorrillos y Miraflores, están las toneladas de tinta que derrama el gran historiador...

En los días de la Guerra Mundial, Carlos Silva Vildósola patina en el barro de las trincheras de Francia y entrevista, entre dos obuses, a los bravos *poilus*... En la Segunda Guerra Mundial, muchachos no le dicen “chao” a nadie y se van al frente de batalla.

Viene la paz y aquí estamos con las manos en la máquina frente a la marea de noticias que nos viene de todas partes. Claro que no tenemos guerra. Que los Spútniks se tiran en otros países. Que Argelia queda lejos. Que Túnez no está precisamente al alcance de la mano, y quizás por eso estamos un poco aburridos. Un crimencito, dos cadáveres al día, un choque terrible, la declaración de un candidato a la Presidencia, el derrumbe de una mina, las vacilantes llamas de los incendios, etcétera, no le bastan al periodista que le gusta estar al pie de la noticia y sentir el perfume acre del “golpe”.

Pero algo se hace. Mantenemos la fama de ser la prensa más altiva de América. En Santiago únicamente hay una docena de diarios. Cerca de cien en todo el país. Trabajamos en la radio a falta de la televisión que esperamos que algún día ancle en las costas de Chile. Y como no tenemos alma de figurín, no sabemos ponernos el frac de la gravedad, y en el fondo mantenemos esa mezcla romántica de desenvoltura con audacia, de ironía con amor fanático al oficio de llenar quince carillas todos los días, nos olvidamos que ayer 13 era precisamente nuestro día.

En mi caso personal, no fui a dejarle corona alguna a mi Tío Don Camilo. No acudí románticamente al Forestal a ver el espantoso obelisco que nos tocó en rifa. No hablé por la radio con voz de editorialista. No...

No tuve tiempo.

Estaba tecleando a esa hora, como de costumbre, en mi máquina y reportando noticias por teléfono.

Por eso se me olvidó mi día...

Sí. Se trata de un buque que zarpa todos los días, a todas horas, desde los muelles de la calle Tenderini con Moneda. Un joven barco verde, que tiene la audacia de los lanchones maulinos o la diablura de esos barcos nipones que le hacían la vida imposible a la imponente Armada norteamericana en los días de la guerra. Suena el teléfono desde las ocho de la mañana. El diario tiene ocho teléfonos. Los ocho suenan al mismo tiempo.

- Aquí Curicó... Acaba de ocurrir un crimen terrible... Manden la camioneta.
- Aquí Rancagua... Habla Felúa... Van las fotos de la carrera de los canillitas...
- Aquí les habla un estudiante del Barrio Alto. Se acaba de estrellar un camión con un auto. Hay dos muertos...

Y las cuatro camionetas del diario salen en dirección a los cuatro puntos cardinales. Se llama por teléfono a los redactores, que saltan de la cama a la noticia. Ya la camioneta está con el reportero gráfico y la fiel Leica en la mano. Moreno y Macaya vuelan. Carneyro y Pacull despiertan arriba de las ágiles camionetas que corren por todo Santiago. Y viene el choque de trenes en la que la totalidad del diario salta fuera de Santiago, patina en la sangre, y pregunta y toma fotos. Y hace la escalofriante noticia...

Los periodistas (para que lo sepan los buenos burgueses) no tienen hora de almuerzo ni de comida. No saben de los puntuales té a las cinco de la tarde. Viven, duermen y comen en el diario. A mediodía, una pausa para hacer la pauta. Desde La Moneda llama Adriana Searle con la última copucha del Presidente. El Pocho Marín habla desde la Cámara de Diputados. Oviedo ya está en el cuartel de General Mackenna. Los lentes ahumados de Larraín se pasean por la Asociación de Fútbol. A las cinco de la tarde, llega un personaje famoso. Hay que volar a Los Cerrillos... A las seis comienzan a trabajar las máquinas. ¡Cómo trabajan las fieles Remington, que llegan a echar humo de tanto hacer saltar el carro de punta a punta...! A las siete se va la página de redacción. Llega una correspondencia de Madrid. Otra de Alemania. Una más lejana, que acaba de mandar un muchacho que se fue con carnet del diario hasta Moscú. Sigue el teléfono... El terrible teléfono...

A las siete llega Percy con sus mejores Pepe Antártico. Arriba, Fernández, que viene de Economía cargado de estadísticas y datos... Suena la teletipo, que es el tic-tac del diario. Cucho Picó entrega un artículo y Feliú teclea el editorial... Palooka hace monos, títulos dibujados, inventa secciones. Yo me acuerdo que estuve en París y cuelgo de la página de redacción un pedazo de Montmartre... María Eugenia Oyarzún viene con sus espigados veinte años de la Municipalidad. Carvajal nos cuenta un crimen entre dos tallas y dos telefonazos. Trabajan el archivo, la sección deportes, la fotografía. Transpiran Verdejo y Guerrero. Hidalgo ya casi relincha.

Llega una anciana pobre que pide ayuda. Trabajan las máquinas y las billeteras. Una mujer joven trae una guagua en los brazos que se muere. Hay que llamar al hospital y conseguirle cama. El diario no está sólo en el papel, sino en la calle, en la mano abierta, en la ayuda pronta.

Una larga cadena de dirigentes obreros habla con Tito Moreno. Estallan los *flashes*... Ortega trabaja, con su cara de galán de cine, en el despacho.

Cae la noche. Llega un café quemante para animar los nervios y abrir los ojos... Don Lucho se queja de que ocupemos tanto la camioneta. A las nueve asoma don Raúl... A veces se descuelga don Germán... Feliú sigue en su oficina... El diario bulle por los cuatro costados... Son las doce de la noche. Ya está todo entregado, pero nunca falta la noticia del

incendio que ilumina el Barrio Bajo. Y el reportero gráfico tiene que saltar de la cama. A veces pilotea Palmita. O hay que colgarse de un taxi.

A las tres de la mañana, fresco y lozano, como un niño recién nacido, salta de la máquina el primer ejemplar de “La Tercera de la Hora”.

Un día más. Sí, un día más de vida intensa y trabajada a cien kilómetros por hora. En ella se nos va la juventud, pero se nos va alegremente. Al pie del cañón...

Sí... Es bonito pensar que se ha vivido exactamente 24 horas, pero 24 horas cargadas de dramatismo y de aventura para entregarte, amigo lector, todos los días este pequeño hijo nuestro, esta “Tercera de la Hora” que hoy se empina sobre sus ocho años de vida.

Es una vieja asmática y de mal genio. Oficialmente se llama “Underwood” y tiene un número de novela policial, la máquina N° 5. Como quien dice, el Coche N° 13. Y ha sido el coche en que yo he viajado a través de cuatro años en este diario. Es una vieja de mal genio, un poco histérica, que ha sido mi mejor cómplice en esto de entregarle al público, todos los días, mi cuota de reflexiones periodísticas.

En la mañana es obrera y sindical. Los dedos de Tito Moreno teclean velozmente sobre ella, entregando todo aquello que ocurre en los sindicatos y en los gremios; la gente pobre que pide trabajo y las eternas viejitas llenas de guaguas que llegan a pedir un alero al diario. En la tarde, a eso de las seis, la máquina se pone literaria y periodística. Y entonces surgen el Repórter 7, John Pisco Sour, Cartujo de Parma y otros amiguitos que tenemos en “La Tercera”, para contarle al público lo que pasa. En la noche, cuando tiemblan las estrellas en el cielo y pasan las mujeres más lindas de la tierra por la calle Tenderini, cae la máquina en los ágiles dedos del “Chico” Oviedo y se transforma en policial y novelesca.

En una palabra, esta vieja y tartamudeante amiga es obrera izquierdista en la mañana, pedante e intelectual en la tarde y aventurera y policial en la noche.

Detrás de sus 48 teclas hay toda una historia. Están mis colegas de este diario que voy a dejar, sin dejarlo, para tomar un chato de manzanilla en el Mesón del Segoviano, de Madrid. Están los bravos muchachos del taller, que siempre se portaron como los más leales y los más viriles en esta aventurera y bohemía profesión de hombres que es el periodismo. Están los desconocidos que llamaron por teléfono alguna madrugada para dar un dato sensacional.

Está toda una historia salpicada de reportajes internacionales, viajes sorprendidos al extranjero, entrevistas, chismes y copuchas políticas, etcétera.

Sí. En las madrugadas, cuando el sol ilumina lentamente la calle Tenderini y el aire tiene esa cosa liviana y pura de la mañana, la máquina está sombría y silenciosa. No trabaja como un artista de cine que estuviera sin contrata.

Metálicamente vestida de negro, espera en la penumbra, mientras un débil rayo de sol corretea como un niño sobre la mesa de crónica. En ese momento medita y se calla. Es una especie de anciana quieta y silenciosa que espera al nieto que trepará sobre sus teclas para escribir la crónica del día.

Tiene algo de mi madre. Una especie de dignidad apacible y de tradición que se traduce en los pequeños detalles.

Ahora que me voy, y que afuera está esperando un auto con el motor en marcha y una maleta andariega, quiero despedirme de los amigos del diario y de los lectores, cuya mano jamás he estrechado, a través de esta vieja y fiel amiga mía que nunca me ha fallado. Quiero despedirme en su estilo y en su lengua. Así: T E C L E A N D O.

Y un día, cuando a lo lejos asome el rostro de El Escorial y la cascada de piedra que es Toledo, me acordaré de algo que llevo pegado a la piel como la única condecoración que vale la pena.

Me acordaré de Chile...

AGRADECIMIENTOS.

A:

- Cecilia García Huidobro McA.
- Max Lavín C.
- Pancho Mouat
- Bárbara Mundt J.
- Nicolás Rodillo de V.
- Jacinta Vergara B.
- Max Vergara B.